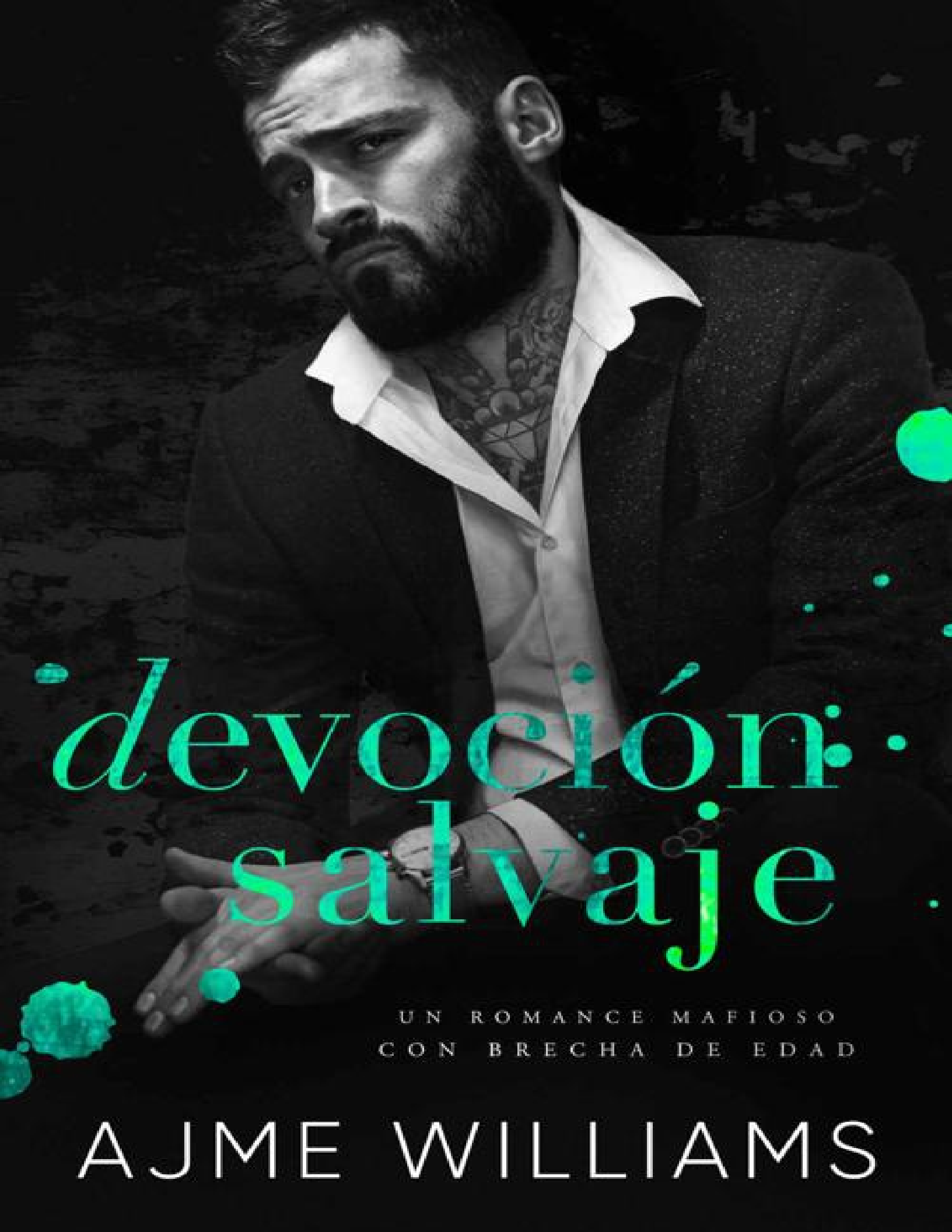

devoción
salvaje
UN ROMANCE MAFIOSO
CON BRECHA DE EDAD
AJME WILLIAMS

DEVOCIÓN SALVAJE

UN ROMANCE MAFIOSO CON BRECHA DE EDAD

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción
1. Alexis
2. Alexis
3. Damian
4. Alexis
5. Damian
6. Alexis
7. Damian
8. Alexis
9. Alexis
10. Damian
11. Alexis
12. Damian
13. Damian
14. Alexis
15. Alexis
16. Alexis
17. Damian
18. Damian
19. Alexis
20. Damian
21. Alexis
22. Alexis
23. Alexis
24. Damian
25. Alexis
26. Damian
27. Alexis
28. Damian
29. Alexis
30. Damian
31. Alexis
32. Damian
33. Damian
34. Alexis
35. Alexis
36. Alexis
Epílogo

Copyright © 2025 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Creado con Vellum

DESCRIPCIÓN

"Ni se te ocurra huir, cariño". Una amenaza sedosa, su voz se desliza a mi alrededor.
"Me perteneces".

Vendida a La Hermandad. Traicionada por mi hermana y mi ex, me abrí camino a arañazos, dejando un rastro de disparos y una oscuridad más profunda que la celda del sótano.

Ahora despierto, cautiva en una jaula dorada.
Damian, el jefe de la mafia más despiadado de Chicago, me reclama con una sola palabra:
"Mía".

Su tacto ofrece una retorcida seguridad, pero el peligro no ha terminado.
Ahora, con una vida secreta floreciendo en mi interior, comienza la verdadera batalla.

¿Podrá un despiadado jefe de la mafia convertirse en padre antes de que su mundo explote?

Nota para los lectores: Devoción Salvaje **es una novela independiente romántica y picante sobre la mafia. Perfecto para ti si te gustan las diferencias de edad, los embarazos y las tramas al estilo Cenicienta, con secuestros, por supuesto ;)**

ALEXIS

La campanilla que hay encima de la puerta no para de sonar, y no descansa ni un momento mientras pasan un cliente tras otro. Los dulces olores del pan recién horneado y los glaseados de azúcar flotan en el aire, abriendo el apetito a todo aquel que pasa por delante de los escaparates de la panadería.

Hoy es el Día de la Media Docena de Rosquillas a Mitad de Precio, así que la cola serpentea desde el mostrador, rodea la vitrina y sale por la puerta. Veo cómo los clientes se agolpan junto a la vitrina, empujando los dedos hacia las rosquillas que quedan.

Detrás del mostrador hay un caos organizado. Los empleados de la tienda, con sus delantales a rayas rosas y blancas y sus gorros blancos, sacan de la parte de atrás una bandeja tras otra de rosquillas doradas, cuyo tentador aroma flota por toda la tienda.

"¡Una docena de rosquillas glaseadas de chocolate!", me ladra un cliente, ignorando mi cortés 'buenos días'.

De acuerdo.

Mis dedos vuelan por la caja registradora y anoto el pedido del cliente mientras Julia, una compañera de trabajo, se apresura a meter las rosquillas en una caja rosa y blanca con el nombre de la pastelería, *Cake My Day*, en letra cursiva.

Aunque las prisas matutinas son frenéticas y los clientes maleducados, nada puede deprimir mi estado de ánimo. Hoy hace cinco años que Mark y yo empezamos a salir.

Cinco años. No me lo puedo creer.

Me pregunto qué habrá planeado Mark para nosotros. Cuando lo vi ayer, actuó como si no tuviera ni idea de qué día era hoy, pero sé que solo me está tomando el pelo. Probablemente esté planeando una *gran* sorpresa. Quizá me lleve a ese nuevo restaurante italiano que acaba de abrir. Llevo *semanas* insinuándole que quiero ir.

No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa en la cara al imaginarme el sabor de la comida y lo romántica que será la velada. Aunque Mark no es del tipo romántico, *sé* que lo será esta noche. ¡No todos los días se cumple media década con alguien!

Las horas pasan volando y, antes de darme cuenta, mi turno está a punto de terminar y la panadería ya no está tan ocupada.

"¿Estás emocionada, Alexis?" me pregunta Julia mientras fregamos los mostradores. "Llevas toda la mañana mirando el reloj".

"Claro que está emocionada", dice Daniela mientras saca otra bandeja de cruasanes calientes, con la cara redonda y brillante por el calor de los hornos. "Lo más probable es que su novio le pida matrimonio. ¡Nuestra chica está a punto de comprometerse!"

Julia aplaude, y mi cara se calienta mientras sigo fregando el mostrador. Es agradable recibir

el apoyo de mis compañeros.

Realmente espero que Mark me pida matrimonio. Han pasado cinco años, así que es normal que lo espere, ¿no? Además, por fin tendría una familia de verdad, y ése ha sido mi único deseo desde que mi madre murió cuando yo tenía seis años. Ni siquiera recuerdo a mi padre, y las autoridades nunca pudieron encontrarlo, así que me colocaron en el sistema de acogida.

Después de ir de casa en casa, Dennis y Suzanne Carter me dejaron entrar en su casa cuando tenía ocho años, y me quedé en su casa el resto del tiempo que estuve en acogida. Cuando cumplí dieciocho años, me aterrorizaba que me echaran, pero Dennis y Suzanne (nunca me permitieron llamarlos mamá y papá) me permitieron quedarme en su casa, siempre y cuando cocinara y limpiara para ellos.

"No sabes cuidar de ti misma, Alexis", me decía Suzanne. "Además, somos los únicos que podemos mantenerte a salvo. ¿Quieres que los hombres malos vengan a por ti otra vez?".

Me estremezco mientras friego con más fuerza la encimera ya limpia. Cuando tenía ocho años, me escapé de una familia de acogida especialmente *horrible*. Tras unos días en la calle, casi me secuestra un grupo de hombres. Mientras me arrastraban pataleando y gritando hasta su furgoneta, Dennis Carter me salvó tras presenciar el suceso.

Desde entonces estoy con los Carter. Aunque no son los *mejores*, vivo bajo techo y me permiten comer su comida, así que les estoy agradecida.

Además, estoy en deuda con ellos. Dennis y Suzanne me recuerdan a menudo cuánto les ha costado criarme y alojarme, así que no me iré de su casa hasta que haya saldado mi deuda. Según mis cálculos, eso no ocurrirá hasta dentro de cinco o seis años si decido empezar a darles todo mi sueldo. Diez años si continúo dándoles la mitad.

"¿Estás intentando hacer un agujero en ese mostrador?"

Jadeante, miro a la cara del cliente más guapo que he visto nunca.

Su cabello negro, espeso y despeinado, enmarca un rostro intensamente cincelado, con pómulos altos, y una mandíbula fuerte espolvoreada de barba de tres días que atrae miradas de admiración. Pero son sus ardientes ojos oscuros los que realmente cautivan, sus profundidades melancólicas insinúan pasiones bajo su sereno exterior.

Me sonríe, un hoyuelo aparece en su mejilla derecha, y siento que me tiemblan las rodillas. Incluso estando quieto, parece emanar de él un aura de poderoso carisma.

"¡Oh! Oh". Mi cara se enrojece mientras miro el trapo que tengo en las manos. "Tengo que asegurarme de que las superficies están limpias. No se puede ser demasiado cuidadoso con todos los gérmenes que hay alrededor. No quiero que esto se llame 'panadería Cake My Day y vaya al Hospital'".

Oh, *Dios*, eso fue muy malo. Quiero derretirme en el suelo.

Su risita es grave y aterciopelada, un rumor seductor que me hace sentir un cosquilleo en la espalda.

"Bueno, me alegro de que esta panadería te tenga a *ti* aquí para hacer el trabajo del inspector de sanidad", dice. "Pero, ¿me puedes dar una docena de rosquillas glaseadas y un café?"

Oh. Sí. Mi trabajo. En la panadería. Sí.

Julia me entrega sin palabras la caja llena de rosquillas, y yo se la doy junto con una humeante taza de café. El apuesto cliente paga en efectivo y deposita veinte dólares en nuestro tarro de propinas. Me sonríe y se marcha, con el tintineo de la campana.

"*Guau*", Julia jadea y se abanica mientras yo me apoyo en el mostrador con los ojos muy abiertos. "Ese hombre era *sexo andante*".

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar. No creía que fuera posible que alguien fuera *tan*

atractivo, pero qué equivocada estaba.

De repente, la culpa me corroe el estómago. ¿Cómo puedo estar pensando en ese cliente cuando tengo novio? Claro que Mark es guapo, pero palidece en comparación con el apuesto desconocido.

"Parece que le gustas, Alexis", dice Daniela, que ha observado toda la interacción. "Definitivamente estaba coqueteando".

"Claro que *no*", digo con firmeza, sintiendo náuseas ante la idea de flirtear inadvertidamente con alguien que no fuera Mark. "Solo era un cliente que mantenía una conversación educada con la persona que se interponía entre él y sus rosquillas".

Daniela comparte una mirada con Julia, pero no intenta discutir conmigo.

Cuando termina mi turno, cojo el tren de vuelta a casa. Los Carter viven en las afueras del centro de Chicago, en un barrio lleno de casas estilo Cape Cod. Entro en la casa vacía y me apresuro a bajar al sótano, donde está mi habitación.

Dennis y Suzanne están trabajando y no tengo ni idea de dónde está Emma, mi hermana de acogida. Me gusta así, porque puedo arreglarme a mi ritmo.

Me miro en el espejo y me despeino el cabello rizado, resoplando cuando me cae un mechón en el ojo. Aunque Mark y yo no tenemos planes, que yo sepa, voy a darle una sorpresa en su apartamento.

Me pongo mi vestido más sexy, me pinto los labios de rojo y oscurezco el maquillaje de los ojos para conseguir una mirada más ardiente. Temblando, cojo un abrigo y me lo pongo, abrazándome a mí misma para entrar en calor.

Los Carter fueron lo bastante amables como para dejar que me quedara en su casa, pero cuando cumplí dieciocho años y mi asistente social dejó de visitarme, me vi obligada a mudarme de la habitación de Emma al sótano.

Aunque el sótano es frío, tiene corrientes de aire y es pequeño, agradezco tener mi propio espacio y no tener que preocuparme de que Emma me robe la ropa o me esconda las mantas.

Resbalando sobre mis talones, meto el regalo de Mark en mi bolso. A pesar de que Dennis y Suzanne se llevan la mitad de mis ingresos, he podido escatimar y ahorrar lo suficiente para comprarle a Mark un precioso reloj nuevo con la fecha de nuestro aniversario grabada en el reverso.

Pero tengo un regalo aún *más* importante que hacerle.

Yo misma.

Mi virginidad siempre ha sido un tema delicado. Mark me ha tocado de más formas de las que me sentía cómoda, pero me he resistido. Llámame anticuada, pero siempre he querido que mi primera vez sea con alguien que realmente me importe y con quien me vaya a casar.

Pero como *sé* que Mark va a proponerme matrimonio, he decidido que éste será otro regalo para él.

No puedo *esperar* a ver su cara.

Espero que no me duela.

Se me calienta la cara al pensar en Mark tocándome íntimamente y aprieto las piernas mientras me late el corazón.

De verdad espero que Mark sea delicado conmigo. A veces me agarra demasiado fuerte o me aprieta demasiado los brazos o la cara. Esos moratones son difíciles de explicar cuando estoy en el trabajo.

~

EL VIENTO FRÍO me muerde la cara y las piernas, y tiemblo mientras cojo el tren hacia el piso de Mark. Debería haberme puesto medias, pero a Mark le gusta que vaya con las piernas desnudas.

Siento las miradas lascivas de los demás hombres e intento meter las piernas debajo del asiento, pero lo único que consigo es que el vestido se me levante aún más.

Mark eligió este vestido y me dijo que tenía que comprármelo, aunque yo no quería. Era un vestido *muy* caro y era más de lo que normalmente podía permitirme.

Pero lo compré de todos modos porque Mark dijo que era el tipo de vestido que le gustaba que llevara su mujer.

Sinceramente, el estilo me recordaba más al que llevaría Emma. A mi hermana le encanta llevar ropa ajustada y reveladora para lucir su figura. Puedo entender por qué, Emma es instructora de Pilates y hace ejercicio constantemente. Su cuerpo es increíble.

"¿Vas a ver a alguien, bombón?"

Un aliento caliente me roza la oreja y al instante me sobresalto al ver que un hombre se sienta a mi lado y me mira como si fuera su última comida.

"Pues sí". Me siento más erguida, intentando parecer segura y distante aunque en realidad estoy aterrorizada. "Voy a ver a mi *novio*".

El hombre se ríe, lo que me pone los nervios de punta. "Yo nunca dejaría que mi mujer saliera de casa llevando algo así. Alguien podría llevarse una impresión equivocada".

Algo en su expresión me hace creer que se está llevando una impresión equivocada de mí. Y eso me asusta.

Emma tendría una ocurrencia sarcástica o una respuesta ingeniosa, pero no digo nada, esperando que el hombre capte la indirecta y me deje en paz.

Por suerte, mi parada es la siguiente y me apresuro a bajar del tren con un montón de gente, fundiéndome con la multitud.

Respiro aliviada mientras me ciño el abrigo, deseando tener algo para cubrirme las piernas.

No importa. Por la mañana le robaré un pantalón deportivo a Mark.

Demasiado pronto, veo el edificio de ladrillos rojos de Mark. Apresuro el paso, me duelen los pies al tambalearme con los tacones.

Mi cuerpo empieza a descongelarse cuando entro y subo al ascensor. Disfruto del calor de la calefacción, aunque el ascensor huele ligeramente a hierba.

Toco la llave de Mark y me explotan mariposas en las tripas al pensar en sorprenderlo. Se va a *emocionar* mucho.

¿Por qué me siento como si fuera a mi funeral? ¿No debería alegrarme de perder la virginidad?

Abro la puerta y entro en el apartamento.

Mark no está por ninguna parte.

Qué raro. Sus llaves están en la encimera.

Un sonido extraño sale del dormitorio de Mark y me quedo helada. Parece el chirrido de una cama.

Mi corazón late con fuerza y mi respiración se vuelve superficial. De su puerta abierta salen gemidos.

Sé que debería irme y decirme a mí misma que Mark tenía amigos en casa que se estaban aprovechando de su amabilidad.

Pero no me voy.

Siento los pies de plomo mientras cruzo la habitación hasta la puerta para ver el origen del ruido.

Lo que veo me hace sentir como si acabara de recibir un puñetazo en el pecho.

Mark está de pie al final de la cama, con el culo desnudo hacia la puerta, empujando hacia delante y hacia atrás, con las manos agarrando las caderas de una mujer agachada sobre la cama. Mark tira del pelo de la mujer y le da palmadas en el culo mientras la mujer grita de placer el nombre de Mark.

Conozco esa voz.

Es Emma, mi hermana de acogida.

ALEXIS

El asco me invade como una ola helada. Esto no ha sido un sueño, ni un horrible error. Las manos de Mark recorren descaradamente la piel desnuda de Emma mientras ella arquea la espalda y gime.

Un grito ahogado se escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Las cabezas de Mark y Emma se giran al unísono y sus rostros pasan del éxtasis al... fastidio.

Se me llenan los ojos de lágrimas y los veo borrosos. ¿Cómo ha podido *hacerme* esto Mark? Le he sido leal y cariñosa durante *cinco* años.

Y Emma... mi propia *hermana*.

"¿Qué coño haces aquí, Alexis?" pregunta Mark, con los ojos entrecerrados como siempre que se enfada conmigo.

Quiero gritarle y decirle que he venido a darle una sorpresa por nuestro *aniversario*, pero soy incapaz de decir nada, solo puedo mirarlos horrorizada.

¿Pueden oír el sonido de mi corazón rompiéndose? Al menos yo sí.

"¿Y bien?" me pregunta Mark mientras se sube los calzoncillos y viene hacia mí. Me tenso cuando se acerca, esperando que levante el puño. "Coño, ¿vas a *hablar*?

"Yo... yo... Es nuestro aniversario", balbuceo, con la lengua pesada y gruesa en la boca.

Mark levanta una ceja mientras Emma se revuelca en la cama y se ríe.

"Esto es *divertidísimo*", dice, apoyándose en los codos para sonreírme. Aparto la vista, no quiero mirarla desnuda. "Mark, ¿acaso te acordabas de que hoy es tu aniversario?"

"No", dice Mark, sin apartar sus fríos ojos azules de mi cara.

Busco en su cara, desesperada por encontrar *algún* tipo de arrepentimiento, horror... *algo* que demuestre que se siente mal por lo que ha hecho.

Pero no hay nada. Me mira como si no fuera *nada*.

Me mira de arriba abajo. "Pareces una puta, Alexis".

Me quedo boquiabierta. "M-me dijiste que me comprara este vestido..."

Emma vuelve a reírse. "Pobre Alexis. Viniste aquí esperando que Mark te echara un vistazo y finalmente metiera su verga en tu frígida vagina, ¿verdad?" Hace girar un mechón de cabello rubio alrededor de su dedo. "¿Cómo te haría sentir saber que Mark y yo hemos estado cogiendo durante los últimos cinco años?"

Me hace sentir como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas. Respirar se ha vuelto mucho, *mucho* más difícil y la habitación parece que se hace más pequeña.

"¿Cómo pudiste hacerme esto, Emma?" susurro. Emma nunca ha sido muy amable conmigo, pero nunca había sido tan cruel. "Creía que éramos hermanas".

Emma se burla y pone los ojos en blanco. "*No* somos hermanas", dice. "Te odio desde hace

años, desde que tu asqueroso culo llegó a mi casa". Una sonrisa socarrona se dibuja en su cara, haciendo que los bonitos rasgos de Emma parezcan casi grotescos.

"¿De verdad creíste que Mark estaba enamorado de ti todo este tiempo?"

No puedo respirar.

"¡Claro que sí! Bravo, bebé. Interpretaste tu papel muy bien". Se sienta. "Mark y yo ya estábamos durmiendo juntos cuando los presenté".

Me cuesta procesar las palabras de Emma. Ella me observa atentamente, su sonrisa crece al ver el dolor escrito en mi cara.

"¿Alguna vez me has amado, Mark?" pregunto desesperada, esperando que Emma mienta solo para hacerme daño. En un mundo perfecto, Mark condenaría las palabras de Emma y me diría que ha estado enamorado de mí todo este tiempo.

Pero la verdad me mira a la cara con el silencio de Mark.

Nunca me amó.

De repente, me invade una ira ardiente. He malgastado cinco años de mi vida con este hombre, solo para descubrir que me ha estado engañando con mi hermana de acogida.

"Hemos terminado", susurro entre lágrimas. Mark ladea la cabeza.

"¿Qué dijiste?"

"Dije que hemos terminado..."

"No, estúpida idiota. Te oí. Lo que *estoy* diciendo es que no eres tú quien decide cuándo termina esta relación. Sino *yo*".

Sacudo la cabeza, más segura de mí misma que nunca. "No tienes elección, Mark. Es mi decisión. No quiero volver a ver tu culo infiel, mentiroso y cabrón nunca más..."

La cabeza se me echa hacia atrás de repente y me estalla un dolor en la mejilla. Vuelo por los aires y aterrizo de espaldas, sin aliento.

Mark está de pie junto a mí, con furia en la cara y la mano en alto. "*Nunca*", gruñe, "*jamás* vuelvas a hablarme así *de nuevo*".

Me agarro la cara mientras me pitan los oídos.

Mark nunca me había pegado.

El maltrato físico no me es desconocido. Mi anterior familia de acogida me pegaba mucho y los Carter utilizaban las nalgadas como castigo. Pero nunca esperé que Mark me pegara.

Se suponía que era mi persona segura.

"Me pegaste", susurro.

Mark pone los ojos en blanco mientras Emma se acerca a él y pasa su mirada del uno al otro. "No me digas", suelta Mark. "¿Qué tan estúpida eres?"

La rabia que sentía antes desaparece rápidamente. Sé que debería defenderme, pero no tengo fuerzas. Ya no sé si queda nada dentro de mí.

Todo mi cuerpo me dice que corra, pero no sé escuchar mis instintos. Cuando se desencadenaba un conflicto, normalmente no sabía cómo reaccionar. En lugar de eso, me quedaba congelada.

"Sal de aquí", sisea Mark, rodeando la cintura de Emma con un brazo. "Me ocuparé de ti más tarde".

La malicia en su voz promete venganza, y de repente me descongelo, me levanto torpemente y huyo. Las lágrimas resbalan por mis mejillas y contengo un sollozo.

Apenas recuerdo el viaje en tren a casa, ya que la angustia me distrae. Solo quiero llegar a casa y esconderme en la cama.

Siento el pecho hueco, como si alguien me hubiera arrancado el corazón y dejado un vacío

doloroso. ¿Cómo han podido Mark *y* Emma traicionarme tan cruelmente? Su regalo de aniversario sigue en mi bolso, burlándose de mí. Mientras yo ahorraba dinero para comprarle un regalo, él se cogía a mi hermana de acogida.

Y ni siquiera se acordó de nuestro aniversario.

Nunca signifiqué nada para él.

Cuando llego a casa, Dennis y Suzanne me esperan en la cocina. Aunque nunca me han tratado como a una hija, al menos espero que sean un poco compasivos con lo que acabo de pasar.

"Alexis", dice Dennis, frunciendo el ceño. "¿Qué te pasó en la cara?"

Resoplo y me limpio los restos de rímel de un lado de la mejilla. El lado donde Mark me golpeó está hinchado y me duele.

"Fue Mark", balbuceo, con lágrimas frescas cayéndome por la cara. "Él... me pegó".

Dennis y Suzanne se miran y, por un instante, creo que se van a horrorizar por el comportamiento de Mark.

En lugar de eso, Suzanne pone mala cara. "Bueno, ¿qué hiciste para enfadarlo?"

Me sobresalto, con la boca abierta. "¿Qué?"

"No te hagas la tonta, Alexis", suelta Suzanne. "Mark te pegó por una razón. ¿Qué hiciste?"

¿Cómo pueden pensar que es culpa *mía*? Los miro fijamente, incapaz de decir una palabra.

Dennis golpea la mesa con la mano. Me sobresalto. "¡Maldita sea, Alexis! ¡Responde a la puta pregunta!"

"Es porque Alexis *por fin* se ha dado cuenta de que Mark y yo nos hemos estado acostando", balbucea Emma, entrando por la puerta con Mark detrás. "Intentó romper con él".

Realmente espero que Dennis y Suzanne se molesten por esta noticia, tal vez incluso le griten.

Lo que *no* me esperaba es su siguiente reacción.

"¡Mark!" Dennis grita. "¿Cómo pudiste pegarle en la cara? ¿No te das cuenta del tiempo que tardará en curarse?"

Es como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago y me hubieran dejado sin aliento. En lugar de enfadarse porque Mark me golpeó, los Carter se enfadan porque Mark me golpeó en un lugar difícil de ocultar.

Mark se encoge de hombros y rodea a Emma con un brazo. "Se lo merecía. Me cabreó".

"¿Sabían que Emma y Mark se acostaban?" susurro, con el cuerpo frío.

"Claro que lo sabíamos", dice Suzanne. "Mark tiene necesidades y Emma estaba dispuesta a satisfacerlas, ya que *tú* no lo estabas. Pero esto funciona muy bien, la verdad".

Mi cerebro me grita que corra, pero siento todo el cuerpo como gelatina y no puedo moverme.

Mark asiente con una sonrisa retorcida en los labios. "Es cierto, Suzanne".

"¿De qué están hablando?" susurro, con el corazón latiendo entrecortadamente en mi pecho. Se me revuelve el estómago porque algo dentro de mí me dice que estoy a punto de oír algo horrible.

Emma se mira las uñas, aburrida. "Vamos a venderte, estúpida".

Mi cerebro parece entrar en cortocircuito y me cuesta respirar.

"La Hermandad pagará mucho dinero por ti, Alexis", dice Suzanne tranquilizándome, como si eso fuera a hacerme sentir mejor. "Piensa en lo mucho que nos ayudarás".

"P-pero yo cocino y limpio..."

Dennis sacude la cabeza. "Eso no basta, Alexis. Tenemos deudas, muchas. Y La Hermandad

pagará un dineral por tu virginidad".

De repente me abalanzo sobre la puerta, desesperada por escapar. Los Carter y Mark han perdido la cabeza. Es imposible que hablen en serio, pero no quiero averiguar si es así.

"¡Oh, nada de eso!" Mark me agarra por el medio y me da un revés mientras caigo al suelo. Grito mientras mi espalda choca dolorosamente con el borde de la pared. Mark se agacha y me agarra del pelo para obligarme a mirarlo a los ojos.

"Escúchame bien, Alexis Hartley", dice con veneno. "No tienes elección en este asunto. *Serás* vendida a La Hermandad, donde pueden hacer Dios sabe qué". Me tira del pelo con más fuerza y jadeo, con los ojos irritados.

"Menos mal que has sido una zorra muy frígida", se burla de mí. "Tu virginidad nos dará mucho, *mucho* dinero". Mira a Dennis y Suzanne, que observan la situación sin emoción. "¿Dónde la meto?"

"En el sótano", indica Suzanne. "Y ponle llave a la puerta. No queremos que salga antes de que llegue La Hermandad".

Mientras Mark me lleva, pataleando y gritando, al sótano, apenas oigo el clic de la cerradura por encima del eco de mis sollozos.



"¡DÉJENME SALIR!" grito mientras golpeo la puerta con todas mis fuerzas.

Pero es inútil. Nadie va a venir a buscarme.

Estoy sola.

Me acurruco en las escaleras, hipando. Me palpita la cara por la fuerza de mis gritos y por el maltrato de Mark.

Pero no sé qué me duele más. El dolor físico o el dolor de saber que ni los Carter *ni* Mark se preocuparon nunca por mí.

¿Han estado esperando a que cumpliera veintiún años para poner en práctica su plan? ¿Por eso Mark lleva tanto tiempo saliendo conmigo?

¿Era yo solo un medio para un fin?

Pero tengo que salir de aquí. No puedo esperar a que La Hermandad, sean quienes sean, venga a buscarme.

A los Carter no les importaría que La Hermandad me vendiera a alguien malvado.

Echo un vistazo minucioso al sótano. Aunque ésta ha sido mi habitación durante los últimos tres años, nunca he observado detenidamente mis alrededores. Tiene que haber otra forma de escapar.

¡Allí! ¿Cómo no la había visto antes? Una pequeña y mugrienta ventana está escondida en la esquina superior derecha del sótano. Ahora, si de alguna manera pudiera llegar hasta allí y abrirla.

Mi cómoda.

Casi resbalo por las escaleras mientras corro para agarrar mi cómoda y empujarla contra la pared. Con un gruñido de esfuerzo, me levanto. Ahora estoy a la altura de la ventana.

Para mi alivio, la ventana tiene un pestillo oxidado. La abro rápidamente y jadeo cuando el aire frío me golpea en la cara.

Pero no me importa. Soportaré el frío mientras signifique libertad.

Me muerdo el labio y me empujo hacia delante, metiendo el cuerpo por la estrecha abertura. Me aterroriza que los Carter o Mark decidan comprobar cómo estoy y me vean a medio camino

saliendo por la ventana.

Muevo las caderas, arañando la tierra y la hierba para conseguir algo de estabilidad. Contengo un grito mientras avanzo con el corazón palpitante.

No puedo permitirme que los Carter o Mark me encuentren. Me meterían en una habitación sin ventanas y sin medios para escapar.

"Vamos, vamos", susurro. De un poderoso empujón, muevo las caderas y me raspo los muslos desnudos con el borde de la ventana oxidada. Caigo de bruces en la tierra.

Pero estoy fuera. Estoy *libre*. Me pongo en pie y corro, intentando poner la mayor distancia posible entre los Carter y yo.

No llego muy lejos antes de que alguien me tire del brazo y me acerque a un pecho duro e implacable. El frío metal de una pistola me aprieta la sien y me estremezco.

Esto no puede estar pasando, grita mi mente una y otra vez.

"No hagas ni un puto ruido", me gruñe una voz al oído. "Si corres, mueres".

DAMIAN

El ritmo palpitante de la música retumba en las paredes, el bajo retumba sincronizado con las luces que se encienden en una vertiginosa gama de colores. La pista de baile está repleta de cuerpos que se retuercen, moviéndose como una masa sudorosa y ondulante al ritmo de la música.

En la barra, la gente se agolpa para llamar la atención de los barman, gritando pedidos de bebidas por encima del bajo atronador que parece sacudirme los huesos. Líquidos de colores chapotean en los vasos, adornados con frutas de colores brillantes y pequeñas sombrillas de papel.

El ritmo retumbante se oye hasta el sótano, donde me apoyo en la pared con los ojos fijos en un soldado de Invicta que lucha, ensangrentado y atado a una desvencijada silla de madera.

"Voy a preguntártelo otra vez", digo en tono aburrido, quitándome una pelusa invisible de la camisa. "¿Qué está planeando Invicta?"

El soldado me escupe un reguero de mucosidad sanguinolenta y Edo le da un revés que le hace retroceder la cabeza por la fuerza del golpe.

Suspiro y me retiro de la pared, rodeando al soldado de Invicta como un depredador rodearía a su presa.

Aunque tengo un aire de despreocupación, estoy furioso por dentro. Este maldito imbécil no nos dice una *mierda*.

En un reciente tiroteo contra Invicta, uno de mis soldados fue capturado. Nos lo devolvieron en pedazos, lo que me enfureció.

Era un muy buen soldado.

Este soldado de Invicta fue sorprendido merodeando por el cuartel general y fue rápidamente capturado y llevado a The Underground, donde hacemos nuestros mejores interrogatorios.

Normalmente, los métodos de Edo extraen la mejor información de nuestros prisioneros, pero este soldado de Invicta no dice una puta palabra.

El soldado se ríe y me sonríe, mostrando unos dientes manchados de sangre. "Invicta siempre te está vigilando, Damian Iacopelli", se burla. "El Jefe está impaciente por eliminarte de una vez".

Mi mano se cierra en un puño.

El Don de Invicta afirma que mi padre ordenó un atentado contra su novia y su hija hace quince años. Como venganza, Bobby Shields mandó matar a mi padre, a mi madre y a mi hermana.

Desde entonces estamos en guerra con Invicta, y en los últimos años se ha recrudecido.

Aprieto los dientes. Yo no tuve nada que ver con el golpe de mi padre a la mujer y la hija de

Shields, y Shields se vengó matando a mi padre, así que ¿cuál *coño* es su problema?

Invicta tiene que dejarlo ir, pero Shields está empeñado en destruir mi banda, así que tengo que contraatacar. Es lo que mi padre hubiera querido.

Maldita sea, papá. ¿Por qué coño eliminaste a la chica de Shields y a su mocosa?

Pero no puedo dejar que esta pendeja criatura sepa que me ha molestado. En lugar de eso, me agacho junto al soldado y lo miro de arriba abajo. Por su cuerpo corren riachuelos de sangre de numerosas cuchilladas. Tiene un ojo casi hinchado y la nariz torcida.

Es patético.

Miro fríamente a mi *consigliere* mientras me levanto y me sacudo pantalón de vestir. "Acaba con él".

Edo sonríe complacido. "Con mucho gusto".

Los gritos del soldado de Invicta llenan mis oídos cuando salgo de la habitación y cierro la puerta tras de mí. Una vez cerrada, no oigo nada, ya que las paredes insonorizadas impiden que nadie oiga a Edo torturar al pendejo de Invicta.

"Entonces, ¿habló?"

Mi hermana, Natalia, se apoya en la pared fuera de la sala de interrogatorios, con una pierna doblada debajo de ella y los brazos cruzados.

Sacudo la cabeza. "Ni una puta palabra".

Nat pone mala cara y se aparta de la pared. "Maldita sea. No podemos seguir perdiendo hombres, Damian".

"¡Ya lo sé!" exclamo, pasándome una mano por el cabello. "¿Qué coño quieres que haga, Nat?"

"¡Algo distinto de lo que estás haciendo ahora, que es jodidamente ineficaz!"

Antes de que pueda arremeter contra mi hermana, se abre la puerta de la sala de interrogatorios y sale Edo, salpicado de sangre.

"El trabajo está hecho", dice sombríamente, cerrando la puerta tras de sí para que no pueda ver lo que queda del miembro de Invicta.

Nat se queda mirando mientras Edo limpia su cuchillo ensangrentado con un paño blanco.

"¿Ha llegado el último cargamento?" le pregunto a Nat, queriendo cambiar de tema antes de que nos hagamos pedazos mutuamente.

La mirada de desaprobación que me lanza indica que sabe lo que estoy haciendo y que por ahora lo dejará pasar. No espero menos de Nat.

"Sí", dice, pasándose un mechón de cabello negro por detrás de las orejas. "Ya está todo. Los chicos vendrán en la próxima hora a recogerlo".

Gruño y saco el móvil, hojeando los mensajes recientes. El tío Vinny quiere reunirse conmigo pronto para hablar de un asunto importante.

"¿Cuánto se supone que vamos a sacar?"

"Quinientos mil", dice Nat de manera uniforme.

Edo silba. "Esa es una mierda buena".

Nat se encoge de hombros. "Es un buen lote".

Estoy harto de esta conversación. Vuelvo a meterme el teléfono en el bolsillo y miro a Edo.

"Vámonos. Tenemos asuntos que atender en casa. Nat, imagino que te quedarás aquí para vigilar las cosas".

Nat me adelanta con los hombros. "Por supuesto. No confío la entrega a nadie más".

~

ME ACOMODO en el asiento de cuero suave, con Edo a mi lado, mientras el conductor cierra la puerta con un golpe seco.

El afelpado cuero color crema se amolda a mi cuerpo mientras estiro las piernas y giro el cuello para intentar liberar cualquier tensión persistente. En lugar de relajarme, siento el cuerpo tenso.

No puedo dejar de pensar en los malditos de Invicta.

Por millonésima vez, maldigo a mi padre por haber ordenado supuestamente el golpe. No sé por qué lo habría hecho, ya que papá no era de los que mandan matar a la gente al azar, *sobre todo* a niños.

Por lo que yo sabía, papá e Invicta no tenían ninguna disputa cuando la familia de Shields fue asesinada, así que la afirmación de Shields de que papá ordenó el golpe me desconcierta. No tiene ninguna puta prueba.

Pero no puedo preguntarle a mi padre por qué supuestamente hizo lo que hizo, considerando que está muerto.

Mientras viva, nunca olvidaré el momento en que el tío Vinny me llamó, frenético, diciéndome que tenía que volver a casa *ya*. Sabía que algo terrible había pasado, pero no esperaba que ejecutaran a mis padres y a mi hermanita.

Invicta no tiene vergüenza. Ni puta moral.

Vale, quizá sea un poco exagerado de mi parte el burlarme de Invicta por no tener moral teniendo en cuenta que soy el Don de la Mafia Iacopelli, pero hay un maldito código por el que vivimos.

Y uno de ellos es que no matamos inocentes, especialmente niños.

¿En qué estabas pensando, papá? Ojalá me lo hubieras dicho.

Me froto las sienes mientras miro por las ventanillas tintadas, la ciudad pasando en un borrón de luces y rascacielos altísimos.

Edo rompe el silencio. "Invicta se está volviendo más audaz".

"Lo sé", replico. "No necesito que me lo recuerden".

Mi teléfono zumba y lo saco para ver un mensaje de Scarlett Rafa. Hago una mueca y me lo vuelvo a meter en el bolsillo.

Ahora mismo no tengo energía para aguantar las tonterías de Scarlett.

"Me preocupa que Invicta y La Hermandad se unan e intenten cogernos", continúa Edo.

Tamborileo con los dedos contra la puerta del coche. "Mario odia a Bobby", digo. "Pero me he dado cuenta de que La Hermandad está invadiendo nuestro territorio. Quizá tenga que reunirme con Mario y mandarlo a la mierda".

Una sonrisa se dibuja en los labios de Edo. "Apuesto a que si prometes casarte con Scarlett, aceptará las condiciones que quieras".

Hago una mueca. "No voy a volver a meter la verga en una loca".

Edo abre la boca para responder, pero lo interrumpe el sonido de neumáticos chirriando. Edo y yo salimos volando hacia delante por la fuerza, mi cara choca dolorosamente con el tabique.

Siseo cuando el coche se detiene bruscamente. "¿Qué *coño* pasa, Jordan?" le rujo al conductor, con la rabia corriendo por mis venas. Más vale que tenga una buena razón para hacer esa jugarreta o haré que Edo se encargue de él.

"Señor, lo siento mucho, pero hay un problema", dice la voz de pánico de Jordan en la parte trasera del coche. "Hay una chica retenida a punta de pistola".

Hijo de *puta*.

Cojo la pistola del bolsillo lateral de la puerta y salgo disparado del coche, Edo hace lo

mismo en el lado opuesto al mío.

Estamos en una calle residencial llena de casas de aspecto de mierda, y a pocos metros hay un hombre que sujeta por la cintura a una mujer aterrorizada, con una pistola apoyada en la sien.

El ensordecedor staccato de los disparos automáticos rompe el silencio.

Edo y yo nos lanzamos detrás del coche mientras las balas pasan zumbando en un coro mortal. Meto un nuevo cargador en la pistola y disparo.

"¡Es Invicta!" grito mientras las balas rebotan en mi coche blindado.

Me arriesgo a echar un vistazo por el borde del coche, con el olor acre de la pólvora gastada en mis fosas nasales. El soldado de Invicta rodea con el brazo el cuello de la mujer y apunta hacia nosotros antes de tirarla al suelo. La cabeza de la mujer golpea el suelo con un crujido audible.

Edo y yo nos miramos y Edo asiente. Antes de que me dé cuenta, Edo se levanta y se lanza hacia delante, apretando el gatillo. Una lluvia de balas atraviesa el cuerpo del soldado, lo lanza hacia atrás y lo aleja de la chica mientras cae sin vida a la carretera.

Doy la vuelta al coche y Edo y yo nos acercamos cautelosamente al soldado.

Su pierna se sacude.

El agudo chasquido de mi pistola atraviesa el aire cuando perforo al soldado de Invicta en la frente.

Durante un latido eterno, todo queda en silencio excepto el estridente zumbido en mis oídos y el charco carmesí que se expande alrededor del cuerpo del soldado. Edo y yo lanzamos idénticos suspiros de alivio.

"Buen trabajo", le digo a Edo, dándole una palmada en el hombro. Siempre ha sido mi mejor tirador.

Gruñe al mirar la forma arrugada de la mujer que el soldado de Invicta tenía como rehén.

"¿Qué hacemos con ella?" La señala con el pulgar.

Me acerco al cuerpo sin vida de la chica y la estudio. Su largo y rizado cabello castaño está esparcido por el camino y su corto vestido, casi indecente, le llega hasta la parte superior de los muslos. Un tacón le cuelga del pie y el otro está a unos metros de distancia.

¿Es prostituta o algo así? Debe de serlo. ¿Quién coño lleva ropa así si no te estás vendiendo?

Pero entonces, ¿por qué Invicta la retiene a punta de pistola?

La miro más de cerca. Me resulta extrañamente familiar, pero no sé dónde la he visto.

Normalmente no traigo a casa a perros callejeros, pero sé que Invicta no tardará en aparecer cuando descubran que ha habido una pelea, y por las luces que se encienden en las casas cercanas, será pronto, y no puedo justificar dejar a esta chica inconsciente en el suelo, sobre todo delante de un miembro de la banda Invicta.

Nat me va a matar por esto.

Levanto su cuerpo inerte en mis brazos y me dirijo al coche, deslizándome en el asiento trasero. Es ridículamente ligera y su cabeza se inclina hacia un lado, apretándose contra mi pecho.

"Viene con nosotros. Estamos en territorio Invicta. Puede que sepa algo".

ALEXIS

Un latido sordo me golpea detrás de los ojos mientras recupero lentamente la conciencia. Tengo la boca seca como un desierto y siento la lengua como papel de lija contra el paladar.

Parpadeo lentamente y por fin consigo abrir un poco los párpados. La luz de la luna se cuela a través de las cortinas blancas, bañando una habitación desconocida con un suave resplandor. Esta no es mi habitación. Mi ritmo cardíaco se acelera al percibir el extraño entorno.

Paredes color crema con fotos de paisajes enmarcadas. Una cómoda de madera adornada en una pared. Unas sábanas arrugadas de color azul marino me rodean las piernas.

El pánico se apodera de mí mientras intento averiguar cómo he acabado aquí. Intento incorporarme, pero un dolor punzante me atraviesa la cabeza y me obliga a volver a apoyarme en las almohadas con un gemido ahogado.

Sigo llevando ese estúpido vestido y se me ha subido hasta la cintura, dejando el culo al descubierto. Me arden las mejillas. Espero que eso haya ocurrido mientras estaba inconsciente en la cama. No podría soportar la idea de que quien me rescatara me viera en un estado tan indecente.

Pero, *¿dónde estoy?*

Los recuerdos fragmentados empiezan a recomponerse. Emma y Mark teniendo sexo... los Carter queriendo venderme a alguna organización llamada la Hermandad... estar encerrada en el sótano... escapar y ser atacada mientras sonaban disparos. La sensación de que alguien me empujaba antes de que el suelo me tragara entera. Luego, la oscuridad.

Trago saliva mientras levanto un brazo de plomo para palparme cautelosamente la cabeza. Tengo un chichón grande y levantado en la coronilla. Siseo ante el brote de dolor que me produce el más leve roce.

Vale, tengo una lesión en la cabeza.

Deben de haberme secuestrado después de caer inconsciente. No puedo creer que me hayan vuelto a secuestrar, pero esta vez no hay ningún Dennis Carter para salvarme.

El miedo se apodera de mi pecho mientras lucho por contener mi histeria. Respiro hondo, intentando calmarme. Tengo que analizar esta situación con lógica en cuanto mi confusa mente me lo permita.

No puede tratarse de un secuestro porque parezco estar razonablemente a salvo, metida en una cama y sola en una habitación.

Pero necesito salir de aquí. Dondequiera que sea "aquí". Respiro con fuerza y me incorporo, luchando contra las náuseas mientras la habitación gira violentamente. Mis pies descalzos se hunden en la alfombra de felpa color crema y me agarro al borde de la mesilla para apoyarme.

Mis ojos se posan en la puerta del otro lado de la habitación. Lo primero que pienso es salir

corriendo por ella y pensar en el resto más tarde. Pero, ¿y si acabo tropezando con otra situación peligrosa? Me muerdo el labio con ansiedad mientras debato mis opciones.

Con un suspiro resignado, me doy cuenta de que necesito más información antes de tomar decisiones precipitadas. Me tranquilizo y empiezo a husmear en el dormitorio, atenta a cualquier ruido que se produzca más allá de la puerta.

Rebusco en los cajones superiores de la cómoda de madera y me quedo helada cuando mis dedos rozan una camisa entallada de mujer. Así que este es el dormitorio de una mujer. O al menos aquí *vive* una mujer. Eso me tranquiliza un poco. Retiro la mano, frustrada por no ser capaz de desenterrar ninguna otra pista sobre de quién es esta habitación.

Unas voces apagadas recorren el pasillo al otro lado de la puerta. Contengo la respiración, aguzando el oído.

"¿La tienes encerrada en la habitación de invitados?", pregunta una voz femenina con un evidente tono de consternación.

"¿Dónde iba a meterla si no?", responde una voz masculina, que parece molesta.

"¡En un hospital! ¡*En cualquier sitio* menos aquí!"

Se hace un silencio y la voz masculina responde: "No podemos llevarla a un puto hospital, Nat. No podía dejarla allí. La habrían matado. O algo peor".

Se oye una risa áspera. "Oh, ¿así que ahora te haces el héroe, Damian? Bien hecho. Te ganaste tus puntos. Ahora sácala de aquí".

"Nat tiene razón, Damian", dice una tercera voz, con tono áspero. "Déjala en el hospital. Con ese feo chichón en la cabeza, probablemente estará conmocionada por un tiempo y nunca sabrá que estuvo aquí".

"No, creo que se quedará aquí".

Me estremezco al oír que algo golpea la pared. "¿Por qué *coño* eres tan obtuso?" gruñe la mujer.

"No sabemos nada de ella ni por qué la retenía el soldado de Invicta. Deberíamos interrogarla primero antes de decidir qué hacer con ella".

"Eso es estúpido, Damian", dice la tercera voz.

Hay una pausa pesada, e incluso yo doy un paso atrás ante el veneno en la voz del segundo hombre. "¿*Cómo* me llamaste?"

"No te disculpes, Edo", dice bruscamente la mujer. "Tiene razón, Damian. Bota a la zorra".

"Yo decidiré eso", replica la segunda voz.

Unos pasos pesados se acercan a la puerta, pausados pero decididos. Se me seca la garganta a medida que el sonido se acerca. Miro a mi alrededor frenéticamente, buscando cualquier arma que pueda utilizar para protegerme. Veo un bate de béisbol de madera apoyado en la pared junto a la ventana.

Me abalanzo sobre el bate justo cuando el pomo de la puerta gira lentamente y se abre. Lo agarro entre mis brazos y lo alzo por encima de mi cabeza, con las manos temblorosas.

En la puerta hay dos hombres y una mujer. La mujer es llamativa, con el cabello negro hasta los hombros y el flequillo enmarcando unos grandes ojos castaños que en ese momento se entrecierran en mi dirección. A su lado hay un hombre imponente, increíblemente alto, con un cuello grueso como un tronco de árbol y unos hombros tan anchos que parecen abarcar toda la puerta. Su enorme pecho se tensa contra las costuras de su camisa blanca abotonada, aparentemente a punto de reventar las fibras en cualquier momento.

Pero es el hombre que está de pie frente a los demás el que hace que me dé un vuelco el corazón.

Es el hombre apuesto de la panadería. Pero ahora parece mucho más aterrador, con el ceño fruncido y los ojos oscuros fijos en mí.

"Baja el bate", me ordena con voz de barítono.

Sacudo la cabeza, negándome a escuchar. No sé qué me pasa, porque no habría tenido ningún problema en hacerlo si Mark o los Carter me lo hubieran pedido.

"Ba. Ja. Lo", suelta el hombre, dando un paso amenazador hacia mí.

Solo agarro el bate con más fuerza, mi cuerpo empieza a temblar de terror. Nunca he sido atlética, pero no sería tan difícil golpearlo con el bate. Aunque no sé qué hacer con las dos personas que siguen en la puerta. El enorme hombre parece que podría comerme para desayunar, y no voy a subestimar a la mujer.

En un abrir y cerrar de ojos, el apuesto hombre se abalanza sobre mí, me arrebata el bate y lo parte en dos contra su musculosa rodilla. Chillo de miedo y se me congelan los pies en el suelo.

"¿Cómo te llamas?" pregunta, arrojando los trozos del bate de béisbol lejos de él.

"¿Dónde estoy?" susurro.

"No", dice el hombre apuesto, su mirada inquebrantable e intensa. "Esto no va a funcionar así. Yo hago una pregunta y tú la respondes. Empecemos de nuevo. ¿Cómo te llamas?"

Trago saliva, con la garganta contraída por el miedo. Todos mis instintos me dicen que guarde silencio, que proteja la poca intimidad que me queda.

"No quiero decirlo", respondo, con voz mansa y baja.

En un instante, el hombre está frente a mí, haciéndome estremecer. "Eso no es una opción", gruñe. "No puedes decidir qué información compartes".

El corazón me palpita en el pecho cuando se acerca, con la cara a escasos centímetros de la mía. Puedo oler la menta de su aliento y ver la ira en sus ojos.

"Ahora", dice, su voz peligrosamente baja. "Tu nombre".

Abro la boca, pero no sale ninguna palabra. El miedo me ha dejado muda, paralizada por la amenaza de su creciente agresividad. No es el mismo hombre que nos dio veinte dólares de propina a Daniela, Julia y a mí.

El hombre aprieta la mandíbula y me agarra por los brazos. Gimo involuntariamente cuando sus dedos se clavan en mi carne.

"Damian", dice el hombre de la puerta, con voz de advertencia, pero el guapo Damian lo ignora.

"No voy a preguntártelo otra vez", sisea. "Dime tu puto *nombre*".

Se me llenan los ojos de lágrimas. "A-Alexis", balbuceo, con la voz temblorosa. "Me llamo Alexis".

Damian suelta el agarre y una sonrisa de satisfacción se dibuja en su atractivo rostro. "¿Ves?" dice burlón. "No ha sido tan difícil, ¿verdad?"

No digo nada, mi cuerpo tiembla con una potente mezcla de miedo y vergüenza. He entregado mi identidad a este desconocido y, en este momento, me siento impotente.

"Soy Damian. Y para responder a *tu* pregunta, estás en mi casa. Ahora que hemos terminado con esas galanterías, ¿qué hacías con un soldado de Invicta?"

¿Con quién?

Mi cara debe de mostrar mi confusión, porque Damian pone los ojos en blanco. "Antes te tenían retenida con una pistola", dice. "Por un miembro de la banda Invicta. ¿Por qué te perseguía?"

"N-no lo sé", susurro, todavía asustada por la pregunta de Damian sobre mi nombre. Me froto los brazos cohibida, dolorosamente consciente del vestido que llevo. La vergüenza me quema las

mejillas y lucho por contener las lágrimas.

Damian ladea la cabeza y sus ojos oscuros me estudian. "¿No lo sabes?" repite.

Sacudo la cabeza furiosamente, ignorando la oleada de dolor que siento al hacerlo. "No".

Me rodea, como un depredador acechando a su presa. "Verás, no me lo creo, *Alexis*. ¿Quieres decirme que estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado en un barrio dirigido por Invicta?" Se burla, haciendo una pausa y sacudiendo la cabeza. "¿Ves por qué no te creo?"

Ni siquiera sé de qué está hablando. No sé quién es Invicta y no entiendo a qué se refiere cuando dice que el barrio es "dirigido por Invicta".

"¿Conoces a La Hermandad?"

Me pongo rígida. Mark indicó que pensaba venderme a ellos, pero no sé casi nada de ellos aparte de su nombre. "No, no los conozco".

"Entonces". Damian reanuda su ronda. "O me estás mintiendo, cosa que te aconsejo encarecidamente que no hagas, o eres una puta y fue una cita que salió mal". Me mira el vestido y sus ojos se detienen en mis piernas desnudas.

Me quedo boquiabierta. De repente, me invade una ira insoportable. Antes de que pueda contenerme, la palma de mi mano abierta golpea la mejilla de Damian con una sonora bofetada. "¡*No* soy una prostituta!" casi grito. "¡Cómo te *atreves*!"

Retrocede tambaleándose y, cuando levanta la vista hacia mí, en sus ojos oscuros relampaguea una ira que promete venganza.

"¡Damian!" grita la mujer con urgencia, viendo la gravedad de la situación.

Retrocedo, mi acto impulsivo me pesa de repente. ¿En qué estaba pensando al agredir así a un desconocido? ¿Especialmente a un desconocido que me tiene en su casa y que tiene fuerza suficiente para partir un bate de béisbol por la mitad?

Damian se voltea hacia la puerta donde están la mujer y el hombre. "Déjennos", dice peligrosamente.

"Pero..."

"*Ahora*".

Los dos intercambian miradas, y quiero gritarles que por favor se queden, pero soy incapaz de hacerlo. En lugar de eso, observo impotente cómo la mujer y el hombre cierran la puerta y sus pasos se alejan.

Damian se gira hacia mí con una mano en alto. La escena me resulta demasiado familiar y me estremezco, con el corazón latiéndome con fuerza.

"P-por favor, no me pegues", suplico con los ojos llenos de lágrimas. "Lo siento mucho. No quería pegarte. Ha sido un accidente. Yo..."

Damian hace una pausa, con la mano en alto y una mezcla de rabia y confusión en la cara. "¿Pegarte? ¡No iba a pegarte!"

Le miro con recelo y señalo su mano levantada. Él sigue mi movimiento y veo que se da cuenta. Sus hombros tensos se relajan y baja la mano hacia el costado.

Siento un gran alivio al darme cuenta de que no van a volver a golpearme. Cierro los ojos y suspiro.

Cuando vuelvo a abrirlos, Damian me mira con otros ojos. Es entonces cuando me doy cuenta de que está mirando el moratón que tengo en la mejilla por el primer golpe de Mark.

"¿Dónde te lo has hecho?" me pregunta Damian, con una voz mucho más suave de lo que estoy acostumbrada.

Se me seca la boca y me estremezco cuando Damian da otro paso hacia mí. Levanta las manos en señal de rendición.

"No voy a hacerte daño".

"No te conozco", susurro, alejándome de él.

"Tú eres Alexis y yo soy Damian", señala. "¿Ves? Ahora nos conocemos".

"Así no es como funciona", digo mientras me rodeo con los brazos. Los ojos de Damian se posan en los moratones de mis brazos y sus ojos se entrecierran.

"Mira, está claro que estás herida, y bastante por cierto", dice Damian. "Solo quiero asegurarme de que estás bien".

Su cambio de personalidad es tan brusco que me marea. En un momento, está exigiendo saber mi nombre y rompiendo un bate de béisbol, y en el otro, está intentando averiguar si estoy bien.

"Entonces, ¿por qué no me llevas al hospital, como sugirieron tus amigos?"

Una mirada sombría cruza su rostro, e inmediatamente me arrepiento de mis palabras. No quería que escuchara su conversación y me acabo de poner en evidencia.

"Yo... yo..."

"¿Puedo echar un vistazo a tus lesiones?" pregunta Damian de nuevo, la tensión abandonando su cuerpo.

Me muerdo el labio y lucho con mis pensamientos. Es una contradicción andante. Damian es un desconocido, pero me doy cuenta de que es sincero sobre mis lesiones. Estuvo a punto de agredirme cuando no quise decirle mi nombre, pero también me rescató de un secuestro. Puede romper un bate de béisbol, pero también da veinte dólares de propina a los trabajadores de la comida.

Mis propios sentimientos me sorprenden. Me siento *agradecida* con este extraño hombre por no dejarme en la calle, donde probablemente me habrían encontrado Mark o los Carter.

¿Es esto el síndrome de Estocolmo?

"¿Y bien?" presiona Damian.

Asiento con la cabeza, dejando caer lentamente los brazos a los lados. "De acuerdo", susurro.

Cuando Damian acorta la distancia que nos separa, siento un vacío en el estómago igual que en una montaña rusa. Su colonia me envuelve en lo que parece un cálido abrazo, y mi estómago se retuerce de nervios.

Sus dedos me tocan suavemente la cara y se me cierran los ojos. Siseo cuando me toca un punto especialmente sensible de la mejilla, pero también siento calor y fuego.

"¿Quién te ha hecho daño?" me pregunta Damian en voz baja. "Estos moratones no son de Invicta". Sus manos se deslizan por mi cara. "Voy a voltearte para revisarte la espalda".

"Vale", susurro de nuevo.

Me siento intensamente vulnerable, pero también, de alguna manera, cómoda. No tiene sentido. Mark nunca me hizo sentir así.

Las manos de Damian están calientes cuando me presionan la espalda. Me estremezco al sentir un dolor en el costado izquierdo.

"Tienes un moratón enorme junto a las costillas", dice Damian, y sus manos se detienen en ese punto. "Eso *tampoco* es del soldado de Invicta. Parece que te lanzaron de un lado a otro. Te lo voy a preguntar una vez más. ¿Quién te ha hecho daño?"

Se me pone la piel de gallina, el estómago se me revuelve con un calor que me recorre el cuerpo, un hormigueo húmedo al que no estoy acostumbrada. Es una sensación incómoda, así que me alejo de la atracción magnética de Damian.

No quiero decirle a Damian quién fue, pero no creo que me permita eludir la pregunta.

DAMIAN

Esta chica Alexis me está volviendo jodidamente loco. No consigo entenderla.

Un momento, está temblando y mansa como un cordero. Al siguiente, me abofetea en la cara por llamarla puta.

Me tiene miedo, eso lo sé por sus pupilas dilatadas y su elevado ritmo cardíaco, pero también se niega obstinadamente a decirme *nada* importante.

Solo responde ante amenazas de violencia. Afirma no saber nada, especialmente sobre Invicta.

Y lo que es más enloquecedor, no quiere decirme quién coño le causó esos moratones y lesiones.

Alexis se estremece y se rodea con los brazos. El vestido, ya de por sí corto, se le sube hasta que casi puedo verle el culo. Su cabello rizado se bambolea y tengo que hacer todo lo posible para no enrollar un tirabuzón alrededor de mi dedo.

¿Puede culparme por pensar que era una puta? ¿Quién coño lleva vestidos así si no está buscando un cliente?

¿Pero por qué coño estaba siendo retenida a punta de pistola por Invicta? No tiene ningún sentido. Invicta se dedica al comercio de armas. No se dedican al tráfico de personas como La Hermandad. No, hay algo más que Alexis no me está diciendo, y me está haciendo molestar.

"¿Así que no vas a decirme quién te hizo daño?" pregunto, dando un paso hacia ella.

Ella niega con la cabeza. "Querrás hacerles daño".

Probablemente, pero ella no necesita saberlo. Puedo ser muchas cosas: Don de la Familia del Crimen Iacopelli, asesino, traficante de drogas y un idiota en general, pero no le pego a las mujeres. Mi madre me crió mejor que eso, y Nat literalmente me mataría.

"¿Por qué los proteges?" Otro paso adelante. Sus ojos se abren de par en par ante mi proximidad, y puedo ver las motas de oro en sus ojos color avellana y sus largas pestañas negras. Unas pecas espolvoreadas le cubren el puente de la nariz y se muerde el grueso labio rosa.

Alexis aparta la cabeza y yo frunzo el ceño, irritado.

¿Quién coño se cree para negarse a responder a mis preguntas?

Le pongo un dedo bajo la barbilla y vuelvo a girarle la cabeza hacia mí, obligándola a mirarme a los ojos.

"Responde a mi pregunta", gruño. La satisfacción aumenta en mí cuando la respiración de Alexis se agita y mueve sus dedos nerviosamente. Bien. Debería estar nerviosa.

"Por favor", susurra, y casi resoplo. ¿De verdad cree que eso va a funcionar conmigo?

Saca la lengua para humedecerse los labios y no puedo evitar seguir ese movimiento, observando cómo se desliza por el borde de su boca.

Siento cómo se me endurece la verga, pero me niego a escucharla. Esta chica es un enigma, y estoy decidido a averiguar más sobre ella.

"Lo estás poniendo más difícil de lo necesario", murmuro, con los ojos clavados en los suyos. "Dime quién te ha hecho daño".

Mis manos bajan hasta su cintura y se posan en sus caderas. Jadea y aparta la mirada de mí para mirar hacia abajo.

Qué interesante.

Acerco la cara a la suya y le rozo el cuello con la nariz. Dios, *qué suave* es su piel. Su cuerpo tiembla y ella traga saliva ante mi proximidad.

Si no estuviera convencido de que no es una puta, sus reacciones me habrían hecho cambiar de opinión. Es demasiado asustadiza, se comporta como un animal listo para huir en cualquier momento.

¿Es virgen?

La idea me estremece y me emociona al mismo tiempo. Aunque no tengo intención de hacerle *nada* a esta chica Alexis, me imagino tirándola donde la encontré y haciéndole saber a su pareja que le quité la virginidad.

Pero los moratones me sacan de mis ensoñaciones y es como si me echaran un cubo de agua fría por la cabeza.

Antes de permitirme seguir fantaseando, necesito averiguar algunas cosas. Uno: quién le hizo esos moratones y por qué. Dos: ¿por qué Invicta la retenía a punta de pistola? Tres: ¿De verdad quiero meterme en medio de todo esto?

De mala gana, me alejo, resistiendo el canto de sirena de Alexis. Saco el móvil de forma ostensible y envío un mensaje a Nat.

Damian*: Vuelve. Te necesito.*

Alexis parece tan afectada como yo, y la veo soltar un suspiro que claramente estaba conteniendo.

Sonrío. Bien.

La puerta se abre unos segundos después y aparece Nat, que nos mira con el ceño fruncido.

"Puntual como siempre, Nat", digo, quitándome una pelusa invisible de la ropa. "Lleva a Alexis a una habitación de invitados y cierra la puerta".

La cara de horror de Alexis casi me hace reír. Se lo merece por no decirme una mierda.

"Pero..."

"Pero, *nada*. Hasta que averigüe quién eres y qué hacer contigo, no irás a ninguna parte".

~

ENTRO A GRANDES zancadas en una habitación poco iluminada en la parte trasera de The Underground, mi traje caro contrasta con la ropa atrevida que llevan los clientes. Edo me flanquea de cerca mientras me acerco a la mesa donde están sentados mis capos.

"¿Qué tenemos?" pregunto, sentándome y chasqueando los dedos para pedir un whisky. Inmediatamente me lo ponen delante y bebo un sorbo, saboreando el ardor del alcohol mientras se abre paso por mi garganta.

Paulie, mi capo más veterano, desliza un sobre hacia mí. "El envío ha llegado hoy de Montreal. El producto tiene buena pinta".

Abro el sobre y examino las fotos del interior, asintiendo satisfecho ante los ladrillos de polvo blanco. "¿Algún problema en la frontera?"

"No, nuestros chicos untaron las manos correctas", dice Paulie con una sonrisa, mostrando un diente de oro. "El FBI ni pestañeó".

"Bien, bien", digo, cerrando el sobre y entregándoselo a Edo, que lo guarda en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje. "¿Qué más?"

Esta vez habla Nicky, el capo más joven. "He oído rumores de que los Colombo están husmeando en lo que hacemos en State Street. Quizá haya que recordarles los límites".

Una sonrisa depredadora se dibuja en mis labios. Los Colombo han sido una espina clavada durante un tiempo. El Don desertó de La Hermandad, y de algún modo no acabó muerto, y creó su propia Mafia. Llevan tiempo intentando hacerse un hueco en mi territorio.

"Haz que Buddy y Luciano les hagan una visita. Que les rompan algunas rótulas si es necesario para hacerles llegar el mensaje".

Los capos asienten, sabiendo que mis métodos son duros pero eficaces. Me bebo el resto del whisky y me levanto. "Me largo de aquí. Ya saben qué hacer".

Edo y yo nos dirigimos a la apartada sala VIP, donde se aparece una camarera vestida con poca ropa y nos trae dos vasos más de whisky. Los pulsantes ritmos de la música tecno vibran en el ambiente.

Sonrío maliciosamente mientras me acomodo en mi asiento. Este es mi palacio del vicio y el pecado, y yo soy el rey.

Mis enormes guardaespaldas permanecen de pie junto a las puertas, con sus cabezas afeitadas y sus voluminosos armazones recordando a cualquiera que pase por allí que no joda con ellos.

Edo se toca la oreja, señal inequívoca de que está recibiendo un mensaje en el auricular, y se inclina hacia mí.

"Giorgio dice que Vinny está aquí con Mario Rafa. Quieren hablar contigo".

Hago un gesto de irritación con la mano, mirando a las bailarinas con poca ropa que se retuercen al ritmo de la música. "Que suban".

El tío Vinny es hermano de mi padre y fue subjefe de los Iacopelli. Después de la muerte de mi padre, hubo una lucha de poder porque el tío Vinny pensó que era su derecho a reclamar la posición Don.

Pero esa posición era *mía*. Hubo una breve escaramuza en la que acabé brutalmente con los partidarios de tío Vinny. Después de eso, el tío Vinny cedió. Nat intentó convencerme de que matara al tío Vinny, pero me negué. Quizá fuera estúpida lealtad familiar, pero no podía mandar a asesinar al último lazo con la familia de mi padre.

Así que el tío Vinny se ha mantenido al margen de la familia y de vez en cuando es la voz de la razón cuando Nat y Edo no me han convencido de lo contrario.

Pero Mario Rafa... *ugh*.

Los Iacopelli y La Hermandad tienen una relación tensa. Una vez fuimos aliados cercanos, ya que yo había estado comprometido con la hija de Mario, Scarlett.

Scarlett. Es tan hermosa como peligrosa. Su piel de porcelana y sus grandes ojos azules ocultan el veneno que se esconde tras esa fachada angelical. Una vez caí en su trampa, viendo solo su belleza exterior y su refinada elegancia.

Estábamos planeando nuestra boda cuando Scarlett me pidió que hiciera algo censurable. Enfurecida después de que le cortaran el paso y le hicieran un gesto con el dedo medio mientras conducía, Scarlett buscó al responsable de este desaire y descubrió que era un hombre casado y padre de dos hijos. ¿Su plan? Que mis hombres dispararan en el patio del colegio del hijo del conductor como venganza.

Soy un hombre de principios y *no* matamos niños. Los niños son inocentes, y no me trago la

mierda del adagio de "los pecados del padre". Así que me negué. Scarlett rompió conmigo poco después, alegando que yo no tenía el "empuje" o el "compromiso" para hacer las cosas.

De todos modos, acabó disparando al parque infantil y matando al hijo del conductor, para su satisfacción.

Aunque nuestra relación es tirante, *respeto* a Mario Rafa. Es un vestigio de la vieja guardia, un eslabón de la *omertà* siciliana. Mario hace todo lo posible por contener las tendencias más psicóticas de Scarlett, pero, como demuestra la masacre del patio del colegio, hace la vista gorda ante ellas.

Lo entiendo. A veces es más fácil dejar que Scarlett haga lo que quiera en lugar de afrontar sus consecuencias.

Mis guardaespaldas se separan y permiten la entrada a mis invitados.

"Tío Vinny", digo, negándome a levantarme. "Mario. Confío en que todos estemos gozando de buena salud".

Los dos hombres murmuran cumplidos similares. Chasqueo los dedos y nos acercan dos sillas más cómodas.

Observo a Mario mientras toma asiento. Tiene todo el aspecto del clásico jefe de la mafia de otra época. A sus setenta y pocos años, su musculoso cuerpo se ha engrosado con la edad, y el traje de sastrería fina se tensa ligeramente contra su pecho corpulento. Lleva el cabello blanco como la nieve recortado con un severo estilo militar y peinado hacia atrás, apartándolo de su rostro perfilado. A pesar de su edad, los ojos de Mario siguen irradiando una inteligencia intensa y astuta.

"Iré al grano", dice el tío Vinny, arrancando un puro cubano y encendiéndolo. Una nube de humo azul se eleva hacia el techo. "Mario necesita ayuda para encontrar a alguien".

Levanto una ceja y vuelvo la mirada hacia Mario. "¿Es cierto?"

Mario desliza un sobre manila hacia mí. Miro a Edo, que asiente, coge el sobre y lo abre para revelar un papel doblado y varias fotografías.

Edo frunce el ceño mientras me entrega el papel, y yo hojeo el contenido. Parece un contrato entre La Hermandad y un tal Mark Abernathy.

"¿Qué estoy viendo?"

Mario se inclina hacia delante. "Mark Abernathy es nuestro más reciente recluta", dice con voz grave. "Para demostrar su lealtad a La Hermandad e iniciarle como miembro de pleno derecho, Mark nos prometió una joven virgen. Le dimos un adelanto de mucho dinero para asegurarnos de que nos la traiga".

Aunque mi rostro permanece frío e impasible, hago una mueca interna. La Hermandad es una de las familias criminales más ricas de la zona de Chicago *por* su proclividad al tráfico de personas. Es un negocio desagradable y repugnante en el que me niego a meterme.

¿Tráfico de drogas? Claro, mis clientes eligen pagar dinero para drogarse. ¿Tráfico de seres humanos? Por supuesto que no. No hay elección, no hay libre albedrío en el asunto para esas chicas.

"Tu primer error fue darle el dinero a Mark antes de que él te diera la mercancía", digo, tirando el contrato al suelo.

Mario entrecierra los ojos. "¿Tienes algún problema con cómo llevo mi negocio, Damian?"

Me encojo de hombros. Puede que sí".

El tío Vinny levanta una mano tranquilizadora. "Tranquilos, amigos. No dejemos que los ánimos se descontrolen. Todos somos amigos".

Quiero burlarme. Sí, amigos de verdad. Regla número uno en el mundo de la mafia. No

tienes amigos. Simplemente tienes treguas incómodas, y una pequeña chispa reavivará una llamarada de violencia.

"Además", dice el tío Vinny. "Estoy seguro de que Damian no quiso faltar el respeto. Todo es un pequeño malentendido".

Frunzo el ceño por tener que asentir, pero comprendo el juego al que estamos jugando. "Sí, solo un pequeño malentendido, Mario. No volverá a ocurrir".

Mario me estudia. "Asegúrate de que no ocurra".

Qué no haría por meterle una bala en la cabeza ahora mismo. Pero en lugar de hacerlo, hago un gesto con la mano. "Continúa".

"Mark encerró a la chica porque aparentemente, el idiota le dijo cuál era el plan. Nos llamó para que fuéramos a buscar nuestro artefacto. Para cuando aparecimos, la chica había escapado".

Levanto una ceja. "¿Cómo escapó?"

"Por una ventana del sótano", espeta Mario. "El muy idiota no se molestó en asegurar el perímetro".

¿Y éste es alguien a quien estás dispuesto a dejar entrar en tu organización? Tengo la réplica en la punta de la lengua, pero la contengo. Está claro que Mario ya está nervioso.

"Mario necesita tu ayuda para encontrar a esta chica", interrumpe Vinny, con los dedos enroscados en los reposabrazos de su silla. "Los Iacopelli siempre han sido excelentes rastreando a la gente".

Es cierto, lo somos, pero nada de esto tiene sentido. ¿Por qué Mario viene a mí?

"¿Por qué no has hecho que Scarlett la busque?"

Mario frunce el ceño, los ojos brillantes. "Quiero a esta chica viva, no muerta", suelta.

Buen punto. Le tiendo la mano a Edo y él, sin decir palabra, me tiende la pila de fotografías. "¿Qué hay para mí?" pregunto despreocupadamente mientras empiezo a hojear las fotos. "Esto requerirá mucha mano de obra, Mario. Es costoso".

"Si encuentras a esta chica y la traes viva, te llevarás un diez por ciento de su venta".

"Treinta", respondo.

"Veinte", replica Mario.

"Veinticinco".

"Trato hecho. Nos damos la mano, prefiriendo manejar situaciones como ésta con un pacto entre caballeros.

"Esta chica debe ser importante si vienes a verme", digo distraídamente, mirando una foto de una casa de mierda y una panadería.

Mario se remueve en su asiento. "Muy importante. Será nuestro artefacto más caro".

Levanto una ceja mientras paso a otra foto. Una chica está de perfil, sin saber que la están fotografiando. Lleva el cabello castaño largo, rizado y recogido hacia atrás, mostrando un cuello esbelto.

Me resulta familiar.

"¿Algún motivo específico?" le pregunto.

El tío Vinny interrumpe. "No tiene importancia. Solo hay que encontrarla lo antes posible".

"Debería ser fácil. La chica está asustada. Cometerá errores. Dime, ¿cuál es su nombre?" Paso a otra foto. Esta vez, la chica mira al frente. El cabello le cae en cascada por la espalda y sus ojos color avellana se abren de par en par mientras mira algo a lo lejos.

Se me cae el corazón a los pies. Ahora sé por qué esta chica me resulta tan familiar.

Es porque está encerrada en mi casa.

"Se llama Alexis", dice Mario. "Alexis Hartley".

ALEXIS

Hago todo lo que puedo para evitar que esta mujer, Nat, creo, me arrastre a otra habitación, pero es mucho más fuerte que yo y básicamente me lleva a mi nueva prisión como si fuera un saco de harina.

Me deja sin ceremonias en la alfombra y se acerca a la puerta.

"Por favor, no me encierres aquí", le ruego. "Por favor, déjame ir. No se lo diré a nadie. Lo juro".

Nat se detiene en el umbral y gira ligeramente la cabeza. "No puedes irte hasta que el Don diga que puedes. Volveré más tarde con algo de comida".

Y cierra la puerta. Oigo un clic cuando la cerradura encaja en su sitio y los pasos de Nat se desvanecen.

Corro hacia la puerta y la golpeo, con los nudillos en carne viva y enrojecidos. "¡Que alguien me ayude!" grito. "¡Por favor! ¡Déjenme salir!"

Solo el silencio responde a mis súplicas.

Me hago un ovillo, luchando contra el terror que amenaza con salir de mí. Había conseguido escapar de un captor, solo para caer en los brazos de otro.

Pero *había* salido de la casa de los Carter. Lo que significa que también puedo salir de aquí.

Abandonando la puerta, me doy la vuelta y examino la habitación. Es una réplica exacta de la habitación anterior en la que estuve, solo que al revés. Las sábanas de felpa adornan la cama con dosel, y a la izquierda del dormitorio hay una puerta que da a un cuarto de baño.

Enderezo los hombros y corro hacia el ventanal que da a la cama. Siento alivio al abrirlo y el aire frío me da una bofetada en la cara.

Miro hacia abajo y veo que al menos estoy en el segundo piso. Escapar de aquí no será tan fácil como en casa de los Carter. No puedo saltar sin hacerme mucho daño.

¿Qué puedo hacer?

Mis ojos se posan en las mantas de la cama y se me ocurre una idea. Si ato suficientes sábanas, toallas y mantas, podré hacer una cuerda improvisada lo bastante larga para bajar.

Doy vueltas por el dormitorio y recojo todas las telas que encuentro: sábanas de la cama, toallas mullidas del cuarto de baño y una manta extra en el último cajón de la cómoda.

El corazón me late en los oídos mientras tejo los materiales en una cuerda improvisada, mirando por encima del hombro hacia la puerta cerrada. Nat había dicho que volvería con comida, pero no me dijo *cuándo*.

Voy a tener que trabajar deprisa.

Extiendo dos sábanas, maravillada por lo suaves que son, y ato las esquinas formando un nudo apretado. Repito el proceso con cada una de las esquinas y mi cuerda improvisada se hace

cada vez más larga.

Mientras trabajo, no puedo evitar pensar en Damian.

Me da miedo, pero también me siento extrañamente atraída por él. No entiendo *cómo* puede ser, teniendo en cuenta que acaba de tomarme cautiva.

Pero me *salvó* de la persona con el arma. Podría haberme dejado en la calle para que Mark o los Carter me encontraran. Pero no lo hizo. Aunque sus intenciones no fueran buenas, me puso a salvo.

Al menos aquí no tengo que preocuparme de ser vendida como ganado. Al menos no creo que tenga que hacerlo.

Hago una pausa en mi tejido, tiritando, aunque no estoy segura de si es por el aire frío que entra por la ventana abierta.

No puedo creer que este lugar, la *casa* de Damian, sea un sitio que considere seguro. Por lo que sé, podría tener una mazmorra en la que planea encerrarme. O podría hacer que me maten.

Pero cualquier cosa sería mejor que quedarme con los Carter y ser vendida a La Hermandad. Vuelvo a estremecerme, sintiendo que las náuseas se apoderan de mí. Siempre ha sido evidente que los Carter nunca me han querido de verdad y siempre me han tratado como a un ciudadano de segunda clase. Yo era la intrusa. Mi ropa era ropa usada de Emma, y Emma siempre recibía las raciones más grandes de comida, los mejores juguetes. Emma recibía las vacaciones lujosas mientras yo me quedaba en casa. Las únicas veces que los Carter me trataban bien era cuando sabían que mi trabajadora social vendría para su visita trimestral.

Suzanne siempre dejaba muy claro con su fría indiferencia y su comportamiento negligente que yo era una carga que le molestaba, y Dennis era demasiado cobarde y apático para intervenir o siquiera mostrarme una pizca de calidez o amabilidad. Entonces, ¿por qué me odian tanto? Si nunca quisieron un segundo hijo, ¿por qué me rescataron de mis posibles secuestradores? ¿Y qué le he hecho yo a Emma? ¿Es porque me consideraba una intrusa, una amenaza para el amor y la atención de sus padres?

Y a pesar de todo, no he hecho nada malo para provocar su aversión que yo pueda comprender. Me partí el lomo con las tareas domésticas, saqué buenas notas en el colegio y no me metí en líos. Siempre fui educada y servicial, aferrándome a la esperanza de que si me esforzaba lo suficiente, si trabajaba lo suficiente, si demostraba lo que valía, tal vez entonces los Carter me aceptarían por fin. Quizá entonces podría tener la familia que tanto ansiaba.

Las lágrimas me queman los ojos. ¿Qué es lo que está tan mal en mí o me hace imposible de amar? ¿Por qué los Carter me odiaban tan visceralmente cuando yo lo había hecho todo para ser la hija adoptiva perfecta y agradecida? ¿Por qué me traicionaron de la peor manera posible intentando venderme al mejor postor?

No lo entiendo. Tal vez nunca lo haga.

En momentos como este echo tanto de menos a mi madre que siento un dolor físico en el pecho. Aunque apenas recuerdo su aspecto, recuerdo cómo se sentían sus manos cuando me acariciaba el cabello, el olor de su perfume cuando me acurrucaba en su cuello y el calor de su cuerpo cuando me abrazaba.

Me quería incondicionalmente, y nunca me sentí una carga ni sola cuando estaba con ella. Cuando las cosas iban realmente mal, soñaba que mi madre llamaba a la puerta, dispuesta a llevarme a casa, a un lugar donde estuviera segura y me quisieran.

Resoplando, me levanto con la cuerda anudada entre las manos. No puedo centrarme en el pasado. Ahora mismo, mi única esperanza es que esta cuerda sea lo bastante larga.

Tiro la cuerda por la ventana y veo cómo se despliega en la oscuridad. Para mi consternación,

la cuerda cuelga a unos tres metros del suelo. Maldigo en voz baja y corro hacia la cómoda. Rebuscando en cada cajón, saco triunfalmente otra sábana encimera. Incorporo rápidamente la sábana a mi cuerda improvisada, entrelazando los extremos por los huecos del nudo de la sábana.

Tenso la cuerda. Parece precaria, como si un buen viento fuerte fuera a desatar los nudos, pero tendrá que servir. Tengo que confiar en que mis nudos están bien apretados.

Unos pasos resuenan en el pasillo y me quedo helada, con el corazón retumbándome en el pecho. Aunque pudiera esconder la cuerda, la cama desvalijada, el baño vacío y los cajones abiertos de la cómoda delatan mi engaño. Apenas puedo respirar cuando oigo que los pasos se hacen más fuertes antes de desvanecerse a medida que la persona del pasillo se aleja.

Suelto el aliento, me tiemblan las rodillas y me apoyo en el colchón. Ha estado demasiado cerca. Tengo que salir de aquí *ahora mismo*.

Rápidamente ato un extremo de la cuerda a la columna de madera maciza más cercana a la ventana, asegurándola lo más fuerte que puedo. Doy un fuerte tirón para comprobar su resistencia, me acerco a la ventana y miro hacia abajo.

Aunque nunca he tenido miedo a las alturas, me doy cuenta de lo que estoy a punto de hacer y la vista se me nubla de repente. Respiro hondo y tembloroso, tiro la cuerda por la ventana y balanceo una pierna sobre el alféizar.

La puerta se abre de repente y Damian entra en la habitación.

Me quedo paralizada, con el corazón latiéndome en los oídos.

Demasiado tarde. He tardado demasiado.

Damian parpadea, como si no se creyera lo que está viendo. Sus ojos recorren el dormitorio, observan la cama desvestida y a mí encaramada al alféizar de la ventana. Su cara se tuerce de rabia.

"¿Vas a alguna parte?" pregunta Damian, dando un paso amenazador hacia la habitación.

Abro la boca, pero no sale ninguna palabra. Solo puedo aferrarme al marco de la ventana, temblando, mientras él avanza.

Presa de un pánico ciego, lanzo la otra pierna por encima del alféizar, tratando desesperadamente de agarrarme a la cuerda improvisada. Pero Damian se mueve a una velocidad asombrosa, acortando la distancia en cuatro zancadas. Me agarra las muñecas y me hala con fuerza hacia el dormitorio.

Caigo sobre el colchón, jadeando mientras el aire abandona mi cuerpo. Antes de que pueda volver a respirar, estoy inmovilizada contra la pared, con el cuerpo de Damian pegado al mío para asegurarse de que no pueda escapar, los brazos levantados junto a la cabeza y sus manos envolviendo mis muñecas.

"¿Me estás *jodiendo*?" ruge Damian, con la cara a escasos centímetros de la mía. "¿De verdad creías que podías escapar de mí?"

Debería aterrorizarme su proximidad y su ira, pero me siento abrumada por la atracción que siento hacia él. No ayuda que ahora esté increíblemente guapo. El traje que lleva es innegablemente caro y le sienta como un guante, abrazando sus anchos hombros y estrechándose hasta acentuar sus estrechas caderas y cintura.

"Responde a mi *puta* pregunta, *Alexis*", me sisea al oído, provocándome un escalofrío. Se me pone la carne de gallina.

"Sí, pensé que podría escapar", susurro, con la cabeza inclinada hacia atrás para exponer mi garganta.

Damian gruñe y, maldita sea, el sonido es increíblemente *sexy*. "Debería atarte a la cama usando esa puta escalera de cuerda tuya".

¿Por qué esa idea me excita tanto? Se me calientan las mejillas cuando me vienen a la mente pensamientos no solicitados de lo que Damian podría hacerme mientras estoy atada.

Incluso con la rabia y la ira de Damian, noto que tiene cuidado de no agravar ninguna de las lesiones que Mark me dejó. Aunque me aprieta contra la pared, no me duele la espalda y tiene cuidado de no tocarme la mejilla magullada.

Se aparta un poco, su mirada ardiente se clava en la mía y todos mis pensamientos coherentes se detienen.

"¿Vas a volver a huir?" me pregunta con voz susurrante.

Sacudo la cabeza. "N-no".

¿Y si salgo corriendo? ¿Me atraparía? ¿Qué me haría? Se me acelera el pulso al pensarlo y el calor húmedo que se acumula entre mis muslos se convierte en un dolor visceral e instantáneo. Quiero cruzar las piernas y retorcerme, pero no quiero llamar la atención sobre mi excitación.

Damian retrocede un poco y me suelta las muñecas, que caen sin fuerzas a los lados. Sus ojos no se apartan de los míos mientras se quita la chaqueta y la tira sobre la cama. Casi se me desencaja la mandíbula al ver sus manos trabajar en el cuello de la camisa, quitándose la corbata de seda de un tirón antes de desabrocharse el botón superior de su impecable camisa blanca.

Ese tentador atisbo de piel bronceada y tensa y la promesa de músculo esbelto debajo me provocan una descarga eléctrica de puro anhelo que me recorre las venas.

Esto es peor que una tortura. Mi cuerpo es hiperconsciente de su presencia. ¿A quién le importa que sea miembro de la Mafia? ¿A quién le importa que probablemente haya asesinado y destruido incontables vidas? Todo pensamiento racional me ha abandonado, dejándome con una necesidad abrumadora de *él*.

La mirada de Damian me recorre lentamente, dejando un rastro abrasador a su paso, y no puedo negar el efecto vertiginoso de estar atrapada bajo esa intensa mirada. Esos ojos intensos no pasan nada por alto, captando cada curva, cada respiración y cada emoción que probablemente recorre mi rostro.

Se inclina hacia mí. "¿Dónde aprendiste a atar una cuerda así?" gruñe contra el pulso martilleante de mi garganta, con su barba deliciosamente áspera contra mi piel hipersensible.

Trago saliva, y mi interior vuelve a apretarse de deseo. "Me... me enseñaron hace mucho tiempo", susurro.

"¿Quién?"

Me sorprende incluso recordar mi nombre a estas alturas. "Un hombre con el que trabajé. Era un veterano de la Marina".

Damian vuelve a acercarse y su cuerpo queda a escasos centímetros del mío. Lucho contra el gemido que intenta salir de mi cuerpo, resistiendo el impulso de cerrar los ojos e inclinar la cabeza hacia atrás. Siento su cálido aliento en mi cara y el olor de su colonia cuando se inclina hacia mí. Sus labios están tan tentadoramente cerca que creo que está a punto de besarme.

Mi corazón palpita de anticipación y mis labios se separan ligeramente mientras inclino la cabeza. Pero en lugar de besarme, Damian se detiene, con la cara cerca de la mía.

"No has sido sincera conmigo, Alexis *Hartley*", sisea. "¿Por qué *coño* te busca tanto La Hermandad?"

DAMIAN

Esta chica es un maldito súcubo.

La rabia que sentí cuando vi la cara de Alexis en la fotografía fue indescriptible. Tenía la mandíbula tan apretada que parecía que se me iban a romper los dientes. Las palabras me fallaron en ese momento, y los pensamientos coherentes y la capacidad de expresarme se esfumaron. Era una rabia tan intensa y abrumadora que trascendía la capacidad de describirla con el lenguaje.

Me *mintió*, coño. Le pregunté si sabía de La Hermandad, me miró a la cara y me *mintió*.

Edo se dio cuenta de lo enfadado que estaba porque inmediatamente tomó el control de la conversación con el tío Vinny y Mario, dejándome procesarlo. Me engañó. Y no puedes joder a Damian Iacopelli y salirte con la tuya.

De vuelta a la mansión, ordené a Edo y Nat que se mantuvieran alejados de la habitación de Alexis, ya que iba a encargarme personalmente de ella.

No iba a mentirme y salirse con la suya. No me puedo creer que me tragara su mirada inocente cuando insistía en que no tenía ni idea de quién era La Hermandad.

Mario Rafa no pide ayuda si la persona a la que busca no es importante. Así que hay dos posibilidades. O Alexis es una idiota colosal o me está mintiendo.

Y es más probable que me esté mintiendo.

Bueno, va a aprender que a mí no se me miente. Soy el Don de los Iacopelli por una razón, y *voy* a obtener mis respuestas o ella estará "durmiendo con los peces", o como coño diga ese dicho de las terribles películas de mafiosos.

Y entonces abrí la puerta y vi la habitación desordenada y a Alexis medio colgada de la ventana, con los ojos abiertos como un ciervo frente a unos faros. La furia se encendió en mi pecho al darme cuenta. Estaba intentando escapar. Y usó unas malditas *sábanas* para hacerlo.

Eso lo consolidó para mí. Definitivamente no es una idiota. Solo es una mentirosa.

En ese momento me invadió la rabia, la aparté de la ventana y la inmovilicé contra la pared. Pero cuando levantó la vista hacia mí, con esos ojos color avellana salpicados de oro, abiertos e inocentes, los labios entreabiertos mientras recuperaba el aliento, de repente fui hiperconsciente de lo cerca que estaban nuestros cuerpos. Cómo se sentía la intensidad de su cuerpo contra el mío. El sutil olor de su perfume me llegaba a la nariz. Esos labios carnosos a escasos centímetros de los míos, suplicando ser besados.

Aquella furia justificable que ardía con fuerza hacía unos instantes empezó a disolverse rápidamente hasta que no fue más que brasas humeantes. La furia fue sustituida por una intensa necesidad de tocarla que me dejó la boca seca y el corazón palpitante.

¿Por qué fue que entré aquí? Se supone que debería estar enfadado con ella, pero no lo estoy.

En lugar de eso, quiero llevármela a la cama y cogérmela hasta que grite mi nombre.

Tengo que apartarme y quitarme la chaqueta y la corbata ostensiblemente para despejarme. Siento su mirada clavada en mí, mientras me desabrocho el botón superior de la camisa. La miro indiscretamente, cómo ese vestido ridículamente corto apenas contiene sus pechos y cómo se le ve el trasero al subírsele el vestido.

Es como un libro abierto y puedo verle todas las emociones en la cara. Sonrío al verla morderse el labio y contener un gemido. Ah, así que está excitada. Puedo trabajar con eso. El deseo es el mejor suero de la verdad, aparte del alcohol.

Su piel es increíblemente suave cuando me inclino hacia ella, con la mandíbula rozándole el cuello, y debo poner todo mi esfuerzo en no plantarle un camino de besos. Me tiembla la verga, pero tengo que ignorar mis instintos más bajos si quiero obtener las respuestas que merezco.

"No has sido sincera conmigo, Alexis *Hartley*", siseo. "¿Por qué *coño* te busca tanto La Hermandad?"

Es como si le hubieran echado un cubo de agua fría encima mientras jadea, con los ojos imposiblemente abiertos.

"¿C-cómo averiguaste mi apellido?" susurra, con las pupilas moviéndose de un punto a otro.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi rostro mientras saco el sobre de papel manila y se lo lanzo a Alexis. "Ábrelo", le digo con ligereza.

Ella obedece y lo abre, el contrato cae al suelo. Escanea las fotos y su cuerpo se pone rígido. Me mira temerosa.

"Yo... ¿De dónde las has sacado?" me pregunta agitando una foto suya. "¿Quién las tomó?" Su voz se hace más fuerte y la histeria empieza a apoderarse de ella.

"No. Tú no haces las putas preguntas aquí, Alexis Hartley", gruño. "¿Por qué te busca tanto La Hermandad?"

"¡No lo sé!" grita Alexis, llevándose las manos a la cara en señal de frustración. "Nunca había *oído* hablar de ellos hasta hoy, cuando Mark..." Se detiene en seco, horrorizada por la revelación parcial que ha hecho.

Mi sonrisa se vuelve cruel. "Mark Abernathy, ¿verdad?"

Se detiene y su rostro palidece. "¿Cómo sabes quién es Mark?"

Señalo el contrato tirado en el suelo y hago un gesto de desaprobación. "Tan a la defensiva por alguien que intentó venderte a La Hermandad". Lanzo una carcajada. "¿De verdad creías que no me enteraría de nada de esto, Alexis? ¿De verdad creías que soy tan idiota?"

Alexis sacude la cabeza frenéticamente, rodeándose con los brazos mientras hunde la barbilla en el pecho. "No".

Le levanto bruscamente la barbilla con el dedo para obligarla a mirarme a los ojos. El enorme moratón de su mejilla me recuerda mi pregunta anterior.

"¿Quién te hizo daño, Alexis? ¿Fue Mark?"

Alexis cierra los ojos, pero asiente rápidamente.

Contengo la rabia que me sube al pecho. Por fin estamos llegando a algo y no voy a dejar pasar este momento.

"Cuéntame todo lo que pasó antes de que Edo y yo te encontráramos en la calle", gruño. "Y no dejes *nada* sin contar. Me *enteraré* si lo haces, y no creo que te guste lo que pasará si descubro que has mentido".

Se estremece ante esa afirmación, pero respira tranquilamente. De repente, es como si se hubiera roto una presa y me lo cuenta *todo*. Desde la muerte de su madre hasta su colocación con los Carter y su encuentro con Mark. Cuando me cuenta cómo Mark le pegó mientras sus padres y

su hermana adoptiva no hicieron *nada* y cómo todos conspiraron para venderla a La Hermandad, tengo que apretar los puños para no perseguirlos y acabar con ellos yo mismo.

"Así que escapé del sótano", susurra. "Y estaba tan, *tan* cerca de la libertad cuando ese tipo me atacó. Fue entonces cuando me encontraste".

Su historia es espeluznante, pero sigue sin responder a la pregunta de *por qué* es tan importante para Mario Rafa. Solo se encoge de hombros con impotencia cuando le pregunto.

"No sé cuántas veces tengo que decirte que no lo sé", dice cansada. "Es la primera vez que oigo el nombre de Mario Rafa".

Por alguna razón, le creo. Nat me mataría por ello, pero hay una resignada desesperanza en Alexis ahora mismo que no se puede fingir.

No es exactamente un secreto que La Hermandad se dedica al tráfico de personas, pero es la primera vez que interactúo con una víctima potencial. Se me revuelve el estómago al preguntarme cuántas otras Alexis habrán sido vendidas a clientes desagradables.

El tío Vinny me diría que entregara a Alexis *de una vez* para que podamos sacar nuestra tajada, pero no quiero hacerlo. A quien sea que La Hermandad le venda a Alexis, hará todo lo posible para quitarle ese fuego permanentemente. No creo ni por un segundo que Alexis sea naturalmente mansa y suave. Se enoja con rapidez, como demostró abofeteándome cuando la acusé de ser prostituta, y es astuta e inteligente, como demuestra la maldita escalera de cuerda que creó.

No, esta timidez es una técnica de supervivencia. La gente sosa pasa más desapercibida que la apasionada.

"¿Qué vas a hacer conmigo?" pregunta Alexis con voz temblorosa. "Por favor, no me envíes a La Hermandad o a los Carter. Haré *lo que sea*".

Realmente no sé qué voy a hacer. Aunque no quiero que la vendan, también sé que mantenerla aquí es peligroso. Si Mario se entera de que su desaparecida ha estado escondida aquí, declarará una guerra para atraparla.

Y no podemos permitirnos una guerra, no cuando Invicta probablemente se uniría a La Hermandad para asegurar nuestra destrucción.

"No lo sé", admito, frunciendo el ceño al ver cómo se le cae la cara y cómo se encoge sobre sí misma. ¿Por qué mi sinceridad me hace sentir como una mierda?

De repente suena mi teléfono, una distracción bienvenida de una posible introspección desagradable. Me acerco rápidamente el teléfono a la oreja, dándole la espalda a Alexis para no ver su expresión cabizbaja y asustada.

"Damian", digo brevemente.

"¡Jefe!" brama una voz frenética, y tengo que apartar el teléfono para que no me reviente el tímpano. "¡Jefe! ¡Invicta está aquí y está tiroteando todo el lugar!"

Oigo una ráfaga de disparos a lo lejos y el hombre grita antes de que se corte la comunicación.

"¡MIERDA!" grito, haciendo que Alexis salte del susto, pero ahora mismo no me importa.

Tengo que llegar *ya* a mi almacén y acabar con esta pelea antes de que se entere la policía. Lo último que necesito es que esos cerdos encuentren nuestras drogas.

La puerta se abre de golpe y aparecen Edo y Nat, con la cara blanca y el móvil en la mano. También deben de haber recibido llamadas.

"Edo, vámonos", ordeno, agarrando las pistolas que Edo me lanza. "Nat, tú quédate aquí y vigila a Alexis".

"¿*Qué*?" sisea Nat, soltando el teléfono para empuñar las manos. "¡No soy una maldita

niñera, Damian! Soy tu subjefa. ¿Me pides que la vigile porque soy mujer?"

¿De verdad mi hermana me está acusando de misoginia? ¿En serio?

Hago un gesto hacia Alexis, que está encogida contra la pared. "Acaba de intentar escapar utilizando una maldita escalera de cuerda. Eres la única que podría detenerla si decide ser tan estúpida como para volver a intentarlo".

Nat parece poco convencida, pero realmente no me importa. Tengo cosas más importantes de las que preocuparme.

Muevo la cabeza hacia Edo. "Trae a los hombres y prepara el coche. No tenemos tiempo que perder".

~

ATRAVIESO LA PUERTA de mi almacén, con mis guardaespaldas y Edo flanqueándome con las armas desenfundadas. Entrecierro los ojos y observo el interior en penumbra.

"Esto me da mala espina", murmura Edo, mientras recorre el perímetro con la mirada. "Hay demasiado silencio".

No puedo evitar estar de acuerdo. ¿Dónde están mis hombres? ¿No debería haber cadáveres esparcidos por el suelo?

De repente, el *rat-tat-tat* de las ametralladoras estalla desde la pasarela de arriba. Mis hombres caen bajo una lluvia de balas mientras Edo y yo nos lanzamos detrás de una pila de cajas de madera.

"¡Es una puta trampa!" rujo por encima del ruido de las balas. Saco mi 38 de la pistolera. Edo y yo devolvemos los disparos a ciegas, ensordecedores en el espacio cerrado.

"¡A la izquierda!" grita Edo mientras sale rodando de detrás de la caja y se arrodilla con una pierna, disparando su arma varias veces.

Apretando los dientes, salgo disparado de un escondite a otro y disparo rápidamente. Veo caer a varias personas por mi puntería, y sonrío satisfecho.

Tiene que ser Invicta. No hay nadie más que sea tan estúpido como para empezar un tiroteo conmigo.

Vuelvo a cargar mi arma y salgo disparado de nuevo, apretando el gatillo varias veces mientras las balas pasan zumbando a mi lado. *Pum, pum, pum*. Caen más soldados Invicta.

Un dolor lacerante me atraviesa y hago una mueca, agarrándome la herida sangrante. La sangre brota alrededor de mis dedos y me balanceo en el sitio. Siento otro dolor punzante y me desplomo sobre el suelo de cemento, mirando al techo. El dolor es indescriptible y los bordes de mi visión se vuelven borrosos.

Así debe de ser morir, pienso antes de que el mundo se vuelva negro.

ALEXIS

Una vez que Damian y el otro hombre, Edo, creo, salen corriendo de la habitación, Nat patea la cama con rabia y yo me encojo hacia atrás, preocupada de que dirija esa furia contra mí.

"¡Maldito *Damian*!" suelta. "¡Me nombró su subjefa pero me sigue tratando como a una maldita niñera! Voy a *matarlo*. Si intenta hacer esta mierda otra vez, lo voy a ahogar".

Aunque estoy asustada, la curiosidad es la emoción dominante. Nat es la primera mujer que he visto hasta ahora, y quiero saber un poco más sobre ella. ¿Quizás pueda ayudarme? Algo interno me dice que no llegaría muy lejos si intentara escapar de nuevo. Nat es todo músculo magro sin un centímetro de grasa en ella.

"¿Quién eres?" pregunto finalmente, con una mueca de dolor cuando Nat se da la vuelta para mirarme fijamente, con sus ojos marrones entrecerrados. "¿Dónde estoy? ¿Por qué me retienen aquí?"

Tal vez obtenga más respuestas de ella que de Damian.

Nat ladea la cabeza, con el cabello negro cayéndole por el cuello. "¿Qué te importa?" pregunta bruscamente.

Hago todo lo posible para no disculparme, ya que no creo que Nat lo aprecie.

"Yo... solo quiero saber qué está pasando", admito. "No sé casi nada más que el nombre de Damian y que estoy en su casa".

"Bueno, entonces una de tus preguntas ya ha sido respondida", suelta Nat. De repente, se estremece mientras permanece de pie junto a la ventana abierta, con la escalera de cuerda aún colgando del alféizar. Cuando va a cerrar la ventana, se detiene y toca la cuerda. Se voltea y observa la habitación, la cama desordenada y los cajones abiertos de la cómoda.

Nat coge la cuerda y cierra la ventana antes de girarse hacia mí. Me señala la cuerda. "¿Tú hiciste esto?"

Asiento rápidamente, incapaz de hablar. Me intimida más que Damian. Hay algo en su forma de andar y de hablar que irradia poder y confianza.

Nat parece ligeramente impresionada y tira de la cuerda. "Buen trabajo. Hiciste un excelente trabajo con el nudo de tejedor, especialmente bajo presión".

¿Me... me está haciendo un cumplido?

Nat me estudia de nuevo, como si me viera bajo una nueva luz. Siento que su mirada atraviesa mi alma y que, de alguna manera, puede leer mi mente.

"Soy Nat", dice por fin. "Es el diminutivo de Natalia, pero *nadie* me llama así a menos que quiera tener una muerte dolorosa".

No creo que sea una broma.

"Damian ya te ha dicho dónde estás, así que no voy a repetirme. ¿Y por qué estás aquí?

Bueno, eso es algo que tienes que decirnos".

"¡Yo no *sé* nada!" estallo. "Nunca he oído hablar de Invictus..."

"Invicta", interrumpe Nat.

"¡O de La Hermandad! No dejan de acusarme de saber cosas y no me creen cuando digo que no sé!"

"¿Puedes culparnos?" pregunta Nat en voz alta, caminando a mi alrededor como un depredador lo haría con su presa. "Dos de las familias de la Mafia más poderosas te persiguen, ¿y de alguna manera no sabes quiénes son? Eso es muy difícil de creer".

Se me hiela la sangre. "¿M-mafia? Creía que eso se había acabado con Al Capone".

Nat echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas. "No".

De repente, algunas piezas caen en su lugar. Damian con su traje. Las armas. El coche de lujo. Nat llamándose a sí misma subjefa. Se me retuerce el estómago y se me seca la boca. "Tú también formas parte de la Mafia, ¿verdad?"

"Muy bien, Alexis", dice Nat, con los ojos encendidos de fría diversión. "Por fin lo has descubierto. Te ganaste un sobresaliente. ¿No has oído hablar de *El Padrino*? Nos parecemos un poco".

El horror burbujea en mí y mis manos empiezan a temblar. "¿D-Damian va a matarme?"

En lugar de asegurarme que Damian nunca lo haría, me horroriza ver a Nat encogerse de hombros en su lugar. "Depende".

"¿Depende de qué?" pregunto temerosa.

Nat sonríe y cruza los brazos sobre el pecho, disfrutando claramente de mi incomodidad. "Depende de si serás un activo o un pasivo. Vales mucho dinero para La Hermandad, e imagino que también para Invicta. Sería muy fácil entregarte a cualquiera de las dos organizaciones y dejar que se batieran en duelo a muerte por ti".

"¿Has matado a alguien?" No sé si quiero una respuesta. De algún modo, creo que morir a manos de Damian sería menos doloroso que morir a manos de Nat.

Su sonrisa me inquieta. Voy a vomitar. Se me revuelve el estómago y me llevo una mano a la boca. Una gota de sudor me resbala por la espalda.

"Pero has hecho demasiadas preguntas. Ahora me toca a mí". Nat se posa en la cama, ignorando mi angustia. "Afirmas que no sabes nada de La Hermandad, pero ¿se te ocurre alguna razón por la que te deseen tanto?"

"No", respondo con sinceridad, con un sabor metálico en la boca. "No lo sé. No soy nadie".

Nat resopla y hace un gesto impaciente hacia la escalera de cuerda. "Lo dudo mucho basándome en tu trabajo con cuerdas. Tampoco me trago tu actuación de "pobrecita de mí". Eres un lobo con piel de cordero, Alexis. Acéptalo, coño".

No sé qué decir a eso. Quiero decirle que se equivoca, pero no creo que le guste.

"¿Tu novio está intentando venderte?" pregunta Nat sin rodeos, señalando mi cara magullada. "La Hermandad es conocida por sus tendencias al tráfico de personas".

Lo dice con tanta naturalidad, como si estuviera hablando del tiempo en vez de hablar de organizaciones que utilizan a seres humanos como bienes muebles. La envidio, no porque hable de algo tan abominable como la trata de seres humanos, sino por su confianza y seguridad en sí misma. Es un fuego que desearía que ardiera dentro de mí, en lugar de sentirme mansa y tímida.

"¿Y bien?" pregunta Nat, escrutando mis ojos. "¿Vas a responder a mi pregunta o no?"

La irritación me recorre. ¿Qué coño pasa con todo el mundo exigiéndome respuestas? No se merecen saberlo todo.

"Quizá si te callas cinco malditos segundos, me sentiré obligada a responder a una", respondo

antes de darme cuenta de lo que digo.

El silencio envuelve la habitación y cierro la boca de golpe, con el corazón latiéndome irregularmente en el pecho. Mierda. Nat me va a *matar* por eso.

Los ojos de Nat se abren de par en par ante mi arrebato antes de que una amplia y desconcertante sonrisa se dibuje en su rostro. "Muy bien, Alexis", ronronea. "¿Ves? *Eres* más que un alhelí".

De nuevo no sé qué decir. Me siento aliviada de que Nat no se haya ofendido por mi réplica, pero tampoco estoy segura de si me ha insultado o me ha hecho un cumplido.

"Basándome en esa respuesta *tan* defensiva", continúa Nat, con una sonrisa parecida a la de un gato de Cheshire, “voy a decir que sí, que tu novio estaba intentando venderte".

Mis hombros se desploman, y de repente siento como si el peso del mundo me presionara. Por fin comprendo lo que Mark y los Carter intentaron hacer y rompo a llorar. Me siento tan pequeña, tan insignificante, y de repente echo de menos a mi madre más que a nada. Qué no haría por estar entre sus brazos y que me dijera que todo va a salir bien.

Siento una presencia a mi lado y una mano se posa en mi hombro. Nat me mira con compasión. Súbitamente avergonzada, me enjugo las lágrimas de mi muestra de emoción. Qué pensará Nat de mí...

No sé por qué de repente quiero su aprobación. Tal vez sea porque Nat tiene aplomo y autoconfianza, todo lo que yo aspiro a ser, o porque Nat tiene un aura de autoridad que no proviene solo de su posición como subjefa, sino de una fuerza interior y una seguridad en sí misma.

"No era solo tu novio, ¿verdad?" pregunta Nat con suavidad.

No sé cómo puede ser tan perspicaz, pero asiento con la cabeza, moqueando. "Mis padres de acogida también", admito con la voz temblorosa.

Nat me aprieta el hombro con los dedos antes de retirarlos y cerrar la mano en un puño. "¿Tus *padres* intentaron venderte junto con tu novio?" pregunta horrorizada.

"Padres de acogida", la corrijo. "Pero sí".

Nat me mira boquiabierta, su fría fachada se rompe. Su rostro se nubla de rabia y sus ojos se entrecierran. Instintivamente doy un paso atrás, Nat se ve *aterradora*.

"¿Quieres que se ocupen de ellos?" pregunta despreocupadamente, mirándose las uñas con comedida indiferencia.

Que se ocupen de... *oh*.

Sacudo la cabeza salvajemente, ignorando la palpitación que me produce hacerlo. "¡No! No. Por favor, no las lastimes. No puedo tener eso en mi conciencia".

"¿En tu conciencia?" balbucea Nat. "¡Alexis, intentaron venderte como *esclava sexual*! ¿Por qué les sigues siendo leal?"

No espero que Nat entienda mi situación y, francamente, no creo que sea asunto suyo. Pero quizá si le cuento por qué me siento así, deje de hacerme tantas malditas preguntas.

"He estado en casas de acogida desde los seis años", digo, sintiendo que me estoy desnudando delante de Nat. No me gusta hablar de mi pasado. "Estuve en una situación bastante terrible. Mi anterior familia de acogida abusó de mí y me escapé. Después de unos días en la calle, casi me secuestran. Justo antes de que me metieran en el coche, mi actual padre de acogida me rescató. Desde entonces estoy en su casa. Me protegieron cuando nadie más lo hacía".

"¡Son malas personas, Alexis!" señala Nat, y no puedo evitar reírme.

"Pues mira, el burro hablando de orejas" digo viendo como la cara de Nat se tuerce de fastidio por haberle señalado su hipocresía. "Quiero decir, estás en la Mafia. No creo que eso te

dé ninguna autoridad moral".

Nat pone mala cara. "Puedo ser muchas cosas y haber hecho algunos actos incalificables, pero *nunca* he intentado vender a mis seres queridos a la esclavitud sexual. Hay un límite, Alexis".

Me encojo de hombros, su razonamiento me parece bastante endeble. "Les debo la vida. No tienes que entender por qué, pero tienes que aceptarlo. Nadie debe hacerles daño".

De repente suena una alarma, con su tono ululante y agudo. Se me eriza el vello de la nuca, doy un respingo y miro a mi alrededor. Nat palidece.

"¿Qué está pasando? pregunto temerosa, pero Nat ya está corriendo hacia la puerta y abriéndola de un tirón. Desaparece por el pasillo, dejando la puerta entreabierta. Oigo gritos y veo a un grupo de hombres pasar corriendo por delante de mi puerta.

Sea lo que sea lo que está pasando, no es nada bueno. Pero puede ser la distracción que necesito para salir de aquí.

Asomo la cabeza por la puerta y veo que el pasillo está vacío. Es mi oportunidad.

Me precipito por el pasillo y llego a una escalera que conduce a una puerta principal. El corazón me salta a la garganta. *Libertad*.

Casi me tiro por las escaleras, mis pies trabajan rápido mientras la puerta se acerca cada vez más. Alargo la mano para agarrar el picaporte, casi saboreando el aire de la noche, pero alguien me agarra por el medio y me levanta hacia atrás.

¡No! ¡Otra vez no! Me agito entre los brazos de mi captor, intento hundir el codo o la rodilla en algo blando, pero solo encuentro carne dura. "¡Suéltame!" grito.

"No te irás hasta que Damian lo diga", me retumba en el oído una voz grave mientras me llevan de vuelta al piso de arriba. Se me saltan las lágrimas al ver que mi libertad se escapa a cada paso que avanzo hacia mi prisión.

Estaba tan cerca. *Tan cerca*.

Mi captor me deposita fuera de un dormitorio y abre la puerta, manteniendo una mano apretada alrededor de mi muñeca para impedir que vuelva a escapar. Me empuja dentro y cierra la puerta tras de sí.

El dormitorio en el que estoy es increíblemente espacioso, con techos abovedados y grandes ventanas por las que entra mucha luz natural durante el día. Sin embargo, la habitación da la sensación de estar habitada, con ropa y revistas esparcidas por todas partes.

Las paredes están adornadas con fotos enmarcadas de coches deportivos clásicos, como el Ford GT40, el Lamborghini Countach y el Ferrari Testarossa. A lo largo de una pared hay una enorme cómoda de madera con la parte superior cubierta de coches a escala. La puerta del armario, abierta, revela un revoltijo de ropa, zapatos y material de carrocería.

En otro rincón hay una cama de felpa para un perro, rodeada de juguetes muy mordisqueados. Pero mi atención se centra en la cama grande del centro de la habitación, donde Damian yace sobre sábanas rojas arrugadas, con el pecho envuelto en gasas y vendas blancas. Un pequeño perro salchicha está acurrucado en la parte interna del brazo. El perro se levanta cuando mi captor y yo entramos en la habitación y emite un gruñido de advertencia.

Nat está sentada en una silla junto a la cama de Damian y mira al perro con el ceño fruncido y el rostro pálido. "Silencio, Biscottina", le ordena.

Aunque la situación parece grave y debería estar asustada, lucho contra una sonrisa cuando oigo el nombre del perro. Puede que haya visto demasiadas películas de mafiosos, pero habría esperado que un Don de la Mafia tuviera un pitbull o un pastor alemán, no un perro faldero con nombre de galleta.

"¿Estás bien, Damian?" pregunta mi captor, con la preocupación grabada en el rostro. Es el mismo hombre que discutió con Damian y Nat sobre qué hacer conmigo.

Damian agita una mano irritado, pero puedo ver lo pálido que tiene el rostro y las bolsas bajo los ojos. "Estoy bien", dice. "Solo es una herida superficial. Ni siquiera sé por qué estoy en la cama".

"Porque te dispararon *dos veces* en el hombro", responde Nat, con voz temblorosa.

"Las balas me *rozaron*", la corrige Damian. "Los putos idiotas de Invicta ni siquiera saben disparar. Qué vergüenza. Si yo fuera Shields, me desharía de ellos".

Los ojos oscuros de Damian se posan por fin en mí, y una sonrisa irónica se dibuja en su rostro mientras acaricia perezosamente a su perro. Su mirada ardiente me da un vuelco al corazón.

"¿De verdad creías que podrías escapar de mí, Alexis?"

ALEXIS

Algo se rompe dentro de mí al ver la expresión de suficiencia de Damian. Estoy hasta las putas *narices* con todo el mundo. Durante las últimas Dios sabe cuántas horas, he estado encerrada en un sótano, me he escapado, casi me han cogido a punta de pistola, me ha rescatado un Don de la Mafia, me ha *encarcelado* un Don de la Mafia, he intentado escapar *dos veces*, y aun así he acabado atrapada en el mismo maldito lugar.

Yo no pedí nada de esto. No pedí que los Carter y Mark me vendieran como si fuera una puta propiedad, y desde luego no pedí estar atrapada en la casa de un Jefe de la Mafia, sin poder salir porque alguien lo dice. ¿Qué pasa con mi libre albedrío? Tengo derecho a ir y venir cuando me plazca, ¡maldita sea!

"¿Cómo sabías que intentaba escapar?"

Damian se ríe, acariciando el largo cuerpo del perro. "Esta es mi casa. Aquí no pasan muchas cosas sin que yo lo sepa".

"¿Por qué no puedes dejar que me *vaya*?" digo de golpe, cruzando los brazos con fuerza sobre mi cuerpo.

Ladea la cabeza. "Oh, lo siento, Alexis. ¿Mi casa no es cómoda para ti?"

No me gusta su tono burlón y frunzo el ceño. "¿Por qué no me dejas ir a casa?" vuelvo a preguntar, empuñando las manos. "No quiero ser prisionera de nadie. Solo quiero que me dejen en paz".

Damian vuelve a reír. "¿Cuál *casa*, Alexis? Según tengo entendido, una vez que escapaste de ese sótano, esa casa dejó de ser tu hogar. Tu familia de acogida *y* tu novio están bastante cabreados contigo y actualmente intentan darte caza. También te busca una Mafia peligrosa. Tú y yo sabemos que en cuanto pongas un pie en esa casa, te llevarán a La Hermandad y nadie te volverá a ver. No puedo permitirlo".

Deja de rascar la cabeza de Biscottina y su rostro se vuelve anormalmente serio. "A menos que *quieras* ser vendida como esclava sexual. Entonces, por supuesto, te enviaré de vuelta y me llevaré mi parte".

El tiempo parece congelarse ante sus palabras y mi pecho se contrae dolorosamente. "¿Tú... Tú también estás en esto?" susurro, horrorizada. Todos mis instintos me gritan que corra, pero mi captor, Edo, está detrás de mí. Nunca conseguiré escapar de él.

Damian pone los ojos en blanco. "¿No estás escuchando una palabra de lo que digo? Me han encargado encontrarte y entregarte *viva* a La Hermandad. Todo esto se acordó después de rescatarte de Invicta cuando yo no tenía ni puta idea de quién eras. Si realmente estuviera en esto, ya te habría arrojado a los pies de Mario Rafa".

Vuelvo a respirar y exhalo, mi cuerpo se estremece mientras salgo de casi un ataque de

pánico. Por un horrible momento, pensé que Damian iba a traicionarme.

¿Traicionar es la palabra adecuada, teniendo en cuenta que ni siquiera somos aliados? Soy su prisionera.

"¿Quieres volver con tu familia de acogida?" me pregunta Damian, sin apartar su mirada de la mía. "Dilo y sucederá. Serás jodidamente estúpida por hacerlo, pero tienes elección en este asunto".

La idea de volver a la casa de los Carter y que me lleven a mi peor pesadilla me hace estremecerme, y me froto los brazos, con la piel de gallina brotando por toda mi carne. "No", admito en voz baja. "No, no quiero volver".

"Probablemente sea la decisión más inteligente que has tomado en todo el día", comenta Damian, ignorando el destello de ira que cruza mi rostro. ¿En serio acaba de llamarme estúpida?

"Entonces déjame desaparecer", suelto, desesperada por alejarme de *él*. Aunque odio ser una prisionera, me parece que estar en la misma habitación que él es como tocar un cable con corriente.

Damian levanta una ceja y una sonrisa divertida se dibuja en sus labios. "No te ofendas", dice, cuando está claro que me *quiere* ofender, "pero no eres de las que desaparecen".

"¿Qué significa *eso*?"

"Significa que tienes la inteligencia callejera de un puto bebé. No durarías ni unos días ahí fuera antes de hacer una puta estupidez, ser capturada y no volver a ser vista". Se encoge de hombros, ignorando mi graznido de indignación. "Así que, como puedes ver, el lugar más seguro para ti es aquí, en mi casa".

Sonríe. "Al menos podrías dar las gracias", se burla, con cara de suficiencia.

Veo a través de la puya de Damian. Me está ofreciendo un salvavidas, una oportunidad de sobrevivir, incluso de prosperar si juego bien mis cartas. Todo lo que tengo que hacer es agachar la cabeza, hacer lo que me dicen y mantenerme fuera de su vista. Es a lo que estoy acostumbrada con los Carter. Pero estoy descubriendo que me repugna mi propia mansedumbre y timidez.

Las palabras de Nat pasan por mi cabeza. *"Eres un lobo con piel de cordero, Alexis. Acéptalo, coño".*

Pienso en Mark y Emma riéndose mientras me achico ante cualquier réplica mordaz que me lancen. O en cómo Dennis y Suzanne me trataban como poco más que a un conejo asustadizo, útil por mis habilidades pero despreciable por lo demás.

No, susurra una vocecita en mi interior. *Ya no tienes que ser una víctima. Puedes ser algo grande. Empieza a actuar como tal.*

Nat dijo que mi capacidad para sobrevivir depende de si soy un activo o un pasivo, y yo elijo ser un activo.

De repente, siento como si me hubiera quitado cincuenta kilos de encima. Aunque tengo miedo de que La Hermandad me encuentre, sé que tengo que hacer todo lo posible para garantizar mi seguridad. No puedo contar solo con Damian, Nat y Edo.

Algo parecido a una aprobación destella en los ojos de Damian. ¿Está viendo mi lucha interna reflejada en mi cara? ¿Se da cuenta de lo que he decidido?

"¿*Qué*?" suelta Nat de golpe, sacándome de mi introspección. Sus mejillas se sonrojan y salta de la silla. "Me tienes que estar jodiendo, Damy".

Él levanta una ceja. "Yo nunca bromeo, *Natalia*".

"Damian, sé serio. Aunque estoy de acuerdo en que Alexis no debería ser entregada a La Hermandad, nos estás poniendo en grave peligro al permitir que se quede aquí. ¡Por el amor de Dios, ya tenemos a Invicta encima y casi te matan hoy!"

"¡Apenas me rozaron!" dice Damian en voz alta, pero Nat, furiosa, sigue adelante.

"Lo último que necesitamos es que La Hermandad se entere de que Alexis está aquí, ¡especialmente cuando nuestra relación con ellos es tenue en el mejor de los casos! ¿Realmente queremos que Invicta *y* La Hermandad se alíen con el único propósito de destruirnos?"

Al principio, siento una punzada de dolor y rechazo ante las palabras de Nat. Ella no es más que otra persona que me considera una carga y no deseada. Pero, al mismo tiempo, también reconozco que Nat habla por miedo y protección a su familia.

Si yo tuviera familia, probablemente haría lo mismo, así que no me ofende su dureza.

"Entonces, ¿qué debemos hacer con ella?" pregunta Damian.

"Mandarla lejos", replica Nat antes de arremeter contra mí. "¿Adónde quieres ir, Alexis? Tenemos más dinero que Dios y podemos conseguirte papeles falsos para que te vayas donde quieras. ¿A Italia? ¿Grecia? ¿A España? Donde quieras, podemos enviarte allí".

Su oferta *es* tentadora, y no me cabe duda de que con la cantidad adecuada de dinero podría desaparecer y no volver a ser vista. Pero entonces me pasaría el resto de mi vida mirando por encima del hombro, esperando que ocurra lo peor.

"Ella no va a ninguna parte", dice Damian rotundamente. "Y mi decisión es *definitiva*, Nat. ¿No te hubiera gustado que alguien hiciera lo mismo por Alessandra?"

La temperatura en la habitación baja inmediatamente unos cuantos grados, y aunque no tengo ni idea de quién es Alessandra, puedo decir que las palabras de Damian logran el efecto deseado. La cara de Nat se vuelve blanca antes de sonrosarse de ira, las venas de su cuello sobresalen. Da un paso amenazador hacia Damian y, por un segundo, temo que vaya a golpearlo.

"Jódete, Damian", gruñe Nat antes de dar media vuelta y empujarnos a Edo y a mí. Da un portazo tan fuerte que los cuadros de las paredes tiemblan y Biscottina gruñe.

Edo suspira y mira exasperado a Damian. "Golpe bajo, hermano", murmura antes de seguir a Nat.

Nos deja solos a Damian y a mí.

"Alexis", dice Damian, con su voz grave que me hace sentir un cosquilleo en la espalda. "Ven aquí".

Palmea el espacio vacío a su lado en la cama y siento que se me seca la boca. Apenas lo conozco y me pide que me una a él en la cama. Me da igual que estemos los dos completamente vestidos y que él esté herido. Me parece tan *íntimo*.

Pero, ¿cómo puedo negarme cuando me mira con esos ojos intensos y oscuros?

Trago saliva y cruzo la habitación, consciente de cada paso que doy sobre la alfombra de felpa. Al acercarme a la cama, mi mirada recorre las duras líneas de su cuerpo bajo las finas sábanas. Me reprendo en silencio por dejar que mis pensamientos vaguen en esa dirección. El hombre está herido, ¡por el amor de Dios!

"¿Cómo te sientes? le pregunto, orgullosa de poder mantener la voz firme mientras me encaramo al borde de la cama.

"Estoy bien", dice. "Las heridas superficiales sangran como el demonio, pero no son peligrosas mientras no se infecten. No es la primera vez que me disparan y no será la última". Se queda pensativo un momento. "Aunque esta *es* la primera vez que alguien mete tanto la pata al disparar. Quizá debería contratar a Nat como profesora de tiro".

"¿Nat sabe disparar?" suelto, arrepintiéndome inmediatamente en el momento en que las palabras salen de mis labios. Es una maldita subjefa de una familia de la Mafia. Por supuesto que es una tiradora experta.

Pero a Damian no le parece una pregunta ofensiva. "Mi mejor tiradora", dice. "Siempre se le

ha dado mejor que a mí, aunque lo negaré hasta el día de mi muerte".

Doy un respingo ante su pobre excusa de broma. Herida superficial o no, hoy *estuvo* en grave peligro.

"¿Quién es Alessandra?" pregunto, pensando en la expresión de la cara de Nat. Debajo de toda la ira yacía la devastación. Fuera quien fuera Alessandra, había significado mucho para Nat.

Él ignora mi pregunta. En lugar de eso, alarga la mano y me roza el brazo con los dedos, dejando un rastro de cosquilleos eléctricos a su paso. Se me corta la respiración cuando envuelve uno de mis rizos en sus dedos.

"Qué suave", murmura, pasando los dedos por la parte inferior de mi larga melena. Se me acelera el corazón y mis entrañas se vuelven líquidas cuando juega con mis rizos. "Tienes un cabello muy hermoso".

Soy incapaz de hablar, observando con los ojos muy abiertos cómo Damian enrolla un rizo alrededor de su dedo, los mechones castaños brillando a la luz de la lámpara. Cada vez me cuesta más ignorar las palpitaciones de mi cuerpo e intento acomodarme, cruzando los tobillos.

"Es una pena que tengamos que cortarlo y teñirlo". Damian suspira, con cara de decepción.

"¿*Qué*?" jadeo, sintiéndome como si me acabaran de mojar con agua fría.

Arruga el entrecejo. "La Hermandad conoce tu aspecto, Alexis. Por supuesto que vamos a tener que alterarlo. El objetivo es ocultarte a plena vista".

"P-Pero..." me agarro el cabello. Puede sonar estúpido, pero mi cabello largo, grueso y rizado ha sido mi orgullo. La gente me paraba todo el tiempo para comentar mis tirabuzones. Es lo único de lo que Emma estaba celosa, ya que tenía el pelo liso como un alfiler y no podía mantener los rizos.

Es casi como mi manta de seguridad. Me sentiría desnuda sin él.

"¿Quieres que te atrapen o no?" pregunta Damian. "Esta es la única manera, Alexis".



"NO PUEDO CREER que esté haciendo esto", murmuro, mirando fijamente la caja de tinte para el cabello que hay en la encimera del baño. Nunca me lo había teñido, siempre me ha gustado el castaño con el que nací.

"No te acobardes ahora", llega la voz de Damian desde la puerta. Apoyado en la puerta, lleva unos joggers negros y una camiseta gris. Sus vendas blancas asoman por debajo del cuello de la camiseta. "Es lo mejor. Además, ¿no quieren todas las chicas cortarse y teñirse el cabello? ¿No es catártico o algo así?"

Siento que mis mejillas se sonrojan al encontrar su mirada en el espejo. "Quizá para algunas chicas, pero no para mí. Siempre me ha gustado mi pelo".

"Seguirá siendo tu cabello", señala. "Solo que de otro color y largo".

Dios, los hombres no tienen *ni idea*.

Me tiemblan las manos cuando abro la caja, partiendo por la mitad la cara de la sonriente modelo de cabello negro. Respiro hondo antes de volver a mirar a Damian. "¿Vas a ayudarme?"

Tiene un brillo depredador en los ojos mientras se aparta de la puerta, riendo entre dientes. El sonido me produce un escalofrío. "Como quieras".

Se coloca detrás de mí y su cálida presencia me rodea mientras me quita hábilmente el frasco de tinte de mis temblorosos dedos. Se me corta la respiración cuando sus dedos rozan los míos.

"Voltéate", murmura, mientras pasa el pincel aplicador por la espesa crema negra.

Obedezco y el corazón me retumba cuando Damian me pasa con cuidado el primer mechón

de color por el cabello castaño. Me sujeta la nuca con la otra mano mientras me pinta el cabello metódicamente con pinceladas amplias y seguras.

El tinte me refresca el cuero cabelludo, pero apenas lo noto. Todo mi cuerpo arde por la proximidad de Damian. Su colonia de sándalo nubla mis sentidos, rodeándome hasta que lo único en lo que puedo concentrarme es en el abrasador recorrido de su mano al rozarme el cuello, los hombros, la curva inclinada de la clavícula...

Un suave gemido se escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Damian se queda inmóvil, su mirada de ojos pesados se fija en la mía en el espejo. La comisura de sus labios se tuerce en una sonrisita.

"¿Estás bien?" murmura con voz de terciopelo profundo y líquido.

Asiento temblorosa, como si estuviera a punto de desmayarme. La sonrisa de Damian se intensifica un instante antes de seguir pintándome el cabello con trazos de tinte negro.

"Sabes cómo usar un pincel de tinte", digo sin aliento.

"He ayudado a Nat a teñirse el cabello un par de veces", dice, con la voz baja y áspera.

Cuando termina, estoy a punto de consumirme. Damian aparta las manos con desgana, su mirada abrasadora recorre mi cabello recién teñido.

"Así está mejor". Me guiña un ojo. "Ahora, sígueme. El peluquero de Nat está aquí".

Aturdida, sigo a Damian y me siento en una silla de la peluquería. Pronto me presentan a Richard, que promete hacerme el mejor corte de cabello de mi vida.

Chas. Chas. Chas.

El sonido de las tijeras cortando mi larga melena es tan aterrador como excitante. Me agarro a los lados de la silla de la peluquería y veo en el reflejo del espejo cómo caen gruesos mechones de cabello.

Durante años, mi cabello ha sido una manta de seguridad. He pasado incontables horas cuidándolo con esmero, haciéndole peinados sofisticados para eventos elegantes. Mi cabello forma parte de mi identidad, o eso creía.

Pero mientras veo las hábiles manos de Richard cortar los restos de mi vida pasada, siento que algo cambia en mí. Con cada corte de la tijera, me quito un peso de encima.

La sombra de mi vida anterior, la niña asustada y mansa que permitía que todo el mundo hablara por mí, empieza a disiparse.

Mi reflejo en el espejo cambia lentamente hasta que me mira una desconocida. Es una mujer con una melena suelta que le llega hasta los hombros y que enmarca su rostro con suaves mechones a la altura de la mandíbula. Sus ojos color avellana, que ya no se ocultan tras gruesas cortinas de cabello, brillan con la reinvención.

Una lágrima de despedida resbala por mi mejilla mientras mis dedos juegan con mi nuevo peinado hasta los hombros. Los restos de lo que solía ser revolotean por el suelo, esparcidos a mis pies.

"¡Taran!" canta Richard, girando la silla para que quede de frente al espejo. "¿Qué les parece?"

Las caras de Damian y Nat aparecen en el espejo junto a la mía.

"Guau", le comenta Nat a Damian. "Con este nuevo look, Alexis tiene un parecido asombroso con nuestra prima, María".

Mis labios se curvan en una lenta sonrisa mientras contemplo mi aspecto. Tenía muchas dudas cuando Damian insistió en que tenía que cortarme el cabello, pero estoy viendo que ha sido una idea excelente.

"Me encanta", susurro, tocándome los rizos negros que me llegan hasta los hombros. Esto era

más que un simple corte de cabello. Era cortar los lazos con mi pasado para poder enfrentarme a lo desconocido de mi futuro.

DAMIAN

Atravieso las gruesas puertas de roble y me envuelve el aroma de los puros cubanos y el whisky añejo. Al entrar en el estudio, mis hombres se ponen en pie en señal de respeto.

Les hago un gesto con la cabeza para que permanezcan sentados y me sirvo un trago de la jarra de cristal. Ocupo mi silla habitual junto a la chimenea y, por una vez, no pienso en asuntos de la familia. En su lugar, mis pensamientos se dirigen a cierta mujer de cabello rizado que vive en mi casa.

Alexis. Solo su nombre ya es una distracción peligrosa que no puedo evitar por mucho que lo intente. La sirena de pelo rizado me intriga como ninguna otra, pero su pasado sigue siendo un misterio para mí. ¿Quién es?

He pedido a mis mejores hombres que investiguen discretamente su pasado. Hasta ahora, todo lo que han podido averiguar es que tiene una madre fallecida, que estuvo en acogida y que trabajó en la pastelería Cake My Day. Esa información me sorprendió, porque me encanta ir allí a comprar rosquillas. Me pregunto si alguna vez he interactuado con ella y no lo sabía.

Pero no tiene más familia ni amigos. Su naturaleza reservada solo plantea más preguntas. Es un enigma que ocupa cada vez más mis pensamientos. Alexis es de lo más normal. Entonces, ¿por qué La Hermandad está decidida a tenerla?

Odio esto. No estoy acostumbrado a estar tan completamente a oscuras sobre nada ni nadie que ponga un pie en mi propiedad.

Un suave carraspeo me hace levantar la vista para encontrarme con la mirada interrogante de Edo desde el otro lado del estudio. Claro, se supone que ahora debería estar centrado en los negocios.

Obligo a mi mente a alejarse de Alexis, ahogando mi fascinación con un sorbo de whisky. Ya habrá tiempo más tarde para desenterrar sus secretos.

~

"SABES, si quieres saber más sobre Alexis, deberías preguntarle a ella".

Al girarme, veo a una divertida Nat apoyada en una pared cercana, con los labios curvados en una sonrisa burlona.

"Vete a la mierda", gruño, preguntándome cuánto habrá oído Nat. He estado haciendo preguntas casuales al personal sobre las preferencias y rutinas de Alexis. Hasta ahora, me he enterado de que le gusta practicar yoga por la mañana temprano, odia los plátanos y le encanta el dulce.

Nat resopla y se aparta de la pared, caminando hacia mí. "Solo digo que para ser un Don de la Mafia, no se te da nada bien el ser discreto".

Para mi horror, el calor me sube por el cuello. Dirijo a Nat una mirada fulminante. "¿No tienes algo más importante que hacer que acosarme?"

"Nop", dice Nat despreocupadamente, haciendo énfasis en la “p”, con una molesta sonrisa de suficiencia en la cara. "Pero tengo que decir que es muy lindo verte intentando conseguir información sobre ella. Por cierto, también le gusta pintar".

Casi se me desencaja la mandíbula ante este nuevo dato. "¿Cómo lo averiguaste?"

Se encoge de hombros. "Se lo pregunté". La risa de Nat es insufrible mientras se aleja tarareando una canción de amor de Elton John.

Si pudiera atar a mi hermana y tirarla al lago Michigan, lo haría.

Una pintora. Me pregunto en qué se inspira. ¿Pinta imágenes inquietantes o es más abstracta? Estoy decidido a averiguarlo.

Un par de días después, mi camino se cruza "accidentalmente" con el de Alexis en el pasillo. Lleva el cabello negro recogido hacia atrás, con algunos rizos sueltos que cuelgan tentadoramente junto a sus orejas. Aunque cortarle y teñirle el cabello fue una buena idea, echo de menos sus largos y preciosos rizos.

"Alexis", la saludo. "Tengo entendido que eres una artista con talento".

Parpadea como una lechuza, claramente sin esperar que conozca un detalle tan personal sobre ella. "Yo... bueno, más o menos, supongo. No soy muy buena. Es solo un hobby, en realidad".

"Pero te gusta pintar, ¿verdad?"

"Sí. Sí, me gusta. Me tranquiliza mucho".

Asiento con la cabeza. "Hice que trajeran pinturas, lienzos y otros materiales para que los uses. Están abajo, en la terraza acristalada. Considéralos tuyos".

Alexis abre los ojos, sorprendida y encantada. "No tenías por qué hacerlo, yo..."

"Insisto", la interrumpo con firmeza, pero no sin amabilidad. "Si vas a quedarte con nosotros, deberías poder hacer las cosas que te gustan".

En ese momento, su sonrisa de agradecimiento enciende algo cálido y peligroso en mi pecho, que me apresuro a sofocar. Es solo un gesto pragmático. Nada más.

"Gracias, Damian. Esto significa más de lo que crees", dice Alexis con sinceridad, mirándome con una expresión inquietantemente amable.

"¿Tal vez también podrías enseñarme a pintar?" pregunto, con el corazón latiéndome traicioneramente en el pecho. "Te lo advierto, apenas sé dibujar una figura de palitos".

Alexis se ríe y el sonido es un bálsamo para mi alma. "Creo que será un ciego guiando a otro ciego, pero claro. Estaré encantada de enseñarte algunas habilidades básicas".

"¿Qué tal este fin de semana?" pregunto.

"Es una cita... quiero decir, sí, por supuesto. El fin de semana me viene perfecto". Alexis se muerde el labio inferior como si se reprendiera a sí misma por el desliz.

Hago un último gesto de reconocimiento con la cabeza antes de girar sobre mis talones, luchando por mantener mi fachada imperturbable. No puedo evitar repetir la frase en mi mente, sintiéndome sorprendentemente emocionado por la insinuación involuntaria.

El fin de semana no puede llegar lo bastante pronto.

~

EN LA MANSIÓN reina un silencio espeluznante, ya que mi personal, Nat y Edo se han retirado por

el resto del día. Edo tuvo que arrastrar a Nat fuera de la casa mientras me ella hacía ruidos de besos hacia mí. Hermana o no, voy a matarla.

Me quedo de pie en la terraza acristalada vacía, el silencio discordante no hace más que acentuar la energía nerviosa que me recorre.

Parecía una idea bastante inocua cuando le pedí a Alexis que me enseñara a pintar, un simple respiro creativo del peso de mis responsabilidades. Pero ahora, ante la realidad de la situación, Alexis y yo solos, empiezan a asaltarme las dudas. ¿Cuándo fue la última vez que me permití bajar tanto la guardia con alguien ajeno a mi círculo íntimo?

Camino de un lado a otro hasta que el sonido de pasos que se acercan me detiene. Alexis aparece en la puerta, con sus rizos sueltos y su suave sonrisa. Se me corta la respiración al verla con unos leggins y una camiseta ajustada con cuello en V.

"Hola", dice tímidamente.

"Hola", digo estúpidamente, apenas consigo mantener mi inquebrantable compostura. Biscottina entra trotando tras Alexis, corre hacia mí y salta a mis piernas.

Alexis sonríe ampliamente y mi estómago da un vuelco al verla. "Tengo que admitir que de pensar que un jefe de la mafia tendría un perro, asumiría que sería un perro grande y aterrorizante, como un pitbull o un pastor alemán. Realmente no esperaba un perro salchicha".

"Dachshund", corrijo, levantando a Biscottina en mis brazos para acariciarla. "Que no te engañe su pequeño tamaño. Es feroz cuando quiere. Ya le ha dado un mordisco a Edo".

Alexis sonríe suavemente. "No lo dudo".

Hago un gesto de barrido hacia los lienzos y pinceles dispuestos sobre una mesa reluciente. "¿Empezamos mientras haya luz?"

Se sienta a la mesa y con sus dedos hábiles ordena las pinturas y las herramientas. Mis ojos la recorren, apreciando su esbelta figura. Es peligroso permitirme semejante capricho.

"Deberíamos empezar por lo básico, como la teoría del color, las técnicas del pincel, ese tipo de cosas", dice Alexis mientras sumerge las cerdas en ricos pigmentos. "Pero como dices que apenas sabes dibujar una figura de palitos, quizá deberíamos limitarnos a pintar con los dedos".

El tono burlón de su voz, combinado con la sonrisa juguetona que esboza por encima de un hombro, me calienta la sangre de inmediato. Mis pensamientos se desvían hacia esos delicados dedos, recorriendo algo más que pinturas al óleo...

Dios mío. Necesito una ducha fría.

Carraspeo con dureza. "Aprendo rápido. Pero podemos empezar por donde mejor te parezca".

Alexis asiente complacida, concentrada en mezclar un tono de rosa especialmente vivo. Me acerco y dejo que me envuelva el sutil aroma cítrico de su champú.

Mierda. Esto va a ser una *tortura.*

"Empecemos", dice Alexis, arrastrando un taburete y subiéndose a él, nuestras rodillas rozándose mientras ella se acomoda cerca. "Recuerda, esto es solo por diversión. Sin expectativas".

Levanto una ceja. Para alguien que trabaja con ultimátums y juegos de poder, tener cero expectativas es un concepto totalmente extraño. Pero su sonrisa tranquilizadora y su proximidad hacen que quiera intentarlo.

Intento perderme en el ir y venir de las pinceladas sobre el lienzo, haciendo remolinos y pinceladas. Alexis se inclina hacia delante, su aroma cítrico me embriaga, sus cálidos dedos junto a los míos mientras ajusta mi agarre del pincel. "Así", murmura. "Suelto pero controlado".

Algo así como mi determinación en este momento. Pero le hago un gesto rígido con la cabeza, esforzándome por concentrarme en sus instrucciones y no en el suave movimiento de su

pulgar rozándome los nudillos.

Sumerjo el pincel en la pintura e intento seguir sus instrucciones, pero mi mano dura se impone y el resultado son líneas ásperas y desiguales sobre el lienzo. Maldigo.

"Lo estás pensando demasiado", me regaña Alexis con suavidad. "La pintura es sentimiento, no precisión. Deja que las emociones guíen tus trazos".

Me tenso ante sus palabras. ¿Dejarme guiar por la pasión en lugar de por la pura fuerza de voluntad? La mera idea va en contra de todos los elementos arraigados en mí.

Sin embargo, aquí en esta terraza acristalada, Alexis parece desmantelar mis restricciones sin siquiera darse cuenta. Observar cómo sus ágiles manos bailan sobre el lienzo con movimientos atrevidos y expresivos es absolutamente cautivador.

Vuelvo a intentarlo y deslizo el azul oscuro por el lienzo con un gesto áspero y cortante.

Los labios de Alexis se curvan en una sonrisa maliciosa. "Pinceladas furiosas para nuestro melancólico artista, por lo que veo".

"Difícilmente", me burlo, aunque se me calientan las orejas al ser leído con tanta transparencia. "Yo pienso en absolutos".

"¿Ah, sí? Porque tu pintura cuenta una historia diferente".

¿Qué pueden decir de mí esas pocas pinceladas? Esto tengo que oírlo.

"Veo una lucha entre el control y el ansia, la desesperación y la contención", dice en voz baja.

Me recorre un temblor ante su perspicaz evaluación, que me parece demasiado íntima incluso desde la perspectiva de una artista. Me relamo los labios repentinamente secos, dolorosamente consciente de cada punto abrasador donde se alinean nuestros cuerpos. Está demasiado cerca, nublando mis sentidos con su presencia.

"Quizá necesitamos un descanso", respira Alexis. "Despejar nuestras cabezas".

La energía que chisporrotea entre nosotros es palpable, vibrando con una docena de posibilidades tácitas. Por voluntad propia, mi mano libre se dirige a su cadera, los dedos se extienden posesivamente sobre el fino algodón mientras la acerco.

Los ojos de Alexis se cierran brevemente antes de abrirse de nuevo, brillando con una combinación de nervios y deseo. En ese momento, soy plenamente consciente de lo fácil que sería rendirme. Abandonar el férreo control al que me aferro y ceder a esos impulsos increíblemente ineludibles que hacen vibrar mi cuerpo.

Ella parece percibir las facciones en pugna dentro de mí, su generosa boca se curva. Cuando un dedo delgado recorre el plano de mi pecho, me estremezco violentamente ante su sensual exploración. El pensamiento racional se convierte rápidamente en un esfuerzo inútil.

Cuando se pone de puntillas y sus pechos rozan mi torso, mi determinación se hace añicos. Con un movimiento fluido, le acaricio la nuca y aprieto nuestras bocas en un beso abrasador y desesperado.

ALEXIS

Besar a Damian es electrizante.

Me arde todo el cuerpo y mis labios se amoldan perfectamente a los suyos. El beso empieza suave y exploratorio, pero eso no dura mucho. El hambre desatada y la pasión por Damian que había estado intentando reprimir vuelven a rugir.

Lo beso con más fuerza, desesperadamente, como si fuera a ahogarme si no lo devoro por completo. Mis dedos se enredan en su cabello, acercándolo aún más hasta que ya no queda espacio entre nosotros. Damian iguala mi fervor y me rodea la cintura con un brazo para pegar mi cuerpo al suyo.

Se siente tan poderoso, tan desenfrenado, y sin embargo su otra mano acaricia mi mejilla con la mayor delicadeza. Está claro que es él quien tiene el control y, sinceramente, eso solo hace que lo desee aún más.

Los besos de Mark nunca me habían hecho sentir así, esta vertiginosa pérdida de control mezclada con una sensación de seguridad absoluta. Los besos de Mark eran duros e inflexibles. Nunca tuvo en cuenta mis sentimientos ni mis deseos.

Solo un beso de Damian basta para trastornar todo mi mundo y, al mismo tiempo, hundirme en él. Todo lo que sé en este momento es el deseo al rojo vivo que abrasa cada fibra de mi ser.

La mano que tiene en mi cadera desciende hasta agarrarme el culo, apretándome aún más contra el inconfundible bulto de sus pantalones. Un gemido agudo se escapa de mi garganta mientras me aprieto descaradamente contra él, desatando la creciente desesperación entre mis piernas.

"Damian..." Gimo sin aliento contra su beso abrasador. Su nombre en mis labios solo parece incitarlo aún más. Me mete una mano en el cabello y me inclina la boca para explorarla aún más. Su otra mano sube desde mi culo hasta tocarme el pecho. Jadeo ante el placer que me recorre.

Esto está ocurriendo de verdad.

Lo deseo más de lo que jamás hubiera imaginado, sin importar las consecuencias. No me importa que sea el Don de la Familia Iacopelli. No me importa que no me deje salir de su casa sin su permiso expreso. Lo hace por mi propia seguridad.

Le rodeo el cuello con los brazos, igualo su fervor con la misma desesperación, volcando hasta la última gota de deseo en este beso.

Cuando por fin nos separamos, estoy completamente despeinada y jadeando con fuerza, olvidado por completo nuestro ejercicio de pintura. Los ojos oscuros de Damian brillan con una lujuria indisimulada mientras contempla mi forma enrojecida y llena de deseo.

Me inclino mareada contra él. "Sí", susurro.

"¿Sí?", pregunta.

Asiento con la cabeza. "Te deseo. Tómame".

Los ojos de Damian arden de deseo cuando confieso mi deseo por él. Un gruñido bajo y gutural retumba en su pecho mientras me levanta en sus poderosos brazos y me acuna contra su sólida estructura.

"No tienes ni idea de lo que me haces", dice con voz ronca sobre mis labios entreabiertos antes de reclamarlos en un beso abrasador y posesivo.

Me derrito en su abrazo y gimo suavemente mientras su hábil lengua acaricia la mía. El mundo parece desvanecerse y mis sentidos se ven abrumados por el sabor, el aroma y el tacto de este dominante hombre.

Solo hemos dado unos pasos antes de que Damian me aprisione contra la pared más cercana, con su cuerpo tonificado alineado con el mío desde el pecho hasta la cadera. Doy un grito ahogado por el repentino impacto, pero suspiro con deseo cuando su boca empieza a recorrerme la mandíbula y el cuello con besos fundidos.

"Damian..." respiro contra su cuello como una plegaria, enredando los dedos en sus gruesos mechones para mantenerlo imposiblemente más cerca.

Él responde succionando la sensible unión entre mi cuello y mi hombro, arrancándome un gemido tembloroso. Noto su excitación contra mí y una nueva oleada de deseo me recorre las venas.

Justo cuando creo que me voy a desmayar de la tensión, Damian me levanta de golpe y me sube por la escalera hasta su dormitorio. Alterna besos abrasadores con susurros obscenos sobre mi piel enrojecida que me hacen retorcerme descaradamente entre sus brazos.

Cuando llegamos a la puerta de su habitación, me siento delirar de deseo. Damian captura mi boca una vez más en un beso fundido y lánguido que me hace gemir y arquearme contra su cuerpo. Cuando por fin nos separamos, sus ojos arden con un hambre indisimulada.

"Voy a hacerte mía de todas las formas posibles", jura en un tono áspero que me llega al alma. "Cada centímetro de tu bello ser".

Cuando me tumba en su cama, por fin me doy cuenta de la realidad. Siento que me invade una repentina oleada de nervios. Será mi primera vez, mientras que Damian claramente tiene mucha experiencia y probablemente haya estado con innumerables mujeres antes.

Al notar mi aprensión, Damian me coge la cara y me obliga a mirarlo fijamente. "¿Qué pasa?"

Desvío la mirada. "Es que... soy nueva en esto. ¿Y si soy terrible?" Me muerdo el labio inferior con nerviosismo, luchando contra las lágrimas.

Damian suelta una risita y niega con la cabeza. Deja un rastro de besos ligeros como plumas a lo largo de mi piel sensible. "Ni se te ocurra pensar así".

Vuelve a levantarme la barbilla para que me encuentre con su mirada ardiente. "No se trata de compararte con otras. Contigo, todo es nuevo, excitante..." Su voz baja aún más. "Me consume por completo como nunca antes lo había experimentado".

Siento que mis miedos se desvanecen lentamente a medida que las palabras y las abrasadoras caricias de Damian me envuelven. Me acuna la cara y se inclina para apoyar la frente en la mía. "Quiero adorar cada centímetro de ti, Alexis. Saborea este momento y hazlo nuestro".

Lo miro, entregándome a la ternura que hierve a fuego lento bajo su apasionada intensidad. Tiene razón, esta es *nuestra* experiencia, diferente a todo lo que hemos vivido antes.

Con una suave sonrisa, me acerco a él para darle un beso, dispuesta a entregarme por completo a este hombre.

Sus manos recorren lentamente las curvas de mi cuerpo mientras nuestros besos se

profundizan e intensifican. Respiro entrecortadamente, con el deseo arremolinándose en mi interior. Mark *nunca* me había visto tan desnuda, y mucho menos me había tocado tan íntimamente. Lo máximo que le había dejado hacer era tocarme un pecho por encima del sujetador.

Al notar mi inquietud, Damian se aparta lo suficiente para captar mi mirada. "Respira, Alexis", murmura con voz ronca. "Iremos a tu ritmo".

Me deja un rastro abrasador de besos en la mandíbula y el cuello, y me roza el dobladillo de la camisa con los dedos. "¿Puedo?" La petición vibra contra mi piel enrojecida y me arranca un suspiro estremecedor.

Con una leve inclinación de cabeza, levanto los brazos para que Damian me desnude. Desliza la camisa hacia arriba con una lentitud tentadora, acariciando cada centímetro de piel expuesta. No puedo evitar un gemido cuando su mirada recorre mi torso desnudo.

Toda la timidez que me quedaba se evapora bajo la intensidad de los ojos de Damian. Es un hombre que adora y saborea cada detalle de mi cuerpo como si yo fuera la obra de arte más preciada.

"Perfección", ronronea en un tono cargado de deseo antes de reclamar mis labios una vez más.

Envalentonada, dejo que mis manos recorran los duros planos de su pecho, sintiendo cómo los tensos músculos se estremecen bajo mi contacto. Tiro insistentemente de la tela que nos separa hasta que él se retira el tiempo suficiente para arrancársela con un movimiento acalorado.

Se me corta la respiración cuando finalmente veo el torso cincelado de Damian. Es sin duda el hombre más increíblemente guapo que he visto nunca. Su físico está esculpido a la perfección: tonificado y poderoso.

Sin embargo, a medida que mi mirada recorre su piel bronceada, me doy cuenta de las tenues líneas de cicatrices que estropean su forma, por lo demás impecable. Algunas son finas y se han desvanecido con la edad, mientras que otras parecen más recientes y dentadas. Le cruzan el abdomen y el pecho, recordatorios del peligroso mundo en el que vive.

El peligroso mundo en que *yo* vivo ahora.

Aprieta nuestros cuerpos, piel abrasadora contra piel abrasadora. El nuevo e íntimo contacto hace que nuestros labios emitan jadeos de placer. Sus hábiles dedos me desabrochan el sujetador con facilidad y luego detiene con una sonrisa hambrienta en la cara.

Damian baja la cabeza, agarrando mi pezón con la boca y su lengua acaricia el fruncido capullo.

"Dios, eres preciosa", murmura, besándome el pecho antes de volver al pezón.

Mis manos se hunden en su espesa cabellera mientras arqueo la espalda, disfrutando de la sensación de su boca sobre mí. Su otra mano juega libremente con mi otro pecho, masajeando y acariciando el pezón antes de volver a acariciarlo con la boca.

Al cabo de unos instantes, se aparta y un escalofrío me recorre cuando el aire golpea mis húmedos y solitarios botones. Sus manos se deslizan por mi cintura, los pulgares se enganchan en la cintura de mis leggins y mi ropa interior antes de bajármelos con un movimiento rápido y suave.

"Demasiado hermosa", murmura, y me presiona el estómago con los labios antes de bajar por el torso hasta las caderas y los muslos.

Me besa por todas partes y no puedo respirar.

Mi cerebro deja de funcionar mientras sus labios bailan alrededor de la piel sensible del interior de mis muslos, acercándose cada vez más a mi núcleo caliente. Suelto un fuerte grito

ahogado cuando su lengua separa mis pliegues y acaricia el punto sensible e inflamado que se esconde entre ellos.

No puedo creer lo que está pasando. No porque sea mi primera vez, sino por lo mucho que deseo a Damian. Es increíble. Asombroso.

Estoy llena de nervios, pero no de la forma cohibida que había previsto. Lo deseo, pero no puedo entender la intensidad de mi deseo. Es delicado, pero mantiene el control, y eso me encanta.

Me agarro con fuerza a su cabello mientras él sigue lamiendo y chupando, acercándome cada vez más al límite.

"¡Damian!" Jadeo, cierro los ojos y levanto las caderas.

Rodea su cabeza con mis piernas y me agarra de los muslos mientras continúa asaltándome. Un gemido grave y profundo corre por mi garganta y sale por mi boca mientras mi cuerpo empieza a temblar y a agitarse, a pocos segundos del clímax.

Pero entonces se detiene.

Jadeo al sentir la repentina brisa fresca que me golpea. Abro los ojos y emito un gemido débil y lastimero.

"Todavía no", dice simplemente.

Veo cómo se afloja el cinturón, se desabrocha el botón del pantalón y saca su enorme y gruesa verga.

Mis ojos se abren de par en par al ver su tamaño y vacilo, insegura de si cabrá todo. Como si me leyera el pensamiento, se ríe.

"Encajará perfectamente. No te preocupes".

Se inclina sobre mí y presiona su verga contra el interior de mi muslo, mientras mete dos dedos en mi húmedo interior.

Suelto un grito ahogado y siento un dolor agudo.

Sus dedos se detienen. "¿Estás bien?"

Asiento, el dolor agudo desaparece lentamente. "Sí, solo... un poco más despacio, por favor".

Accede, metiendo y sacando los dedos, enganchándolos hacia arriba para acariciarme el punto G.

Me esfuerzo por respirar más hondo y me agarro a sus hombros mientras él bombea dentro y fuera de mí. Mis uñas se clavan en sus hombros mientras bombea con más fuerza y rapidez. Su pulgar gira y acaricia mi clítoris.

"¡Oh! ¡Coño! ¡Damian!"

Gimo y levanto las caderas, permitiéndole que penetre más, rogándole que vaya más rápido. Otro gemido sale de mis labios y él gruñe en respuesta.

"Maldita sea", murmura, sacando los dedos. Pero antes de que pueda quejarme, siento su cabeza penetrar mi entrada.

Los dos gritamos cuando me penetra más. La lubricación de mi coño facilita mucho el acto.

Se agarra al colchón cuando por fin toca fondo, y yo levanto las caderas, mordiéndome el labio por el leve dolor del estiramiento interno.

Damian comienza con un ritmo lento. Sus manos rodean su cintura con mis piernas, lo que le permite inclinarse más y más dentro de mí antes de volver a agarrarse al colchón. Un gemido grave y sensual se le escapa cuando acelera el ritmo. Mi cabeza choca contra la cama con cada fuerte embestida.

"¡Ah, coño!" gime mientras se agarra con más fuerza al colchón.

Cierro los ojos y suelto un pequeño grito cuando su pulgar vuelve a encontrar mi clítoris.

Me levanta las piernas de golpe, acercándolas a mí mientras me penetra más profundamente.

"¡COÑO, SÍ! ¡DAMIAN!"

Los constantes sonidos de manotazos, jadeos, gemidos y quejidos llenan la habitación.

Me separa las piernas y se inclina hacia abajo, enterrando momentáneamente su cara en el pliegue de mi cuello.

"Ya está. Sí, eso es", gime contra mí. "Coño, te sientes tan bien".

Clavo las uñas en su espalda mientras Damian me planta besos suaves y tiernos en la garganta y la mejilla. Eso, junto con sus fuertes embestidas, se siente muy bien.

Nuestros labios se pegan, nuestras lenguas se enredan y luchan por el dominio. Su ritmo se vuelve más errático cuanto más se acerca. El nudo que se me ha ido haciendo en el estómago se aprieta con cada embestida hasta que, por fin, mis paredes se cierran con fuerza a su alrededor.

Me empuja hacia un precipicio y, al acercarme a él, salto y estallo en un éxtasis que me recorre todo el cuerpo. Cuando grito su nombre, mi voz suena diferente. Vigorizada. Potente.

Y me encanta cada momento.

Su ritmo se vuelve inestable. La cama gime en protesta por su agarre. "¡Dios! ¡Coño!" gime y la saca rápidamente, masturbándose con fuerza y rapidez, hasta que finalmente se viene sobre mi estómago mientras echa la cabeza hacia atrás y gime. Su mano bombea su verga lentamente.

Se inclina sobre mí, jadeando. Nuestras exhalaciones se entremezclan. Apoya su frente sudorosa contra la mía, haciendo que nuestros labios queden a escasos centímetros.

Levanto las manos para agarrarle la cara, tirando de él hacia abajo para darle otro beso que él permite y, por primera vez en mucho tiempo, me siento *deseada*.

Mis pensamientos se arremolinan tras mi primera experiencia sexual. El torrente de emociones es abrumador. No me lo puedo creer. *Por fin* he tenido sexo, y ha sido aún más increíble de lo que jamás me había atrevido a imaginar.

Las sensaciones, la conexión y el *éxtasis* del momento superaron todas mis expectativas. Agradezco haber esperado y no haber tenido sexo con Mark. Agradezco que Damian fuera mi primero.

A pesar de mi aprensión inicial y la persistente sensación de miedo que siento hacia Damian, no puedo negar la innegable verdad. Hizo que la experiencia fuera increíblemente placentera. La intensidad de su presencia, la pasión de sus caricias y la forma en que me guió en cada momento me dejaron sin aliento de la mejor manera posible.

Me acurruco junto a Damian, apoyando la cabeza en su pecho, deseando deleitarme con los mimos posteriores al sexo. De repente, Damian se pone rígido a mi lado. De un tirón, rompe bruscamente mi abrazo y balancea las piernas sobre el lateral de la cama. Me quedo tumbada, atónita por su reacción.

"¿Damian?" le pregunto dócilmente mientras se levanta, sin mirarme, y coge su ropa. No responde, se pone los pantalones y la camisa. Observo sus movimientos, llena de confusión. ¿Hice algo mal? ¿He sobrepasado algún límite tácito?

"Tengo asuntos que atender", dice Damian con rotundidad, sin mirarme a los ojos. Se dirige hacia la puerta del dormitorio.

"Pero yo... pensé..." Tartamudeo, con el rechazo arremolinándose en mi interior. Este hombre, el poderoso Don Iacopelli que infunde miedo a sus rivales, se aleja de mi simple intento de intimidad.

Damian se detiene en la puerta, con la mano en el pomo, y se gira a medias hacia mí. Por un momento, veo un fugaz atisbo de vulnerabilidad tras su mirada de acero antes de que el muro vuelva a levantarse.

"Esta noche no", dice, con voz baja pero firme. "Cierra la puerta cuando te vistas". Luego se va y me deja sola entre las sábanas arrugadas.

Cuando la puerta se cierra, no consigo entender lo que acaba de pasar. ¿Por qué un simple abrazo ha sido tan inoportuno? Se me llenan los ojos de lágrimas y me llevo las rodillas al pecho, rodeándolas con los brazos mientras los sollozos empiezan a sacudirme el cuerpo.

"¿Qué me pasa?" le susurro a nadie. Por mucho que me doblegue y me amolde para ser aceptable, nunca es suficiente.

Excepto mi madre, la única persona de mi vida que me quería incondicionalmente, con defectos y todo, hasta que me la arrebataron. El calor y la aceptación de mi madre evitaron que me sintiera imposible de amar.

Mientras mi cuerpo se estremece con los sollozos, siento que una soledad dolorosa me invade por dentro. Sin familia, sin amor verdadero, estoy a la deriva con la rotunda creencia de que algún defecto inherente que yace en lo más profundo de mí impide que alguien pueda llegar a amarme plenamente.

En esa oscuridad, la chispa de autoestima que encendió mi madre parece estar lanzando su último y débil suspiro. Cada abandono emocional me oprime y me hace sentir más indigna de amor que nunca.

DAMIAN

Estoy sentado, encorvado sobre mi escritorio, con los montones de documentos y archivos completamente olvidados. Mi mente está en otra parte, repitiendo una y otra vez los acontecimientos de hace unas semanas.

El recuerdo de la piel desnuda de Alexis contra la mía, la suavidad de sus labios, la forma en que temblaba de deseo entre mis brazos... todo está grabado a fuego en mi cerebro. Aún puedo oler los débiles rastros de su perfume, que parece perdurar en mi despacho.

Y entonces recuerdo la fría y dura realidad de lo que hice. Cómo me alejé bruscamente de su calor con la excusa de mierda de que tenía que ocuparme de unos asuntos. La mirada confusa y dolida en su hermoso rostro mientras me retiraba.

La culpa se me revuelve en las tripas. Dejé que mi cobardía y mi miedo a la vulnerabilidad se apoderaran de mí en aquel momento. Ahora, Alexis se niega a hablarme y me evita por completo. No es que pueda culparla después de cómo la traté.

Me paso una mano por la cara. Como poderoso Don, estoy acostumbrado a tener siempre el control, a no dejar que las emociones me dominen. Pero Alexis tiene una forma de meterse en mi piel, de quitarme cada capa calculada de bravuconería que muestro al mundo.

Tengo que arreglar esto. Tengo que encontrar una forma de explicarme sin las mentiras y los engaños habituales. Si no lo hago, sé que la perderé, y eso me hace sentir más vacío que nunca.

La puerta de mi despacho se abre de golpe, interrumpiendo mis cavilaciones. Levanto la vista y veo al tío Vinny entrando a grandes zancadas, con una sonrisa ronca pero cálida dibujada en su curtido rostro.

"Ahí está mi chico", exclama el tío Vinny, con la voz un poco ronca por los muchos años que lleva fumando. Me levanta de la silla y me envuelve en un fuerte abrazo.

A pesar de su corpulencia y su porte imponente, siento una oleada de afecto por mi tío. Después de que mis padres y mi hermana pequeña fueran brutalmente asesinados hace años, el tío Vinny ha sido lo más parecido a un padre, a pesar del pequeño contratiempo que supuso su intento de asumir el mando de la Familia Iacopelli. Es el último lazo con mi padre, un hombre al que idolatraba como a ningún otro.

Cuando el tío Vinny me suelta, logro esbozar una sonrisa. "¿A qué debo el placer, tío?"

La expresión del tío Vinny se vuelve más seria cuando toma asiento frente a mi escritorio. "¿Alguna pista sobre el paradero de la chica Hartley?"

Se me hace un nudo en el estómago al oír hablar de Alexis. Claro, se supone que tengo que estar buscándola. Me pregunto de qué color se pondría la cara del tío Vinny si supiera que Alexis Hartley está solo un piso por encima de nosotros.

Normalmente, le habría dicho al tío Vinny que la tenemos, pero como Vinny me trajo a

Mario y me ha estado animando a ayudar en la búsqueda, es mejor que el tío Vinny no sepa *nada*.

"No hay novedades que comunicar, me temo", miento suavemente, manteniendo mi rostro como una máscara inescrutable. "Mis chicos están peinando cada centímetro de la ciudad, pero de momento está resultando escurridiza".

Tío Vinny pone mala cara, una fea expresión se dibuja en su rostro. "Maldita sea. Es crucial que pongamos pronto nuestras manos sobre Alexis Hartley, Damian", gruñe, endureciendo su expresión. "Mario está presionándome por eso".

Levanto una ceja. "No entiendo la importancia, tío. ¿Por qué es tan importante esta chica? Parece que podríamos encontrar otro objetivo para vender. No faltan opciones merodeando por las calles de noche".

Me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mis labios. Los ojos del tío Vinny relampaguean con un raro estallido de ira y golpea con un puño carnoso mi escritorio, haciendo que todo traquetee. "¡No hagas preguntas, chico!" suelta Vinny de golpe, subiendo el volumen de su voz grave. "Necesitamos a Alexis Hartley específicamente. Sin sustituciones. Órdenes de Mario".

Retrocedo un poco ante la vehemente reacción de mi tío. No es normal que el equilibrado Vinny pierda la calma de esta manera. Claramente, hay maquinaciones más grandes en juego de las que no estoy al tanto.

¿Eso me molesta? Claro, pero sé cuándo es apropiado hacer preguntas y cuándo mantener la boca cerrada, y esta es una de esas veces.

Levanto las manos en señal de apaciguamiento y asiento lentamente. "Tienes razón, tío. Lo siento, no debería haber preguntado. Redoblaremos nuestros esfuerzos para localizarla inmediatamente".

Mi mente se acelera ante esta nueva revelación. ¿Qué hace a Alexis Hartley tan especial? ¿Y quién es ella para La Hermandad para que el propio Mario tenga tanto interés?

Está claro que esto es mucho más profundo de lo que ninguno de nosotros sabe. Y mis conflictos personales autoimpuestos solo van a seguir enredándose más y más en esa red más amplia.

La puerta vuelve a abrirse de golpe y Nat entra en mi despacho con el ceño fruncido en cuanto ve al tío Vinny.

"¿Qué hace aquí ese miserable bastardo?" me espeta, negándose a mirar siquiera en dirección al tío Vinny.

El tío Vinny le devuelve el ceño. "Yo también me alegro de verte, Natalia".

A Nat le brillan los ojos al oír su nombre completo y puedo sentir la guerra que viene. Levanto una mano tranquilizadora. "Tranquilos. El tío Vinny ya se va".

El tío Vinny se levanta, comprendiendo la despedida. "Recuerda encontrarla, Damian. Lo antes posible".

Inclino la cabeza. "Entendido, tío".

Con una última mirada fulminante a Nat, Vinny sacude la cabeza con disgusto y gira sobre sus talones, refunfuñando en voz baja mientras sale.

En cuanto la puerta se cierra tras él, Nat se vuelve hacia mí, con los ojos encendidos de furia y desconfianza. "No puedes seguir dejando entrar a esa puta serpiente".

Suspiro, preparándome mentalmente. "Nat, vamos..."

"¡Hablo en serio!" insiste Nat, golpeando mi escritorio con las palmas de las manos. "No confío en Vinny ni para pedirle la hora. Ha sido sospechoso desde que tengo memoria".

"No te fías de nadie, Nat", replico, incapaz de ocultar el cansancio en mi voz. "Además, el tío Vinny ha cuidado de mí. Somos familia".

Nat se ríe maliciosamente. "¿Ah, sí? Entonces explícame por qué está tan desesperado por encontrar a Alexis, ¿eh? Te has comportado como un imbécil de primera con esa pobre chica".

Mi mandíbula se aprieta ante la mención de Alexis. Más vale que Alexis no le haya contado nada a Nat sobre que estuvimos juntos. No puedo contener el tono defensivo de mi voz. "No la metas en esto".

"¡Por supuesto que la meto!" responde Nat ferozmente. "En caso de que lo hayas olvidado, ¡*yo* soy la que ha estado con Alexis mientras tú tenías la cabeza metida en el culo!"

"Oh, ¿así que ahora eres fan de Alexis? ¿Cuáles fueron tus palabras originales cuando dije que deberíamos mantenerla aquí? 'Deshazte de la perra', ¿verdad?"

Nat me lanza una mirada acusadora. "He llegado a conocerla estas últimas semanas. Es una buena chica que no merece enredarse en nuestra sucia mierda. Pero la has estado zarandeando como a una maldita muñeca de trapo".

Trago saliva, las palabras de Nat me calan hondo. Como si no supiera ya que estaba siendo un imbécil con Alexis. La constante lucha entre mis prioridades y mis emociones ha sido una tortura.

Nat abre la boca para seguir discutiendo, pero la interrumpo. "Mira, podemos debatir la ética del tío Vinny y mis supuestas tendencias de imbécil en otro momento. Ahora mismo, tenemos que ir a The Underground. Tenemos una reunión allí pronto".

Nat me frunce el ceño, pero por suerte deja el tema. "De acuerdo. Vamos, entonces".

Mientras nos dirigimos a la puerta, no puedo evitar pensar en la vehemente desconfianza de Nat hacia nuestro tío. Sé que tiene sus razones, su escepticismo natural y su reticencia a dejar que nadie se acerque demasiado. Pero Vinny ha sido como un padre para mí. ¿No cuenta eso para algo?

Mis pensamientos siguen royéndome sobre la verdadera naturaleza de la implicación del tío Vinny con La Hermandad. Sé que al final necesitaré respuestas reales, no importa de dónde vengan o a quién impliquen.

~

EL CLUB ESTÁ TAN animado como siempre, con el ritmo de la música y las luces parpadeantes como hipnóticos telones de fondo. Nat y yo nos abrimos paso entre la multitud, saludando secamente con la cabeza a los guardias de seguridad apostados en cada entrada.

Cuando llegamos a la sala VIP y nos sentamos, aparece un pequeño séquito: tres voluminosos guardaespaldas abren paso a una escultural mujer pelirroja de ojos azules como el hielo. Incluso desde la distancia, su aura de frialdad y desdén es palpable.

Todo mi cuerpo se tensa al reconocer a la mujer. Maldita sea. Ahí viene Scarlett Rafa.

"Vaya, vaya", ronronea Scarlett al acercarse, con una sonrisa cruel dibujada en sus labios carmesí. "Pero si son Damian y su chihuahua furiosa, Natalia".

Nat se eriza al instante, su cuerpo se tensa como un resorte cargado. "¿Por qué no vuelves a meterte en la cloaca de la que saliste, Scarlett?"

Edo se apresura a poner una mano en el brazo de Nat, que parece dispuesta a lanzarse contra Scarlett. Las dos mujeres se enzarzan en una acalorada mirada, el aire prácticamente crepita de animosidad.

Doy un paso adelante, mi voz corta la tensión. "¿Qué quieres, Scarlett? Sé que no has venido

hasta aquí para ponerte al día con viejos amigos".

Me mira con ojos de hielo y se encoge de hombros. "¿No puede una chica pasarse a saludar a su ex prometido sin que la interroguen?"

Eh, no. Cuando Scarlett viene de visita, quiere algo o tiene algo bajo la manga. Y nunca es bueno.

Cuando la miro fijamente, Scarlett pone los ojos en blanco. "Está bien, no te quites los pantalones. Solo vine a ofrecer una... cortés invitación".

"No tratamos con escoria como tú", espeta Nat antes de que pueda responder. "Así que puedes coger tu 'invitación' y metértela por el culo".

En lugar de enfadarse, Scarlett se limita a chasquear la lengua levemente. "Qué malos modales, como siempre, Natalia. Simplemente iba a sugerir una pequeña... especie de asociación comercial".

Se voltea hacia mí y se sienta en el sofá, cruzando las piernas para que su corta falda se deslice aún más arriba. "Sabes, Damian, podríamos hacer mucho más juntos que separados", murmura, trazando distraídamente un dedo en el respaldo del sofá. "Fusionar nuestras operaciones, convertirnos en una verdadera potencia".

Scarlett me mira expectante. "Los Iacopelli y La Hermandad, gobernando los bajos fondos de Chicago como socios. Suena bien, ¿no crees?"

Frunzo el ceño, reconociendo inmediatamente adónde va esto. "Ahorra saliva, Scarlett. No vamos a fusionar una mierda. Eso voló por la ventana en el momento en que nuestro compromiso terminó".

"Oh, vamos, no te precipites". Scarlett niega con la cabeza suavemente, sus ojos azules permanecen como fragmentos de hielo. "Eso es historia antigua, querido. Yo era simplemente una niña tonta e ingenua en aquel entonces. Pero he crecido... y mis ambiciones se han ampliado. Te estoy ofreciendo una oportunidad, una que sería estúpido dejar pasar".

Sus ojos brillan con una amenaza velada. "Especialmente desde que esos molestos de Invicta me han estado presionando últimamente. Me vendrían bien algunos... *refuerzos* para ponerlos en su sitio".

Así que esa es su jugada: quiere absorber la fuerza y los recursos de la familia Iacopelli para reforzar su propia posición frente a sus rivales. No me sorprende en absoluto que sus motivaciones sean tan transparentemente interesadas como siempre.

"Necesito recordarte, Scarlett, que *no* eres la cabeza de La Hermandad. Si tu padre, Mario, quiere iniciar una discusión, entonces yo estaría abierto a escuchar. ¿Pero tú?" Suelto una risita sin gracia. "Aquí no tienes nada que hacer, cariño. Sigue soñando con tu pequeña fusión de fantasía".

Durante un largo rato, la furia arde detrás de los gélidos ojos de Scarlett. Una sonrisa aterradora se extiende lentamente por sus labios rojo rubí. Es una sonrisa completamente desprovista de cualquier calidez o humor: fría, cruel, totalmente desprovista de humanidad. La sonrisa de alguien no solo desquiciado, sino desvinculado de cualquier atisbo de moralidad o empatía.

"Ya lo veremos, Damian querido", ronronea, con un tono suavemente amenazador que me eriza el vello de la nuca. "De un modo u otro, te adaptarás a mi forma de pensar".

Con esa escalofriante promesa, se levanta y se aleja, y sus guardaespaldas la siguen como sombras. No puedo apartar los ojos del contoneo de sus caderas, con el corazón latiéndome con una sensación de pavor enfermizo.

"*Mio Dio*, odio a esa zorra", murmura Edo. "Hay un agujero negro donde debería estar su

alma".

No puedo evitar estar de acuerdo. Las últimas palabras de Scarlett no fueron una amenaza vana. La última mirada de sus ojos, esa sonrisa paradójicamente cálida y a la vez completamente fría, me atravesó, desnudándome hasta los huesos.

Esta no será la última vez que vea a Scarlett Rafa.

DAMIAN

Me giro hacia Nat y Edo, con una mirada atronadora. Las últimas palabras de Scarlett flotan en el aire.

Odio admitirlo, pero su comentario petulante me inquieta. La ambición de Scarlett y su despiadada búsqueda del poder son legendarias, y amenazan el territorio de mi propia familia.

"Maldita zorra", digo mirando al suelo, con las manos cerradas en puños. Dios, ahora mismo quiero darle un maldito *puñetazo* a algo.

Edo asiente sombríamente. "También está el asunto de Alexis".

Levanto la cabeza. "¿Qué pasa con Alexis?"

"Mario la está buscando", dice Edo. "¿Crees que Mario compartió esa información con Scarlett? Dijiste que no quería que Scarlett participara en la búsqueda".

"Lo más probable es que Scarlett ya sepa el nombre de Alexis. No podemos suponer que no sabe nada", digo pasándome una mano por el cabello. Scarlett es la única hija de Mario y la heredera de La Hermandad. La ha incluido en todas las decisiones y ejecuciones desde que éramos preadolescentes.

Edo frunce el ceño. "¿Crees que sabe cómo es Alexis? Mario te enseñó la foto, así que es obvio que se la ha estado enseñando a toda la Familia para que la cacen".

Sacudo la cabeza. "No". Puedo imaginarme la burla desdeñosa de Scarlett si le piden que mire una fotografía. Su arrogancia y vanidad son legendarias. "Esto está por debajo de ella. No querría mirar la foto de una mujer más atractiva que ella".

Nat se ríe con dureza. "Puta vanidosa. Pero esto nos favorece, sobre todo porque Alexis se cortó y tiñó el cabello. Pero tiene que empezar a alisárselo. Los rizos son demasiado distintivos. Demasiado arriesgados".

Aprieto la mandíbula ante el comentario. Los rizos de Alexis son una de las cosas que más me gustan de ella. Los he visto rebotar por sus hombros mientras caminaba por el pasillo. Sus rizos fueron una de las primeras cosas en las que me fijé en ella.

"Por supuesto que no", digo con demasiada fuerza. "Su cabello se queda como está".

Nat arquea una ceja ante mi tono vehemente. Incluso Edo parece algo sorprendido por mi emoción poco característica.

"¿Has perdido la cabeza?" pregunta Nat. "Dejar un rasgo tan identificable podría exponerla si La Hermandad consigue verla una vez".

"Entonces nos aseguraremos de que no tengan esa oportunidad", digo en tono cortante. Ya le he pedido a Alexis que se corte y se tiña el cabello. No puedo pedirle que cambie otra cosa de sí misma.

Nat me fulmina con la mirada. Sus ojos oscuros, tan parecidos a los de nuestro padre, se

clavan en los míos. "¿Puedes pensar con la cabeza en vez de con la verga?" suelta. "Solo porque Scarlett probablemente no sepa cómo es Alexis, no significa que no lo sabrá eventualmente. Todos sabemos que Scarlett seguirá con el aspecto del tráfico de personas una vez que se haga cargo. ¿Por qué no proteges a Alexis de esa maldita psicópata?"

Edo se aclara la garganta, percibiendo la creciente tensión entre nosotros. "¿Por qué no le preguntas a Alexis antes de tomar una decisión por ella?" me pregunta. "Si ella no quiere alisarse el cabello, entonces tal vez podría acceder a usar una peluca u otra cosa que le cubra la cabeza. Solo si de alguna manera está fuera de los terrenos de la mansión".

"E incluso *en* los terrenos de la mansión", comenta Nat. "Sobre todo si Damian sigue permitiendo que Vincente merodee".

Me obligo a respirar de manera uniforme antes de destrozar a Nat. "Muy bien", digo entre dientes apretados. "Se lo preguntaré yo mismo a Alexis y dejaré que ella tome la decisión".

~

TODAVÍA ESTOY DEMASIADO AGITADO por los comentarios de Edo y Nat sobre Alexis mientras me conducen a través de las puertas de la mansión.

No podemos estar seguros de que Scarlett *no* sepa nada de Alexis, y lo último que quiero es que Scarlett se interese en darle caza. Una vez que Scarlett ha tomado una decisión, *nada* la hará cambiarla.

Scarlett, con su encanto seductor y su sonrisa calculadora, una vez dominó mi corazón. Pero ahora, al reflexionar sobre nuestra historia, no puedo evitar preguntarme qué había visto en ella.

Nuestra relación había sido una fachada, una ilusión cuidadosamente construida nacida de la obligación más que de un afecto genuino. Empujados por nuestros respectivos padres, interpretamos nuestros papeles, fingiendo ser la pareja perfecta de la Mafia mientras nos ocultábamos el uno al otro y al mundo nuestro verdadero yo.

Pero fue después de la muerte de mi padre cuando la máscara de Scarlett se cayó, revelando la oscuridad que acechaba bajo su fachada. Sus tendencias psicóticas y sádicas emergieron con una venganza que me dejó tambaleándome de incredulidad y traición.

Estúpidamente, pensé que me había enamorado de ella, cegado por su dulce apariencia. Pero ahora, al recordar nuestra relación, me doy cuenta de que nunca la amé. Amaba hacer lo que mi padre quería que hiciera.

Scarlett nunca me amó tampoco, no de verdad. Me utilizaba como un medio para conseguir un fin, manipulándome para promover sus propias ambiciones sin pensárselo dos veces. No me di cuenta hasta que me pidió que disparara en el patio de recreo.

Y ahora, con su reaparición, no puedo evitar sentir pavor. Sé que es peligrosa, capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quiere. Pero más que eso, me preocupa lo que pueda hacer si descubre que estoy escondiendo a Alexis.

Atravieso las puertas de la mansión e inmediatamente busco al jefe de seguridad. "Informe de situación".

"Todo tranquilo, señor", responde el guardia con prontitud. "Todas las entradas y salidas están aseguradas según sus órdenes. No se ha detectado ninguna amenaza".

Hago un gesto seco con la cabeza, y parte de la tensión se alivia al saber no solo que Alexis está a salvo, sino que no ha intentado cometer la maldita estupidez de marcharse otra vez. He puesto guardias a patrullar todos los puntos de entrada y salida para asegurarme de que no pueda escapar. Se le permite deambular por la casa y salir a los jardines, pero *no* debe abandonar las

instalaciones.

La protección estricta es esencial hasta que pueda averiguar por qué La Hermandad y el tío Vinny la buscan con tanta intensidad.

El tío Vinny. Esa es otra cosa.

"¿Ha llegado Vincente Iacopelli sin avisar hoy otra vez?"

"No, señor. No desde que se fue hoy temprano".

Vuelvo a asentir, aliviado. "Vincente no puede entrar en esta casa a menos que se le autorice expresamente", le digo al guardia. "Debes obtener *mi* permiso verbal. ¿Entendido?"

"Sí, señor", dice el guardia. "Avisaré a los demás".

Satisfecho de que Alexis estará a salvo de las travesuras no anunciadas de mi tío, me doy la vuelta y me dirijo hacia la terraza acristalada. Sé que tiene un horario diario bastante estricto y, por lo que me han dicho los guardias, siempre pasa mucho tiempo pintando allí.

Está vacío.

Frunzo el ceño y me asomo para ver si ha decidido practicar yoga a media tarde.

Nada.

Vuelvo corriendo al vestíbulo, con el corazón palpitante. "¿Dónde está?" pregunto a los guardias que están allí.

Intercambian miradas confusas. "¿La señorita Alexis? No estamos seguros, señor. No ha venido por aquí".

El miedo se apodera de mi pecho cuando me doy cuenta de que puede estar en cualquier lugar de los extensos terrenos de la mansión. ¿Y si pasó algo? ¿Y si alguien se la llevó? ¡Se supone que mis protocolos de seguridad deben garantizar su puta seguridad!

Subo las escaleras de dos en dos, abriendo puertas a mi paso. "¿Alexis?" grito, la desesperación se filtra en mi tono. El miedo aumenta con cada habitación vacía.

Finalmente, llego a las instalaciones del gimnasio y abro las puertas de un empujón, escudriñando el espacio frenéticamente con la vista. Allí está Alexis, trotando sin parar en la cinta, con los auriculares puestos, completamente ajena a mi frenética búsqueda.

"¡Alexis!" Mi voz es aguda, con alivio y rabia, mientras me acerco a ella con el corazón todavía acelerado.

Ella no me oye, concentrada mientras sus pies golpean rítmicamente la cinta. Oigo débilmente el sonido de una canción de hip hop.

Mi furia inicial se desvanece al verla, sana y salva. Le *di* permiso para recorrer toda la casa. No puedo enfadarme porque esté haciendo ejercicio dentro. Trago saliva, intentando calmar la tormenta de emociones que me invade.

Mientras observo a Alexis en la penumbra del gimnasio, vestida solo con un sujetador deportivo y un pantalón corto de ciclismo, siento un deseo primitivo agitarse en mi interior. Sus músculos tonificados se flexionan con cada paso en la cinta, su piel brillante de sudor me cautiva de una forma que no puedo explicar.

Sin darme cuenta, avanzo hacia ella, impulsado por la necesidad instintiva de poseerla. Recorto la distancia que nos separa en unas cuantas zancadas y le rodeo la cintura con la mano mientras la atraigo hacia mí.

Suelta un chillido de sorpresa y sus ojos se abren de par en par, mientras mi mano le tapa la boca para ahogar cualquier sonido. Pero mientras la estrecho contra mí, no puedo ignorar la forma en que su cuerpo responde a mis caricias, el calor de su deseo igualando el mío.

Por un momento, me pierdo en la cruda intensidad del momento, mis sentidos abrumados por la embriagadora mezcla de adrenalina y excitación. Pero al sentir el cuerpo de Alexis

apretándose contra el mío, no puedo deshacerme de la persistente pregunta.

¿Por qué la deseo tanto? ¿Qué *tiene* Alexis que enciende esta necesidad primaria en mí, a pesar de todos los peligros e incertidumbres que nos rodean?

Con un gruñido de deseo, me inclino para besar a Alexis con ferocidad, con el hambre que siento por ella más ardiente que nunca.

Pero demasiado pronto, Alexis se separa del beso con una expresión de dolor y frustración. Niega con la cabeza.

"No, Damian. No. No puedes besarme así después de haberme ignorado durante *semanas*".

Sé exactamente de lo que está hablando, pero no voy a darle la satisfacción de hacerle saber que me he estado pateando por mi comportamiento.

"No sé de qué estás hablando", digo con frialdad.

Los ojos color avellana de Alexis se abren de par en par antes de entrecerrarse fijos en mí. Ah, parece que la Alexis peleona sale a jugar. Aparece a ratos, pero siempre es divertido cuando lo hace.

"Me *dejaste*", dice, con la voz apenas más que un susurro. "Me trataste como a una prostituta. Ni siquiera tuviste la cortesía de decirme *por qué* te ibas. ¡Y no me digas que era por negocios! Tú y yo sabemos que eso es mentira".

Siento una punzada de culpabilidad al recordar cómo me encogí de hombros ante sus mimos, consumido por mis propios miedos e inseguridades. Pero mi orgullo no me permite decírselo.

"No puedes utilizarme como quieras, Damian", me dice, con la voz temblorosa por la emoción y los ojos encendidos por el dolor y la rabia. "No soy un peón en tu juego, un juguete desechable del que puedas deshacerte cuando hayas acabado conmigo".

Aprieto la mandíbula de rabia, mis propias frustraciones afloran a la superficie. "Puedo hacer lo que quiera", replico, con voz baja y peligrosa. "Soy el Don de los Iacopelli, Alexis. Estás a mi disposición, te guste o no".

Alexis me frunce el ceño, con una expresión que me resulta extrañamente familiar. ¿Dónde he visto eso antes?

"No", dice con firmeza. "No, *no* lo estoy".

Intenta apartarse de mí, pero la cojo del brazo y vuelvo a atraerla hacia mí. Se resiste. "¡Déjame *ir*, Damian!"

"No", gruño. "No hasta que me escuches".

Se queda quieta y permito que se aleje de mí. Cruza los brazos sobre el pecho y da golpecitos con el pie.

Aparto los ojos de los pezones fruncidos que se ven a través del sujetador deportivo. Mierda, esto va a ser un *asco*.

"La cagué", digo en voz baja. "Querías abrazarme después de acostarnos y... me entró el pánico, ¿vale? No estoy acostumbrado a que nadie me muestre ese tipo de emoción. Las emociones son una debilidad en mi mundo, Alexis. Una debilidad que explotar".

Me paso una mano por el cabello. "Estaba asustado, ¿vale? Asustado de lo que significa dejar entrar a alguien. Estoy tan acostumbrado a tener el control, a no dejar que las emociones me dominen, que no podía manejar la vulnerabilidad que conlleva la intimidad".

Ella sacude la cabeza con lágrimas en los ojos. "Fuiste el *primero*, Damian. Y me dejaste de lado como si fuera la basura de ayer. ¿Sabes cómo me hiciste sentir? Indigna de amor. No deseada".

Hago una mueca. De verdad, esa no era mi intención, y ahora me siento como un imbécil gigantesco. Alexis ha pasado por muchas cosas en su joven vida, y yo acabo de añadir otro

montón de mierda a su ya de por sí autoestima y autovaloración de mierda.

Te ganaste un puto sobresaliente, Damian.

"Lo siento", le digo sinceramente. "He pasado tanto tiempo construyendo muros a mi alrededor, protegiéndome de cualquier atisbo de debilidad. Nunca me había permitido estar tan... expuesto".

La expresión de Alexis sigue siendo cautelosa, con los brazos cruzados sobre el pecho.

"Sé que te hice daño", continúo, sintiendo que se me revuelve el estómago. "Y lo lamento. Pero quiero que sepas que lo estoy intentando, que lo haré mejor la próxima vez".

Si es que hay una próxima vez. Esta puede haber sido la única vez que pruebe y sienta a Alexis Hartley.

Asiento con la cabeza y me meto las manos en los bolsillos. Esta habitación me aprieta demasiado. He admitido demasiado. Tengo que largarme de aquí *ahora mismo*.

"Disfruta del trote", murmuro y me doy la vuelta para marcharme.

Antes de que pueda moverme, Alexis me agarra del brazo y me atrae hacia ella.

Y sus labios cubren los míos en un beso hambriento.

ALEXIS

Me quedo de pie, atónita ante las palabras de Damian. ¿Una disculpa? ¿De él? Nunca esperé que esas palabras salieran de la boca del Don, *especialmente* dirigidas a mí.

Mi ira aún hierve a fuego lento bajo la superficie, pero hay algo en el tono de Damian, en el ligero fruncimiento de su ceño, que me hace creer que esta vez es sincero. No se parece en nada a las falsas y manipuladoras disculpas a medias que he soportado de los Carter, Emma o incluso Mark a lo largo de los años.

Esta disculpa es *real*. Y ahora me va a dejar en paz, así de simple. Como Jefe de la Mafia, puede hacerme lo que quiera. Pero en vez de eso, me está dando la oportunidad de estar sola. No estoy acostumbrada a tener ese tipo de autonomía. Estoy acostumbrada a que otros tomen esas decisiones por mí.

Pero vi su cara cuando me agarró de la cinta. Parecía... *asustado*, como si le preocupara que me hubiera pasado algo. Y eso me sacudió por dentro. Si se tomó la molestia de buscarme, ¿no significa eso que se preocupa por mí en algún nivel?

No sé qué se apodera de mí. Tal vez sea el anhelo de que alguien por fin me trate con verdadero remordimiento. Tal vez es la comprensión de que incluso los poderosos señores del crimen pueden tener momentos humildes. O tal vez sea pura emoción desenfrenada que surge de algún lugar profundo de mí.

Sea cual sea el motivo, me agarro al brazo de Damian, lo cojo por las solapas de su caro traje y tiro de él para darle un beso abrasador. El corazón me late con una mezcla de rabia, pasión y algo más que no puedo nombrar.

Para mi horror, Damian se aparta y me mira a los ojos. "Alexis, ¿qué estás haciendo?"

Inmediatamente siento un rubor de vergüenza y pánico. Me arden las mejillas y apenas puedo responder a su intensa mirada. Había actuado precipitadamente, besándolo sin pensármelo dos veces. Pero ahora la realidad cae sobre mí. *¿En qué estaba pensando al lanzarme así sobre Damian?*

Se me saltan las lágrimas y me siento mortificada. Damian me va a rechazar, quizá incluso me castigue por mi atrevimiento. Como Don de la Mafia, seguro que puede elegir a la mujer que quiera. ¿Por qué iba a quererme a *mí*?

Mi corazón late con fuerza, la ira y la tristeza se arremolinan en mi pecho. Nadie me quiere. Lucho contra el nudo que se me hace en la garganta y parpadeo rápidamente para mantener a raya las lágrimas que amenazan con salir. Apenas percibo las siguientes palabras de Damian mientras la humillación ruge en mis oídos.

Entonces, su tono firme irrumpe en mis descontrolados pensamientos. "No me malinterpretes, quiero que sigas..."

Levanto la cabeza y abro los ojos con incredulidad. "Pero tengo que asegurarme de que te parece bien seguir adelante".

Me quedo de piedra. ¿Damian busca mi consentimiento? Siento una calidez florecer en mi pecho ante la consideración de Damian por mis sentimientos.

"Pero tengo que ser sincero. Por ahora, al menos, no puedo hacer las cosas tiernas de después del sexo. Abrazos, charlas, todo eso..." Sacude la cabeza. "No eres tú, soy yo". Hace un gesto de dolor. "Mierda, eso suena mal. Lo que intento decir es que ahora mismo no soy así, y no quiero que te lleves una impresión equivocada".

Para mi sorpresa, encuentro esta franca confesión del normalmente inflexible Don casi... entrañable. Levanto la mano y le acaricio la mandíbula, recorriendo la barba incipiente con el pulgar. "Definitivamente quiero esto, Damian. Todo tú, signifique lo que signifique ahora".

Un destello de alivio recorre sus apuestos rasgos. Luego, una sonrisa pícara se dibuja en sus labios mientras captura mi boca en otro beso caliente y hambriento. Sus poderosos brazos me rodean la cintura y me estrechan contra su cuerpo mientras el beso se hace más profundo.

Sus manos grandes y callosas me sujetan firmemente por la cintura mientras nos hace retroceder hasta que mi espalda choca contra la pared del gimnasio. Su cuerpo musculoso se aprieta contra el mío, sus planos duros se amoldan a mis suaves curvas. Noto sus músculos, incluso a través de la cara tela de su traje.

Cuando su lengua se arremolina contra mi labio inferior, separo los labios con avidez para dejarlo entrar. La lengua de Damian penetra profundamente, acariciando y retorciéndose con la mía en un acalorado duelo. El sonido de nuestros besos llena la habitación, junto con mis suaves gemidos de placer.

Siento que todo el cuerpo me arde por dentro. Un calor líquido se acumula en mis entrañas y una insistente palpitación crece entre mis muslos. Mis manos recorren febrilmente los duros planos del cuerpo de Damian, hundiéndose finalmente en su espeso y oscuro cabello.

Damian gruñe, y la estruendosa vibración no hace más que avivar el ardiente deseo que recorre mis venas. Una de sus manos abandona mi cintura y me sujeta la mandíbula mientras me llena la boca con la lengua.

Me ahogo en sensaciones puras, cada nervio termina como un cable en tensión. Nunca me había sentido tan consumida por el deseo. Mis gemidos son cada vez más fuertes y desesperados contra los besos de Damian.

Damian se aparta un poco, para mi disgusto. Su mirada penetrante se clava en la mía, con la lujuria y el hambre ardiendo en esas oscuras profundidades.

Lujuria y hambre de *mí*.

Pero hay una pregunta en esos ojos oscuros. Quiere que yo marque el ritmo.

Puedo hacerlo.

Mi boca se posa en su cuello y chupo y lamo su tierna piel. Damian gime e inclina la cabeza hacia atrás, animándome a seguir. Le arranco la camisa de la cintura del traje y exploro cada plano de su pecho caliente y musculoso.

Le pellizco la piel sensible donde su cuello se une a su hombro, y él sisea, clavando sus dedos casi dolorosamente en mis caderas. "Maldición, Alexis".

Su gemido no hace más que alentarme mientras sigo prodigándole besos en la piel y mis dedos le desabrochan la camisa hasta que puedo quitársela de los hombros y dejarla caer al suelo.

No puedo evitar sentirme impresionada por la belleza del cuerpo de Damian, y su innegable atractivo abruma mis sentidos. De repente, siento una necesidad abrumadora de tener a Damian *ahora*.

Paso la mano por el bulto de sus pantalones y me río suavemente cuando sisea y mueve las caderas hacia delante.

"Oh, te gusta, ¿verdad?" gruñe Damian.

Vuelvo a acariciar su verga con los dedos, pero esta vez Damian me besa acaloradamente.

Le muerdo el labio inferior.

Eso parece ser su perdición, ya que me agarra y aprieta mi cuerpo contra el suyo. Me agarra el culo con las manos y me aprieta contra la enorme longitud de su pene. Gimo en su boca al sentir su dura verga presionándome. Mis dedos se enredan en su cabello, tirando de los mechones mientras me aprieto contra él.

Siseando, Damian me separa de la pared y me empuja hacia un banco de ejercicios ajustable. Mi espalda choca contra el asiento inclinado mientras Damian se arrodilla frente a mí. Con una sonrisa perversa, me baja los pantalones cortos y la ropa interior hasta dejarme expuesta ante él.

Quiero juntar las piernas y esconderme, pero una mirada de Damian me lo impide.

"¿Sabes lo difícil que es trabajar cuando solo pienso en mi cara enterrada en tu coño?" Gruñe, y mis entrañas se vuelven líquidas ante sus palabras. El palpitar entre mis piernas se hace insoportable.

"Por favor", gimo, retorciéndome contra el asiento, desesperada por *cualquier* tipo de fricción.

Damian se ríe roncamente. "Como quieras".

Casi me deshago cuando arrastra su lengua por mi centro. Gimo al mismo tiempo que él, y vuelve a lamerme, deteniéndose en el vértice de mis muslos, chupando y mordisqueando mi clítoris, antes de empezar de nuevo.

Ni siquiera sé lo que digo mientras grito, arqueándome aún más hacia su lengua, pero Damian solo se ríe, negándome lo que ansío. Vuelve a lamerme despacio antes de deslizar dos dedos dentro de mí.

¡¡*Dios*!! Es demasiado bueno. Gimo mientras mis caderas se arquean contra su mano, empujando al ritmo de sus dedos. Damian respira entrecortadamente y me pregunta: "¿Cómo lo quieres?"

¿Cómo espera que le responda cuando me está metiendo los dedos así? "Duro", gimoteo, concentrándome únicamente en la exquisita sensación de sus dedos bombeando dentro y fuera de mí.

Damian suelta una risita, un sonido grave y sexy que hace que se me curven los dedos de los pies. "Buena chica", ronronea.

Luego, sus dedos desaparecen y gimo por la pérdida de sensaciones. Estoy a punto de hacerlo yo misma cuando oigo el ruido de sus pantalones al desabrocharlos y bajarles la cremallera, y entonces su boca vuelve a mi coño y grito, empujando contra su lengua.

Pero su boca perversa sube y me besa el vientre, los pechos cubiertos y luego los labios, donde los aplasta en un beso abrasador que hace que mi corazón lata aún más fuerte que antes.

"Damian", gimo contra su boca mientras se sienta a horcajadas sobre mí, con su dura verga presionándome el estómago. "Damian, *por favor*".

Se ríe de nuevo, me desabrocha el sujetador deportivo y lo deja caer al suelo. Mis pezones se endurecen cuando el aire fresco los acaricia. "¿Y qué te gustaría que hiciera, Alexis?"

"Cógeme", gimoteo.

¿Quién *soy*? Nunca esperé suplicar cuando se trataba de sexo. Pero no puedo decir que lo odie.

La lengua de Damian acaricia la concha de mi oreja. "Como quieras".

Su cabeza está en mi entrada, y me meneo desesperadamente, deseando contacto. Fricción. *Cualquier cosa*.

Damian se desliza suavemente, gimiendo de satisfacción. "Dios, Alexis, estás tan *estrecha*".

Se me escapa la respiración. Esto ya se siente mucho mejor que la última vez. No hay dolor agudo en nuestra unión. No puedo pensar en nada excepto en lo deliciosamente bien que me siento. Estar con Damian se siente tan *bien*.

Pronto nos acompasamos, sus bolas me golpean mientras me coge. Casi me la saca antes de volver a penetrarme. La sensación es tan deliciosa que grito, intentando agarrarme a cualquier cosa. Mi cerebro está hecho papilla y solo puedo concentrarme en la sensación de su cuerpo contra el mío, sus jadeos contra mi cabeza y el sonido de nuestros cuerpos moviéndose juntos.

Me agarro a un lado del banco de ejercicios y busco cada uno de sus empujones, sintiendo cómo se adentra más en mí. Así debe de sentirse el Nirvana. Cada vez es mejor que la anterior y no me canso de él.

Pronto siento presión en el bajo vientre y jadeo, suplicando y advirtiendo al mismo tiempo. "Damian, yo... me voy a venir".

"Así es, nena", gruñe Damian, y sus embestidas se hacen más profundas y fuertes. "Vente por mí, coño".

Sus palabras son mi perdición, y me desato sobre él, casi gritando de éxtasis. Sigue embistiendo, pero los movimientos son menos profundos y más lentos.

Sé que está a punto. Giro las caderas y empujo hacia arriba, juntando su pelvis con la mía. No estoy segura de lo que hago, pero hay algo que me hace sentir que es lo correcto.

Es exactamente lo que necesita.

Damian suelta una maldición al acabar dentro de mí, estremeciéndose antes de desplomarse sobre mí, con nuestras pieles resbaladizas pegadas una a la otra.

Nuestras respiraciones entrecortadas se mezclan mientras intentamos controlar la respiración. Paso las manos por su cabello húmedo y me tiemblan las piernas, que cuelgan a los lados del banco de ejercicios.

Damian sale lentamente de mí, siseando por lo sensible que tiene la verga. Busca su ropa y la recoge, abrochándose suavemente la camisa arrugada mientras me mira.

"Tengo trabajo que hacer", me dice. "Nos vemos luego".

Y con esas palabras me deja y cierra la puerta con un suave chasquido.

Aunque me dijo que no tiene intimidad después del sexo, no puedo evitar sentirme confusa.

¿Querrá alguna vez eso conmigo? ¿O seré para siempre un simple ligue?

ALEXIS

Doy vueltas en la cama, las sábanas se enredan alrededor de mi cuerpo inquieto. No consigo dormir. Tengo la mente demasiado agitada por... bueno, por Damian. Me sonrojo solo de pensar en su nombre, el calor me recorre las mejillas mientras me vienen a la cabeza recuerdos de nuestro encuentro.

La forma en que había tomado el control, inmovilizándome contra el banco de ejercicios mientras me cogía como un loco. La deliciosa fricción de nuestros cuerpos moviéndose a un ritmo perfecto. Los gritos estrangulados de placer que salían de mis labios cuando me llevaba al límite del vértigo.

Aprieto los muslos, intentando calmar el creciente dolor entre mis piernas. Nunca había experimentado algo tan intenso, tan abrumador en su erotismo. Una parte de mí está casi... avergonzada por lo mucho que me gusta, por lo mucho que ansío el contacto de Damian.

Damian es como una droga de la que no puedo saciarme. Nunca he deseado a nadie tanto como a él. Los sentimientos que creía tener por Mark palidecen en comparación con lo que siento por Damian. ¿Alguna vez amé de verdad a Mark, o amaba la idea de que alguien me amara?

Mark nunca me habría dejado marcar el ritmo. Nunca me habría pedido mi consentimiento. Simplemente me habría tomado, usándome solo para su placer, sin importarle mis sentimientos.

Uy. Esto no va a funcionar. Llevo horas inquieta.

Aparto las sábanas arrugadas y decido ir a la cocina. Puede que un poco de repostería calme mis inquietos pensamientos. Me meto en la amplia y moderna cocina. Los elegantes electrodomésticos de acero inoxidable brillan a la luz de la luna. Paso una mano por las encimeras de cuarzo, maravillada por lo espaciosa y bien equipada que está. Es tan diferente de la pequeña y estrecha cocina de la casa de los Carter.

Recuerdo aquella pequeña habitación con una mueca. Los suelos de linóleo agrietados, el horno que quemaba la comida o la dejaba poco hecha, la absoluta falta de espacio en la encimera para preparar algo más complicado que unos espaguetis. Sin embargo, los Carter esperaban que preparara comidas elaboradas para su familia en aquella patética excusa de cocina.

Pensar en esa injusticia me hizo apretar tanto la mandíbula que me dolieron los dientes. Solo era una adolescente cuando empecé a cocinar para ellos, abrumada, haciendo todo lo posible por complacer a los exigentes Carter. Emma y Suzanne, en particular, siempre encontraban algo que criticar. Aún puedo ver los labios siempre fruncidos de Suzanne y su ceño fruncido en una mueca de desdén.

Como si yo estuviera fracasando como cocinera, como ser humano.

Sacudo la cabeza, desterrando esos pensamientos como si fueran telarañas molestas. No voy

a pensar en los Carter en este momento. Ni ahora. Ni nunca.

Abro el armario de la repostería, examino los ingredientes y decido hacer una tarta. Había oído a Edo decir que su tarta favorita era la de vainilla con glaseado de chocolate, así que eso es lo que voy a hacer. Mientras precaliento el horno y recojo los ingredientes, los olores familiares de la harina y el azúcar me abrazan como un viejo amigo. Echo de menos trabajar en la panadería, la camaradería con mis compañeros, la satisfacción de hacer bellos pasteles.

Había sido mi refugio, un lugar donde me sentía capaz y segura de mí misma.

No como con Damian, donde me cuestiono constantemente y mis emociones son un nudo enredado y confuso. En un momento, estoy tan nerviosa por él que apenas puedo respirar. Al siguiente, quiero arrancarle la ropa y hacer lo que quiera con él en la brillante encimera...

Vaya. Cierro los ojos con fuerza y siento que un rubor traicionero me calienta las mejillas. Tengo que controlarme. Imaginarme a Damian desnudo y tendido entre mis utensilios de repostería *no* va a ayudar a mi mente inquieta.

Pero es difícil *no* pensar en él. Me confunde. En un momento me trata con amabilidad o me mira con una intensidad abrasadora, haciendo que me derrita de deseo. Al siguiente, se muestra frío y distante, y sus muros se levantan sin previo aviso. Como antes, cuando se marchó inmediatamente después del sexo. No sé a qué atenerme con él.

Suspiro y saco la batidora con más fuerza de la necesaria. A lo mejor es que se me da fatal el sexo y por eso Damian se aleja de mí, esgrimiendo como excusa esa mierda de que no puede abrazarme. Ese pensamiento hace que me ardan las mejillas de vergüenza. Damian ha despertado unas ansias insaciables que no acabo de comprender, unos impulsos que me estimulan y me intimidan a la vez.

Mientras añado la mantequilla suavizada y el azúcar al bol, no puedo evitar preguntarme si todo esto es normal. ¿O me estoy acercando a algo más oscuro, a una faceta de mí misma que no acabo de comprender? Damian me confunde, me electriza, me hace sentir peligrosa, poderosa y completamente a la deriva, todo a la vez.

Observo cómo el azúcar y la mantequilla se convierten en una masa pálida y esponjosa, cómo rompo los huevos y los añado de uno en uno. Tendré que aceptar que, en lo que respecta a Damian, no tengo ninguna respuesta. Lo único que puedo hacer es rendirme al caos... y rezar para que no me consuman las llamas.

"¿Qué haces levantada?"

Sorprendida, me doy la vuelta y veo a Damian sin camiseta en la puerta de la cocina, con Biscottina pisándole los talones.

Se me seca la boca al verle y el calor inunda mis mejillas. Mi mirada recorre el torso cincelado y los poderosos brazos de Damian. Incluso solo con los pantalones del pijama, el hombre desprende un aura casi abrumadora de ruda masculinidad. Tengo que agarrar el bol para no derretirme en un charco allí mismo.

"¿Alexis?" pregunta Damian, con la voz todavía áspera por el sueño. Echa un vistazo confuso a los ingredientes esparcidos por la encimera.

"No podía dormir", admito, apartando con esfuerzo los ojos de su pecho desnudo. "Así que pensé en hornear algo. Quemar algo de... energía".

Me arriesgo a mirarle por debajo de las pestañas. Una leve sonrisa se dibuja en los labios de Damian, dejando claro que sabe exactamente a qué tipo de "energía" me refiero. Se acerca, con esa gracia depredadora que me acelera el corazón.

"¿Un pastel? No te imaginaba así", murmura, apoyando una gran mano en la parte baja de mi espalda. El simple contacto es como una marca que me abrasa el alma.

Trago saliva y me concentro en el proceso de mezcla, intentando no ponerme nerviosa. "Yo cocinaba y horneaba casi todo cuando vivía con los Carter. Es relajante".

Damian frunce el ceño al oír eso, un músculo palpitando en su poderosa mandíbula. "¿Cuántos años tenías cuando te hiciste cargo de la cocina y la repostería? Su voz es ligera, peligrosa.

Me encojo de hombros y añado la vainilla a la masa amarillo pálido. "¿Doce? ¿Trece? Secundaria, por lo menos".

Pone mala cara. "Esos imbéciles te hacían trabajar demasiado. Eras solo una niña".

"Me las arreglé". Mantengo un tono ligero, aunque los recuerdos siguen escociéndome.

Me aprieta ligeramente la cadera. "Si tuviera a gente así en nómina, estarían en el fondo del río".

Me recorre un delicioso escalofrío ante su despreocupada amenaza. Debería horrorizarme. Después de todo, Damian es el jefe de una de las familias criminales más peligrosas de la ciudad. En cambio, oír su tono duro hace que mis entrañas se licúen de deseo fundido.

Como si percibiera el efecto que sus palabras tienen en mí, la sonrisa de Damian se intensifica. "¿Necesitas ayuda con ese pastel, Alexis?"

Se aprieta contra mi espalda, su pecho esculpido roza mis hombros. Noto su verga dura clavándose en mi trasero, avivando las brasas del deseo que se me acumulan en el estómago.

"L-lo tengo bajo control", consigo decir, maldiciendo en silencio la forma en que me tiembla la voz.

"¿Estás segura?" gruñe Damian, acariciándome el cuello con esos labios pecaminosos. "Porque me pareces un poco... nerviosa".

Me trago un gemido mientras mueve las caderas, dejándome sentir lo excitado que está. Qué fácil se le hace deshacerme con unas pocas palabras intensas y caricias. Estoy tan salvajemente superada... y nunca había deseado tanto rendirme.

Me rindo, dejo que la espátula caiga sobre la encimera y me apoyo en su sólido cuerpo. "Quizá me vendría bien un poco de ayuda, después de todo".

Noto las crestas de sus firmes abdominales, la flexión de sus poderosos brazos cuando se estira para agarrar el utensilio perdido.

"Te dije que te echaría una mano", retumba con esa voz pecaminosamente profunda, su cálido aliento acaricia la piel sensible bajo mi oreja.

Me estremezco, con el cuerpo traicioneramente excitado por su proximidad. "P-pero no lo estropees. Soy una experta repostera".

Damian se ríe, las vibraciones me recorren. "Sí, puedo ver que tus habilidades son incomparables. Intentaré ser un digno ayudante de chef".

Hay una extraña inclinación en su voz al pronunciar esas últimas palabras, algo casi... melancólico. Lo miro con curiosidad, observando la leve arruga de su entrecejo mientras se concentra en mezclar los ingredientes húmedos y secos.

"Mi madre me llamaba su pequeño ayudante de chef", dice en voz baja. "Horneábamos todo el tiempo cuando era niño: galletas, pan, lo que fuera. Le ayudaba a olvidarse de..." Se detiene, con la mandíbula tensa.

Me acerco a él para apretarle el brazo y ofrecerle un consuelo silencioso. No conozco toda la historia de sus padres, pero está claro que murieron. Si fue un accidente o una banda rival es algo que no preguntaré hoy.

"A mi hermana Alessandra también le encantaba", continúa Damian con voz tensa. "Era un completo desastre en la cocina, harina por todas partes, lamiendo la masa de la cuchara antes

incluso de que estuviera horneada. Volvía loca a mi madre". Una sonrisa triste se dibuja en sus labios al recordarla.

Alessandra. El nombre me suena familiar.

Entonces caigo en la cuenta. Había utilizado ese nombre contra Nat la noche en que le dispararon. La expresión de Nat cobra sentido.

"Tenías otra hermana", digo suavemente.

Él asiente. "Estaba en casa, volvió de la escuela porque estaba enferma. Lugar equivocado en el momento equivocado".

Me duele el corazón por él, por el trauma del pasado y la pérdida que él y Nat han sufrido. Qué parecidas son nuestras vidas, cada uno con su propio sufrimiento. "Damian, lo siento mucho".

Evita mi mirada por un momento antes de que esos ojos oscuros se encuentren con los míos. "Solo tenía doce años. Era solo una niña".

"Oh, Damian". Le acaricio la mejilla, deseando poder borrar esa mirada atormentada de su rostro.

Damian parece sacudirse la melancolía y me dedica una sonrisa ladeada, cubriendo mi mano con la suya, mucho más grande. "Pero no todos podemos ser unos desastres deprimentes esta noche, Alexis. ¿Tienes alguna buena historia de repostería? ¿Alguna con tus padres?"

"No", admito. Apenas recuerdo la vida con mi madre. Murió cuando yo era tan pequeña que, a veces, no estoy segura de qué es realmente un recuerdo y qué es algo que mi cerebro se ha inventado.

"Mi madre murió cuando yo tenía seis años. Y apenas conocí a mi padre".

"¿Cómo murió?" Damian hace la pregunta con suavidad, pero aun así se me hace un nudo en la garganta.

"No... no estoy segura, exactamente". Tengo destellos de memoria: mi madre y yo en un armario, pero luego estoy sola y la puerta del armario se abre. "Era muy joven. Lo único que recuerdo es que la policía me encontró y me llevó".

"¿Y tu padre?" pregunta Damian. "¿Nunca intentó reclamarte?"

Me encojo de hombros. "Si lo hizo, no se esforzó mucho. Ni siquiera recuerdo su aspecto. Solo recuerdo el olor de su colonia y sus puros". Sacudo la cabeza. "Está todo muy borroso. Nadie se molestó en decirme nada, y solía meterme en problemas con mi familia de acogida si preguntaba por mi madre, así que dejé de preguntar".

Damian frunce el ceño y me atrae hacia el círculo protector de sus brazos. Lo hago de buena gana, apoyando la cabeza en su pecho y sintiéndome reconfortada por su sólida fuerza.

"Si te sirve de algo", murmura contra mi pelo, "creo que has salido bastante bien, a pesar de todo".

Se me hace un nudo en la garganta ante su sencillo elogio. Parpadeo para contener el débil escozor de las lágrimas y me concentro en el constante latido de su corazón bajo mi oreja. *Este* es el lado de Damian del que quiero ver más. Sé que la fachada de Don de la Mafia no es más que una máscara para un Damian más suave y cariñoso que sabe exactamente qué decir para hacerme sentir mejor.

Me hace sentir que importo de una forma que no había sentido en mucho tiempo.

Poniéndome de puntillas, rozo con mis labios la curva de su cuello, necesitando estar aún más cerca. "Hornear es más divertido con un compañero".

Damian suelta una carcajada y me pasa una mano por la espalda. "Pues manos a la obra, chef. Intentaré no lamer la masa esta vez".

Esas palabras me calientan hasta los huesos, al recordar cómo se dio un festín conmigo y me lamió como si fuera un caramelo. Carraspeo y me alejo de él. "Procura que no pase. No queremos contaminar el pastel".

Damian se ríe, viendo claramente lo mucho que me ha afectado, pero vuelve a su trabajo, vertiendo la masa del pastel amarillo pálido en dos moldes, asegurándose de raspar hasta la última gota de masa antes de deslizar los moldes cuidadosamente en el horno.

Mientras lo hace, yo me dedico a preparar el glaseado de chocolate. Me tiemblan las manos cuando añado la mantequilla, el cacao y el azúcar glas a la batidora y la enciendo en Alto. Dios, ¿qué me *pasa*? Se supone que la repostería es mi terapia, pero me está poniendo más caliente que nunca.

Y tengo que agradecérselo a cierto Don de la Mafia sin camisa.

Chillo de sorpresa cuando me cae una porción de glaseado en el cuello. Maldita sea, tenía la batidora demasiado alta. Eso me enseñará a distraerme mientras horneo.

Antes de que pueda limpiármelo, Damian está ahí, apoyándome contra la encimera con una mirada acalorada en los ojos.

"Permíteme", gruñe con esa voz pecaminosamente áspera que nunca deja de hacer que se me curven los dedos de los pies.

Entonces su boca está sobre mí, sus labios abriendo un camino de fuego a lo largo de la sensible columna de mi garganta. Jadeo cuando su lengua lame el dulce glaseado; el íntimo roce hace que un fuego líquido me recorra las venas.

"D-Damian..." logro decir y subo las manos para aferrarme a su cabello oscuro y alborotado.

Tararea contra mi pulso acelerado y me quita el glaseado pegajoso y dulce de la piel enrojecida con amplias y desvergonzadas caricias con la lengua. Me arqueo indefensa en su forma escultural, persiguiendo el calor de su boca con descarado abandono.

Cuando me limpia bien el glaseado del cuello, Damian continúa su sensual asalto. Sus labios me recorren la mandíbula y sus dientes rozan mi pulso acelerado de tal forma que me estremezco violentamente. Luego me besa, profundo, sucio y devorador, lamiéndome los labios y devorando mis gemidos entrecortados.

Me aferro más a él y separo los labios para permitir el deslizamiento de su lengua, resbaladiza y aterciopelada. Saboreo el azúcar, el calor y las oscuras especias masculinas, una combinación explosiva y embriagadora. Damian me saquea la boca con fervor hambriento, avivando el látigo del deseo en una tormenta de necesidad fundida en mi interior.

Sus grandes manos vagan con reverencia posesiva, acariciando las suaves curvas que ya ha trazado y adorado antes. Sin embargo, su tacto sigue siendo como una marca, provocando temblores líquidos dondequiera que sus palmas y dedos callosos acarician. Me arqueo deseosa contra él, anhelando esa deliciosa fricción.

Finalmente, la necesidad de oxígeno es demasiado grande para ignorarla. Damian separa su boca de la mía con un gemido y jadea con fuerza contra mis labios húmedos e hinchados. Me aferro a él, sin aliento y deshecha a partes iguales, y mi mirada de ojos pesados absorbe la expresión de lujuria oscurecida que arde en sus ojos.

"Coño, Alexis", gruñe, apoyando la frente en la mía. "Sabes tan dulce".

Acompaña sus palabras con un brusco movimiento de caderas, haciéndome sentir la cresta de su excitación. Un gemido obsceno se escapa ante la cruda promesa de ese simple empujón.

"Quizá deberíamos subir", logro decir en un susurro gutural. "Antes de que acabe corrompida en este mostrador".

La sonrisa lobuna de Damian es toda la respuesta que necesito. Me rodea la cintura con un

brazo y me sube a la encimera con un movimiento suave, aprisionándome bajo su cuerpo. Su beso se traga mi grito de sorpresa, disipando cualquier protesta que pudiera tener, y no es que protestara lo más mínimo.

Mientras sus manos me suben el camisón y su hábil boca recorre un camino incendiario por mis pechos, dejo que mis ojos se cierren con abandono, me dejo consumir por el fuego salvaje de las sensaciones, por el vertiginoso tacto de Damian que licúa mis funciones cerebrales superiores hasta reducirlas a un único y arrebatador mantra.

Más. Dios, *sí*. Más.

Damian tira de mí de modo que la mitad inferior de mi cuerpo casi cuelga de la encimera. Me dedica una sonrisa perversa antes de bajarme despacio la ropa interior y metérsela en el bolsillo del pijama.

Nunca había estado tan excitada en la vida.

"Sabías tan bien con ese glaseado en el cuello", murmura Damian, arrodillándose frente a mí para quedar justo delante de mi sexo. "¿Puedo probar otra vez?"

"Sí, por favor", prácticamente grito, incapaz de apartar los ojos de él mientras sonríe satisfecho, apretando tiernos besos desde mi rodilla hasta mi muslo antes de llegar finalmente a ese pequeño manojo de nervios donde más lo necesito.

Me muerdo el labio para no gritar, no vaya a ser que despierte a toda la casa. La lengua caliente de Damian se arrastra por mis pliegues hasta envolver mi capullo hipersensible, y yo me retuerzo contra la encimera, empujando mis caderas hacia su dispuesta boca.

Damian me sujeta las caderas con una mano mientras se da un festín conmigo, y utiliza la otra para meterme dos dedos. Casi se me ponen los ojos en blanco mientras disfruto de las sensaciones. Mis muslos empiezan a temblar y sé que me estoy acercando. Damian parece saberlo también porque presiona su lengua más profundamente y frota mi bulbo hinchado.

"¡Oh, *Damian*!" jadeo. "Yo... me voy a venir".

No dice ni una palabra, solo trabaja aún más mi clítoris hipersensible. Exploto, mordiéndome la mano mientras me vengo, retorciéndome y sacudiéndome contra él al bajar de mi subidón.

Los labios de Damian brillan cuando sale de entre mis piernas, con una sonrisa triunfante en la cara. Ay, me lo voy a comer vivo.

Un gruñido grave resuena en la cocina. Nos quedamos paralizados, jadeando, y nos giramos para ver a Biscottina mirándonos con clara impaciencia.

Enrojezco y me apuro en volver a ponerme el camisón. Damian se pasa una mano por el cabello revuelto con una risita apenada.

"Parece que alguien tiene que salir", murmura, con la voz ronca por el deseo insatisfecho. Me da un último beso en los labios, se levanta y coge la correa de Biscottina.

Mientras se dirige a la puerta trasera, me reclino contra la encimera, intentando calmar mi respiración y mi pulso acelerado. Aún puedo saborearlo, siento los ecos de sus caricias quemándome por dentro.

Me echo agua fría en la cara sonrojada, preguntándome qué demonios estoy haciendo. ¡No puedo creer que haya permitido que me la chupara en la cocina! ¡En la encimera! ¡A la vista de cualquiera!

Pero hay algo en Damian que supera todas mis defensas habituales y me deja indefensa ante la implacable atracción de la tentación que representa. La forma en que me toca, me besa... desbloquea una parte profunda y primitiva de mí misma que ni siquiera sabía que existía hasta él.

Y si he de ser sincera, la intensa química física es solo una parte de mi creciente fijación. Hay destellos de ternura, de protección, de vulnerabilidad abrasadora que me hacen desear conocerle

más profundamente, romper los muros que ha levantado.

Cuando Damian vuelve, saco rápidamente los bizcochos del horno y los dejo enfriar sobre la encimera. El glaseado puede esperar hasta mañana. Ahora no puedo encargarme de eso.

Una pausa incómoda se extiende entre nosotros, llena de calor persistente y preguntas no formuladas. Damian se aclara la garganta. "Deberíamos, eh, dormir un poco".

"Claro, sí. Dormir". Odio lo estrangulada que suena mi voz.

Nos separamos en el pasillo, mirándonos de reojo. Sola en mi habitación, me hundo en la cama con un suspiro estremecedor. Aún puedo olerlo a mi alrededor, aún puedo sentir su lengua en mi piel.

La excitación aún me recorre las venas, el cuerpo me duele con un deseo insaciable. Pero es más que eso: hay otro tipo de anhelo floreciendo en mi pecho, uno que me aterroriza incluso cuando me atrae aún más bajo el hechizo de Damian.

Unas sombras inquietas danzan por el techo mientras me pongo de lado, con las emociones a flor de piel.

Estoy metida en un buen lío. Y no tengo ni idea de cómo liberarme de esta exquisita tortura.

ALEXIS

Unas semanas más tarde, Damian me informa de que los acompañaré a él, a Nat y a Edo a un funeral en Carbondale, Illinois. Mis ojos se abren de par en par mientras Nat y Edo se oponen de inmediato.

"¡No puedes hablar en serio, Damian! Traer a un forastero a uno de nuestros funerales es una enorme violación del protocolo", protesta Nat.

Edo niega enérgicamente con la cabeza. "Ella no sabe cómo moverse en nuestros círculos. Una mirada o un comentario equivocados podrían levantar sospechas". Hace un gesto de dolor al terminar la frase y me lanza una mirada de disculpa. Desde que le preparé su tarta favorita, Edo se ha acercado mucho a mí.

Damian hace un gesto despectivo con la mano. "No pasa nada. Carmine solo era un soldado de bajo rango. Ninguno de los pesos pesados estará allí, excepto quizá algunos capos de la familia DeAngelo como cortesía. La Hermandad ciertamente no estará allí. Y el tío Vinny nunca asiste a estas cosas, especialmente si son soldados de bajo rango".

"Esa no es la cuestión", insiste Nat, que parece a punto de tirarse del cabello. "Ni siquiera un funeral de bajo rango es lugar para civiles".

"Estará disfrazada de nuestra prima María, y Edo puede mantenerla a salvo. Es fácil entrar y salir para presentar sus respetos a Carmine".

El trío sigue discutiendo acaloradamente durante varios minutos más. Permanezco en silencio, sintiendo un nudo de ansiedad retorciéndose en mi estómago. Finalmente, Nat y Edo parecen ceder, aunque obviamente siguen oponiéndose a la idea.

"¿Cuándo es el funeral?" pregunto por fin.

Nat y Damian se giran hacia mí, como si por fin recordaran que estoy en la misma habitación que ellos. "Es mañana", comenta Damian, mirando su reloj. "Nat te ayudará a encontrar el atuendo apropiado y te contará la historia de nuestra prima".

Nat se queda boquiabierta. "¿*Qué*?"

Pero Damian ya está saliendo de la habitación, con el móvil en la oreja mientras contesta a una llamada. Edo sacude la cabeza. "Estás por tu cuenta con esto, Nat", dice antes de irse también, dejándonos solas a Nat y a mí.

Nat hace varias respiraciones para tranquilizarse antes de cogerme de la mano y sacarme de la habitación. Me arrastra hasta su habitación y dentro de su vestidor. Me impresiona la extravagancia del espacio. No se parece a nada que haya visto antes, un testimonio del lujoso estilo de vida de Nat y de su estatus dentro de la mafia.

"Guau", susurro, mirando a mi alrededor con asombro. Los enormes espejos reflejan todos los ángulos de la opulenta exposición de ropa y accesorios de diseño. Las estanterías,

meticulosamente organizadas, están repletas de lujosas prendas que hablan por sí solas del impecable gusto de Nat.

"Esto es más grande que los dos dormitorios de la casa de los Carter", termino, poniendo la mano sobre una reluciente encimera de mármol en el centro del armario.

Pero Nat no me oye, o me ignora, mientras rebusca en una estantería llena de vestidos negros. "Necesitamos algo conservador pero discreto", la oigo murmurar antes de que aparezca triunfante, levantando un vestido negro hasta la rodilla con mangas tres cuartos.

Me lo lanza, lo cojo y toco el lujoso tejido. Nunca me había puesto algo tan bonito en la vida.

"Ponte esto. Servirá".

Me paso el vestido por la cabeza y lo aliso. Es un poco grande, pero por lo demás me queda bien. Nat asiente con la cabeza antes de desaparecer en el fondo del armario y sacar un sombrero negro de ala ancha. Me lo lanza como un frisbee y lo atrapo.

"Mañana recógete el cabello en un moño y ponte el sombrero. Te ayudará a disimular un poco más si alguien intenta mirarte de cerca".

Asiento con fervor, con la garganta demasiado seca para hablar.

"Ahora, sobre tu historia de fondo..." Nat se sienta en la encimera y me cuenta todo sobre la prima María.

"Eres mi prima segunda por parte de madre. Vives en la costa este con tus padres y tu hermano Joey. Vienes a visitarnos porque esperas encontrar trabajo en Chicago, ya que el mercado laboral en Nueva York es una mierda. Tu padre es un capo menor de la Familia Genovese".

Mi cabeza da vueltas tratando de asimilar todos los detalles de esta elaborada historia de fondo. Nat se da cuenta de mi agobio y me agarra por los hombros.

"Deja que Edo y yo hablemos, a menos que alguien se dirija a ti directamente. Entonces da respuestas breves y sencillas. Si te atascas con algún detalle, di que no te gusta hablar de 'asuntos de Familia'".

Nat me clava una mirada intensa. "Esto es muy importante, Alexis. Un paso en falso, un desliz, y habrá consecuencias. Tienes que vender esta identidad de la prima María al cien por cien. ¿Lo entiendes?"

Asiento espasmódicamente, con el corazón latiéndome con fuerza. No tengo más remedio que hacerlo. Mi vida puede depender de ello.

~

CUANDO LLEGAMOS a la casa de la familia de Carmine para el velatorio, no puedo evitar quedarme boquiabierta ante la preciosa casa que tenemos delante. Edo se da cuenta de mi sorpresa y se ríe.

"¿Qué, esperabas una choza?" pregunta secamente. "Puede que Carmine fuera un soldado de bajo rango, pero era un hijo de puta astuto y bueno con el dinero".

Sacudo la cabeza despacio, observando los jardines perfectamente cuidados y el exterior de ladrillo. Edo me tira del brazo para que me mueva.

"Vamos, María. Deja que te enseñe el terreno antes de entrar". Señala discretamente los diferentes grupos de dolientes bien vestidos.

"¿Ves a esos tipos mayores con trajes caros y grandes anillos de rubí? Son los capos de la Familia DeAngelo. Ni se te ocurra mirarles a los ojos".

Trago saliva nerviosa y me ajusto el ala del sombrero negro para que me cubra la mayor

parte de los ojos. Me duele la cabeza de lo tirante que me ha dejado Nat el cabello en un moño.

Edo continúa identificando a los miembros de las Familias de Kansas City y Milwaukee que han viajado para presentar sus respetos. La cabeza me da vueltas tratando de recordarlo todo. Edo se acerca y señala discretamente a otro grupo de dolientes bien vestidos.

"¿Ves a esos de ahí? Es la Familia Santiago, de Milwaukee", murmura. "Son la banda más importante del Medio Oeste, fuera de la zona de Chicago. Hicieron fortuna con el juego y los chanchullos sindicales".

Asiento con la cabeza, intentando grabarme las distintas Familias y territorios. Edo continúa en voz baja.

"El tipo mayor del centro es el mismísimo Alfonso Santiago. Era el subjefe antes del último cambio de régimen. Ahora, es el rey de Milwaukee. ¿Y ves al tipo más joven a su lado? Ese es su sobrino, Carlos. Se dice que está siendo preparado para tomar el mando algún día".

Estudio a los dos hombres que señala Edo. Alfonso tiene un aire imperioso, observa la sala como un señor que supervisa su corte. Carlos está ligeramente rezagado, pulcro y atento. A pesar de su apariencia relativamente joven, puedo ver una intensidad latente justo debajo de la superficie.

Una mujer impecablemente vestida habla con la esposa de Carmine, una mujer de rostro pálido que parece tener unos cuarenta años. La mujer tiene la mano sobre el hombro de la esposa de Carmine y le habla en voz baja.

"Es Luisa, la mujer de Carlos. Los Santiago están aquí presentando sus respetos porque Carmine estaba casado con la sobrina de Alfonso", explica Edo. "La *Famiglia* está por encima de todo en esta vida".

Asiento con la cabeza, sin atreverme a hacer más preguntas. Edo me aprieta ligeramente el brazo.

"No hagas ruido y no mires a nadie demasiado tiempo", me advierte en voz baja. "Por ahora, esto es territorio neutral, pero nunca se sabe lo que puede hacer estallar a uno de estos cabezas calientes".

Trago saliva e inconscientemente me encojo un poco más al lado de Edo, agradecida por su presencia protectora. Un paso en falso y podría insultar sin querer a la persona equivocada. No valía la pena pensar en las consecuencias.

Edo y yo entramos en otra habitación y veo a Nat y Damian usando sus habilidades sociales. Me llama la atención la confianza y seguridad con la que ambos se relacionan, sobre todo Damian. Se mueve con soltura, abrazando a la gente y dándoles el pésame como un benévolo señor de la corte. Con su traje impecablemente confeccionado, parece un jefe poderoso, nacido para esta vida de riqueza y estatus.

No puedo evitar fijarme en lo excepcionalmente guapo que está. Irradia un innegable aire de mando e intensidad. Es un hombre acostumbrado a que las cosas salgan como él quiere. Sin embargo, sé que Damian tiene otra faceta que solo yo puedo ver: una faceta más vulnerable, casi amable, que mantiene cuidadosamente oculta de este mundo.

Mientras lo veo manejar al público, me pregunto si le gusta encarnar a este poderoso "jefe" o si a veces le resulta sofocante. ¿Se cansa alguna vez de llevar esa máscara imperturbable?

Creo que ni siquiera lo sabe. Probablemente, a estas alturas, esa máscara sea algo natural para él.

Cuando nuestras miradas se cruzan entre la multitud, me guiña un ojo y asiente con la cabeza, haciéndome saber que lo estoy haciendo bien. Mis mejillas se calientan y le devuelvo una sonrisa apretada, con el estómago revuelto por los nervios a pesar del asombro que siento al

ver a Damian actuar en su elemento natural.

Mis cavilaciones se interrumpen cuando un par de hombres mayores se acercan a Edo y a mí. Edo dirige hábilmente la conversación, dando respuestas breves que no invitan a hacerme preguntas directamente a mí. Bajo la cabeza e intento pasar desapercibida.

Al final, para mi horror, se llevan a Edo y me deja sola junto a las ornamentadas puertas francesas que dan a la parte trasera de la casa. Me aprieto contra la pared, con la esperanza de que me vean lo menos posible y pasar desapercibida. Este mundo me aterroriza y no deseo llamar la atención.

El tenebroso mundo de la Mafia en el que viven Damian y su familia está muy lejos de todo lo que he conocido. La opulencia, el poder y la amenaza subyacente de violencia aterrorizan a un extraño como yo.

¿Podré alguna vez formar parte de esta vida? En las últimas semanas, Damian me ha dejado ver destellos de su lado más suave y vulnerable fuera del negocio familiar. El hombre amable, considerado e incluso tierno que puede ser cuando estamos solos. Ese es el Damian por el que poco a poco estoy desarrollando sentimientos más profundos.

Pero aquí, en el funeral de Carmine, veo el otro lado de él en plena exhibición. El jefe poderoso e imponente que irradia una intensidad fría y despiadada. Un príncipe intocable sosteniendo la corte sobre su imperio criminal. Este lado de Damian me aterroriza, si soy sincera. ¿Podré acostumbrarme alguna vez a su carácter duro e inflexible, a sus constantes amenazas y a la necesidad de una máscara protectora?

¿Podría funcionar de verdad una relación entre nosotros? Incluso si Damian me correspondiera, estar con él significaría estar permanentemente enredada en el peligroso submundo que preside. ¿Tengo el valor para ese tipo de vida? Intentaba escapar de Mark y de los Carter cuando, de algún modo, quedé atrapada con Damian. ¿Quiero una vida en la que siempre esté vigilando mis espaldas, sin sentirme nunca segura?

Sé que Damian me importa. También puedo verme amándolo. Pero amarlo significa amarlo *todo*, incluido el lado siniestro y brutal de su existencia. ¿Puedo conciliar esas dos realidades enfrentadas? Por Mark no podría.

Pero Damian no es Mark. Damian me ha salvado de un destino peor que la muerte. Se preocupa por mis sentimientos, a diferencia de Mark y los Carter.

Pero incluso con todo eso, todavía no tengo respuestas. Quizá algunos sacrificios sean demasiado grandes, por muy fuertes que sean los sentimientos.

Me volteo hacia las puertas francesas abiertas, con la esperanza de que un poco de aire fresco me ayude a serenarme. Es entonces cuando veo a un niño pequeño desatendido, de no más de dos años, en un traje diminuto, que se dirige tambaleándose hacia la gran piscina que hay al otro lado de las puertas.

Miro frenéticamente a mi alrededor, pero ninguno de los adultos parece darse cuenta de su presencia. Por un momento, me quedo paralizada, pensando si debería intentar intervenir y encontrar a sus padres.

Entonces, con un nauseabundo vuelco de mi corazón, veo que el pie del niño se engancha en una piedra suelta del patio. Se desploma hacia delante, moviendo los brazos y con un grito escapando de su boca, y desaparece bajo las oscuras aguas de la piscina con un pequeño chapoteo.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, me quito los tacones y corro hacia delante, lanzándome a la piscina tras el niño.

DAMIAN

Un grito desgarrador atraviesa la sombría reunión como un cuchillo.

Mi cabeza se gira hacia el sonido y mis ojos se abren de par en par mientras intercambio una mirada con Edo y Nat. Me doy cuenta de que Alexis no está por ninguna parte.

No somos los únicos sobresaltados: todo el salón se convierte en un caos. Los invitados salen de la sala en un remolino de trajes y vestidos negros. De los trajes de chaqueta salen destellos de pistolas plateadas. Gritos de pánico y el ruido de tacones sobre el mármol llenan el aire cuando la multitud se precipita hacia las puertas del patio.

Me abro paso entre la multitud y salgo por las puertas hacia el caos exterior. Lo que veo hace que casi se me pare el corazón.

Una Alexis empapada camina por la piscina con un niño que lleva agarrado contra su pecho. Los gritos desgarradores del niño cortan el aire mientras se agita en los brazos de Alexis.

"¡Emilio!" El grito de una mujer, cargado de terror primitivo, atraviesa el pánico.

Me va a dar un puto infarto.

Es Louisa Santiago, esposa del heredero de la familia criminal Santiago. Su marido y heredero de los Santiago, Carlos, le pisa los talones con la cara descolorida.

La multitud se divide como el Mar Rojo cuando la pareja corre hacia la piscina. Carlos y Luisa llegan al borde del agua justo cuando Alexis levanta al niño empapado con un gruñido.

Louisa coge a su hijo y lo abraza con fuerza mientras grandes sollozos la sacuden por completo. Carlos los rodea a ambos con los brazos, con los labios pegados a las cejas de su mujer y su hijo en señal de ferviente agradecimiento.

Los espectadores guardan un pesado silencio antes de que empiecen las preguntas.

"¿Qué pasó?"

"¿Está bien el niño?"

"¿Quién es esa mujer?"

Cojo una toalla y se la tiro a Alexis mientras sale de la piscina empapada. La coge con destreza y la envuelve alrededor de su temblorosa figura.

"¿Qué *coño* acaba de pasar?" Mi gruñido se interpone en el clamor. Se *suponía* que tenía que pasar desapercibida y ahora es el puto centro de atención.

Me lanza una mirada fulminante y se aparta el cabello empapado de la cara. "Acabo de salvar la vida de un niño", sisea.

Las palabras no habían salido de su boca cuando Louisa Santiago está sobre nosotros, Carlos justo detrás de ella. Louisa tiene la cara llena de lágrimas, pero sus ojos brillan de profunda gratitud cuando mira a Alexis.

"Gracias", jadea, abrazando con fuerza al niño contra su pecho, sin preocuparse por la

mancha de humedad que crece rápidamente en su caro vestido. "*Gracias* por salvar a mi bebé". Da un paso adelante y rodea a Alexis con los brazos, estrechándola contra sí durante un momento antes de retirarse.

Carlos pone una mano en la espalda de Louisa y sus ojos encuentran los de Alexis. "¿Cómo te llamas?"

Contengo la respiración, aferrándome a la esperanza que Alexis mantenga su historia. Por el amor de *Dios*, hazlo bien.

Hay una pequeña pausa antes de que Alexis responda, con una voz admirablemente firme. "María. Soy la prima del Don Iacopelli".

Podría derrumbarme ahora mismo, y por las caras de Nat y Edo, están a dos segundos de hacer lo mismo.

Carlos extiende una mano, toma la de Alexis entre las suyas y aprieta los labios contra sus nudillos en un gesto del viejo mundo.

"María, tenemos una deuda contigo que nunca podremos saldar". Su voz está cargada de emoción. "Salvaste la vida de mi hijo. Cualquier cosa que necesites, es tuya".

Apenas puedo creer lo que se está desarrollando ante mí. Los Santiago, la puta familia criminal más poderosa de Milwaukee y del maldito Medio Oeste, han rechazado mis intentos de alianza durante *años*.

Y ahora, gracias a la rapidez mental de Alexis, eso ha cambiado. Carlos Santiago es conocido por hacer que su tío cambie de opinión en sus decisiones.

Miro a Alexis con una nueva admiración mientras Carlos y Louisa siguen deshaciéndose en elogios hacia ella. Me apresuro a apartarla antes de que los demás invitados se acerquen con preguntas indiscretas sobre la misteriosa "María".

Mientras nos retiramos al interior, veo a Nat en plena conversación con Alfonso Santiago, el actual Don de la familia. Me pregunto qué estarán diciendo, pero mi atención se centra en Alexis, que tose y tiembla. La conduzco a una habitación lateral y le coloco una toalla seca sobre los hombros mientras le castañetean los dientes. Empiezo a secarle suavemente el cabello empapado, las horquillas caen al suelo y mis movimientos son casi tiernos.

Unos instantes después, Nat entra en la habitación seguida por Edo. Nat tiene cara de asombro.

"Alfonso acaba de decirme..." empieza a decir, pero se detiene con un movimiento de cabeza, incrédula. "Después de que 'María' rescatara al pequeño Emilio, dice que cualquier cosa que queramos, dentro de lo razonable, será concedida por su Familia, *incluida* una alianza".

Me quedo de piedra, la toalla se me escapa de los dedos cuando el peso de las palabras de Nat se hunde en mí.

"Quiere reunirse contigo pronto", continúa, con una sonrisa dibujándose en su rostro. "Para arreglar las cosas como es debido".

Una lenta sonrisa se dibuja en mi cara. Me volteo hacia Alexis y le doy un apretón afectuoso en los hombros, mientras la euforia florece en mi pecho.

"¿Has oído eso?" pregunto, con la voz ligeramente sobrecogida. "Nos acabas de entregar las llaves del reino en una puta bandeja de plata".

~

EL VIAJE en avión de vuelta a Chicago es silencioso, pero mis pensamientos son cualquier cosa menos silenciosos. No dejo de pensar en Alexis, en la forma en que su vestido empapado se

ceñía a sus curvas al salir de la piscina, en la feroz determinación que brillaba en sus ojos al sisear que había salvado la vida de un niño.

Será un valioso activo, pienso. *Si pudiera encontrar la manera de que La Hermandad se alejara de ella para siempre*.

En cuanto llegamos a casa y nos instalamos, busco a Alexis. Abro su puerta de un empujón y me detengo en seco al verla en albornoz, secándose el cabello húmedo con una toalla. La visión me produce una sacudida inesperada.

Me aclaro la garganta y Alexis da un respingo, sus ojos se abren de par en par y se voltea hacia mí, con una mano en el corazón.

"Jesús, Damian", susurra mientras se relaja. "Me diste un susto de muerte".

Le guiño un ojo. "Es mejor mantenerte alerta así". Vuelvo a aclararme la garganta. Maldita sea, ¿por qué estoy tan *nervioso*?

"¿Qué te parecería tener una cita conmigo esta noche?"

Toda su cara parece iluminarse ante mis palabras, y yo ignoro deliberadamente cómo mi corazón tartamudea en mi pecho.

"Me encantaría", responde con una sonrisa.

"Estupendo. Pues prepárate", le digo por encima del hombro, girando sobre mis talones para marcharme. Tengo planes que hacer.

"¿Seguro que es prudente?" me dice una voz exasperada cuando cierro la puerta.

Me doy la vuelta y echo mano a la chaqueta en busca de la pistola, pero me relajo un poco cuando veo a Edo de pie frente a mí, con los brazos cruzados sobre su fornido pecho.

"Maldita sea, Edo", gruño, con el corazón latiendo entrecortadamente. "No te acerques sigilosamente. Casi te pego un tiro".

Edo pone los ojos en blanco. "De todas formas eres un tirador terrible, Damian". Sin embargo, su rostro se vuelve serio. "¿En serio estás sacando a Alexis de esta casa para llevarla a un restaurante *en esta ciudad*? La están buscando".

Lanzo una mirada fulminante a Edo, irritado porque cuestione mi decisión. "Métete en tus putos asuntos, Edo".

Abre la boca como si quisiera seguir discutiendo, pero parece pensárselo mejor. No me quedo para averiguarlo. Tengo que hacer una reserva.

Unas horas más tarde, le abro la puerta del coche a Alexis y ella entra. Lleva un espectacular vestido verde intenso que resalta los reflejos dorados de sus ojos.

"¿Adónde vamos?" pregunta. El olor de su perfume es embriagador.

"A Basil and Olive", le respondo, sin poder resistirme a mirarla de reojo. Se ve maravillosa con ese vestido, el cabello ligeramente recogido y un rizo que le cae sobre la clavícula.

Cuando llegamos al restaurante, aspiro profundamente al entrar. Alexis, de mi brazo, jadea cuando entramos en el comedor principal. Basil and Olive tiene una atmósfera de nostalgia y elegancia atemporal. La luz tenue del interior proyecta un cálido resplandor sobre las mesas de caoba pulida cubiertas con impecables manteles blancos, creando un ambiente íntimo que parece remontarse a una época pasada.

Las paredes están adornadas con fotografías en blanco y negro de paisajes italianos, carteles antiguos y recortes de periódico enmarcados, que aluden a la rica historia del restaurante. La suave música de jazz que suena de fondo aumenta el encanto del lugar.

"Siempre he querido venir aquí", reflexiona Alexis mientras se sienta, con la cara iluminada por la luz. "He oído que es buenísimo".

"El mejor", confirmo, mientras le digo al camarero que traiga una botella de vino. "Vengo a

menudo. Su lasaña está para morirse".

Alexis sonríe aún más mientras repasa el menú y se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja.

La comida es un asunto jovial, lleno de risas y conversación sin esfuerzo. Nunca había podido conectar así con alguien.

A medida que avanza la velada, me doy cuenta de que he bajado la guardia como pocas veces.

"Sabes, esta vida..." digo en un momento, jugueteando con mi copa de vino. "No es fácil. La sangre, el miedo, el mirar constantemente por encima del hombro. Pero mentiría si dijera que no me encanta. El poder, el respeto, la adrenalina".

La miro fijamente. "Lo llevo en las venas, Alexis. Y no lo cambiaría por nada".

"¿No?" El ceño de Alexis se frunce ante mis palabras, una clara turbación destella en sus bonitas facciones. "¿Nunca te plantearías dejar atrás esta vida?"

Me burlo con desdén. Nunca se me había pasado por la cabeza. "Por supuesto que no. Nací en este mundo y moriré en él. Lo llevo en la sangre".

Alexis aprieta el labio inferior entre los dientes y yo arqueo una ceja. Algo de lo que acabo de decir le molesta. "¿Qué pasa? ¿Qué te preocupa?"

Se queda callada un largo rato, claramente sopesando sus palabras. "Yo solo... esta vida, Damian. La violencia, el miedo, la constante amenaza de muerte. ¿Realmente puedes soportar traer a alguien más a eso permanentemente?" Su mirada es seria, casi suplicante. "¿No hay una parte de ti que sueña con algo... más?"

Sus preguntas me hacen hacer una pausa, mi mente inmediatamente dando vueltas a lugares oscuros. Solo he soñado con convertirme en Don de los Iacopelli, nada más. Ni siquiera Nat ha soñado nunca con más, o si lo ha hecho, nunca me lo ha dicho. Conocemos nuestro lugar en esta vida, y pertenecemos a la Familia.

Pero crecimos en este mundo y lo conocemos íntimamente. ¿Podría Alexis soportar de verdad la realidad visceral de estar conmigo, de formar parte de la familia Iacopelli? Ha demostrado ser dura, pero aún conserva un aire de ingenuidad, una ligereza que esta vida sangrienta suele apagar.

¿Realmente estoy dispuesto a arriesgar eso por mis propios deseos egoístas? ¿Puedo pedirle a una mujer acostumbrada a la violencia que pase el resto de su vida entre más violencia?

Consigo esbozar una sonrisa tensa, encauzando rápidamente la conversación hacia aguas más seguras antes de que Alexis pueda darse cuenta de la dirección de mis pensamientos. Por suerte, en ese momento llega el plato principal y el camarero le pone delante un humeante plato de lasaña.

Prueba un pedazo y sus ojos se cierran de pura felicidad. "Dios mío, Damian", murmura una vez que ha tragado. "Es la mejor lasaña que he comido en mi vida".

Una sonrisa de suficiencia se dibuja en la comisura de mis labios. "Lo sé", respondo, reclinándome en mi asiento con confianza. "Es una de las razones por las que me gusta tanto este sitio. Cuando se trata de gustos culinarios, nunca me equivoco".

Ella suelta una burla audible, aunque sus ojos brillan de diversión. "Pero la madurez consiste en saber cuándo dejar que un idiota se equivoque".

Ese comentario burlón me arranca una carcajada que resuena en todo mi cuerpo. Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona, habría acabado con ella. Pero el comentario de Alexis es demasiado perfecto.

Su rostro se divide en una amplia y radiante sonrisa ante el ruido, lo bastante brillante como

para pararme el corazón en el pecho.

Maldita sea, tiene la sonrisa más hermosa, pienso tontamente. Transforma todo su rostro, aporta una calidez radiante a sus ojos en la que me veo fácilmente perdido.

Me aclaro la garganta, me obligo a recuperar la compostura y siento calor en las mejillas. "¿Qué puedo decir?" admito con ironía. "Después de todo, soy un hombre con un gusto excepcional".

Alexis sonríe de nuevo y agacha la cabeza para dar otro bocado a su comida. Mientras lo hace, mi mirada se posa en una figura familiar de pie en la entrada del comedor, con el cabello cayendo en cascada por su espalda en ondas rojas.

Scarlett Rafa.

Siento que se me revuelve el estómago cuando nuestras miradas se cruzan y una sonrisa malvada se dibuja en la boca de Scarlett.

Mierda.

DAMIAN

Mierda.

Se me encoge el corazón cuando veo que Scarlett se dirige hacia nosotros, con los ojos entrecerrados y una sonrisa acaramelada en la cara. Me doy una patada mental por no haber escuchado el consejo de Edo. Me advirtió de que no sería una buena idea.

Mierda.

"Damian*, querido,* ¡qué sorpresa tan encantadora!" dice Scarlett con voz melosa mientras se acerca y se inclina para lanzarme besos a las mejillas. Sus ojos se desvían hacia Alexis, que se mueve incómoda bajo la mirada abiertamente hostil de Scarlett. "¿Y quién es esta?"

Mierda.

Trago saliva. "Es María. Es una prima que viene de visita de fuera de la ciudad".

Scarlett frunce el ceño y mira a Alexis de arriba abajo. "Nunca habías mencionado tener primos".

"Bueno, nunca me lo preguntaste", respondo con una sonrisa tensa, intentando mantener un tono ligero.

Los ojos de Scarlett brillan peligrosamente. "Supongo que no. Qué... interesante". Se acerca a Alexis, que inconscientemente se echa hacia atrás. "Es un placer conocer a la familia. *Tenemos* que reunirnos pronto para cenar, María. Tú, yo y la chihuahua, Natalia".

La amenaza apenas velada en las azucaradas palabras de Scarlett hace que se me retuerza el estómago. Debería haber escuchado a Edo: acercar a Alexis a mi desquiciada exprometida es un puto error. Ahora ambos estamos atrapados en la mirada de víbora de Scarlett, y no tengo ni idea de cómo sacarnos.

Mi corazón late con fuerza cuando Scarlett dirige toda su atención a Alexis, estudiándola atentamente. "Sabes, me resultas muy familiar", musita Scarlett, inclinando la cabeza y estudiando a Alexis como un depredador a su presa.

Alexis abre la boca, sin duda con un millón de preguntas curiosas sobre quién es esta desquiciada mujer. Pero, por suerte, parece darse cuenta de la tensión y guarda silencio.

Un frío pavor se apodera de mi pecho. ¿Qué pasaría si Scarlett sí vio la foto que Mario tiene de Alexis? Si Scarlett reconoce a Alexis…

Estoy listo para tener un maldito infarto aquí mismo. Había sido un riesgo increíblemente tonto.

¿Qué pasaría si Scarlett sí vio la foto que Mario tiene de Alexis? "Encantada de conocerte..."

Scarlett levanta la mano, y veo el brillo de un cuchillo en su puño antes de que lo haga Alexis.

Antes de que Scarlett pueda siquiera moverse hacia Alexis, salto de mi silla y tiro del brazo

de Scarlett, retorciéndole la muñeca hacia atrás. Alexis grita y se tira hacia atrás, volcando su silla.

Los camareros jadean y un puñado de hombres se levantan de sus asientos.

Scarlett gira, moviéndose más deprisa que yo, y levanta el cuchillo de modo que me aprieta la carótida.

Varios hombres levantan sus armas, la mitad apuntándome a mí, la otra mitad apuntando a Scarlett. Hay un momento de tensión, y luego Scarlett y yo nos sonreímos.

Ignoro la mirada confusa de Alexis mientras me inclino y beso la mano de Scarlett que sostiene el cuchillo. "Sigues siendo más rápida que yo en eso, por lo que veo".

"Siempre, bebé", canturrea Scarlett, retrayendo el cuchillo. "Sabes cuánto me gusta jugar con cuchillos".

Sí, vaya si lo sé. Solía asustarme cómo Scarlett quería ser atada y pellizcada con las puntas de los cuchillos. Me gusta la mierda pervertida también, pero la idea de Scarlett de los juegos previos estaba más allá de los límites.

Tenemos que largarnos de aquí.

Pero antes de que pueda moverme, Scarlett arrastra una silla y se sienta a nuestra mesa. "Bueno, ya que estamos todos aquí, ¡más vale que cenemos!" anuncia alegremente, aunque sus ojos brillan con malicia.

Quiero gruñir. Esto va a ser una pesadilla.

Fiel a su costumbre, Scarlett ignora a Alexis y monopoliza la conversación recordando viejos tiempos.

"¿Recuerdas aquel fin de semana en Cabo, Damian? Cuando bailamos hasta el amanecer e hicimos el amor en la playa" Se acerca y me pone una mano posesiva en el brazo. Me pongo rígido y le lanzo una mirada de disculpa a Alexis, que está roja y mirando su plato, con la lasaña apenas tocada.

"¿O aquella vez en la República Dominicana que nos bañamos desnudos a la luz de la luna?" Me pasa un dedo por el brazo. "Fueron noches mágicas".

Maldita sea.

Maldita sea. Me brinca un músculo de la mandíbula, pero mantengo la expresión impasible. Tengo que ser la imagen del imperturbable Jefe de la Mafia.

"Aquellos eran otros tiempos", afirmo con frialdad, encogiéndome suavemente de hombros ante la mano errante de Scarlett.

Scarlett agita una mano desdeñosa. "Oh, no seas un acuario de almejas delante de tu prima". Scarlett le lanza a Alexis una mirada mordaz, sus ojos azules helados. "¿No me digas que María es una estirada zorra de iglesia?"

Alexis se ruboriza, pero guarda silencio, con los hombros tensos. Entrecierro los ojos infinitesimalmente ante el insulto, pero mantengo la voz firme. "Mi prima es una dama que merece respeto. Ten cuidado, Scarlett".

Un destello de irritación cruza el rostro de Scarlett antes de recuperar su sonrisa sacarina. "Por supuesto. Solo nos estamos divirtiendo un poco recordando cosas, ¿no?"

Antes de que pueda responder, se lanza a contar una gráfica historia sobre nuestro pasado libertino en Venecia, asegurándose de incluir todos los detalles sórdidos.

Mantengo mi rostro como una máscara inescrutable mientras Alexis se retuerce incómoda a su lado. *No* le daré a Scarlett la satisfacción de ver lo mucho que me repugna.

"¡Qué romance y pasión tuvimos!" Scarlett lanza un suspiro melancólico, ajena a la creciente mortificación de Alexis. "¿No lo echas de menos, bebé?"

Mi voz es de acero. "Esos días ya pasaron, Scarlett. Es mejor que nos quedemos en el presente, ¿no crees?"

Mis ojos se clavan en los suyos con una intensidad que *por fin* la hace detenerse. Por un momento, Scarlett parece escarmentada y ligeramente desconcertada por mi actitud imperturbable. Pero se recupera rápidamente con una risa amarga. "Ya no eres divertido, Damian".

Mientras se lanza a contar otra historia para adultos de nuestro pasado, lucho por mantener una expresión suave y serena. Soy la imagen de la indiferencia fría, sin dejar que Scarlett vea hasta qué punto está retorciendo el cuchillo.

Alexis hace una mueca ante la historia de mi pasado que le cuenta Scarlett, intentando mantener la compostura, pero sin conseguirlo. Le tiembla la mano, golpea torpemente su vaso de agua y casi lo derriba.

"¿Todo bien, María?" pregunto con calma, aunque estoy preocupado.

Ella asiente rápidamente, mostrándome una sonrisa tensa que no llega a sus ojos. Es dolorosamente obvio que está profundamente incómoda, a pesar de sus intentos por ocultarlo.

Scarlett observa el intercambio con una mirada enfermizamente dulce de falsa simpatía. "Ay, ¿estamos haciendo sonrojar a la pobrecita María con nuestra charla de adultos?" y agita las pestañas con fingida inocencia. "Olvidé que eres una delicada flor".

El golpe da en el blanco y las mejillas de Alexis se tiñen de carmesí. Muevo la mandíbula, pero por lo demás, mi expresión sigue siendo ilegible. Por dentro, me enfurecen las idioteces de Scarlett.

Por su parte, Scarlett parece encantada de haber puesto a Alexis tan nerviosa. Le lanza otra puya, sin duda esperando una reacción más airada de la que alimentarse.

Pero Alexis se queda muda, con los ojos bajos mientras se encierra en sí misma. Después de un momento, la sonrisa de Scarlett se desvanece en un puchero petulante al negársele el espectáculo que desea.

"Ugh, no eres divertida", le espeta antes de voltearse hacia mí, con sus ojos azules como trozos de hielo. "Sabes, no me importa si es tu prima o no. Deshazte de la chaperona".

Me tenso, atrapado entre querer proteger a Alexis de los ataques de celos de Scarlett y no arruinar la identidad falsa de Alexis. Aunque Scarlett piense que solo es mi prima, sus celos irracionales están estallando peligrosamente.

Tengo que sacar a Alexis de aquí, lejos del comportamiento cada vez más desquiciado de Scarlett. Mantengo una expresión neutra, saco mi teléfono y envío un discreto mensaje codificado a mi chófer para que se acerque inmediatamente por la entrada trasera.

Cuando vuelvo a mirar a Alexis, el dolor y la confusión son evidentes en su rostro. Me mira a los ojos, esperando una explicación de por qué la descarto. Me armo de valor y me pongo en mi papel de Jefe de la Mafia: frío y distante.

"María", digo fríamente. "Es hora de que te vayas. Mi chófer te acompañará".

Scarlett parece encantada con mi abrupto despido, sonriendo victoriosa.

Momentos después, mi chófer aparece junto a Alexis, asintiendo sutilmente con la cabeza. Scarlett se despide con un gesto burlón mientras el chófer se lleva a una desconcertada Alexis.

Pero al marcharse, Alexis se voltea, y la expresión de dolor y confusión de su rostro es como un puñetazo en mis entrañas. Me obligo a permanecer estoico, pero me cuesta contenerme.

En cuanto desaparece de mi vista, mi máscara de hielo se resquebraja. Mi pecho se hincha de odio hacia mí mismo. Había descartado a Alexis de forma muy convincente para apaciguar a mi psicótica ex.

Pero todo es por su seguridad. Si Scarlett descubre que "María" es en realidad Alexis Hartley, no se sabe hasta dónde la llevarán sus celos. Si se da cuenta de que escondo a su objetivo delante de sus narices, entregaría a Alexis a su padre en un santiamén.

No valía la pena pensar en las consecuencias. Si La Hermandad pusiera sus manos sobre Alexis, ella desaparecería para siempre, perdida en el submundo del tráfico, para nunca volver a ser vista. No puedo permitir que eso ocurra, por mucho que me duela alejarla de mí.

Scarlett acerca su silla, con una sonrisa dulce como la sacarina. "Ya está, estamos mejor sin el peso muerto".

Apenas oigo sus palabras por encima de la oleada de náuseas. Esta noche, que pretendía ser romántica, se ha convertido en un fracaso absoluto gracias a mi incapacidad para mantener a Alexis a salvo.

La traición en los ojos de Alexis me atormenta.

ALEXIS

Me apoyo en el mullido asiento de cuero del coche, me rodeo con los brazos y me esfuerzo por respirar hondo. Se me llenan los ojos de lágrimas mientras repaso una y otra vez los acontecimientos de la noche.

Todo había empezado tan prometedor: mi cita con Damian en Basil and Olive. Había sido tan *encantador*, contándome historias y chistes que me hacían reír hasta que me dolían las mejillas. Cuando me sonrió, sentí una chispa como nunca antes.

Estaba en las nubes. Me sentía tan natural, *tan bien* en aquella cena con Damian.

Sentí que significaba algo para él. ¿Por qué si no me habría pedido una cita?

Entonces apareció esa mujer, Scarlett, aparentemente de la nada, como una serpiente venenosa, deslizándose hasta nuestra mesa sin invitación. Me estremezco al recordar sus ojos fríos que brillaban con sádico deleite mientras me miraban con desdén.

Sinceramente, sentí que necesitaba ducharme allí mismo.

Intercambiaron palabras y recuerdo que el corazón me dio un vuelco cuando Scarlett comentó que le resultaba familiar. ¿Dónde la habría visto antes? ¿Cómo me habría conocido?

Pero antes de que me diera cuenta, Scarlett sacó un cuchillo con la intención de atacarme. Yo estaba desconcertada, asustada, buscando apoyo y protección en Damian.

Pero la forma en que respondió, o más bien en que no lo hizo, me pareció una traición lacerante. Damian no movió un dedo para defenderme. De hecho, le dio un beso en la mano y su tono se volvió ligero, incluso amistoso, como si intercambiara cumplidos con una vieja amiga.

Ni siquiera se molestó en decirme que Basil and Olive era claramente un restaurante de la Mafia. Tuve que averiguarlo yo misma cuando la mitad del restaurante nos apuntó con sus armas, dándome un susto de muerte.

Scarlett pasó a dominar la conversación, contándonos historias y anécdotas de su aparentemente larga relación con Damian. Mientras tanto, sus ojos me miraban con burla y mofa no disimuladas.

Paralizada por la perplejidad y el creciente temor, miré desesperadamente a Damian en busca de ayuda, de aclaraciones sobre esta extraña situación. Pero su expresión permanecía exasperantemente impasible, sin revelar ningún indicio de que algo fuera mal.

Lágrimas calientes se derraman por mis mejillas. ¿Cómo pudo hacerme eso? ¿Después de la maravillosa noche que compartimos, la conexión que creí que teníamos? Sin embargo, me deja de lado y me envía sola a casa, aturdida por el dolor y la confusión.

Mientras las preguntas y las dudas se arremolinan en mi mente, una horrible posibilidad echa raíces: ¿ha sido todo una actuación por parte de Damian? ¿Una especie de juego retorcido? Ese pensamiento hace que se me oprima el pecho. Había visto una faceta suya que parecía tan

genuina.

¿O no?

Y le di mi virginidad.

Dios, ¿cómo pude hacerlo?

Acunando mi cara entre las manos, los sollozos sacuden mi cuerpo. Mi corazón está destrozado y no sé si alguna vez podré recomponerlo.

Cuando vuelvo a casa, entro corriendo por la puerta principal con lágrimas en los ojos. Solo quiero entrar en mi habitación para poder llorar en paz.

Por desgracia para mí, casi choco con Nat, que camina por el pasillo, mirando su teléfono.

"¡Jesús, Alexis, ten cuidado!" grita Nat, cogiendo su teléfono antes de que caiga al suelo. Me mira de cerca y frunce el ceño al ver mi expresión de angustia. "¿Dónde está Damian? ¿Qué ha pasado?"

Esas preguntas son mi perdición. Los sollozos me sacuden el cuerpo y entierro la cara entre las manos, con los hombros agitados.

Nat mira a su alrededor antes de arrastrarme a otra habitación y guiarme hasta una silla.

"Siéntate", me pide, sentándose a mi lado. "Cuéntame lo que pasó".

Entre jadeos, cuento la desastrosa cita: cómo Damian y yo lo estábamos pasando bien, cómo apareció Scarlett, cómo casi me apuñala y cómo Damian no me defendió y me despidió.

Nat pone mala cara cuando menciono el nombre de Scarlett. "Esa puta de mierda", gruñe, con la cara enrojecida por la ira.

"¿Quién *es*?" exclamo. "Ella y Damian tienen una historia; hizo un gran trabajo dejándolo *muy* claro al contarme cada sórdido detalle".

"Scarlett Rafa", me explica Nat, "es la exprometida de Damian".

Me siento como si me hubieran dejado sin aliento. ¿*Prometida*? Damian nunca mencionó haber tenido algo tan serio con alguien. Pero, ¿por qué iba a hacerlo? Está claro que no significo nada para Damian, solo otra aventura pasajera con la que no necesitaba compartir detalles de su pasado.

Esta revelación duele profundamente. Damian tiene tantos secretos, tantas capas de las que no sé nada. Yo no soy más que una actriz secundaria en su vida, a la que se descarta fácilmente cuando su ex aparece de la nada. Se me saltan las lágrimas cuando me doy cuenta de la cruda realidad.

"Scarlett es la hija de Mario Rafa", continúa Nat, ajena a mi dolor interno. "Es una puta loca de mierda, Alexis. Estoy segura de que Damian solo intentaba protegerte de ella tratando de parecer desinteresado. Lo último que necesitamos es que descubra quién eres en realidad y se lo diga a su padre. O que venga ella misma a por ti".

Me estremezco al pensarlo. Ni siquiera he considerado el peligro potencial si Scarlett se daba cuenta de que yo no era realmente "María", prima de los Iacopelli. No me extraña que me alejara tan bruscamente.

Pero el aguijón de su engaño todavía quema. Podría haberme dicho simplemente la verdad en vez de hacerme daño así. ¿Acaso no confía en mí? ¿No le he demostrado en los últimos meses que soy leal, que no haría nada para hacerle daño?

Otra oleada de lágrimas me amenaza al darme cuenta de lo insignificante que debo de ser para Damian, que me deja de lado sin pensárselo dos veces ante la reaparición de su ex.

"Rafa", repito, saboreando la palabra en mi lengua. ¿Por qué me suena tanto ese apellido? Una leve sensación de deja vu hormiguea en el fondo de mi mente. ¿Dónde he oído antes ese nombre? ¿Quizá en las noticias? No, no lo creo.

La frustración hierve en mi interior mientras me devano los sesos tratando de atrapar el escurridizo recuerdo. Baila fuera de mi alcance. Cuanto más intento recordarlo, más se me escapa, dejándome agitada e inquieta.

"¿Cómo rompieron?" susurro, moqueando.

Nat frunce el ceño y su rostro se ensombrece. "Quería que Damian disparara a un parque infantil porque estaba cabreada porque un tipo le había enseñado el dedo en la carretera". Clava su mirada en la mía. "Damian dijo que no, así que rompió con él y luego hizo que mataran al hijo del conductor. Está desquiciada".

Me quedo helada, horrorizada. Le pidió que cometiera un crimen atroz. Debería ser *vetada*. Pero en vez de eso, Damian me rechazó.

"Damian ha superado a Scarlett", explica Nat. "No tienes que preocuparte por eso. Ella es literalmente psicótica".

No estoy segura de creerle. Me duele el corazón de celos por la conexión de Scarlett con Damian. El rechazo desentierra toda la inseguridad de mi pasado: los Carter que me odiaban, Mark que nunca me quiso. Realmente creí que Damian era diferente.

Nat me da una palmadita en el hombro, su actitud seria es incapaz de reconocer o calmar mi agitado torbellino emocional. "No te preocupes, le patearé el culo por esto", dice antes de levantarse y marcharse.

Ojalá Nat hubiera hecho algo más para consolarme. Pero reconozco que mi relación con Nat es superficial. No somos amigas de verdad. Es la hermana de Damian. Su lealtad está con él y con la Familia.

La brusca reacción de Nat pone de manifiesto lo sola que estoy. La Familia criminal Iacopelli es la vida entera de Nat, igual que la de Damian. Son capaces de compartimentar las emociones de una forma que yo nunca podría imaginar.

Mi dolor y mi angustia están a flor de piel, sin nadie en quien confiar o encontrar consuelo.

Con las lágrimas cayendo por mis mejillas, me retiro a mi habitación, cierro la puerta con llave y me acurruco en la cama mientras los sollozos siguen sacudiendo mi cuerpo. Me siento tan estúpida por pensar que alguna vez podría importarle a Damian o encontrar un lugar en este mundo.

Debo de haberme quedado dormida, porque más tarde me despierta el ruido del pomo de la puerta.

"Alexis, abre la puerta".

Damian.

Sus golpes en la puerta del dormitorio hacen vibrar las paredes. "¡Alexis! ¡Abre la puerta ahora mismo!"

Me estremezco ante la furia de su voz, pero me mantengo firme, acurrucada en la cama agarrada a una almohada. No tengo nada más que decirle, no hasta que esté dispuesto a desnudar su alma por completo, sin mentiras ni omisiones. Ya basta de secretos, medias verdades y juegos mentales.

"¡Alexis! ¡Abre la maldita puerta! ¡Tenemos que hablar!"

"Déjala en paz, hombre", el murmullo bajo de Edo se oye a través de la puerta. "Dale un poco de espacio".

"¡Vete a la mierda, Edo!" El gruñido de respuesta de Damian me produce un escalofrío. "Alexis, quiero hablar contigo. ¡Abre la maldita puerta!"

Sus peticiones se topan con un silencio sepulcral. Se reanudan los golpes furiosos, el pomo de la puerta traquetea como si fuera a soltarse en cualquier momento.

"¿Quieres calmarte?" Ahora es el tono irritado de Nat, acercándose. "La estás matando de miedo. ¡Vete a la mierda!"

"¡Ella no entiende! ¡*Tiene* que hablar conmigo!"

"¿Como si le hubieras dado esa cortesía antes?" La mordaz réplica de Nat flota en el aire. Contengo la respiración.

Una pausa tensa y luego: "Vamos, hermano, vete".

Más silencio y, a regañadientes, unos pasos se alejan de la puerta. Escucho alejarse las palabras de despedida de Nat, teñidas de irritación. "Me ocuparé de tu estúpido culo más tarde".

Me quedo despierta, mirando al techo con los ojos hinchados. Este desengaño es la gota que colma el vaso. No puedo permitir que Damian me mantenga atrapada aquí por más tiempo. No soy un peón en su jodido juego retorcido.

Ya es suficiente.

Solo cuando estoy segura de que se han ido, salgo de la cama y busco papel y bolígrafo en el escritorio que hay junto a la ventana. Una parte de mí no puede creer que realmente vaya a hacer esto, pero Damian no me ha dejado otra opción.

No después de la brutal revelación de hoy sobre su pasado con Scarlett.

No soy más que otro de sus secretos, otro jugador al que manipular a su antojo sin pensar dos veces en mis sentimientos. La fría y dura verdad atraviesa mi corazón.

No seguiré siendo un peón en los juegos de Damian.

Después de un respiro profundo, empiezo a escribir.

Damian,

Merezco algo mejor que ser uno más de tus retorcidos juegos. No podrás detenerme. No intentes encontrarme, porque desapareceré para siempre. Se acabó. No quiero más nada contigo y con esta locura de la Mafia.

No me importa si La Hermandad me persigue. Que lo intenten.

-Alexis

Dejo la nota encima de la cómoda, bien visible, antes de deshacer de la cama y volver a saquear el cuarto de baño en busca de toallas. Mis manos se mueven por voluntad propia, entretejiendo las sábanas y las toallas en una improvisada escalera de cuerda. Igual que la última vez.

Excepto que esta vez, voy a escapar de verdad.

Después de atarla a la cama con dosel, abro la ventana y el aire frío de la noche me pica en la cara. Pero me siento entumecida por dentro. Entumecida por la crueldad arrogante de Damian al dejarme fuera y entumecida por la irrevocabilidad de mi decisión.

Echo un último vistazo a la habitación, tiro la escalera improvisada por la ventana y desciendo lentamente.

Por fin he escapado. Aquí no me quedan más que recuerdos dolorosos e ilusiones rotas sobre un hombre al que nunca podré conocer del todo.

Desaparezco en la noche, dejando atrás para siempre los secretos de Damian.

DAMIAN

La quietud de la noche se ve interrumpida por unos frenéticos golpes en mi puerta. Me despierto sobresaltado, con el corazón latiéndome con fuerza mientras miro el reloj: las seis de la mañana.

"¿Qué coño pasa?" gruño, me despego de las sábanas, cojo la pistola que siempre tengo en la mesilla de noche y me dirijo a la puerta a trompicones, con los párpados todavía pesados. Más vale que haya una puta buena razón para que me despierten tan temprano. Apenas había podido dormir antes de esto.

La puerta se abre de golpe antes de que pueda abrirla, y Edo entra corriendo, blanco como el papel, con todo el cuerpo temblando.

De repente se me seca la boca. La última vez que vi a Edo tan alterado fue cuando asesinaron a mis padres y a mi hermana. "¿Qué coño está pasando, Edo?" exijo, con el corazón desbocado.

"Es Alexis", jadea, con los ojos muy abiertos. "Se ha ido".

Esas palabras me despiertan por completo. "¿Qué quieres decir con que se ha ido, Edoardo?" pregunto, subiendo el tono de mi voz.

Antes de que Edo pueda responder, lo empujo y salgo corriendo por el pasillo. Me doy contra la puerta y gruño al recordar que la cerró con llave. Al diablo esta mierda. Debería haberlo hecho anoche, cuando se negó a hablar conmigo.

Derribo la puerta de una patada y se rompe, cayendo con un estruendo tremendo. Al entrar en la fría habitación, se confirman mis peores temores. La ventana está abierta y una escalera de cuerda se balancea con la brisa fresca de la mañana. Sobre la cómoda hay una nota doblada y un bolígrafo a modo de pisapapeles.

Con manos temblorosas cojo la nota, la desdoblo y la leo rápidamente.

Un torrente de emociones se apodera de mí: devastación, furia y miedo por su seguridad. Arrugo la nota en el puño y aprieto la mandíbula.

"¡Edo, levanta a todo el mundo!" ladro. "Quiero una persecución completa de Alexis. Hay que traerla de vuelta inmediatamente, sin hacer preguntas".

Edo da la orden y la casa entra en acción. Nat entra en la habitación con los ojos desorbitados.

"Esto es tu puta culpa", me espeta, echándome en cara. "Si hubieras sido sincero con ella desde el principio y no hubieras permitido que esa puta casi la matara, ¡no habría sentido la necesidad de escapar!"

La nota arrugada cae de mi puño tembloroso mientras todo el peso de la desaparición de Alexis se abate sobre mí. Mi pecho se agita con respiraciones entrecortadas, una vena me palpita en la sien mientras una furia al rojo vivo recorre mis venas.

No necesito un puto sermón de mi hermana.

"¡Cierra la *puta* boca, Nat!" rujo, volteando hacia ella. Aprieto los puños con todas mis fuerzas, deseando arremeter contra ella y destruir algo. "¿Crees que yo quería esto? ¿Crees que no hice todo lo posible para mantenerla a salvo?"

Nat se mantiene firme, con los ojos encendidos de ira. "¿A salvo?" espeta. "¿Llamas s salvo a sacarla, cuando Edo TE DIJO QUE NO LO HICIERAS, y toparte con Scarlett, que intenta atacarla, y luego no haces *nada* para protegerla? ¡No me extraña que huyera!"

"¡La *estaba* protegiendo!" Mi voz se quiebra con la emoción cruda. Me paso las manos por el cabello revuelto, con el corazón latiéndome frenéticamente en el pecho. Imágenes de Alexis sola, fría, asustada, asaltan mi mente, cada una más aterradora que la anterior. Se me corta la respiración cuando me viene a la mente otra imagen de Alexis capturada por La Hermandad y vendida a un pervertido sin nombre.

Me entran ganas de vomitar.

El bufido burlón de Nat me devuelve la concentración. "¿Por qué? ¿De tu obsesiva necesidad de controlarla? Eres tan jodidamente egoísta, pensando solo en ti y no en lo que es mejor para la mujer que la puta Hermandad está cazando para ser vendida. No eres mejor que sus putos padres adoptivos".

Me abalanzo sobre ella, con las manos extendidas como si quisiera rodearle el cuello. Pero Edo se interpone rápidamente entre nosotros, con sus voluminosos brazos tratando de retenerme.

"Damian, ¡esto no ayuda! Tenemos que centrarnos en encontrar a Alexis. ¡Deja la puta pelea con Nat!"

El timbre de mi teléfono corta la tensión como un cuchillo. Me suelto del agarre de Edo, respirando agitadamente mientras miro a mi hermana, y lo cojo, con el nombre de mi tío parpadeando en la pantalla.

¿Qué *coño* quiere el tío Vinny tan temprano?

"¿Qué?" gruño, apretando el teléfono con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos.

"¿Así le hablas a tu tío?" la voz ronca del tío Vinny se filtra a través del teléfono. "Mario se está poniendo nervioso. Quiere saber cómo va la búsqueda de Alexis Hartley".

Me tiembla un músculo de la mandíbula mientras lucho por mantener un tono uniforme. ¿Para esto ha hecho una maldita llamada? Un puto mensaje habría bastado.

"Tengo cosas más importantes de las que ocuparme ahora mismo que intentar encontrar a un puto fantasma".

Hay una pausa al otro lado antes de que el tío Vinny vuelva a hablar. "Eso es interesante porque Scarlett dijo que cenó contigo y con tu prima, María, anoche".

El corazón se me desploma en el estómago. Oh, Dios. Nunca debí salir con Alexis. Trago saliva. "María es prima".

"¿Ah, sí?" El tono del tío Vinny deja claro que no se cree nada de lo que digo. "Es curioso, no recuerdo que ninguna María de la familia Iacopelli encaje en esa descripción. Scarlett dice que tiene el cabello corto y negro, muy feo".

La irritación me recorre ante la descripción que Scarlett hace de Alexis. Por supuesto que la perra vanidosa minimizaría la apariencia de Alexis solo para verse mejor.

"Es prima por parte de madre", comento con frialdad, ignorando las miradas de Nat y Edo.

La línea cruje con irritación cuando la voz del tío Vinny adquiere un tono más agudo. "Escúchame, Damian. Me importa una mierda tu prima, María, o el juego que estés montando aquí".

El tono despectivo de mi tío me eriza la piel, y la ira se enciende en mi interior. Abro la boca

para protestar, pero Vinny sigue adelante con sus palabras cargadas de veneno.

"Mario lleva semanas dándome la lata con lo de Alexis Hartley. Quiere novedades, quiere resultados y, francamente, me estoy quedando sin excusas que darle". El timbre grave de mi tío se convierte en un gruñido amenazador. "Saca la cabeza del culo y encuentra a esa chica antes de que todo este lío nos explote en la cara. ¿*Capisci*?"

La línea se corta y me quedo mirando el móvil con furia y desconcierto. Levanto la vista hacia las miradas interrogantes de Nat y Edo, con el ceño fruncido por la consternación.

"En serio, ¿qué coño es lo que pasa con Alexis?" murmuro, sobre todo para mí mismo. "¿Desde cuándo Vinny recibe órdenes de Mario Rafa? ¿Y cómo coño sabe tanto de lo que está pasando aquí?"

Me paso una mano frustrada por el cabello y recorro la habitación agitado. "Me importa una *mierda* lo que Mario quiera ahora mismo. Alexis es mi prioridad". Me giro hacia Nat y Edo, con los ojos brillantes de renovada determinación. "La encontramos y la traemos de vuelta. Luego nos ocupamos del tío Vinny y de Mario".

Un silencio incómodo se apodera de la habitación mientras intentamos procesar la situación y averiguar el posible paradero de Alexis. Me vuelvo a pasar las manos por el cabello, frustrado.

"No puede haber ido muy lejos", murmuro, sobre todo para mí. "No a pie, al menos. Edo, ¿sabes a qué hora se fue?"

"Las cámaras indican las cuatro y media", responde Edo.

Me invade la ira. ¿Dónde *coño* estaban los guardias que se suponía que estaban patrullando esa zona?

"Así que tiene una hora y media de ventaja", digo.

Edo asiente lentamente. "¿Crees que se arriesgaría a volver a casa de los Carter? ¿Después de todo?"

Nat lanza una mirada fulminante a Edo mientras abre los cajones. "Claro que lo haría. ¿Adónde iría si no?" Levanta las manos, exasperada. "A veces son unos tontos. Miren a su alrededor, todo está exactamente como lo dejó. No empacó una mierda".

Me doy cuenta y maldigo en voz baja. Nat tiene razón: la habitación de Alexis no muestra signos de una huida planeada. Solo una decisión espontánea de huir.

Con esa maldita escalera de cuerda otra vez. Cuando la recupere, no se le permitirán sábanas ni toallas. Por mí, que se congele.

"Entonces sigue en Chicago", dice Edo pensativo. "Probablemente tratando de orientarse antes de hacer un movimiento".

"No gracias a este imbécil", se burla Nat, rodeando a Damian. "Has sido tan horrible, tan monstruoso con ella. ¿Realmente puedes culparla por querer escapar? ¿*Volver* con los putos Carter en vez de aguantar un día más contigo?"

La acusación me atraviesa el corazón como una hoja al rojo vivo. Retrocedo como si me hubieran golpeado, las palabras de Nat me dejan sin habla. Una parte de mí desearía que me hubiera dado un puñetazo. Puedo soportar el dolor físico, pero ¿esto?

Esto corta más profundo que cualquier puño.

"No tienes ni idea de lo que le has hecho", continúa Nat, con los ojos llenos de asco. "No estabas allí para verla llorar por ti, preguntándose por qué no te deshiciste de Scarlett. *Maldito* imbécil. Si La Hermandad la atrapa, iré personalmente a por ti".

Ya me detesto por esta pesadilla. No necesito que Nat me clave más el cuchillo en las tripas. Trago saliva y asiento con la cabeza.

"Vámonos. Primero vamos a casa de los Carter. Si no está allí, ampliamos la búsqueda".

Nos ponemos en marcha, con una enorme sensación de terror sobre mí. *Por favor, que esté bien*, rezo en silencio. *Nunca me lo perdonaré si le pasa algo.*

El coche devora los kilómetros mientras atravesamos Chicago, Edo confirma rápidamente la dirección de la residencia Carter. Un silencio incómodo flota en el aire, la tensión es alta. Estamos invadiendo territorio Invicta. Todo el mundo conoce los riesgos de tener un soldado acechando en cada esquina.

Sobre todo desde que un soldado de Invicta intentó secuestrar a Alexis la primera vez.

Al girar por la calle en ruinas, Nat se burla en voz baja. "¿*Aquí* es donde vivía?"

El barrio tiene un aspecto claramente deprimido, las casas están desgastadas y en ruinas. Aprieto la mandíbula y los nudillos se me ponen blancos en el volante. ¿Cómo puede alguien permitir que Alexis sufra en estas condiciones? ¿Cómo pudo su asistente social permitir que se quedara aquí todos estos años? Este no es lugar para que un niño crezca.

La calle parece desierta cuando nos detenemos frente a la casa de los Carter, el único movimiento son algunos trozos de basura que se deslizan por el pavimento agrietado. Apago el motor y salimos a toda prisa, con la vista puesta en la zona en busca de problemas, mientras el sol se esfuerza por salir por el horizonte.

"No se alejen y mantengan los ojos bien abiertos", murmuro mientras compruebo la Beretta que llevo en la cintura. "Ya sabes lo que hay que hacer si aparece algún tipo de Invicta".

Nos acercamos con cautela al porche. Mi mente ya se está acelerando. Primero me dirigiría al sótano. Si Alexis está aquí, es probable que se encuentre allí después de escapar de aquel infierno.

Mi mano se posa en el pomo de la puerta cuando un grito desgarrador rompe el aire, procedente del interior de la casa.

"¡NO!"

Ese grito me resulta dolorosamente familiar. La sangre se me hiela en las venas.

Alexis.

Inmediatamente después se oye el inconfundible sonido de disparos, que resuenan como truenos en la calle vacía.

ALEXIS

Estoy de pie en la acera, mirando fijamente la casa de estilo Cape Cod, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. No puedo creer que esté aquí, en la acera del lugar al que nunca pensé que volvería.

Sin embargo, de alguna manera, cuando bajé del tren, mis pies me llevaron de vuelta a la casa de mis antiguos padres de acogida, los que me habían traicionado.

Me recorre un escalofrío cuando los recuerdos se agolpan en mi memoria. Este lugar nunca había sido un refugio para mí, solo una prisión y un infierno. Los Carter hicieron de mi vida una pesadilla, abusando de mí emocional y, a veces, físicamente. Es un milagro que pudiera escapar. No quiero imaginar dónde estaría si no lo hubiera hecho.

Probablemente sería la esclava de alguien, y los Carter dormirían tranquilos por la noche, seguro sin volver a pensar en mí. Estaban dispuestos a venderme a La Hermandad por su propia codicia.

La Hermandad, la organización que actualmente me persigue. Sé que me estoy poniendo en grave peligro solo por estar aquí. Todos mis instintos me dicen que me dé la vuelta y huya lo más lejos posible.

Y sin embargo... algo muy dentro de mí me ha obligado a volver. Tal vez sea una necesidad de cierre, un deseo de enfrentarme a los demonios de mi pasado.

O tal vez solo soy masoquista.

Sea cual sea la razón, me encuentro incapaz de apartar la mirada de la vieja casa familiar.

Aprieto los puños y trago saliva. No iba a entrar, sería una puta estupidez. Pero estar aquí en la acera me parece una forma de reclamar un trozo de mi propia historia, de decir un último adiós al lugar que una vez me tuvo cautiva.

No sé adónde voy a ir, pero necesito salir de Chicago, y rápido. Esta ciudad no me trae más que recuerdos dolorosos y peligros.

Me doy la vuelta para marcharme y me devano los sesos intentando averiguar adónde puedo ir. Todavía tengo algunos números de teléfono de mis antiguos compañeros de trabajo. Quizá alguno de ellos esté dispuesto a dejarme dormir en su sofá mientras decido mi próximo paso.

Lo que implicaría conseguir una nueva identificación.

Me maldigo por no haber cogido más pertenencias cuando huí de la mansión Iacopelli. Pero mi salida había sido tan precipitada, impulsada por puro instinto de supervivencia. Ni siquiera había pensado en hacer una maleta. Lo único que tengo es la ropa que llevo puesta y unas pocas pertenencias en los bolsillos, incluido el teléfono.

La cara de Damian pasa por mi mente y siento un dolor agudo en el pecho. Aparto de mi mente su recuerdo, no quiero pensar en el dolor de su traición. Forma parte de la vida de la que

intento escapar, una vida que se ha vuelto demasiado peligrosa.

Acelero el paso y observo las calles. Hay una estación de tren no muy lejos de aquí. Necesito poner la mayor distancia posible entre Chicago y yo. Esta ciudad ya no es segura para mí, no con La Hermandad respirándome en la nuca.

Mientras camino, mi mente se acelera con mil preguntas e incertidumbres. ¿Adónde iría? ¿Qué podría hacer? ¿Podré realmente dejar atrás mi pasado?

Pero por ahora, lo único que importa es escapar, aunque eso signifique empezar de nuevo sin nada. Lo he hecho antes y lo volveré a hacer.

De repente, una mano me agarra por el cabello y me tira bruscamente de la cabeza hacia atrás. Suelto un grito de pánico cuando el frío y duro metal de una pistola me aprieta la sien.

"Vaya, vaya, vaya, mira quién ha decidido volver", me sisea al oído una voz asquerosamente familiar. Se me hiela la sangre al reconocer el tono ronco de Mark.

Me agarra con fuerza y me da otro fuerte tirón a la cabeza. "No sabes cuánto me alegro de verte, cariño", gruñe. "Esto me facilita mucho el trabajo".

Mi mente se acelera al darme cuenta de la trampa en la que me había metido. Nunca debí volver aquí. Mark va a llamar a La Hermandad y vendrán a por mí, tal y como me temía.

Esto es de lo que Damian había intentado protegerme.

"Por favor", suplico, con la voz temblorosa. "Mark, déjame ir. No se lo diré a nadie, te lo juro".

Pero Mark se ríe, con un sonido frío y cruel. "Oh, no lo creo, cariño". Me da un fuerte golpe en la cara que me nubla la vista. Grito mientras el dolor me recorre las mejillas y la boca.

"La Hermandad te busca intensamente, y me voy a asegurar de que te consigan. Oh, por ti me darán una buena suma".

Gimo de dolor mientras Mark me arrastra hacia la casa de los Carter, con la pistola aún apretada contra la sien. Me aterroriza la idea de cruzar esas puertas. Sé que una vez que cruce ese umbral, estoy perdida. La sola idea de ver las caras de satisfacción de Dennis, Suzanne y Emma es insoportable.

Mis instintos de supervivencia entran en acción y empiezo a forcejear frenéticamente contra su agarre. Le clavo las uñas en los brazos, intento apartar su mano de mi cabello, pero Mark me agarra como si fuera de hierro.

"¡Suéltame, cabrón!" grito, con la desesperación alimentando mis acciones. Le araño la cara, haciéndolo sangrar, pero eso solo parece enfurecerlo aún más. Con un gruñido, me golpea contra la pared de la casa, aturdiéndome.

"¡Deja de luchar, zorra estúpida!" gruñe, apretándome más el cabello.

Se me nubla la vista y me duele la cabeza, pero me niego a rendirme. Golpeo con los puños cualquier parte que esté a mi alcance. Pero Mark es demasiado fuerte y me domina con facilidad.

Cuando nos acercamos a la puerta principal, me doy cuenta de que la casa está inquietantemente silenciosa y oscura, sin rastro de los Carter por ninguna parte.

"Los Carter se fueron de la ciudad después de que te marcharas", se burla Mark. "Por el peligro que *tú* los pusiste. Pero no te preocupes, cariño. La Hermandad estará encantada de hacerte compañía. De hecho, sé que tienen una lista kilométrica de posibles amos que estarán *encantados* de hacerte compañía durante el resto de tu miserable puta vida".

Se me llenan los ojos de lágrimas de terror cuando Mark abre la puerta y me empuja dentro. He sido una estúpida e ingenua idiota. Y ahora estoy atrapada sin salida.

Mi nariz es asaltada por los olores familiares de la casa de los Carter mientras Mark me arrastra a la cocina. El olor rancio del abandono se mezcla con los leves y persistentes rastros de

las especias de la cocina, olores que antes me reconfortaban pero que ahora me revuelven el estómago.

Me estremezco involuntariamente, me invaden los recuerdos. Esta cocina había sido mi dominio, un lugar donde los Carter no me tocaban porque mancharía su comida. Había pasado horas no solo esclavizándome con la comida, sino retocando recetas y creando platos nuevos y más deliciosos.

Si preparaba algo especialmente delicioso, recibía una rara sonrisa de Dennis y Suzanne. Esas sonrisas me alegraban el día. Pensaba que si hacía suficiente comida buena, los Carter por fin me querrían.

Pero esos recuerdos están manchados ahora, eclipsados por el abuso y la manipulación que habían ocurrido dentro de estas paredes.

Cuando Mark me obliga a sentarme en una silla y empieza a atarme las muñecas, casi puedo sentir el peso de esos traumas pasados aplastándome. El roce de la cuerda contra mi piel, la madera dura e inflexible de la silla... todo me resulta demasiado familiar, demasiado visceral. Tengo que luchar contra el impulso de gritar, de suplicarle que pare.

A pesar de mi terror, una pequeña parte de mi mente registra los nudos descuidados, un marcado contraste con las intrincadas ataduras que mi viejo amigo de la Marina me había enseñado años atrás.

"Ya está, eso evitará que intentes ninguna estupidez", se burla Mark, dando un último tirón a las cuerdas.

Lucho para que no me tiemblen las manos, los recuerdos de las lecciones de mi amigo inundan mi mente. Había insistido mucho en que aprendiera estas habilidades, advirtiéndome de que nunca sabría cuándo podrían serme útiles. En aquel momento, pensé que era una rareza.

Pero ahora doy gracias a mi suerte.

Me obligo a concentrarme, a dejar atrás el miedo, las náuseas y los recuerdos y, lenta y metódicamente, empiezo a deshacer los nudos. Las cuerdas rozan y queman, pero ignoro el dolor y me concentro únicamente en liberarme.

Mientras Mark saca su teléfono del bolsillo para hacer una llamada, mi corazón se acelera y la adrenalina aviva mis esfuerzos. No puedo dejarme atrapar por La Hermandad. Tengo que salir de aquí como sea.

"Hola, nena, ¿adivina a quién tengo?" balbucea Mark, mientras una sonrisa se extiende por su cara. "Así es, ¡la mismísima hija pródiga!"

Aunque no oigo exactamente lo que dice la otra persona, oigo su voz. Y es una voz que reconozco.

Es Emma.

Mark se pasea por la habitación, absorto en su conversación. Está demasiado ocupado para darse cuenta de que muevo las manos de un lado a otro, deshaciendo lentamente los nudos.

"Sí, la tengo atada y lista para que la recojan", dice Mark con suficiencia. "La Hermandad estará encantada de tener de vuelta a su pequeña garantía". Hace una pausa, escuchando la respuesta de Emma. "Me parece bien. Sí, adelante, llámalos". Me da la espalda. "Esto va a ser dulce, nena. Por fin vamos a tener lo que nos merecemos".

La furia y la indignación se apoderan de mí a medida que la conversación de Mark con Emma sube de tono. ¿Cómo se *atreven* a tratarme así?

La voz de Nat flota en mi cabeza mientras trabajo en los últimos nudos. *"Eres un lobo con piel de cordero, Alexis. Acéptalo, coño".*

En ese momento, no había entendido del todo lo que Nat estaba tratando de decirme. Pero

ahora, en este momento de pura desesperación, el significado se vuelve claro como el cristal.

Siempre me he visto como la víctima, la oveja atrapada entre los lobos. Pero Nat había reconocido algo más en mí: una fuerza, una resistencia, una capacidad para la oscuridad que yo había tenido demasiado miedo de reconocer.

Cuando las últimas cuerdas caen, mis dedos se cierran en torno al frío metal de la pistola que hay sobre la mesa. Estúpido Mark. Si algo he aprendido viviendo con la familia Iacopelli es a no dejar *nunca* una pistola desatendida.

Una oleada de poder primario corre por mis venas, un instinto salvaje de sobrevivir a toda costa.

Lo acepto.

Con un brillo acerado en los ojos, apunto con el arma a la desprevenida espalda de Mark. "Hijo de puta", gruño, con voz firme e inquebrantable. "No soy la garantía *de nadie*".

En ese momento, sé lo que tengo que hacer. Ya no soy el cordero. Soy el lobo, dispuesto a enseñar los dientes y luchar por mi libertad. Y haré lo que sea necesario para escapar de esta pesadilla, de una vez por todas.

Mis palabras hacen que Mark se gire. Sus ojos se abren de golpe al verme liberada de mis ataduras y empuñando el arma. "¡Puta!" gruñe, abalanzándose sobre mí.

La situación se descontrola rápidamente. Se entabla una lucha encarnizada por el arma. Mis dedos resbalan en el metal liso y Mark consigue tumbarlo de mis manos, haciéndolo caer al suelo.

En un instante, me inmoviliza contra el suelo, me rodea la garganta con las manos y me aprieta sin piedad. Le araño las manos, jadeando, presa del pánico. No puedo morir así. No después de todo lo que he pasado. Mark me grita, salpicándome de saliva, pero no oigo nada de lo que dice.

Desesperada, estiro la mano a ciegas y mis dedos agarran por fin la pistola caída. Con un grito primitivo, levanto el arma y la golpeo contra la cabeza de Mark.

Aúlla de dolor y su agarre se afloja momentáneamente. Respiro entrecortadamente, con el preciado aire entrando a toda prisa en mis pulmones, lo empujo y me pongo en pie.

Pero Mark es implacable, avanza y me ataca de nuevo.

"Maldita zorra", me espeta, con los ojos brillantes de malicia. "Espero que tu dueño te haga *sufrir*".

Forcejeamos violentamente, la pistola resbala y se desliza entre nosotros mientras luchamos por el control. Aprieto el gatillo con el dedo, pero Mark aparta el arma con ojos desorbitados.

"¡NO!" grito en un último esfuerzo, haciendo acopio de todas mis fuerzas. Y cuando Mark se lanza hacia mí, consigo recuperar el arma y apuntarle al pecho.

El tiempo parece ralentizarse mientras le miro fijamente a los ojos y me tiembla el dedo en el gatillo. Entonces, con un chasquido ensordecedor, disparo.

El cuerpo de Mark se sacude, su expresión se congela de asombro antes de que su cuerpo sin vida se desplome sobre mí y su peso me deje sin aire en los pulmones. Lucho por quitármelo de encima, jadeando, cuando, de repente, el sonido de la puerta de entrada abriéndose de golpe me hace levantar la cabeza.

Damian, Nat y Edo están de pie en el umbral, con una expresión entre sorprendida y horrorizada.

ALEXIS

Grito cuando el cuerpo de Mark cae pesadamente sobre mí, su sangre caliente empapa mi ropa. Lucho por quitármelo de encima y mis manos resbalan en el charco carmesí que nos rodea. El pánico se apodera de mí cuando la realidad de lo que he hecho se abate sobre mí y siento que me desconecto del momento presente.

De repente, me encuentro de nuevo en el armario familiar, agachada junto a mi madre. Oigo el débil ruido de pasos fuera y el corazón me late con fuerza en los oídos. El reconfortante aroma del perfume de mi madre me envuelve, en marcado contraste con el sabor metálico de la sangre que aún inunda mis fosas nasales.

La voz de mi madre apenas es un susurro cuando me ordena que me quede completamente quieta y en silencio. "Si estás muy callada, ganarás", susurra, con los ojos muy abiertos por el miedo. Asiento obediente, sin comprender el peligro que corremos, concentrada únicamente en la perspectiva de la victoria.

El estrecho espacio del armario me rodea, el olor a humedad y el perfume familiar me hacen recordar aquel lejano recuerdo, aunque el horror del presente amenaza con abrumarme.

Por un breve instante, vuelvo a ser una niña, inconsciente de la violencia y el trauma que un día marcarán mi vida. Simplemente espero, anticipando el premio que mi madre promete si juego bien.

En el presente, Damian me levanta de un tirón y me estrecha contra su pecho. "Vamos, tenemos que salir de aquí", me dice con voz preocupada.

Siento el calor de su cuerpo, la tela de su camisa áspera contra mi piel, pero es como si estuviera desconectada de todo. Mi mente ni siquiera se inmuta por la sangre que lo mancha.

Damian me empuja fuera de la casa, pero antes de irnos, veo que Edo mueve rápidamente el cuerpo de Mark, lo coloca en una silla y lo ata. "Esto hará que parezca un robo que salió mal", murmura Edo, lanzando una mirada cautelosa en mi dirección.

Damian dice algo más, pero yo estoy atrapada en mis propios pensamientos, mi conciencia me mantiene en ese armario. Los débiles pasos fuera del armario se hacen más fuertes y mi madre tiembla.

"Si no haces ruido, ganarás", vuelve a susurrar, me coge en brazos y me abraza.

En el coche oigo la voz preocupada de Nat, pero sus palabras suenan lejanas y amortiguadas, como si estuviera bajo el agua. Los brazos de Damian me rodean con fuerza y apenas noto su tacto. Estoy atrapada, con la mente perdida en el pasado, ajena a todo lo que me rodea.

Cuando volvemos a la mansión, Damian me coge en brazos y me sube a mi habitación. Sigo atrapada en el recuerdo del armario, con la respiración aterrorizada de mi madre resonando en mi mente.

Puedo sentir a Damian despojándome suavemente de mis ropas manchadas de sangre. Espero que las queme. Mientras limpia los restos de violencia de mi cuerpo, la puerta del armario se abre de repente y los gritos agónicos de mi madre llenan mis oídos. Siento pánico y mi cuerpo se agita mientras grito.

"¡Mami! Mami, ¡no!" grito, con la voz desgarrada por el terror.

"¡Alexis! Alexis, no pasa nada. Estás a salvo", me dice Damian con sus fuertes manos agarrándome por los hombros, intentando que me quede en el presente. Pero los recuerdos son demasiado vívidos, el dolor demasiado real.

Puedo ver la cara de mi madre retorcida por el miedo mientras me protege del peligro invisible. El olor acre del humo y el sabor metálico de la sangre llenan mis sentidos y me transportan a aquel fatídico día.

Me revuelvo contra Damian, desesperada por alcanzar a mi madre, por salvarla. Las lágrimas corren por mi rostro mientras suplico: "¡Por favor, ayúdala! ¡No dejes que le hagan daño!" La angustia en mi voz es palpable, un crudo recordatorio del trauma que me ha moldeado.

Damian me estrecha contra su pecho, envolviéndome en un fuerte abrazo. Luego, con voz suave y tranquilizadora, empieza a cantarme una suave canción de cuna italiana, con una melodía familiar que me envuelve.

"*Dormi, dormi, bel bambino,*
Dormi, dormi senza affanni.
La tua mamma è qui vicino,
Veglia i tuoi tranquilli sonni".

Las palabras reconfortantes y la suave cadencia de su voz me sacan lentamente del borde de la desesperación. El calor de Damian y el ritmo constante de los latidos de su corazón me anclan en el presente, ahuyentando los fantasmas de mi pasado.

Me aferro a él, mi cuerpo tiembla cuando la adrenalina empieza a disminuir. "Quédate conmigo, por favor", le suplico, con la voz entrecortada y temblorosa. No puedo soportar la idea de estar sola, no cuando los horrores de mi pasado están tan vivos en mi mente.

Damian asiente y se acomoda en la cama a mi lado. El aroma familiar de su colonia y la comodidad de su abrazo me permiten soltarme por fin, y la tensión se disipa de mis músculos a medida que el cansancio se apodera de mí.

Me arropa con cuidado en la cama, sin separarse de mí. Me siento segura, con la certeza de que ya no estoy sola. Mientras me duermo, arrullada por la relajante melodía de su nana, sé que, por ahora, los fantasmas de mi pasado no me perseguirán.

~

CUANDO ABRO LOS OJOS LENTAMENTE, lo primero que veo es a Damian durmiendo plácidamente a mi lado. Su rostro parece mucho más joven en reposo, con las arrugas y la tensión suavizadas. Me sorprendo a mí misma estudiando sus rasgos, preguntándome cómo he acabado de nuevo en esta casa.

Pero entonces vuelven los recuerdos: Mark encontrándome fuera de la casa de los Carter, el disparo, la forma en que la sangre caliente de Mark había empapado mi ropa, cómo se sentía su cuerpo flácido sobre el mío mientras yo luchaba por quitármelo de encima.

Se me sube la bilis a la garganta y salgo de la cama dando tumbos hacia el baño mientras las náuseas me invaden.

Damian está a mi lado al instante, sujetándome el cabello mientras tengo arcadas violentas en

el retrete. "Estás bien, Alexis. La primera muerte siempre es la más dura", murmura, con voz baja y tranquilizadora mientras me frota suavemente la espalda con círculos.

No puedo contener los sollozos que me sacuden el cuerpo, la angustia y la repulsión que brotan de mí. "A-aún puedo sentirlo, Damian. Su sangre, por todo mi cuerpo..." Me ahogo entre jadeos. El recuerdo visceral de aquel momento está grabado a fuego en mi mente, el olor metálico y el calor del fluido carmesí me persiguen.

Damian me estrecha en sus brazos, abrazándome con fuerza. "Lo sé, lo sé. Pero ahora estás a salvo. Te vas a poner bien", susurra.

Me aferro a él, desesperada por el consuelo y la seguridad que me ofrece.

Mientras mis sollozos se calman lentamente, no puedo evitar preguntarme cómo me encontró. Me aparto un poco y lo miro, con los ojos todavía brillantes de lágrimas.

"¿Cómo sabías dónde encontrarme?" le pregunto, con voz pequeña e insegura.

Me dedica una media sonrisa. "Era la respuesta más obvia, Alexis. La casa de los Carter es el único lugar que has conocido como tu hogar. Claro que volverías allí".

La expresión de Damian se vuelve seria. "¿Pero por qué demonios te fuiste en primer lugar? ¿Por qué no hablaste conmigo?"

Siento que me invade una punzada de vergüenza. Después del incidente en la casa de los Carter, mi pequeña "rabieta" parece totalmente injustificada. Desviando la mirada, confieso: "Yo... me sentí apartada cuando elegiste a Scarlett en vez de a mí. Sobre todo después de que intentara *apuñalarme*".

Deja escapar un pesado suspiro. "Alexis, Scarlett no significa *nada* para mí. Intentaba protegerte. Es inestable y peligrosa. Mi prioridad era ponerte a salvo, asegurarme de que no descubriera quién eres en realidad".

Pestañeo, el peso de sus palabras se hunde en mí. Nat tenía razón.

"¿Intentabas protegerme?" susurro, sintiéndome tonta de repente.

"¿Qué crees que he estado tratando de hacer todo este tiempo?" pregunta Damian, con la exasperación clara en la voz. "No he estado poniendo mi culo en peligro sin una buena razón".

No sé qué decir a eso, pero ahora siento que la gravedad de los acontecimientos del día sigue pesando sobre mis hombros. "Necesito ducharme", murmuro, con la voz apenas por encima de un susurro. "Todavía me siento tan... *asquerosa*".

Damian asiente comprensivo y me ayuda a levantarme. "Conozco esa sensación. Tardé semanas en volver a sentirme limpio después de mi primer asesinato". Su mirada se vuelve distante, como si aún pudiera sentir el rastro fantasmal de sangre en sus manos.

"¿Cuántos años tenías?" pregunto, insegura de querer saber la respuesta.

Damian me mira durante un largo rato, con sus ojos oscuros sondeándome. "Doce", dice en voz baja.

Doce. La noticia me golpea como un puñetazo en las tripas, con un horror palpable. Pensar que había matado a alguien tan joven...

Damian percibe mi angustia y se encoge de hombros: "Es un peso que ningún niño debería soportar. Pero esta vida... exige sacrificios".

En ese momento, me siento increíblemente pequeña, mi propio trauma palidece en comparación con las cicatrices que Damian debe soportar.

Mientras me meto en la ducha, la imagen de la expresión de asombro de Mark me viene a la mente, el sonido del disparo aún resuena en mis oídos. *Siento* el retroceso del arma en mi mano, el cálido chorro de sangre contra mi piel.

Dejo que el agua hirviendo caiga en cascada sobre mí, pero por mucho que me restriegue, no

puedo limpiar los restos de lo que he hecho. Vuelvo a sollozar y mi cuerpo tiembla mientras me araño la carne, desesperada por deshacerme de la mancha de violencia.

De repente, Damian está allí, me abraza y su cuerpo está resbaladizo por el agua. Me apoyo en él, ansiando el consuelo y la seguridad que me ofrece. Sin mediar palabra, levanto la mano y mis labios se encuentran con los suyos en un beso desesperado y abrasador.

Necesito olvidar, perderme en la sensación de su tacto, ahogar los ecos de aquel fatídico momento. Damian responde con avidez, sus manos recorren mis curvas mientras me acerca de forma imposible.

En sus brazos, siento un atisbo de paz, un respiro fugaz de los horrores que me persiguen. Por ahora, puedo simplemente *ser*, sin el peso del mundo aplastándome. Damian es mi ancla, mi salvación en medio de la tormenta.

A medida que nuestro beso se hace más profundo, vierto en él cada gramo de mi angustia y mi anhelo, rogándole en silencio que me lo quite todo.

Las manos húmedas de Damian se curvan bajo mi culo y me levanta de un golpe, apretándome contra la pared. Gimo cuando la boca de Damian encuentra mi cuello y empuja bruscamente contra mí, su verga dura frotándose contra mi coño de la forma más deliciosa.

"¡Coño, Damian!" jadeo, agarrándome a su cabello.

Damian se ríe y me penetra, y los dos gemimos mientras me llena. Le rodeo la cintura con las piernas, intentando acercarlo a mí todo lo posible.

Cuando nuestros labios se vuelven a encontrar en un lánguido beso, el mundo se reduce a nosotros dos: un santuario privado en medio del caos. Las manos vagan reverentes, reaprendiendo las curvas y los planos que hemos memorizado, redescubriendo los matices del cuerpo del otro.

Hay una cadencia pausada en nuestros movimientos, una suave marea mientras nos rendimos a la atracción del deseo. Me olvido por completo de lo que ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas mientras me entrego a las *sensaciones*. La sensación de la verga de Damian entrando y saliendo de mí es lo único en lo que puedo concentrarme, el sonido de su respiración agitada llenándome los oídos y la sensación del agua caliente rociándome me mantienen en la tierra.

"Maldición, Alexis", ronca Damian. "Me voy a venir".

Aprieto las piernas a su alrededor en respuesta y muevo las caderas al compás de las suyas, deseando que salte por ese acantilado.

Damian gime con fuerza, sus embestidas se vuelven menos profundas y más lentas a medida que se acerca a su orgasmo, vaciando su semilla dentro de mí. Noto cómo mi propio orgasmo va creciendo y grito, sintiendo cómo esa deliciosa presión sube, sube y *sube* antes de que llegue a su cima y me siento eufórica, montada en una ola de dicha y placer.

Mientras Damian me ayuda a bajar, con las piernas temblorosas por la fuerza de mi orgasmo, me parece oír un leve murmullo suyo, una confesión de amor susurrada. Sin embargo, el ruido del agua en mis oídos y la intensidad del momento me hacen dudar de si realmente oí las palabras.

Los ojos oscuros de Damian escrutan mi rostro, una tierna vulnerabilidad parpadea en su expresión. Parece estar midiendo mi reacción.

Lo miro, con el corazón latiéndome con una mezcla de esperanza e incertidumbre. ¿Realmente ha dicho esas dos palabritas?

¿O es simplemente mi desesperado deseo de oírlas lo que se manifiesta en mi mente?

ALEXIS

Durante las siguientes semanas, no puedo dejar de pensar en lo que ocurrió en casa de los Carter. ¿Cómo pude ser tan estúpida como para volver allí?

Me estremezco al recordar el terror que sentí cuando Mark me agarró y me arrastró al interior de la casa. Pero lo que más pesa en mi corazón es el recuerdo de haber apretado aquel gatillo, de haber quitado una vida, aunque fuera la de Mark.

No lamento que Mark se haya ido. Era un hombre vil y abusivo que planeaba venderme a La Hermandad. En ese momento, supe que no tenía elección. O lo mataba a él o él me mataría a mí.

Y, sin embargo, la culpa todavía me corroe. Nunca antes había quitado una vida, ni siquiera en defensa propia. El peso de esa responsabilidad es aplastante. Sé que quitar una vida, incluso una miserable como la de Mark, me cambiará para siempre. Me pregunto si alguna vez podré perdonarme.

Damian me había encontrado atrapada bajo el cuerpo de Mark, aterrorizada pero viva. Me abrazó y me tranquilizó, intentando decirme que el primer asesinato siempre es el más duro.

Como si esperara que lo volviera a hacer.

No puedo quitarme la sensación de haber cruzado alguna línea invisible, de haber perdido un trozo de mi propia humanidad.

Por mucho que sepa que mis actos estaban justificados, no puedo acallar la voz en mi cabeza que no deja de preguntarme *qué clase de persona soy ahora*. La idea de tener que volver a quitar una vida, para defenderme a mí misma o a la gente que quiero, me llena de un miedo profundo e inquietante.

Necesito aprender a protegerme, a ser fuerte y capaz. Aquel momento en la casa de los Carter en el que me convertí en lobo parece una casualidad, como si solo fuera un instinto de supervivencia.

Pero el precio de ese poder ahora me parece demasiado alto. Con el corazón encogido, decido encontrar otro camino, uno que no me obligue a convertirme en asesina.

Primero busco a Damian. Desde aquella noche, siento que nuestra relación ha cambiado. Me busca más y he empezado a pasar algunas noches en su habitación. Mis mejillas se enrojecen al recordar las veces que Damian y yo también hemos tenido sexo desde entonces. Es insaciable, pero yo tampoco me canso de él.

"Necesito que me enseñes a defenderme", le digo a Damian en su despacho.

Me mira con una ceja levantada. Para mi consternación, se niega en redondo. "Por supuesto que no. No volveré a perderte de vista. Te quedarás aquí, donde estás a salvo".

Su tono condescendiente me eriza la piel. "¡Esa no es razón suficiente! Pude defenderme de Mark..."

"Eso fue *suerte*, Alexis", dice Damian bruscamente, dejando la pluma. "No habilidad".

"¡No soy una niña, Damian! Tengo que ser capaz de cuidar de mí misma. No puedo confiar en que me protejas todo el tiempo".

Pero Damian está inamovible.

Apretando los dientes, salgo furiosa del despacho y me topo con Nat. Por suerte, en cuanto Nat escucha mi petición, accede de inmediato.

"¡Claro que deberías aprender a disparar un arma! No puedes confiar en que los hombres te salven, especialmente el idiota de mi hermano".

Nat no pierde el tiempo y le pide a Edo que me enseñe algunos movimientos de defensa personal. "Edo es la mejor persona que conozco cuando se trata de estas cosas", dice Nat con confianza. "Te va a enseñar unas técnicas mortales".

Nos reunimos en el gimnasio de la casa, y Edo me hace un gesto para que me ponga frente a él. "Empecemos con algunos golpes básicos. La clave es usar todo el cuerpo, no solo el brazo". Me muestra un golpe seco, girando las caderas para generar potencia. "Inténtalo tú".

Yo imito el movimiento y lanzo el puño hacia delante.

"Bien, pero pon todo tu peso en él. Usa las piernas para impulsar el golpe". Repite el movimiento, contrayendo sus poderosos músculos. Asiente con la cabeza mientras yo repito el golpe, con los ojos entrecerrados por la concentración.

A continuación, Edo me enseña a bloquear un golpe. "Cuando alguien te ataque, no intentes detener su mano. Redirige la fuerza". Me hace practicar parando sus propios golpes, desviándolos con seguridad.

"Ahora vamos a trabajar en los escapes. Últimamente te ha agarrado demasiada gente. Si alguien te agarra..." De repente, Edo se lanza hacia delante y me agarra por los brazos. En un movimiento fluido, giro, me libero y golpeo el cuello de Edo con la base de la mano.

"¡Bien hecho!" alaba Edo, con una amplia sonrisa en su atractivo rostro. "Realmente has dominado el movimiento. Recuerda, la clave es usar su impulso contra ellos".

Seguimos practicando varias técnicas de defensa personal, con Edo ofreciéndome constantes comentarios y ánimo. Mis movimientos se vuelven más precisos y seguros a medida que los memorizo.

Al hacerlo, siento que recupero mi poder. Como si ya no fuera débil.

Al cabo de un rato, Nat se aburre de ver cómo Edo me instruye en técnicas de defensa personal.

"Vale, ya está bien de artes marciales", declara, agarrándome del brazo. "Es hora de trabajar con armas *de verdad*".

Me arrastra hasta el lujoso campo de tiro interior escondido en el sótano de la mansión. "Aquí es donde se desarrolla la acción de verdad". Nat sonríe, señalando las modernas instalaciones.

Siento un revoloteo de inquietud en la boca del estómago cuando Nat empieza a explicarme a fondo la seguridad y el manejo de las armas. El recuerdo de apretar el gatillo para acabar con la vida de Mark se me viene a la mente y se me corta la respiración.

Nat hace una pausa en su discurso al ver mi creciente angustia. "Eh, ¿estás bien?" me pregunta suavemente, poniendo una mano en mi hombro. "Podemos parar si no estás preparada para esto".

Sacudo la cabeza rápidamente, tragando con dificultad. "No, necesito hacer esto", digo, con la voz temblando ligeramente. "Precisamente por eso necesito aprender: para no volver a estar tan indefensa, tan poco preparada, nunca más".

Nat y Edo comparten una mirada antes de que Nat se encoja de hombros. "Como quieras".

Nat demuestra una postura correcta y dispara el arma. Para mi sorpresa, Nat demuestra tener una puntería increíble, dando en el blanco con una precisión impresionante. Hace que parezca muy *fácil*.

La sorpresa y el asombro que se reflejan en mi cara deben de ser evidentes, porque Edo se ríe, con una clara diversión en los ojos. "Sí, Nat es mejor tiradora que incluso Damian. Pero no le digas que dije eso. Ya sabes cómo le gusta ser el mejor en todo".

Nat se pavonea, claramente complacida con la comparación. "¿Qué puedo decir? Me sale natural. Muy bien, Alexis, veamos lo que tienes".

Me miran con aprensión mientras agarro la pistola que Nat me dio. Mis dedos tiemblan ligeramente, pero mi agarre es firme. Respiro hondo y alzo el arma, apuntando por el cañón.

El recuerdo de aquella noche inunda mis sentidos: el sabor de la pólvora, el ensordecedor chasquido del disparo, el horrible golpe final cuando el cuerpo sin vida de Mark cae sobre mí, su sangre rodeándome. Siento que la bilis me sube por la garganta y que el pecho se me oprime dolorosamente.

Pero entonces, algo cambia. El terror y la repulsión dan paso a una férrea determinación. Afirmo mi postura y exhalo lentamente. No dejaré que ese momento me defina. Recuperaré el poder que me robaron.

Con renovada determinación, aprieto el gatillo y el arma se agita en mis manos.

La bala da en el centro del blanco.

"Joder", jadea Edo mientras Nat me mira con algo parecido a la admiración. Bajo el arma y mis ojos brillan con una nueva fuerza.

"Hagámoslo otra vez", digo, con voz firme. Ya no seré una víctima. A partir de ahora, seré la dueña de mi propio destino.

Paso las siguientes horas practicando diligentemente mi puntería, decidida a mejorar. Nat me ofrece consejos y sugerencias útiles, gritándome ocasionalmente cuando sostengo mal el arma. Pero a medida que pasa el tiempo, empiezo a sentirme cada vez más fatigada y con náuseas.

Lo atribuyo al estrés y a la conmoción de los últimos acontecimientos, y finalmente doy por terminado el día, con los brazos temblorosos no solo por las clases de defensa personal de Edo, sino también por sostener un arma durante horas.

"Sigue practicando", me dice Nat mientras subimos las escaleras. "Y hay cámaras por todas partes en ese campo de tiro. Si te veo con una postura inadecuada, te las verás conmigo".

De alguna manera, no dudo de sus palabras.

Tras una larga ducha caliente, me hundo en mi lujosa cama y Biscottina se acurruca a mi lado. La aprobación de Biscottina fue motivo de gran diversión por parte de Edo y Damian y de consternación por parte de Nat.

Mientras estoy tumbada, acariciando distraídamente el pelaje de Biscottina, se me ocurre de repente un pensamiento persistente.

¿Cuándo fue mi última regla?

Con todo lo que había pasado, el trauma y la agitación, ni siquiera estaba llevando la cuenta. Cierro los ojos e intento repasar mentalmente el calendario.

De repente, me levanto como un rayo, con el corazón latiéndome con fuerza. Cojo el móvil y me pongo a buscar frenéticamente en mi aplicación de seguimiento de la menstruación, con los ojos desorbitados cuando los datos confirman mis sospechas.

Han pasado ocho semanas desde mi último ciclo. Justo antes de escapar de la casa de los Carter y encontrarme enredada en la red de Damian.

El pánico se apodera de mí mientras contemplo las implicaciones. Damian, Nat y Edo han estado vigilándome atentamente, sin permitirme salir de su vista. ¿Cómo voy a conseguir la prueba que necesito para confirmar mis temores?

Trago saliva y me dirijo a la puerta, asomándome con cautela. Uno de los guardias de Damian está apostado cerca. Templando mis nervios, me acerco a él.

"Disculpe, tengo que ir a la tienda. Es... una emergencia", digo, con las mejillas sonrojadas.

El guardia me mira con escepticismo. "No puedo dejarla salir de la mansión. Órdenes del jefe".

"Por favor, de verdad que tengo que ir", le suplico. "Necesito comprar... productos femeninos".

La expresión del guardia cambia de inmediato, con la incomodidad recorriendo su rostro. "Oh, ya veo. Bueno, en ese caso, déjeme acompañarla a la tienda más cercana".

Respiro aliviada, agradecida de que el guardia no me haya interrogado más ni me haya preguntado por qué no le pido cosas prestadas a Nat.

Mientras salimos de la mansión, rezo en silencio para que la prueba confirme que mis sospechas son erróneas.

El guardia de seguridad espera en el coche mientras yo entro corriendo en la tienda, cojo un test de embarazo y me dirijo al baño.

Simplemente no me siento bien, me digo a mí misma mientras coloco la prueba en la encimera y programo un temporizador de tres minutos en mi teléfono. *Probablemente me estoy poniendo enferma.*

Van a ser los tres minutos más largos de mi vida.

Camino de un lado a otro en el estrecho cuarto de baño, con el corazón acelerado. Esto no puede estar pasando, no puede ser. Es imposible que esté embarazada, no después de todo lo que he pasado.

Intento racionalizarlo en mi mente: el estrés de descubrir que los Carter y Mark querían venderme a La Hermandad, el trastorno de haber sido introducida en el mundo de Damian, el trauma de matar a Mark. Con seguridad eso es suficiente para descontrolar mi ciclo menstrual, para que mi periodo se salte uno o dos meses.

Les pasa a las mujeres todo el tiempo, ¿verdad?

Junto las manos, cierro los ojos y respiro entrecortadamente. Tengo que mantener la calma, ser positiva. Cuando miro la prueba, dará negativo.

Tiene que ser así. No puedo afrontar la alternativa, las aterradoras implicaciones de un resultado positivo.

Lentamente, dirijo mi atención a la tira reactiva que hay en el borde del lavabo. La espera es angustiosa, cada segundo parece una eternidad.

El temporizador de mi teléfono suena de repente, indicando que han pasado los tres minutos.

Con la sensación de me dirijo a la perdición, miro la prueba con el corazón latiéndome en los oídos.

"No, no, no..." susurro, mirando la prueba con incredulidad. Esto no puede estar pasando. No ahora. No ahora. No después de todo lo que he pasado.

Dos líneas rosas.

Estoy embarazada.

DAMIAN

El palpitante ritmo de la música reverbera en The Underground, las vibraciones rítmicas coinciden con el ritmo frenético de mis pensamientos.

Mientras contemplo la abarrotada pista de baile desde la sala VIP, copa de brandy en mano, donde los cuerpos se retuercen en un despliegue de hedonismo desenfrenado, mi mente vuelve una y otra vez a la única persona a la que mantengo deliberadamente alejada de este mundo: Alexis.

Me duele el pecho cuando pienso en ella, sana y salva en casa, alejada de los peligros que acechan en las sombras. La Hermandad es una amenaza constante, y antes moriría que permitir que dañen a la mujer que ha conseguido abrir una brecha en la fortaleza que rodea mi corazón.

Aprieto la mandíbula al considerar el dilema imposible al que me enfrento. Lo único que deseo es perderme en Alexis, encontrar consuelo en su compañía y olvidar, aunque sea por un momento, la carga que llevo encima. Pero el destino de mis padres y mi hermana se cierne sobre mí, un doloroso recordatorio del precio que pagaron aquellos a quienes me atreví a querer.

Si Alexis llegara a ser verdaderamente mía, ella también quedaría marcada, sería un objetivo para aquellos que buscan eliminarme. Mis dedos se cierran en puños mientras contemplo las infinitas formas en que mis enemigos podrían utilizarla en mi contra.

La mera idea de que le hagan daño hace que una oleada de rabia protectora recorra mis venas. Nadie le hará daño. *Nadie*.

Con una profunda exhalación, me obligo a centrar mi atención en lo que tengo entre manos. El último envío llegará pronto y tengo que asegurarme de que todo esté en orden. Pero Alexis sigue estando en el primer plano de mi mente, una fuente constante tanto de anhelo como de inquietud.

Levanto la mirada de la pista de baile cuando la puerta de la sala VIP se abre y Nat entra a grandes zancadas.

Incluso después de todos estos años, su imagen me deja sin aliento, no por su belleza, aunque no puedo negar que es una mujer impresionante, sino por el asombroso parecido que tiene con nuestros padres.

En los rasgos de Nat, puedo ver la belleza delicada y refinada de nuestra madre, los mismos pómulos altos y la misma sonrisa que han cautivado a tantos. Sin embargo, su forma de comportarse, con seguridad en sí misma, con una determinación inquebrantable en cada paso, es un reflejo de nuestro padre, el hombre que construyó este imperio con puño de hierro.

Una punzada de nostalgia y pesar se apodera de mi corazón cuando veo a Nat acercarse. Aunque es mi segunda al mando, una parte de mí sigue viendo a la niña que una vez me miró con tanta adoración.

Ahora, su mirada está endurecida, perfeccionada por años de navegar por las traicioneras aguas de la empresa de nuestra Familia.

"El cargamento está aquí", anuncia Nat sin preámbulos, con voz cortante y eficiente. "Ya me he ocupado de la logística. Todo está pesado, embolsado y clasificado, listo para ser distribuido según lo previsto".

Asiento con la cabeza, sin que mi expresión revele las turbulentas emociones que me embargan. "Buen trabajo", digo, con un breve destello de orgullo en los ojos.

En momentos como este, recuerdo lo capaz e inestimable que es mi hermana para el negocio familiar, un marcado contraste con la niña vulnerable que fue una vez.

La puerta de la sala VIP se abre de nuevo y Edo entra. Su intensa mirada recorre la sala antes de clavarse en mí.

"Tenemos un asunto curioso en la planta principal", dice Edo en voz baja y con un toque de urgencia. "Pensé que querrías echar un vistazo".

Frunzo el ceño y aprieto momentáneamente el vaso que sostengo. "¿Qué clase de 'asuntos raros'?" pregunto en tono cortante.

Edo entrecierra los ojos. "No estoy seguro exactamente, pero me tiene alterado. Quizá merezca la pena investigarlo personalmente, ¿sabes?"

Miro a Nat, que ha permanecido en silencio, con una expresión ilegible. Nos entendemos en silencio y asiento con la cabeza.

"De acuerdo", digo, dejando la copa y arreglándome la chaqueta. "Ve delante, Edo".

Bajamos las escaleras y mi aguda mirada recorre la pista de baile mientras descendemos. La música palpitante y los cuerpos retorciéndose hacen poco por distraerme de la tensión subyacente que ahora impregna el aire.

Cuando nos acercamos al bar principal, veo un alboroto cerca de la entrada trasera. Aprieto la mandíbula y acelero el paso, Nat y Edo flanqueándome como sombras gemelas.

"Vamos a ver qué pasa", murmuro en voz baja. Sea lo que sea, estoy decidido a cortarlo de raíz antes de que amenace el delicado equilibrio que tanto me ha costado mantener.

Lo último que necesito es que la policía haga una redada. Ya estoy en terreno peligroso con ellos.

De repente, las puertas se abren de golpe y una avalancha de miembros armados de Invicta irrumpe en The Underground. Se desata el caos y los gritos de terror atraviesan la música palpitante mientras los clientes se apresuran a huir de la repentina arremetida.

¡Mierda!

Entrecierro los ojos y mi cuerpo se tensa como un resorte al reconocer la insignia de la banda rival en su equipo táctico.

Sin dudarlo ni un instante, doy órdenes a mis soldados, que inmediatamente entran en acción, desenfundan sus armas ocultas y forman una barrera protectora a mi alrededor y alrededor de Nat.

La expresión de Nat es sombría, con los dedos enroscados en torno a la empuñadura de su pistola mientras examina la caótica escena, con su entrenamiento táctico a toda marcha. "Edo, ¡asegura la sala VIP!" ordena, su voz se abre paso entre el pandemónium. "¡Tenemos que mantener esa posición a toda costa!"

Edo asiente con la cabeza y levanta su arma mientras dirige a un contingente de hombres Iacopelli hacia la escalera, enfrentándose a las fuerzas de Invicta en un brutal intercambio de disparos.

Mi mirada recorre la pista de baile vacía, mi mente se acelera mientras formulo un plan de

acción. Está claro que los miembros de Invicta intentan asaltar el club, sin duda para interrumpir mis operaciones y enviar un mensaje.

Pero no tengo intención de ceder ni un ápice ante estos cabrones.

Este club es *mío*.

Con un gesto de cabeza a los soldados que me quedan, me lanzo hacia delante con el arma en alto y el dedo en el gatillo. El sonido de los disparos resuena en el espacio cavernoso mientras nos enfrentamos en una violenta lucha por el dominio.

Luchamos para repeler el ataque de Invicta, el aire crepita con el entrecortado sonido de los disparos. Entrecierro los ojos y me concentro con la intensidad de un depredador experimentado mientras elimino metódicamente a un soldado Invicta tras otro.

La voz de mando de Nat se abre paso entre el caos, sus órdenes gritadas con la precisión de un experimentado estratega militar. Edo imita sus movimientos, con el arma en ristre, mientras él y su equipo mantienen la línea en la escalera de la sala VIP, decididos a proteger nuestra fortaleza.

De repente, siento un dolor punzante en el hombro y, al mirar hacia abajo, veo una mancha carmesí en la chaqueta de mi traje. Se me escapa un siseo de frustración, pero me niego a dejar que la herida me frene.

Este es mi maldito territorio, *mis* dominios, y que me parta un rayo si dejo que estos cabrones lo profanen.

Mientras el humo y los sonidos de la batalla llenan el aire, mi mente se acelera tratando de averiguar cómo Invicta ha podido llevar a cabo este descarado asalto. Sin duda, esto será noticia nacional, y la policía no tardará en abarrotar el club, con sus placas y sus preguntas, una molestia que no puedo permitirme.

Las huellas de Bobby Shields están por todas partes.

Aprieto la mandíbula y no suelto el arma a pesar del dolor punzante que siento en el hombro. Ese cabrón de Shields ya me lo había quitado todo una vez, y no permitiré que vuelva a hacerlo.

Avanzo con renovado vigor, mis soldados me flanquean mientras eliminamos sistemáticamente a las fuerzas de Invicta. El choque de nuestras bandas es una danza sombría e implacable, en la que cada bando lucha con la desesperación de quien ha perdido demasiado.

A medida que avanza la batalla, mis ojos se entrecierran y una fría determinación endurece mi expresión. No me acobardaré, ni por la mezquina venganza de Shields, ni por la amenaza inminente de una intervención policial.

Este es *mi* mundo, construido con cimientos de sangre, sudor y una inquebrantable determinación de triunfar.

Las consecuencias de este enfrentamiento aparecerán en los titulares nacionales, arrastrando una vez más el nombre de mi familia al centro de atención. Pero en este momento, mientras el acre aroma de la pólvora llena la habitación, lo único que importa es asegurar que el clan Iacopelli salga victorioso.

No descansaré hasta que Shields y sus malditos Invicta sean purgados de mi territorio, cueste lo que cueste.

Los soldados de Invicta gritan algo y entrecierro los ojos.

Exigen saber el paradero de un tal Alexis Hartley.

Un destello de alarma cruza mis facciones: ¿cómo demonios saben de ella?

"¿Ahora la persiguen los malditos de Invicta?" gruño, apretando con fuerza el arma. "¿Quién coño *es* esta chica?"

Si La Hermandad se ha aliado con Invicta, estamos jodidos.

Darme cuenta de que mis enemigos han descubierto de algún modo la conexión de Alexis conmigo no hace más que avivar la rabia que me quema por dentro. Ella no se merece nada de esto, y la idea de que sea un objetivo me hace hervir la sangre.

Luchamos con una ferocidad renovada, decididos a eliminar la amenaza de Invicta y a proteger a la mujer por la que me siento tan ferozmente atraído, a pesar de mis esfuerzos por mantenerla a distancia.

Mis hombres luchan con la agresividad de quienes defienden su territorio, mientras que los soldados de Invicta, conscientes de su precaria posición, se desesperan cada vez más.

Al final, salimos victoriosos, eliminando a la mayoría de los soldados de Invicta. Nat logra capturar a un único soldado de Invicta, y yo planeo interrogarlo *personalmente*. No me iré hasta que obtenga algunas malditas respuestas.

Aprieto la mandíbula mientras contemplo la carnicería que empaña el ambiente antaño vibrante de The Underground.

Este ataque ha sido un desafío directo a mi autoridad, un intento descarado de Shields de golpear el corazón de mi imperio. Pero no soy ajeno a tales amenazas, y estoy decidido a asegurarme de que Alexis y todo lo que ella representa permanezcan fuera del punto de mira.

Con una inclinación de cabeza hacia mis soldados, centro mi atención en la tarea de asegurar mi territorio y garantizar que las consecuencias de este enfrentamiento no pongan en peligro el delicado equilibrio que he cultivado durante años.

Puede que la batalla se haya ganado, pero la guerra contra Shields e Invicta dista mucho de haber terminado.

Me acerco a zancadas a donde están Nat y Edo, con el hombro todavía dolorido por la herida de bala.

"¿Le han sacado algo a ese pedazo de mierda de Invicta antes de que mordiera el cianuro?" gruño, clavándoles una mirada penetrante.

Nat niega con la cabeza, con una expresión de furia apenas contenida. "El cabrón tomó la salida del cobarde", espeta. "Mordió una cápsula de cianuro escondida antes de que pudiéramos detenerlo. No dijo ni una maldita palabra".

"¡MIERDA!" rujo, con los nudillos blancos mientras aprieto el puño. "Malditos cabrones".

Adiós a cualquier oportunidad de averiguar a qué *coño* está jugando Shields.

Edo se adelanta, con el ceño fruncido manchado de sangre. "Hablando de eso, ¿cómo demonios sabía Invicta lo de Alexis? ¿Por qué la están buscando?"

Entrecierro los ojos cuando me doy cuenta. "Es obvio, ¿no?" digo, con el corazón martilleándome mientras encajo todas las piezas. "La Hermandad e Invicta se han unido. Deben de haber compartido información sobre ella".

Los ojos de Edo se abren de par en par, la implicación de esta revelación es clara. "¿Pero por qué?" insiste, con la voz teñida de confusión. "¿Qué coño tiene de especial esta Alexis Hartley para que dos de nuestros mayores rivales vayan tras ella?"

Niego con la cabeza, con el ceño fruncido mientras pienso. "No lo sé", admito, con evidente frustración. "Pero vamos a averiguarlo".

Antes de que ninguno de nosotros pueda decir una palabra más, nuestros teléfonos suenan simultáneamente con nuevos mensajes. Siento un escalofrío al leer el contenido y mi expresión se ensombrece. Nat maldice con violencia.

"Mario Rafa ha muerto", anuncio, con voz baja y grave. "Y Scarlett es ahora la jefa de La Hermandad".

Edo maldice en italiano, la gravedad de la noticia pesa sobre todos nosotros. Agarro con

fuerza el teléfono, mi mente se acelera con las implicaciones de este cambio de poder.

"Mierda", murmura Edo, la palabra apenas audible por encima de la cacofonía de sirenas en la distancia. "Esto se acaba de complicar mucho más".

"La perra mató a Mario", susurra Nat, todavía mirando su teléfono. "Al final lo hizo".

Asiento con la cabeza y mi mirada se endurece con renovada determinación. "Tenemos que averiguar qué demonios está pasando", digo, con la voz cargada de un sentido de urgencia. "Y tenemos que proteger a Alexis, cueste lo que cueste".

ALEXIS

Salgo a toda prisa del baño, con la prueba de embarazo envuelta en papel higiénico y guardada en el fondo del bolso. El corazón me late con fuerza y la mente se me acelera mientras repaso los últimos minutos una y otra vez.

¿Cómo pudimos Damian y yo ser tan *estúpidos*?

Nunca había tenido que preocuparme por métodos anticonceptivos. No se me había pasado por la cabeza porque no me acostaba con Mark y pensé que, cuando nos casáramos, no necesitaría anticonceptivos.

Y la verdad es que nunca se me ocurrió preguntarle a Damian si estaba siendo responsable. Probablemente pensó que yo tomaba anticonceptivos.

Mierda. Estas son las obvias consecuencias de nuestra incapacidad para comunicarnos.

Me apresuro a coger unos tampones, aunque *no* los necesitaré en los próximos nueve meses, y hago la compra rápidamente, con las manos temblorosas. Al menos tengo que hacerle creer al guardia que he venido a por productos para el periodo.

Las náuseas me revuelven el estómago, pero no sé si se deben a la conmoción por el resultado positivo de la prueba de embarazo o al comienzo de las náuseas matutinas. Quiero vomitar, purgar mi cuerpo de este desarrollo repentino e indeseado. Pero no puedo, no aquí, en medio de esta sucia tienda.

El aire frío me golpea en la cara cuando salgo de la tienda y me deslizo en el asiento trasero del coche.

El guardia de seguridad me pregunta: "¿Ha comprado todo lo que necesitaba?" Su cara se enrojece al ver mi bolsa, en la que se ven claramente los tampones azules y verdes.

Asiento con la cabeza y esbozo una débil sonrisa. "Todo bien. Gracias".

Mientras nos alejamos, mi mente sigue acelerada. ¿Qué voy a hacer? Una parte de mí quiere quedarse con el bebé. Este niño será la primera familia real que he tenido en casi dos décadas. Por fin dejaría de estar sola.

Pero la idea de traer un niño a este mundo, donde podría llegar a estar tan jodido como Damian y Nat, me llena de pavor.

Sin embargo, la idea de abortar me revuelve el estómago. Es *mi* hijo, una parte de mí. ¿Cómo podría deshacerme de él?

Pero, ¿realmente puedo ser una buena madre?

Mis recuerdos de mi madre son muy débiles y mis experiencias con madres de acogida han sido horribles. ¿Y si acabo igual que ellas, incapaz de proporcionar el amor y los cuidados que necesita un niño?

El pánico se apodera de mí cuando pienso en tener que decírselo a Damian. ¿Y si se enfada

conmigo? ¿Y si me acusa de embarazarme para intentar atraparlo? La sola idea me revuelve el estómago.

Entonces me asalta un pensamiento aún más horrible. ¿Y si Damian intenta quitarme al bebé? Tiene fondos ilimitados, conexiones y poder como Don. Probablemente ha pagado a numerosos jueces para que anulen sus propias condenas penales.

¿Quién dice que no haría lo mismo para quitarme a mi hijo?

No tengo casa, ni trabajo, y una diana en mi espalda. Damian, por otro lado, tiene todos los recursos del mundo. Podría enterrarme en batallas legales, usar su influencia para poner el sistema en mi contra. No tendría ninguna oportunidad.

Perdería a mi bebé, la única familia que he tenido.

Se me llenan los ojos de lágrimas al ver la horrible realidad de mi situación. No puedo respirar, no puedo pensar con claridad. Lo único que sé es que tengo que proteger a este niño, cueste lo que cueste. Incluso si eso significa enfrentarme a la ira de Damian. Incluso si eso significa huir, desaparecer por completo.

Haré lo que sea necesario para mantener a mi bebé a salvo.

Me planteo huir, desaparecer antes de que Damian se entere del embarazo. Esta vez no sería estúpida y no me dirigiría a casa de los Carter.

Pero sé que sería inútil. Tiene los recursos y las conexiones para cazarme, no importa dónde intente esconderme. Es un Don de la Mafia con fondos e influencia aparentemente ilimitados. Podría movilizar a todo un ejército para buscarme.

E incluso si consiguiera eludirle durante un tiempo, ¿qué clase de vida sería esa, mirando constantemente por encima del hombro, aterrorizada de que me encuentre y se lleve a mi bebé?

No, no puedo huir. Tengo que afrontarlo, por muy aterrador que sea.

Pero no puedo decírselo a Damian. Todavía no.

~

A MEDIDA que el pánico a decírselo a Damian disminuye, al menos temporalmente, mi cuerpo se ve invadido por unas ganas irrefrenables de comer algo, *lo que sea*, para calmar mi revuelto estómago.

Cuando volvemos a casa, decido que unas galletas o una tostada podrían ser lo que necesito y me dirijo a la cocina.

Pero al doblar la esquina, me encuentro cara a cara con un hombre al que nunca había visto. Es alto e imponente, con un cabello entrecano que le da un aire de autoridad. Sus cejas son espesas, lo que transmite una sensación de escrutinio perpetuo, y la nariz está ligeramente torcida, como si se la hubiera roto alguna vez. Las líneas que enmarcan su boca y sus ojos hablan de toda una vida de penurias y luchas.

Pero a pesar de su avanzada edad, irradia una fuerza y una vitalidad innegables. Su mandíbula sigue siendo afilada y definida, y los músculos de su cuello destacan sutilmente bajo la tela de su caro traje a medida.

Pero hay algo en él que me pone los nervios de punta, todo mi cuerpo me dice instintivamente que me aleje lo más posible de este hombre.

"¿Puedo ayudarla?" pregunta con voz suave y mesurada.

"Lo siento, solo buscaba algo de comer", tartamudeo, sintiéndome de repente muy pequeña y vulnerable.

"¿Y quién es usted?" pregunta el hombre, atravesándome con la mirada. Su rostro destila un

aura de peligro y misterio. "Creo que no nos conocemos".

Esbozo mi sonrisa más convincente. "Soy María, la prima de Damian y Nat". Repito la identidad falsa que Nat y Damian me habían inculcado, esperando que mis nervios no traicionen la mentira.

"María", dice el hombre, con expresión ilegible. "Soy Vincente Iacopelli, el *tío* de Damian y Natalia. Creo que no he tenido el placer de conocerla antes. ¿Qué le trae por aquí?"

"Ah, ya sabe, de visita familiar", respondo, esperando que mi voz suene lo suficientemente casual. "¿Y a usted? ¿Qué le trae por aquí?"

La mirada de Vincente se estrecha ligeramente. "Estoy aquí buscando a Damian. ¿No ha oído las noticias? Mario Rafa ha muerto, y su hija Scarlett es ahora la Donna de La Hermandad".

Se me hiela la sangre ante sus palabras y se me revuelve el estómago. ¿Mario Rafa está... muerto? ¿Y Scarlett ha tomado el control? No estoy segura de si son las náuseas del embarazo o la gravedad de la situación. De cualquier manera, puedo sentir el color irse de mi cara.

Esto es lo último que necesitaba oír.

Si Vincente está buscando a Damian, no puede ser por ninguna buena razón.

"No, me temo que no lo había oído", digo, intentando parecer más sorprendida que preocupada. "Vaya novedad".

Los ojos de Vincente se entrecierran mientras me escruta de pies a cabeza, su mirada casi depredadora. La mirada me hace sentir increíblemente incómoda, como si pudiera ver a través de mi fachada de "María".

Es casi como si *supiera* quién soy en realidad.

"¿Está bien, querida?" me pregunta Vincente, con una voz exasperantemente condescendiente. "Está un poco... pálida".

Trago saliva, tratando desesperadamente de mantener la compostura. "Estoy bien, un poco indispuesta, eso es todo", miento, maldiciendo el temblor de mi voz.

Vincente tararea con indiferencia, con los ojos clavados en mí. "Ya veo. Bueno, espero que se recupere pronto. No quisiera que se perdiera ningún asunto... *importante* de la Familia".

Me dan ganas de vomitar. Las implicaciones de sus palabras son claras y me dan escalofríos. ¿Sabe Vincente que no soy quien finjo ser?

Está jugando conmigo, midiéndome, y no tengo ni idea de cómo manejar esta situación cada vez más precaria.

Necesito alejarme de él, encontrar a Damian y advertirle de lo que está pasando. Pero tampoco puedo arriesgarme a que Vincente descubra mi treta. Un paso en falso nos pondría a mí y al bebé en grave peligro.

Justo cuando estoy a punto de escapar, un guardia aparece de repente, corriendo hacia mí.

"Señorita, la necesitan arriba inmediatamente", me dice con urgencia, mientras sus ojos se mueven nerviosos entre Vincente y yo.

Miro a Vincente, que me observa con un brillo depredador en los ojos y una sonrisa escalofriante en los labios. La visión me da escalofríos.

"Ah, ¿ya se va?" ronronea Vincente, sin apartar su mirada de la mía. "Qué pena. Tenía tantas ganas de conocerla mejor, *María*".

La forma en que subraya mi supuesto nombre deja claro que está consciente de mi treta. Me entra el pánico, pero me fuerzo a mantener la calma.

"Discúlpeme, por favor", me apresuro a decir, dándome la vuelta para seguir al guardia. "Me necesitan en otro sitio".

Mientras me alejo, no puedo evitar mirar atrás por última vez.

Vincente sigue observándome con su inquietante sonrisa. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no echar a correr.

El guardia me lleva escaleras arriba y por un pasillo, lejos de las miradas indiscretas de Vincente. Cuando estamos a una distancia segura, se inclina y murmura: "*Quell'uomo è pericoloso*".

Frunzo el ceño, sin entender las palabras extranjeras. "¿Qué significa eso?" pregunto, con un hilo de ansiedad en la voz.

El guardia mira a su alrededor con cautela antes de traducir: "Ese hombre es peligroso".

Sus palabras me hielan la sangre. ¿Peligroso? ¿Por qué demonios querría Damian que me alejara de su propio tío?

"¿Por qué?" presiono, con la mente a mil por hora. "¿Qué ha hecho Vincente?"

El guardia niega con la cabeza. "No debería haber dicho nada. Confíe en que el Jefe sabe lo que hace".

Pero no puedo aceptarlo sin más. No cuando mi seguridad, y la del niño que llevo dentro, podría estar en juego.

"Por favor", le suplico. "Si Vincente es tan peligroso como dices, necesito saber por qué. Tengo derecho a conocer los riesgos a los que me enfrento".

El guardia vacila, claramente indeciso. Finalmente, suspira y dice: "El Sr. Vincente... es un hombre despiadado. Ha hecho muchas cosas atroces. Era el subjefe antes de que muriera el padre del Sr. Damian. Es cercano a La Hermandad".

Mi corazón martillea en mi pecho a medida que asimilo la gravedad de la situación. Vincente no es solo un pariente benigno, es un criminal peligroso, alguien a quien Damian quiere que evite a toda costa.

Y, sin embargo, Damian nunca pensó en *contármelo*. Me ha mantenido en la oscuridad, dejándome vulnerable a las maquinaciones de Vincente. El darme cuenta me llena de una mezcla de miedo y frustración.

Ahí va Damian otra vez, con todos sus *secretos*. ¿Cómo puedo confiar en que nos mantendrá a salvo a mí y al bebé si está ocultando información crucial? Se me revuelve el estómago de preocupación e incertidumbre.

El guardia me mira ansioso. "No dirá nada de lo que le he contado, ¿*vero*?"

Asiento temblorosamente, con la mente desbocada. Si Damian ha advertido a sus hombres específicamente de que Vincente no me vea, entonces debe saber lo peligroso que es ese hombre. ¿Y la forma en que Vincente me miraba? Me llena de una sensación de terror que no consigo superar.

Solo puedo esperar que, poniendo distancia entre Vincente y yo, podré mantenerme a salvo a mí y a mi bebé.

Pero algo me dice que esto es solo el principio de la pesadilla en la que me he metido.

DAMIAN

Entro como un toro por la puerta principal, apretando la mandíbula con furia. El ataque de Invicta ya me tenía en estado de alerta, y ahora esta noticia del jefe de seguridad no hace más que avivar el fuego que arde en mi interior.

"Señor, hay una situación", informa mi jefe de seguridad con expresión grave. "Su tío Vincente pudo entrar en la casa y se cruzó con la señorita Alexis. Pudo hablar con ella antes de que uno de los guardias se la llevara corriendo".

Mierda. Me hierve la sangre al mismo tiempo que se me aprieta el corazón de miedo. ¿Cómo coño ha pasado esto? Había ordenado estrictos protocolos de seguridad específicamente para impedir el acceso no autorizado, sobre todo en lo que respecta a Alexis. ¿Cómo coño se las ha arreglado el tío Vinny para saltarse esas medidas?

"¡Creía haber dejado claro que Vincente Iacopelli no puede acceder sin mi permiso expreso!" rujo, con el olor familiar de una rata en el aire. Alguien ha traicionado mi confianza, y voy a averiguar quién.

Aprieto los puños mientras la furia me recorre. "¡Encuentren a la persona que permitió a mi tío entrar en esta casa!" le rujo al jefe de seguridad. "Quiero ver la grabación en la que habló con Alexis".

El jefe de seguridad asiente rápidamente y se aleja corriendo para recuperar la grabación solicitada. Necesito ver esas imágenes para saber exactamente qué ocurrió entre mi tío y Alexis. Es una amenaza directa a todo lo que aprecio.

Momentos después, el jefe de seguridad regresa y muestra las imágenes del pasillo en un monitor cercano. Me adelanto, con los ojos fijos en la pantalla mientras se desarrolla la escena.

Observo las imágenes con atención y mi cuerpo se tensa al ver a Vinny acercarse a Alexis. Su forma de hablar, su mirada... me hace saltar todas las alarmas.

"Qué pena", dice el tío Vinny, con un tono cargado de falsa sinceridad. "Tenía tantas ganas de conocerla mejor, *María*".

El énfasis que pone en su supuesto nombre me produce un escalofrío. Está claro que no se cree ni por un segundo su identidad falsa. Mi corazón se acelera y empiezo a sentir pánico.

Edo me pone una mano en el hombro, intentando calmarme. "Tranquilo, Damian".

Nat interviene, aunque también parece un poco preocupada. "Alexis conoce su historia al dedillo. Además, con el cabello teñido se parece mucho a la prima María. Y Vincente nunca prestó mucha atención a la familia de mamá".

Me doy la vuelta y los fulmino con la mirada. "¿No lo ven?" siseo. "Lo *sabe*. El tío Vinny no se cree su historia ni por un segundo. Esto es un desafío directo. Está jugando conmigo, con *nosotros*".

"Aunque no se crea su historia", dice Edo, viendo cómo un guardia se lleva a Alexis a toda prisa, "no tiene motivos para sospechar quién es Alexis en realidad".

Me volteo hacia la pantalla y veo cómo el tío Vinny se queda mirando a Alexis, con un brillo depredador en los ojos. Aprieto los puños, los nudillos se me ponen blancos.

Esto es exactamente lo que me temía, la razón por la que no quería que a mi tío se le permitiera deambular por mi casa sin que yo controlara cada paso.

"Tenemos que sacar a Alexis de aquí. *Ahora*", gruño, formulando ya un plan de acción. Tenemos otros pisos francos por todo el estado y puedo esconderla allí hasta que sea seguro traerla de vuelta.

No dejaré que el tío Vinny le ponga un dedo encima, por nada del mundo. Puede que no sepa quién es Alexis en realidad, pero sospecha, y un Vinny desconfiado nunca es bueno.

Edo y Nat intercambian una mirada preocupada, percibiendo claramente el pánico y la furia que irradian de mí en oleadas. Pero no me importa; lo único que importa es mantener a Alexis a salvo, cueste lo que cueste.

Busco a Alexis sin perder tiempo, con la mente acelerada por las implicaciones de la visita del tío Vinny. Cuando me acerco a su habitación, me sorprende ver a Biscottina acurrucada a su lado.

"Alexis", digo, tratando de mantener la voz uniforme a pesar de la agitación que se arremolina en mi interior. "Tenemos que hablar".

Responde con una voz un poco nerviosa. "Sí, Damian, tenemos que hablar".

Deja a Biscottina en el suelo, que suelta un quejido disgustada por la interrupción.

"¿Qué te dijo mi tío?" exijo, con un tono que no admite discusión. "¿Y por qué no te quedaste en el piso de arriba como haces normalmente?"

Los ojos de Alexis brillan de irritación. "Lo siento, creía que tenía permiso para entrar en cualquier área de la prisión, quiero decir, de la casa".

"Alexis", gruño, pero ella me ignora.

"Estoy *harta* de que me ocultes cosas, Damian", me responde. "¿Por qué no te molestaste en contarme lo de tu tío y sus conexiones con La Hermandad?"

Arrugo la frente. ¿Cómo coño lo sabe? "¿Quién te dijo eso?" pregunto bruscamente.

Levanta las manos, exasperada. "¡Eso es lo que quiero decir!" exclama. "Solo me cuentas lo que estrictamente debo saber. Pero es mi *vida* la que está en juego. ¡Merezco saber qué está pasando!"

Alexis se acerca a mí y me mira fijamente. "Deja de ocultarme cosas, Damian. Mi vida depende de que seas sincero conmigo".

Me mantengo firme, con expresión inquebrantable. "Entiendo tus preocupaciones, Alexis, pero tienes que confiar en que hago lo mejor para mantenerte a salvo. Eso significa quedarte cerca y dejarme manejar las cosas".

Sus ojos se entrecierran mientras me mira fijamente. "¡Ese es exactamente el problema, Damian! Me tratas como a una niña, no me cuentas nada. No soy una muñeca frágil que puedes encerrar".

"¡Esto no está abierto a discusión, Alexis!" le digo con firmeza. "Mi tío es peligroso y quiere entregarte a La Hermandad. No puedo tenerte vagando por ahí donde no pueda protegerte".

"¿Protegerme?" Alexis se burla. "¿O controlarme? Porque eso es lo que parece. Te preocupa más mantener el control de la situación que mantenerme a salvo".

Irritado, abro la boca para replicar, pero ella me interrumpe. "No, Damian. Se acabaron los secretos y las exigencias. Si vamos a superar esto, tenemos que ser *socios*, no adversarios".

Mi mandíbula se aprieta mientras considero sus palabras, la tensión palpable en el aire. Finalmente, suelto un largo suspiro, con los hombros ligeramente caídos. "*De acuerdo*. No más secretos, no más exigencias. Lo resolveremos juntos".

Cuando se para ante mí, no puedo evitar quedarme cautivado por su belleza. La forma en que sus mejillas se sonrojan con un toque de rosa, la forma en que sus rizos de ébano rebotan cuando mueve la cabeza... todo sirve para avivar el calor que se acumula en mi interior.

Mi mirada se fija en los expresivos planos de su rostro, en la forma en que sus gruesos labios se entreabren ligeramente al hablar. En ese momento se muestra desnuda, vulnerable, lo que la hace aún más atractiva.

Puedo sentir la excitación que me resulta familiar al contemplarla. Alexis es una fuerza a tener en cuenta, su espíritu y su fortaleza encienden algo primitivo dentro de mí. La forma en que me desafía, en que se niega a retroceder, solo sirve para hacerla aún más cautivadora.

Mis ojos recorren la curva de su cuello, la inclinación de sus hombros. Sé que debería centrarme en la tarea que tengo entre manos, en la amenaza que supone mi tío, pero en este momento solo puedo pensar en las ganas que tengo de estrecharla entre mis brazos y perderme en ella.

La tensión crepita entre nosotros, una energía cargada que parece zumbar en el aire. Siento su atracción, el deseo de acortar distancias y reclamarla como mía. Sé que debo mantener el control, mantener la cabeza fría, pero Alexis hace que cada vez me resulte más difícil pensar en otra cosa que no sea cómo me hace sentir.

Mi verga se endurece dolorosamente y siento la necesidad de tocarla, de sentirla bajo mis manos.

La tensión aumenta a un punto febril mientras estamos uno frente al otro, el aire prácticamente crepitando de deseo reprimido. Pierdo el control y mi mirada se fija inexorablemente en las curvas de su cuerpo, en la forma en que sus suaves labios se entreabren ligeramente.

Incapaz de resistirme por más tiempo, me abalanzo sobre ella y le doy un beso abrasador. Alexis responde con el mismo fervor, enredando los dedos en mi cabello mientras se aprieta contra mí.

En algún lugar de la periferia, Biscottina suelta un aullido curioso, pero no le presto atención. Lo único que importa en este momento es sentir el cuerpo de Alexis contra el mío y su sabor en mis labios.

De mala gana, rompo el beso, con la respiración agitada. "No podemos hacer esto aquí", murmuro. "No puedo dejar que mi niña me vea tener sexo, Alexis. Eso está mal".

Sin decir nada más, levanto a Biscottina, dejo a la confundida perra fuera de la habitación y cierro la puerta antes de volver a atraer a Alexis hacia mí. Mi mente encuentra la suya en un beso hambriento y desesperado mientras la empujo hacia la cama, decidido a poner la mayor distancia posible entre nosotros y el resto del mundo.

Se funde en mi abrazo y sus dedos desabrochan con destreza los botones de mi camisa. Gruño por lo bajo y mis manos recorren sus curvas mientras los últimos vestigios de mi control se desvanecen.

El resto del mundo se desvanece cuando caemos sobre la cama, ya sin ropa, y nuestros cuerpos se enredan en un frenesí de tacto y sabor. Sé que debería centrarme en la inminente amenaza del tío Vinny, pero con Alexis en mis brazos, todo pensamiento racional parece desaparecer.

Por ahora, solo existe esto: la presión urgente de nuestros cuerpos desnudos, el choque

desesperado de nuestros labios. Todo lo demás puede esperar. En este momento, me consume un deseo único e irrefrenable de hacer mía a Alexis, en todos los sentidos de la palabra.

Le masajeo lentamente los pechos mientras nos besamos. Alexis se arquea y extiende una mano suave para tocarme. Su agarre es tierno y suave, y me hace sentir tan bien que casi no me puedo mover.

Mientras exhalo de placer, me subo a ella para besarla de nuevo. No es como en otros momentos. Es algo intenso que me acelera el corazón como nunca antes.

Miro su hermoso cuerpo y Alexis me sonríe, con ojos suaves, mientras me acaricia la verga lentamente. Se abre de piernas y se mete los dedos en el clítoris dos veces para que vea lo mojada que la pongo.

Me inclino hacia delante y pongo las manos junto a su cabeza. Alexis se sujeta a mis muñecas y antebrazos mientras me coloco en posición para penetrarla. Ambos gemimos cuando me deslizo dentro de ella y me agarra con fuerza por las muñecas. Se muerde el labio inferior mientras giramos juntos.

Me muevo contra ella con embestidas largas y controladas. Dios, es tan hermosa. Podría seguir haciendo esto por siempre.

Alexis desliza sus manos desde mis muñecas hasta mis manos y entrelazamos los dedos. El corazón me late con fuerza y me siento renacer. El sexo *nunca* había sido tan bueno, tan placentero.

Acelero el ritmo de mis embestidas, besando salvajemente a Alexis. Cada beso suyo me hace sentir más hambriento del siguiente. Manteniendo una mano entrelazada con la suya, dirijo la otra hacia su culo redondo y le doy una palmada firme.

Alexis gime, pero me empuja y me deslizo fuera de ella. Se apoya en los codos y sus pechos se agitan al compás de su respiración.

La miro inquisitivamente, con la verga palpitando mientras grita por seguir cogiéndosela, por entrar en su húmedo coño y llenarla.

Ella me sonríe antes de girar el cuerpo, plantar la cara entre los codos y levantar el culo en el aire.

Mi lujuria por ella se vuelve primitiva.

Alejo cualquier pensamiento ajeno al hermoso cuerpo que tengo delante y a lo mucho que la deseo.

Agarrando sus caderas, deslizo mi verga dentro de ella. Ambos gemimos mientras empujo rápidamente, y sus rodillas empiezan a temblar.

"Oh, *Damian*", gime.

Mierda, la forma en que dice mi nombre casi me hace venirme en ese mismo instante. Le pongo una mano sobre el coño y le froto el clítoris en círculos rápidos. Ella aprieta los dedos de los pies y yo aprieto los hombros. El marco de la cama cruje mientras la penetro con mi verga.

Estallo en un orgasmo que la llena hasta el borde.

Los muslos de Alexis se doblan hacia dentro y se pone una almohada delante de la cara, gritando de éxtasis. Cada inhalación y cada exhalación son amortiguadas por la almohada.

Recupero el aliento, me paso una mano por el cabello sudoroso y me tumbo boca arriba. Extiendo un brazo hacia Alexis para que se acurruque contra mí, y ella lo hace. Normalmente no lo hago, pero después de todo lo que ha pasado hoy, desde Invicta hasta el tío Vinny, quiero estar cerca de ella.

Nos tumbamos enredados en las sábanas, con los cuerpos aún zumbando por la intensidad del sexo. Le doy un beso en el cabello, respirándola.

No puedo creer lo mucho que esta mujer ha llegado a significar para mí en tan poco tiempo. Aquí tumbado, con Alexis entre mis brazos, me siento abrumado por la profundidad de lo que siento por ella.

Sinceramente, es aterrador.

Nunca he sido de los que abren su corazón, de los que dejan que alguien se acerque tanto. Incluso Scarlett nunca fue capaz de romper el perímetro de mi corazón. Mi mundo siempre ha sido el control, el poder y la influencia.

Pero Alexis tiene una forma de traspasar mis defensas cuidadosamente construidas, haciéndome sentir cosas que nunca creí posibles.

La forma en que me mira, el modo en que su tacto enciende un fuego en mi interior... es embriagador. Se ha convertido en una parte integral de mi vida, de mi ser, de una forma que nadie más lo ha hecho nunca.

Y la idea de perderla, de que le ocurra algo, me llena de un miedo que apenas puedo comprender.

Siempre me he enorgullecido de mi capacidad para mantener la calma, para pensar con claridad incluso en las situaciones más difíciles. Pero con Alexis, todo eso se va por la ventana. Tiene una forma de desnudarme, de hacerme vulnerable de una forma que debería aterrorizarme.

Sin embargo, de alguna manera, no lo hace. Porque cuando estoy con ella, cuando me envuelve su calor, su suave caricia, me siento más vivo que nunca. Ella me completa de una forma que nunca supe que necesitaba.

"Alexis", digo en voz baja, trazando patrones ociosos con los dedos sobre su piel desnuda. "Hay algo que necesito decirte".

Se voltea hacia mí y sus ojos marrones me miran. "¿De qué se trata?"

Trago saliva, sintiéndome inusualmente vulnerable. "Tú... me importas. Mucho. Más de lo que creía posible".

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa y levanta la mano para acariciarme suavemente la mejilla. "Yo siento lo mismo, Damian. Te has vuelto muy importante para mí".

Tengo las palabras en la punta de la lengua, esas dos pequeñas palabras que tienen el poder de cambiarlo todo. Pero vacilo, de repente inseguro de cómo se siente, de si está preparada para oírlas. No soporto la idea de desnudar mi corazón para que se haga añicos.

Pero hay algo más que me preocupa, y no puedo evitar la sensación de que algo más pesa en la mente de Alexis.

Alargo suavemente la mano y le aparto un rizo de la cara; mis dedos se detienen en los suaves contornos de su mejilla. "Alexis", murmuro. "¿Hay algo más que quieras decirme?"

Sus ojos se cruzan con los míos y, por un momento, juro que veo un destello de algo no dicho en sus profundidades. Pero, con la misma rapidez, desaparece y es sustituido por una pequeña sonrisa tranquilizadora.

"No, no es nada", dice, sacudiendo la cabeza. "Estoy... contenta, eso es todo".

Asiento con la cabeza, pero no puedo evitar la persistente sospecha de que se está guardando algo. Hay algo de cautela en su expresión, una sutil tensión en la postura de sus hombros que me dice que no todo es tan sencillo como parece.

Quiero presionarla, arrancarle la verdad de los labios. Pero conozco a Alexis y sé que forzar la situación solo servirá para alejarla aún más. Se abrirá a mí cuando esté preparada, a su debido tiempo.

Solo tengo que ser paciente.

~

AL DÍA SIGUIENTE, suena mi teléfono. Miro hacia abajo y veo el número del tío Vinny parpadear en la pantalla. La tensión se apodera de mí cuando contesto. "Tío Vinny. ¿Qué pasa?"

"Esperaba que pudieras venir hoy a comer a Basil and Olive. Tengo algo importante que hablar contigo", me dice la suave voz de mi tío. "Siempre puedes traer a María si quieres".

Siento un escalofrío que me recorre la espalda ante las palabras de mi tío, pero rechazo rápidamente la sugerencia. "María vuelve a casa después de pasar un tiempo de calidad con la familia", miento. Lo último que quiero es que Alexis esté cerca de mi tío, no cuando puedo sentir el peligro que irradian sus palabras.

"Qué pena", ronronea el tío Vinny. "Tenía tantas ganas de conocerla mejor".

Mi mente se acelera. Quiero negarme, pero no puedo sin levantar sospechas. Me armo de valor y acepto almorzar en Basil and Olive, asegurándome de llevar a Nat conmigo como refuerzo.

Cuando Nat y yo nos acercamos al restaurante, noto el peso de mis armas ocultas, que me tranquilizan un poco. Edo y mis mejores guardias se han encargado de vigilar de cerca a Alexis en mi ausencia. Que me parta un rayo si mi tío le pone las manos encima.

Cuando atravieso las puertas de Basil and Olive, enseguida veo al tío Vinny sentado a una mesa, con una mujer desconocida a su lado. Enderezando los hombros, me acerco, con Nat a mi espalda como una sombra silenciosa.

"¡Ah! ¡Damian! ¡Natalia!". El tío Vinny nos saluda con una leve sonrisa en los labios. "Les presento a mi amiga. Ella es Emma Carter, la hermana de acogida de Alexis Hartley".

ALEXIS

Camino ansiosa por la habitación, mirando el reloj cada pocos minutos. Esta reunión me revuelve por dentro, aunque no sé por qué. Hay algo inquietante en Vincente Iacopelli. Algo que despierta alguna parte primitiva de mí, que quiere huir cuando estoy en su presencia.

"*Quell'uomo è pericoloso*", me había susurrado el guardia.

Es un hombre peligroso.

Lo único que sé es que necesito que Damian vuelva a estar a mi lado. La distancia que nos separa me está poniendo más nerviosa de lo normal. Y con el secreto que guardo, que estoy embarazada de Damian, mis nervios están a flor de piel.

Decido que necesito una distracción y busco a Edo, con la esperanza de que su presencia me ayude a calmar mi ansiedad. Encuentro al *consigliere* de Damian en su estudio, absorto en unos papeles.

"Edo, ¿tienes un minuto? Me vendría bien un poco de compañía".

Levanta la vista y se aparta el cabello negro de la cara. Me mira con una cálida sonrisa. "Claro, Alexis. Ven, siéntate". Me señala la silla de enfrente.

Me acomodo en el asiento de felpa, jugueteando con las manos mientras la inquietud bulle en mi interior. "Es esta reunión con Vincente. No sé, hay algo raro en él, algo peligroso. Y tengo tantas ganas de que vuelva Damian".

Edo asiente antes de volver a mirar los papeles y garabatear una firma en la página: Edoardo Bianchi.

Bianchi, no Iacopelli.

Arrugo la frente. Me doy cuenta de que no se apellida igual que Damian y Nat.

"Tu apellido no es Iacopelli", le digo.

Edo levanta la vista y me mira con una ceja levantada. "No, no es Iacopelli".

"¿No eres pariente de Damian y Nat?" pregunto, insegura de cómo funciona todo esto. Creía que todas las familias del crimen estaban emparentados de algún modo.

Niega con la cabeza. "No, no estoy emparentado con ellos. Mi conexión con la familia Iacopelli es un poco diferente".

Me inclino hacia delante, intrigada. "Entonces, ¿cómo te relacionaste con ellos?"

Se pasa una mano por el cabello, pensativo. "Soy hijo de inmigrantes, Alexis. Crecí en Cabrini-Green. No era... el lugar más seguro para vivir". Exhala. "Cuando estaba en el instituto, me metí en algún lío; nada demasiado serio, pero lo suficiente para llamar la atención del capo local de los Iacopelli".

Edo hace una pausa, con los ojos serios. "En lugar de entregarme a las autoridades, vio potencial en mí y me ofreció una oportunidad para dar un giro a mi vida. Así es como acabé

aquí, trabajando para la Familia. No es la vida que habría elegido para mí, pero me ha dado estabilidad y oportunidades que nunca habría tenido de otro modo. Y suficiente dinero para enviar a mis padres para que puedan vivir en una zona más segura".

"¿Cómo acabaste conociendo a Damian?" le pregunto. "No te ofendas, pero suena como que eras un soldado de bajo rango. ¿Cómo se cruzaron sus caminos?"

Edo sonríe, sus ojos oscuros se iluminan con diversión. "Por si no te has dado cuenta, Damian es demasiado engreído. El padre de Damian lo colocó en una posición de autoridad sobre mi división y yo... no estaba de acuerdo con los métodos de Damian. Tuve que darle unas cuantas patadas cuando se puso demasiado bocón". Se encoge de hombros, con cara de satisfacción.

"¿El padre de Damian no intentó matarte por pegar a su heredero?" pregunto sin aliento. Si alguien le pegara a *mi* hijo, se las verían negras.

Edo echa la cabeza hacia atrás y se ríe, un sonido cálido y rico. "*Mio Dio*, no. Creo que el Jefe se alegró de que alguien le echara la bronca a Damian. Desde entonces somos amigos".

La imagen mental de un Damian más joven recibiendo una paliza me divierte. "Es difícil imaginar a Damian recibiendo una paliza".

Edo sonríe. "Puede que yo esté en el lado tranquilo, pero tengo unos cuantos centímetros y mucho músculo más que él. A Damian nunca le ha gustado que yo sea más grande y más fuerte". Sacude la cabeza con cariño. "Cuando el Jefe... murió, fue una obviedad para él nombrarme su *consigliere*. He estado a su lado desde entonces".

Me sorprende la profundidad de su amistad. Nunca lo hubiera imaginado. "No tenía ni idea de que fueran tan unidos".

Asiente, echándose hacia atrás, por lo que la camisa le aprieta el pecho. "Damian y su familia me dieron una oportunidad cuando más la necesitaba. Siempre se los agradeceré". Su expresión se vuelve seria. "Y por eso siempre voy a cubrirle las espaldas, pase lo que pase".

"Damian es una joyita", le digo a Edo, queriendo ser sincera ya que él me ha dado sinceridad.

Edo se encoge de hombros. "Puede que lo sea", dice, "pero también utiliza su posición para hacer mucho bien a la comunidad".

"¿Qué quieres decir?" pregunto intrigada.

"Hace donaciones regularmente a la iglesia local, en la que se casaron sus padres y se bautizaron los tres hijos de Iacopelli. También es la razón por la que las escuelas primarias públicas de bajos ingresos de la zona tienen comidas gratuitas para los alumnos".

Se me abren los ojos. "¿Comidas gratis? ¿Cómo es eso?"

"Paga todos los saldos pendientes para que esos niños puedan comer", explica. "No quiere que ni un solo niño pase hambre. Lo hace en memoria de Alessandra".

Siento una gran admiración. A pesar de todos los defectos de Damian, en el fondo es una buena persona. "Eso es... realmente impresionante. No tenía ni idea de que hiciera todo eso".

Edo asiente. "Damian incluso es voluntario en el sindicato de Trabajadores del Automóvil local, haciendo espaguetis caseros y albóndigas o lasaña una vez al mes para los trabajadores".

Atónita, me siento, procesando esta nueva información. Damian, el temido Don de la Mafia, es también un pilar de la comunidad, que utiliza sus recursos para ayudar a los necesitados. Me pregunto cómo será como padre.

Mi mano se dirige inconscientemente a mi abdomen, donde crece nuestro hijo. A pesar de mis temores iniciales, he decidido quedarme con el bebé. De repente, el inminente regreso de Damian se hace más urgente. Tengo que darle la noticia, para ver cómo reacciona.

"Gracias, Edo", le digo sinceramente. "Saber todo esto de Damian... significa mucho para

mí".

Sonríe cálidamente, con los ojos arrugados en las comisuras. "Me alegro de haber podido aportar algo de perspectiva. Damian puede ser un hombre complicado, pero tiene buen corazón".

Me guiña un ojo disimuladamente. "Sabes, Damian es realmente un hombre diferente desde que entraste en su vida, Alexis".

Siento que se me calientan las mejillas ante su insinuación. "¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?"

Edo se ríe, sus ojos brillan de alegría. "Bueno, digamos que el que Damian eche un polvo con regularidad hace que sea *mucho* más tolerable estar con él".

Oh, Dios. Si pudiera derretirme en el suelo ahora mismo, lo haría. "¡Edo!" lo regaño, con la cara encendida.

Él levanta las manos en señal de rendición. "¿Qué? ¡Es la verdad! Has sido una muy buena influencia para él, Alexis". Su expresión se suaviza. "Como dije, en el fondo es un buen tipo. Y creo que tú has sacado a relucir lo mejor de él".

Siento una oleada de afecto tanto por Edo como por Damian. "Gracias, Edo. Eso... significa mucho para mí".

En ese momento, me hago una promesa. Iré al médico, recibiré los cuidados prenatales adecuados y haré todo lo que esté en mi mano para garantizar la salud y el bienestar de nuestro hijo. Las necesidades de mi bebé tienen que estar por encima de mis propios miedos. Aunque Damian no quiera saber nada de mí ni de nuestro hijo, me enfrentaré a este reto.

De repente, una alarma atronadora corta el aire, haciendo que Edo preste atención. Su actitud cambia por completo y se convierte en el *consigliere* de Damian.

"Alexis, nos están atacando", dice con voz urgente. "Necesito que vayas a tu habitación, cierres la puerta y te escondas. ¿Entendido?"

Siento una oleada de miedo, el corazón me late con fuerza. "¿Qué está pasando?" pregunto con voz temblorosa.

"No hay tiempo para explicaciones", dice con firmeza. "Un guardia te llevará a tu habitación. Quédate allí hasta que vaya a buscarte. ¿Me oyes?"

Antes de que pueda responder, un fornido guardia aparece a mi lado. "Venga conmigo, señorita", dice, guiándome suave pero firmemente hacia la puerta.

Mientras me apresuro por el pasillo, Biscottina viene corriendo tras nosotros. A pesar del caos, no puedo evitar sentir alivio ante la presencia de la perra. De alguna manera, su energía familiar y obstinada me hace sentir un poco más segura.

El guardia me lleva a mi habitación y Biscottina entra corriendo y se acomoda en la cama.

"¿Qué ocurre?" le pregunto al serio guardia que está de pie junto a la puerta.

"No estoy seguro de los detalles, señorita", responde. "Pero el señor Edo dice que es un ataque y tenemos que mantenerla a salvo. Quédese aquí y no abra la puerta a nadie más que a él, ¿entendido?"

Asiento, con la mente llena de preguntas y temores. El guardia cierra la puerta y yo paso el cerrojo rápidamente, con las manos temblorosas. Examino la habitación para ver si puedo empujar algo delante de la puerta. La cómoda pesa demasiado, la madera antigua parece pesar mil kilos.

Sentada en la cama, Biscottina se acurruca a mi lado. Por alguna razón, no puedo evitar sentir una profunda gratitud por esta perrita leal, aunque cascarrabias.

Los disparos y los gritos frenéticos resuenan por los pasillos y mi corazón se acelera de terror. Agarro a Biscottina con fuerza contra mi pecho, los frenéticos lloriqueos de la perrita no hacen más que aumentar la cacofonía del caos.

"Shh, Biscottina, no pasa nada", susurro con voz temblorosa. "Estaremos bien"

Pero en el fondo, no estoy tan segura. No tengo ni idea de quién nos está atacando ni de cuáles son sus intenciones. Lo único que sé es que Edo y los guardias están ahí fuera, luchando para proteger este lugar... y a mí.

Solo puedo esperar que superen esta prueba sanos y salvos.

De repente, el sonido de la madera astillándose me hace dar un respingo. Mi cabeza se dirige hacia la puerta, que se abre de golpe, y suelto un grito de terror.

Biscottina salta de mis brazos, su pequeño cuerpo erizado de furia defensiva se lanza hacia el intruso, que la aparta de un puntapié. Grito cuando Biscottina vuela por los aires y cae al suelo. Se me hiela la sangre cuando veo quién está en la puerta.

Una mujer de llamativo cabello rojo y ojos fríos me mira fijamente, con la ropa salpicada de lo que solo puedo suponer que es sangre.

"Hola, *María*", dice Scarlett Rafa, con los labios pintados de rojo torcidos en una sonrisa despiadada que la hace parecer casi inhumana. "¿O debería decir *Alexis*?"

DAMIAN

Se me hiela la sangre al oír el nombre de Alexis y aprieto con fuerza el arma que llevo oculta bajo la chaqueta. Hay algo en esta situación que se siente intrínsecamente *mal*. Mi tío está tramando algo, y tengo la horrible sensación de que todo tiene que ver con la mujer sentada frente a él.

Hago todo lo que puedo por mantener una expresión aburrida e impasible, aunque mi mente no deja de pensar en las implicaciones de las palabras de mi tío. A mi lado, noto que Nat se pone rígida y que la tensión que irradia mi hermana es palpable.

"¿Te la estás cogiendo o algo, tío Vinny?" pregunto con un tono deliberadamente indiferente. "¿Por qué está aquí?"

El tío Vinny se ríe, con un brillo depredador en los ojos. "Directo al grano, como siempre, Damian. No, no me la estoy *cogiendo*, como tan elocuentemente has dicho". Hace un gesto hacia Emma, que me fulmina con la mirada, con ojos llenos de odio. "Simplemente me he cansado de esperar a que cumplas tu promesa a La Hermandad. Así que he decidido tomar cartas en el asunto".

Un escalofrío recorre mi espina dorsal ante las palabras de mi tío, mi cuerpo me grita que corra. "¿De qué estás hablando?"

"Bueno, verás", empieza el tío Vinny, reclinándose en su silla, "fui a casa de los Carter a hacer unas preguntas. Imagínate mi sorpresa al llegar y encontrarme a su novio, o era prometido, atado y muerto en una silla". Sacude la cabeza, chasqueando la lengua con falsa simpatía. "La pobre estaba bastante angustiada".

Aprieto la mandíbula y me entran ganas de coger el arma que llevo escondida bajo la chaqueta. "¿Y qué tiene que ver esto conmigo?"

La sonrisa del tío Vinny se ensancha, con un brillo depredador en los ojos. "Ah, bueno, verás, querido sobrino, ahí es donde se pone interesante. Parece que nuestra Alexis volvió a la casa y el joven Mark la capturó. Pero antes de que pudiera entregarla a La Hermandad, parece que Alexis terminó con él primero". Hace un gesto a Emma, que parece lista para atacar. "La señorita Carter lo oyó todo".

Quiero gritar. No esperaba que el maldito idiota *llamara* a Emma y se jactara de haber atrapado a Alexis.

Pero no voy a dejar que mi tío o Emma sepan la verdad. Adopto una expresión aburrida y desdeñosa. "Es obvio que Mark mentía sobre la captura de Alexis Hartley. Dudo mucho que la señorita Carter pudiera haberlo entendido *todo* por teléfono".

Los ojos de Emma brillan de rabia, su rostro se tuerce en una máscara de furia, estropeando sus bonitas facciones. "¡Mark *nunca* mentiría sobre algo así!", casi chilla. "Esa sucia zorra de

Alexis lo mató, ¡lo sé!"

Tengo que resistir el impulso de lanzarme sobre la mesa y estrangular a esta estúpida mujer. Pero el agarre de Nat en mi hombro es una advertencia silenciosa que me recuerda que debo mantener la calma.

Los ojos del tío Vinny se abren de par en par, con un brillo depredador en los suyos. "Oh, pero Damian, ahí es donde te equivocas. Verás, un soldado de La Hermandad ha estado apostado en la casa de los Carter día y noche, desde que Alexis desapareció, vigilando las cosas. Y vio algo de lo más extraño: a ti, a Natalia y a Edoardo llegando a la casa de los Carter y escoltando a una Alexis Hartley *ensangrentada* hasta la salida".

Siento que se me cae el fondo del estómago. El tío Vinny me tiene acorralado, y lo sabe.

"Me has estado mintiendo, Damian. Has tenido a Alexis Hartley todo el tiempo y no la entregaste, ¡incluso después de que asesinara al joven Mark a sangre fría!"

Sangre fría una mierda. Se estaba protegiendo del maldito intento de Mark de venderla.

Los ojos del tío Vinny se entrecierran peligrosamente y me lanza una mirada fulminante. "Siempre has sido demasiado blando, Damian, demasiado distraído por preocupaciones insignificantes para ver el panorama general".

Se echa hacia atrás en la silla, con una mueca acusadora en la cara. "No mereces ser el jefe de esta Familia. No cuando estás más interesado en albergar propiedades de La Hermandad, en jugar a las casitas con algún bonito pedazo de culo, que en hacer lo que hay que hacer".

El insulto me eriza y aprieto los puños bajo la mesa. Pero antes de que pueda replicar, Nat habla, con la voz llena de ira.

"Maldito imbécil", espeta Nat, con los ojos encendidos de furia. "Esto no se trata de Alexis, y lo sabes. Llevas intentando conseguir el puesto de Don desde que papá estaba vivo. No soportas saber que el título pasó a Damian por encima de ti".

La mandíbula del tío Vinny se tensa, los músculos de su mejilla se crispan. "No seas ingenua, Natalia. Se trata de la supervivencia de nuestra Familia. El corazón blando de Damian es un lastre que no podemos permitirnos".

Se inclina hacia delante, clavando su mirada en la mía. "La Familia Iacopelli necesita un líder fuerte, uno que no se distraiga con preocupaciones insignificantes y apegos personales. Es hora de un cambio, Damian. Y si no puedes tomar las decisiones difíciles, entonces tienes que hacerte a un lado".

Suelto una carcajada áspera. "¿Y crees que tú eres el indicado? Ni siquiera pudiste conseguir este título cuando murió papá. ¿Qué te hace pensar que me haría a un lado?" Noto cómo se me enciende el temperamento al asimilar las palabras del tío Vinny. "He pasado los últimos quince años volcando hasta lo último de mí en esta Familia, asegurándome de que sea el mejor sindicato del crimen que esta ciudad haya visto jamás".

Inclinándome hacia delante, mi voz baja a un tono grave y peligroso. "Bueno, puedes olvidarlo, *Vincente*. Esta familia es *mía*, y que me parta un rayo si dejo que tú o cualquier otro me la arrebate".

"Bastardo arrogante", gruñe Nat, con el cuerpo tenso y listo para abalanzarse. "Damian ha hecho más por fortalecer esta Familia de lo que tú jamás podrías. Solo estás celoso de que él tenga lo que tú nunca tendrás: el respeto y la lealtad de los que de verdad importan".

Tío Vinny ignora el arrebato de Nat, sorbiendo despreocupadamente su vino mientras me clava una mirada fría y calculadora. "Sabes, después de conocer a tu... *María*, decidí investigar un poco. ¿Y sabes lo que descubrí?"

Siento un peso en la boca del estómago y la mandíbula se me tensa a la espera de las

siguientes palabras de mi tío.

"La *verdadera* María no ha estado en Chicago desde hace años", continúa el tío Vinny, con un deje de diversión en la voz. "De hecho, hace años que no los ha visto ni hablado contigo ni con Natalia".

La insinuación flota en el aire, y en ese momento sé que esta reunión era una trampa. Intercambio una mirada tensa con Nat, ambos dándonos cuenta de la gravedad de nuestra situación.

Nat se levanta con expresión sombría. "Tengo que hacer una llamada", dice con voz tensa.

Pero la sonrisa de Vinny se ensancha, con un brillo depredador en los ojos. "No creo que Edo pueda coger el teléfono ahora mismo, querida".

Las palabras de mi tío me hielan la sangre y el corazón me late deprisa. La implicación es clara: Edo ha resultado herido, o algo peor. A mi lado, Nat saca su teléfono y sus dedos tiemblan ligeramente al marcar el número de Edo.

El teléfono suena una, dos, tres veces... pero no contesta. Los ojos de Nat se abren de par en par, horrorizada, y me mira, con el miedo tácito flotando entre nosotros.

Al otro lado de la mesa, Vinny empieza a reírse, un sonido cruel y burlón que hace que me rechinen los dientes. El hombre mayor coge despreocupadamente el tenedor y corta el escalopín de ternera que le acaban de servir, con una mirada contemplativa.

"Quizá quieras irte corriendo a casa, Natalia", dice Vinny con voz divertida. "Creo que te espera una sorpresa".

Me pongo pálido como un papel cuando asimilo la insinuación. Algo ha ocurrido en la casa, algo que Vinny ha orquestado, y la idea de lo que podríamos encontrar allí me infunde un miedo atroz.

Nat ya está de pie, con la cara convertida en una máscara de pánico apenas contenido. "Damian, tenemos que irnos. *Ahora mismo*".

Levanto una mano y mi mirada se clava en la de Vinny. "No", digo, con la voz temblorosa por el esfuerzo de mantener la compostura. "Nos quedamos. No voy a caer en tu juego, Vincente. Esta vez no".

Las cejas de Vinny se levantan con fingida sorpresa. "¿Oh, y qué propones que hagamos, Damian? ¿Tener una agradable y *civilizada* discusión durante la comida?" Da otro bocado a su ternera, con expresión de fingida inocencia.

Aprieto los puños y me clavo las uñas en las palmas. "¿Qué has hecho, Vincente?" gruño, apenas audible por encima de los latidos de mi corazón.

Vinny simplemente sonríe, sus ojos brillan con una luz peligrosa. "¿Por qué no vas y lo ves por ti mismo, Damian? Estoy seguro de que la respuesta será... esclarecedora".

La tensión en el aire es palpable, y sé que me estoy quedando sin opciones. Sea lo que sea lo que ha pasado en la casa, no puedo ignorarlo. La seguridad de Alexis y de mi gente está en juego.

Nos apresuramos a volver a la mansión, con una creciente sensación de temor que nos invade a cada segundo que pasa. A medida que nos acercamos a la propiedad, la escena que nos recibe es simplemente horrible. Nat grita de horror.

El suelo está lleno de cristales rotos y escombros, y la entrada, antaño grandiosa, está marcada por las pruebas de un violento enfrentamiento. Se me revuelve el estómago al ver los cuerpos sin vida de mis hombres esparcidos por el vestíbulo, la sangre manchando el suelo inmaculado.

La bilis se me sube a la garganta al asimilar todo el peso de lo ocurrido. No se trata de un

ataque aleatorio de La Hermandad, sino de un golpe calculado y orquestado, con las huellas de Vinny por todas partes.

La realidad me golpea como un puñetazo en el estómago. Vinny sabía desde el momento en que vio a Alexis que ella no era "María".

La rabia hierve en mi interior, una furia al rojo vivo que amenaza con consumirme. Tengo que luchar contra el impulso irrefrenable de volver a Basil and Olive y meterle una bala entre ceja y ceja a Vinny. Ya no se trata solo de proteger a Alexis, se trata de hacer que mi tío pague por su cruel desprecio por la vida humana, por su voluntad de sacrificar a una mujer inocente para promover su propia agenda retorcida.

Dejando atrás la devastación, nos adentramos en la casa, siguiendo un sonido de respiración entrecortada. Allí, en un pasillo lateral, encontramos a Edo, ensangrentado y maltrecho, pero aún aferrándose a la consciencia.

Nat grita y corre al lado de Edo. Está sangrando por una gran herida en el estómago, con la camisa manchada de carmesí.

"Damian, Nat..." grazna Edo, su voz apenas supera un susurro. Está apretando un torniquete improvisado contra el muslo de un soldado caído, desesperado por detener la hemorragia.

Caigo de rodillas a su lado, con el corazón latiéndome en los oídos. "Edo, ¿qué demonios pasó?" exijo, con la voz entrecortada por un pánico apenas disimulado.

"La Hermandad", jadea Edo, con los ojos desorbitados por una mezcla de dolor y urgencia. "Ellos... nos golpearon fuerte, entraron disparando... Nunca lo vimos venir".

Respiro hondo, la cara se me queda sin color mientras me agarro al hombro de Edo, con los ojos entrecerrados por la urgencia. "Alexis", susurro. "¿Dónde está Alexis?"

Edo hace una mueca, con el dolor grabado en su rostro. "No lo sé, Damian", admite, con la voz tensa. "Cuando La Hermandad atacó, ordené a uno de los guardias que llevara a Alexis a su habitación y cerrara la puerta. No la he visto desde entonces".

No perdemos tiempo y corremos a la habitación de Alexis, con el corazón latiéndome con desesperación alimentada a partes iguales por el miedo y la furia.

Cuando Nat y yo nos acercamos a la puerta, se me revuelve el estómago al verla: está casi fuera de sus goznes, el marco de madera astillado y roto. La habitación que hay más allá está completamente desordenada, testimonio de la violenta lucha que debió de tener lugar.

Biscottina sale corriendo, mi normalmente distante perra, se acobarda y tiembla en mis brazos. La visión de mi criatura, normalmente audaz, reducida a tal estado solo sirve para aumentar mi temor.

Nat inspira bruscamente, con la mirada fija en la puerta. Sigo la línea de visión de mi hermana y siento que se me va la sangre de la cara. Me sube la bilis a la garganta.

Allí, pintada de un carmesí repugnante, hay una cara sonriente gigante. Y debajo, un mensaje que me produce un escalofrío.

"*La tengo*".

ALEXIS

Abro los ojos lentamente, con un dolor punzante en la cabeza. A medida que recupero los sentidos, con creciente temor me doy cuenta de que ya no estoy en mi habitación, sino atada a una silla, igual que en casa de los Carter.

Pero esta vez, los nudos están bien hechos. No podré deshacerlos. Y por la forma en que la cuerda se clava en mis muñecas, quienquiera que me atara lo hizo a propósito para maximizar mi incomodidad.

El corazón se me acelera al recordar a Scarlett irrumpiendo por la puerta, con una sonrisa inhumana en su rostro ensangrentado. Un escalofrío de terror me recorre la espalda. Tengo que salir de aquí.

¿Pero cómo? No solo estoy atada, sino que esta habitación es inhóspita y yerma. Las paredes están desnudas, sin decoración ni rasgos distintivos, y solo hay una puerta que da al exterior. No hay ventanas en esta habitación, lo que me hace pensar que estoy en una habitación interior o en el sótano.

En ese momento, Scarlett entra en la habitación con una sonrisa cruel en los labios. "Vaya, miren quién ha decidido por fin unirse a nosotros", ronronea, con un tono que destila falsa dulzura.

Abro la boca para hablar, pero siento la garganta irritada y seca. Scarlett parece percibir mi esfuerzo y su sonrisa se ensancha.

"No te preocupes, cariño", me dice, sacando una navaja del bolsillo y presionando ligeramente la hoja contra la suave piel de mi cuello. "Quiero que estés alerta para nuestra charla".

Trago saliva, intentando en vano apartarme del afilado cuchillo. "¿Dónde estoy? digo con voz ronca, odiando el miedo que impregna mis palabras.

Scarlett chasquea la lengua con desaprobación. "No nos preocupemos por los detalles". Se inclina hacia mí y su aliento me calienta la cara. "Lo importante es que por fin te tengo justo donde quiero".

Mi mente se acelera mientras busco desesperadamente una salida a esta pesadilla. Pero no hay salida. No con Scarlett de pie ante mí con su amenazadora navaja.

La vida de mi bebé depende de que salga viva de esto, pero sé que Scarlett nunca me dejará ir voluntariamente. Tengo que jugar con cuidado, mantenerme alerta.

Seré el lobo.

Scarlett chasquea la lengua con desaprobación. "Tsk, tsk. Y yo que pensaba que te alegrarías de verme". Se inclina más cerca, su aliento caliente contra mi cara. "Has hecho un excelente trabajo escondiéndote, ¿sabes? Pero *tenías* que volver a casa de los Carter, ¿no?"

Se me hiela la sangre. "¿Cómo me has...?"

"¿Encontrado?" interrumpe Scarlett, con una risa burlona escapando de sus labios. "Oh, cariño, hemos tenido a miembros de La Hermandad apostados fuera de esa casa desde que te escapaste de las garras de Mark". Hace una pausa y sus ojos brillan con malicia. "Pero eso no es lo que realmente me interesa".

Retira el cuchillo, solo para pasar el filo por la línea de mi mandíbula. Necesito toda mi fortaleza para no gemir de miedo. "No, lo que realmente quiero saber es..." Su voz se reduce a un susurro. "¿Mataste a Mark?"

Siento que se me corta la respiración y asiento lentamente, incapaz de negarlo.

La cara de Scarlett se divide en una amplia y aterradora sonrisa. "Buena chica. Era tan jodidamente molesto". Se inclina aún más, sus labios casi rozan mi oreja. "¿Pero no podías haberte cargado también a tu estúpida hermana de acogida? Está muy enfadada contigo, *Alexis*". Scarlett arrastra las sílabas de mi nombre.

El miedo se apodera de mí, pero me niego a que se me note en la cara. Tengo que ser fuerte por el bien de mi bebé. Desesperadamente, trato de recordar las lecciones de defensa personal que Edo me había enseñado, buscando cualquier punto débil que pueda explotar.

Los ojos de Scarlett se entrecierran mientras me estudia, percibiendo mi desafío. De repente, su mano sale disparada y me golpea en la cara con tal fuerza que mi cabeza se inclina hacia un lado. Grito de dolor.

"Niña estúpida", sisea, agarrándome dolorosamente la barbilla y clavándome sus largas uñas en la piel. "¿Sabes lo *exasperante* que ha sido saber que has estado con Damian todos estos meses? Damian es *mío*".

Hago una mueca de dolor, tanto por el escozor del golpe como por su fuerte agarre en la mandíbula. Pero me niego a darle la satisfacción de ver mi miedo.

Los labios de Scarlett se curvan en una sonrisa cruel mientras me aprieta el cuchillo contra el cuello, lo suficiente como para hacerme sangrar. El dolor se dispara por mi cuello cuando siento una gota deslizarse por mi piel, y tengo que luchar contra el impulso de gritar.

"¿Crees que puedes simplemente entrar y llevarte lo que es mío por derecho?" espeta, con sus ojos azules desprovistos de toda emoción. Es como mirar a un agujero negro. "Bueno, tengo noticias para ti, *Alexis*. Esto se acaba *hoy".*

Me armo de valor, decidida a no rogar ni suplicar. En lugar de eso, me obligo a mirarla, desafiándola en silencio a que haga lo peor que pueda. Si voy a morir aquí, lo haré con dignidad, por el bien de mi bebé.

Seré el lobo.

Los fríos ojos de Scarlett brillan con malicia mientras aprieta con más fuerza el cuchillo contra mi cuello, la gota de sangre convirtiéndose en un riachuelo.

He estado *deseando* rebanarte el cuello, como hice con mi querido padre", musita, con una voz que destila un sádico deleite.

Mi corazón se acelera ante la mención casual del asesinato de Mario Rafa. Así que fue ella quien lo mató... y ahora también me tiene a mí en sus garras.

Scarlett aprieta con más fuerza el cuchillo. "Pero por mucho que me gustaría ver cómo se te escapa la vida de los ojos", continúa, “en realidad vales mucho más para mí *viva*".

De repente, retira el cuchillo para acariciarme la mejilla en una retorcida parodia de afecto. "Verás, *Alexis*, tú eres mi mayor premio. El dinero que obtendré por venderte me hará una mujer muy, muy rica".

Se me acelera el corazón cuando me doy cuenta de lo que ha dicho. No quiere matarme.

Quiere *venderme*, continuar lo que su padre pretendía. Solo de pensarlo se me sube la bilis a la garganta.

"Damian nunca dejará que te salgas con la tuya", le espeto, haciendo acopio de toda la rebeldía que puedo.

Scarlett suelta una carcajada cruel. "Oh, cuento con que intente salvarte, *cariño*". Sus ojos brillan con maliciosa intención. "Entonces lo tendré donde quiero: bajo mi control".

Trago saliva, y me doy cuenta de la realidad de la situación. Scarlett no solo quiere deshacerse de mí, sino que también quiere acabar con Damian, convirtiéndolo en su marioneta.

Cuando los dedos de Scarlett recorren mi mandíbula, tengo que resistir el impulso de estremecerme. "Pronto me habré librado de tí y tendré a Damian para mí sola", ronronea. "Seremos la familia criminal más poderosa del país".

La idea de Scarlett y Damian juntos de nuevo, gobernando un imperio criminal, me revuelve el estómago. Tengo que encontrar una manera de detenerla, para volver con Damian y proteger a nuestro hijo. Pero atrapada como estoy, sin forma de escapar, me siento totalmente impotente.

Miro a Scarlett con incredulidad, con el corazón latiéndome con fuerza. "Estás loca", susurro, con voz temblorosa.

Los ojos de Scarlett brillan con furia y, antes de que pueda reaccionar, me agarra la mandíbula y me obliga a abrir la boca. Siento el frío filo del cuchillo rozándome la lengua, y el terror se apodera de mí.

"Sabes, estoy tentada de cortarte esa preciosa lengüita", sisea. "Así no podrás replicarle a tu nuevo amo".

La mención de ser vendida como una propiedad me revuelve el estómago. Lucho contra las lágrimas que amenazan con derramarse, negándome a darle a Scarlett la satisfacción.

Pero este desafío solo parece enfurecerla aún más. De repente, empieza a arremeter contra mí con una lluvia de puñetazos. Grito de dolor, con la vista nublada por la lluvia de golpes.

Justo cuando siento que caigo en la inconsciencia, la puerta se abre y una voz familiar atraviesa el caos.

"Scarlett, cálmate", dice Vincente. "¿Cómo esperas que alguien quiera comprarla si está morada?"

Scarlett hace una pausa, con el pecho hinchado, y se voltea hacia el hombre mayor. "Tiene que aprender cuál es su sitio", sisea.

Vincente levanta una mano, silenciándola. "Y su nuevo amo la enseñará. La necesitamos de una pieza, ¿recuerdas?" Me clava una mirada fría y calculadora. "Después de todo, es nuestro activo más valioso".

A medida que su discusión continúa, la verdad me golpea. Para ellos no soy más que una moneda de cambio, un premio que vender al mejor postor.

Hay algo en Vincente que me molesta. ¿Dónde lo he visto antes? Me fijo más en su cara.

De repente, un vívido flashback asalta mis sentidos.

Vuelvo a verlo todo: la puerta del armario abierta de un tirón, la cara de terror de mi madre cuando la saca a rastras una versión más joven del hombre que tengo delante. Sus rasgos son inconfundibles, incluso con todos los años que han pasado.

Y luego, la puerta cerrándose, dejándome sola en la oscuridad mientras el sonido de sus gritos se desvanecía. Cuando la puerta del armario volvió a abrirse, mi madre ya no estaba, y Vincente estaba allí de pie, con sus ojos fríos e inflexibles mirándome fijamente.

La realidad me golpea como un puñetazo en el estómago. "Tú..." susurro, con la voz temblorosa. "Tú mataste a mi madre".

Vincente hace una pausa y se agacha ante mí, con una extraña sonrisa en los labios. Su sonrisa se ensancha, con un retorcido sentimiento de satisfacción en su mirada.

"Sí, mi querida Alexis. Yo maté a tu madre". Se inclina más hacia mí y su aliento me calienta la cara. "Y ahora, cuando estás a punto de ser vendida a un hombre muy rico y de dejar este país para siempre, es justo que sepas la verdad. El padre de Damian nunca ordenó el golpe contra tu madre. Fui *yo*".

Mi corazón se acelera, un torbellino de emociones me inunda. La rabia, la pena y un terror que me cala hasta los huesos se apoderan de mí cuando siento todo el peso de su confesión. Todo este tiempo, el hombre responsable de la muerte de mi madre había estado delante de mis narices. Y lo que es peor, Damian *confiaba* en ese hombre.

"Y aún mejor", continúa Vincente, con los ojos brillantes de malicia. "Fui *yo* quien eliminó a mi propio hermano, cuñada y sobrina para allanar el camino de mi ascenso al poder. Fue demasiado fácil".

Le miro fijamente, totalmente sorprendida por esta revelación. El hombre que me lo había arrebatado todo ahora está a punto de arrebatarme aún más. Mi hijo, mi vida con Damian... todo está en peligro por culpa de las retorcidas maquinaciones de Vincente.

"¿Cómo pudiste?" susurro, con palabras llenas de angustia e incredulidad. "¿Damian confiaba en ti y tú lo traicionas así?"

Vincente suelta una carcajada cruel. "Damian es un tonto, igual que su padre. Ambos son débiles, incapaces de liderar esta Familia". Se inclina hacia mí, su aliento me calienta la cara. "Pero contigo fuera de juego, tendré a Damian justo donde quiero. Y pronto *seré yo* quien tome las decisiones".

Al darme cuenta del objetivo final de Vincente, siento un escalofrío. Había orquestado todo esto, desde el asesinato de mi madre hasta el ataque a la mansión, todo ello en un retorcido intento de hacerse con el poder. Y Damian, el hombre al que amo, ignora por completo el peligro que le acecha tan de cerca.

Antes de que pueda asimilarlo, siento un dolor agudo en el cuello y el mundo a mi alrededor empieza a desdibujarse. El rostro de Vincente aparece ante mis ojos, y su sonrisa retorcida es lo último que veo antes de que la oscuridad se apodere de mí.

Mientras pierdo el conocimiento, un pensamiento resuena en mi mente: tengo que volver con Damian. No puedo rendirme, no cuando la vida de mi hijo está en juego. Pero con Vincente y Scarlett acercándose, nunca me había sentido tan indefensa.

El último pensamiento que cruza mi mente antes de que el mundo se oscurezca es una ferviente plegaria para que, de algún modo, Damian me encuentre a tiempo.

DAMIAN

Mi mundo se ha convertido en una pesadilla desde que se llevaron a Alexis, y estoy perdiendo la puta cabeza. La angustiosa incertidumbre de no saber dónde está o si siquiera está viva me está volviendo loco poco a poco.

Apenas puedo dormir o comer, mi mente está consumida por los horribles escenarios que se reproducen en bucle: Alexis torturada por Scarlett, vendida a un hombre sin rostro que se la lleva para siempre, sus ojos en blanco y sin vida después de la venta, su espíritu desaparecido y solo quedando una cáscara hueca.

Había irrumpido en el cuartel general de La Hermandad, desesperado en busca de respuestas, pero estaba completamente abandonado. El espeluznante silencio y la habitación vacía no hicieron más que avivar mi rabia y desesperación. Interrogué a sus soldados capturados, pero o realmente no sabían nada o se negaban a hablar.

En mi desquiciado estado, no pude contenerme. Con mis propias manos, acabé con sus vidas, degollándolos mientras suplicaban clemencia.

Maldito cobarde.

El acto no me proporcionó ningún consuelo, solo una liberación momentánea de la angustia que amenazaba con destruir mi cordura.

La desaparición de Alexis ha roto algo muy dentro de mí. El estratega frío y sensato ha desaparecido, sustituido por una criatura salvaje y decidida, impulsada únicamente por la necesidad de encontrarla, cueste lo que cueste.

A medida que pasan los días, me acerco peligrosamente al límite, sin saber si volveré a estar completo. Todo lo que puedo ver son sus ojos sin vida, su espíritu apagado, y eso me está destruyendo por dentro.

Y no puedo dejar de culparme. Nunca debí haber ido a ese almuerzo con el tío Vinny. Debería haber llevado a Alexis a otro piso franco. Ahora es obvio que Vinny se dio cuenta de quién era Alexis en cuanto la vio en la casa.

¿Pero cómo pudo permitir la matanza de nuestra propia gente? ¿Cómo pudo aliarse con La Hermandad? Esta es una traición que nunca olvidaré.

La culpa se está comiendo vivo a Edo. Sigue repitiendo ese fatídico día en su mente, reprochándose no haber hecho más para proteger a Alexis. "Tendría que haber sido más rápido, más fuerte, más vigilante", me dice con la cara retorcida por la angustia. "Le fallé".

Es difícil no culpar a Edo de la desaparición de Alexis. Su único objetivo era protegerla y fracasó. Permitió que la capturaran.

Pero Nat no me permite culpar únicamente a Edo. "Si hubieras sido más cuidadoso, más proactivo, tal vez podrías haber evitado esto", me sisea después de que le gruño a Edo.

Pero no puedo evitarlo. La desaparición de Alexis me pesa. No saber dónde está o si está viva me atormenta sin cesar.

Mientras examino los mapas de Chicago, tratando de encontrar más refugios de La Hermandad, Nat golpea la mesa con las manos, sobresaltándome.

"¿Qué coño pasa, Nat?" gruño, mirando a mi hermana. "Estoy ocupado".

"Necesitamos ayuda para encontrar a Alexis", insiste. "Tenemos que tragarnos nuestro orgullo y llamar a Invicta".

"*Ni hablar*", replico. "Intentaron matarnos, coño, no hace mucho, Nat. ¿O es que no te acuerdas?"

Me mira con el ceño fruncido, con ojeras que indican que tampoco ha dormido. "No seas condescendiente, Damian. Estoy intentando que vuelvas a pensar como el Jefe, en lugar de como un idiota inexperto. Piensa en sus recursos: las armas, la tecnología militar, la extensa red. Si alguien puede rastrear a Alexis, serán ellos".

Por mucho que me duela admitirlo, Nat tiene razón. Estamos sin opciones, nuestros propios esfuerzos resultan inútiles. He llegado al final de mi paciencia. Tengo que encontrar a Alexis *ya*.

El teléfono me pesa en la mano cuando marco el número de Bobby. Prácticamente puedo sentir el odio subiendo por mi pecho, el recuerdo de él asesinando despiadadamente a mis padres y a mi hermana aún me atormenta. Pero me trago mi orgullo y mi amargura porque Alexis es lo único que importa ahora. Cuando Bobby contesta, no me ando con rodeos y le pido reunirme con él.

"¿Por qué coño debería reunirme contigo?" La voz ronca de Bobby responde por la línea, cargada de desdén.

Respiro con calma y me armo de valor. "Se trata de Alexis Hartley".

La línea se queda en silencio y, por un momento, me pregunto si me habrá colgado. Pero entonces su voz vuelve, cortante y carente de emoción. "The Ballroom. En una hora".

La llamada termina y suelto un suspiro. Nat y Edo me miran con preocupación, conscientes del peso de lo que estoy a punto de hacer.

"Ha accedido a reunirse con nosotros", digo. "En The Ballroom, dentro de una hora".

Asienten solemnemente, comprendiendo los riesgos que estamos a punto de correr. Aliarnos con el Jefe de Invicta, nuestro enemigo jurado, va en contra de cada fibra de nuestro ser.

Pero por Alexis, no hay elección.

Pronto llegamos a The Ballroom, un salón en lo más profundo del territorio de Invicta. El mensaje es claro: o te portas bien o mueres.

Cuando Nat, Edo y yo entramos en el local, poco iluminado, la tensión es palpable. Los hombres de Invicta vigilan todos nuestros movimientos, con las manos cerca de las armas ocultas. Mantengo a mi propio equipo cerca, listo para reaccionar a la menor provocación.

Estos son los dominios de Invicta, y nosotros somos meros invitados a su servicio.

Cuando Bobby Shields sale de la parte de atrás, flanqueado por sus lugartenientes de mayor confianza, no puedo evitar estudiarlo de cerca. Es una figura imponente y musculosa, la quintaesencia del Don de la Mafia. Sus ojos color avellana se clavan en mí con una mirada penetrante y calculadora, y tengo que contener la aversión que siento cuando miro al hombre que asesinó despiadadamente a mis padres y a mi hermana.

Su expresión se endurece a medida que se acerca, examinándonos con mirada calculadora. "Damian", saluda, con voz uniforme, mientras se sienta y nos indica que nos sentemos también. "¿Qué quieren los Iacopelli con Alexis Hartley?"

Su tono me eriza la piel, pero lo reprimo. La seguridad de Alexis depende de ello.

"Necesitamos tu ayuda, Bobby. La Hermandad se ha llevado a Alexis y hemos agotado todas las demás vías. Tienes recursos, contactos, cosas que ahora necesitamos desesperadamente".

Bobby frunce el ceño y por un momento parece... casi preocupado. "Alexis Hartley", repite lentamente. "¿Por qué mantienes a esa chica a salvo?"

Lo miro fijamente, decidido a no mostrar ninguna debilidad. "Porque me he enamorado de ella".

Nat y Edo abren los ojos ante mi confesión, aunque sé que lo sospechaban desde hace algún tiempo.

"La Hermandad va a venderla al mejor postor, y que me parta un rayo si dejo que me la arrebaten para siempre".

Bobby guarda silencio un momento, su mirada penetrante parece clavarse en mi alma. Luego, vuelve a hablar. "Déjame ver una foto de ella".

Nat saca rápidamente su teléfono y le enseña una foto de ella y Alexis. En la imagen, Alexis está erguida, su esbelta figura oculta la fuerza de su postura mientras sujeta con firmeza el arma que Nat le está enseñando a disparar. Tiene el ceño fruncido por la concentración y sus ojos color avellana brillan con una determinación feroz que hace que mi corazón se hinche de orgullo.

Por un breve instante, juro que veo que las facciones de Bobby se suavizan al contemplar la foto. Pero luego desaparece y su rostro vuelve a ser una máscara de piedra.

"¿Cómo y por qué se llevaron a Alexis Hartley?"

Enderezo los hombros y vuelvo a adoptar la personalidad calculada y autoritaria de un experimentado Jefe de la Mafia. "Alexis era el objetivo de La Hermandad. Descubrieron que había escapado de su familia de acogida y de su novio, que se la habían vendido".

Arruga ligeramente la frente, pero guarda silencio y me hace un gesto para que continúe.

"Mis hombres y yo la hemos acogido durante meses, desde que la encontramos retenida a punta de pistola por uno de tus soldados". Hago una pausa, midiendo su reacción. La tensión de sus ojos me dice que no aprecia ese detalle en particular.

"Cuando Mark, su exnovio maltratador, intentó arrastrarla de vuelta a casa de los Carter, Alexis se vio obligada a matarlo en defensa propia". Encuentro la mirada de Bobby con firmeza, negándome a mostrar cualquier signo de debilidad.

"La Hermandad tiene a un soldado apostado fuera de la casa de los Carter, en *tu* territorio, desde hace meses, esperando cualquier señal de Alexis". Me cuesta no preguntarle a Bobby cómo coño se las arreglaron sus hombres para no ver a un miembro de una banda rival en su territorio, pero resisto el impulso.

Esto es por Alexis.

"Y entonces", continúo, "el traidor de mi puto tío Vinny debió de reconocer a Alexis cuando entró en mi casa sin autorización. Avisó a Scarlett, y por eso nos atrajeron a mí y a Nat hasta Basil and Olive, para que Scarlett pudiera asaltar mi casa, masacrar a mis hombres y llevarse a Alexis".

Bobby aprieta la mandíbula y un músculo se le tuerce en la mejilla. Guarda silencio durante un largo y tenso instante. Luego, por fin, habla.

"Hecho", dice en tono cortante. "Invicta ayudará".

No puedo evitar sorprenderme al ver que está de acuerdo, dada la larga animosidad que existe entre nuestras familias. Edo formula la pregunta que todos nos hacemos. "¿Por qué nos ayudas? ¿Qué ganas con ello?"

La expresión del Don se endurece, su mandíbula se aprieta. "Eso es asunto mío". Se levanta y su corpulento cuerpo proyecta una sombra imponente sobre nosotros. "Pero que sepas que

cuando vuelva a ver a Scarlett Rafa *y* Vincente Iacopelli, los voy a matar".

Con una última inclinación de cabeza, se da la vuelta y se aleja a grandes zancadas, con sus lugartenientes detrás de él. "Estaré en contacto".

Mientras nos retiramos, no puedo ignorar la desagradable sensación en mis entrañas. Acabo de hacer un trato con el diablo y rezo para no arrepentirme.

Edo y Nat permanecen en silencio, con expresión sombría. Todos sabemos el riesgo que corremos al aliarnos con nuestros enemigos acérrimos. Pero por Alexis, no tenemos otra opción.

Cueste lo que cueste, tenemos que encontrarla, sea como sea.

ALEXIS

Estoy desorientada y confusa mientras abro los ojos lentamente, insegura de lo que me rodea. Han desaparecido las comodidades familiares de la casa de Damian. En su lugar, me encuentro en una habitación austera y sin ventanas, con una única luz que se filtra desde el pasillo.

Mientras mi mirada recorre el espacio, una sensación de hundimiento se instala en mi estómago. Las otras mujeres de la habitación van vestidas con atuendos escuetos y provocativos, y llevan la cara muy maquillada, probablemente para ocultar moratones o marcas.

Y para mi horror, me doy cuenta de que algunas de ellas parecen apenas unas niñas. Una de ellas no parece mayor de dieciséis años, mientras que otra es tan pequeña que podría confundirse con una alumna de primaria.

Miro hacia abajo y veo que yo también llevo un vestido rojo corto que apenas me cubre el culo.

Y entonces me llegan los recuerdos de golpe: el ataque en la mansión, Scarlett encontrándome y atándome a una silla en otro lugar desconocido, Vincente entrando en la habitación y jactándose de haber matado a mi madre y de ser la razón de que los padres y la hermana de Damian estén muertos.

Se me revuelve el estómago y las náuseas amenazan con invadirme.

Un suave toque en el brazo me hace dar un respingo, y me giro para ver a una joven pelirroja agachada a mi lado, con expresión preocupada.

"Eh, estás despierta", susurra la mujer. "Me preocupaba que no despertaras. Te lanzaron aquí inconsciente".

Mi ceño se frunce ante las palabras de la mujer. "¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando?"

La mujer mira nerviosa a su alrededor. "Estamos en un hotel, creo. Hay una docena de nosotras aquí, todas retenidas hasta que..." Hace una pausa, tragando saliva. "Hasta que nos vendan al mejor postor".

El corazón me late con fuerza al darme cuenta. La Hermandad me ha secuestrado, tal y como me temía. Estas mujeres, estas *chicas*, son víctimas de la trata y yo estoy atrapada junto a ellas. Al entenderlo, el corazón me late con fuerza en el pecho y el pánico se apodera de mi garganta.

"Oh, Dios", suspiro, con el pánico subiendo por mi garganta mientras veo las caras aterrorizadas a mi alrededor. "¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Qué nos van a hacer?"

La mujer se encoge de hombros. "No estoy segura de cuánto tiempo. ¿Un día, quizá dos? Pero sé que planean subastarnos pronto. La puerta solo se abre cuando traen una chica nueva o comida, y estamos muy vigiladas".

Trago saliva, con la mente en vilo. Damian, Edo, Nat... deben de estar buscándome. ¿Me

encontrarán a tiempo? No soporto la idea de que me vendan, de sufrir los horrores inimaginables que me esperan.

Y entonces me doy cuenta de algo aterrador. Estoy embarazada. La vida de mi hijo nonato también está en juego.

La mujer me aprieta suavemente el brazo. "Te dejaré descansar. Necesitaremos fuerzas para lo que viene".

Cuando la mujer se aleja, siento un impulso irrefrenable de derrumbarme, de rendirme ante el miedo paralizante. Pero me obligo a respirar hondo y con calma. Por el bien de mi bebé, tengo que mantenerme fuerte. No puedo dejar que La Hermandad me doblegue.

Seré el lobo.

Reafirmando mi determinación, me obligo a respirar hondo para tranquilizarme. Damian *tiene* que venir a por mí, estoy segura. Todo lo que tengo que hacer es aguantar un poco más.

Dejando atrás las náuseas y el miedo, empiezo a observar atentamente mi entorno, buscando cualquier posible vía de escape. Tengo que salir de aquí, cueste lo que cueste. La vida de estas chicas y la de mi hijo nonato dependen de ello.

Mientras observo a las demás mujeres de la sala, no puedo evitar estremecerme al ver sus expresiones vacías y atormentadas. Algunas parecen absolutamente aterrorizadas, con los ojos llenos de pánico. Otras parecen enloquecidas, con los ojos muertos y desprovistos de cualquier rastro de humanidad.

Verlos me da escalofríos. ¿Es ése también mi destino?

Dejando atrás el miedo paralizante, mi mirada se posa en una pequeña figura acurrucada en un rincón, con el rostro bañado en lágrimas. Es una niña pequeña, de no más de siete u ocho años, con los ojos antaño brillantes, ahora apagados por la desesperanza, y el cabello castaño enmarañado recogido en trenzas francesas que le caen por la espalda.

Su imagen me toca la fibra sensible. Me recuerda a mí misma cuando murió mi madre: asustada, sola, deseando desesperadamente que un adulto me dijera que todo iba a salir bien y me mantuviera a salvo. Sé exactamente cómo se siente, la abrumadora sensación de vulnerabilidad y el miedo aplastante a lo desconocido.

Me invade un instinto feroz de protección. Esta niña nunca debería tener que soportar semejante trauma, semejante violación de su inocencia. No lo permitiré. De algún modo, de alguna manera, tengo que sacarla de aquí, protegerla de los horrores que la aguardan.

Me obligo a moverme, me acerco a la niña y me agacho a su lado.

"Hola", le digo en voz baja. "¿Cómo te llamas, cariño?"

La niña moquea y me mira con los ojos enrojecidos. "K-Katie", consigue decir, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Katie", repito, sonriéndole suavemente, con la esperanza de transmitirle que puede confiar en mí. "Encantada de conocerte. Soy Alexis. ¿Estás herida?"

Ella niega con la cabeza, pero el miedo en sus ojos es palpable. "Yo... quiero a mi mamá y a mi papá". Hipa, y lágrimas frescas se derraman por sus mejillas.

Mi corazón sufre por ella. "Lo sé, cariño. Lo sé". Le tiendo la mano y le quito las lágrimas con la yema del pulgar. "Pero te prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que vuelvas con ellos, ¿vale? No estás sola".

La niña me agarra la mano, su carita temerosa. "Estaba jugando en mi patio", susurra. "Mamá me llamó para que volviera dentro, pero un coche se detuvo y me preguntaron si quería ver a su cachorro. Me encantan los cachorros. Mamá y papá dicen que aún no puedo tener uno".

Lágrimas frescas se derraman por las mejillas redondas de Katie. "Mamá y papá siempre me

han dicho que no debo hablar con extraños, ¡pero él parecía tan simpático! Pero no había cachorro. Me... me llevaron. D-dijeron que haría m-muy feliz a otra persona".

Mientras Katie se entierra a mi lado, con los sollozos sacudiendo sus pequeños hombros, una oleada de rabia pura y dura surge dentro de mí. Cómo se atreven, La Hermandad, Scarlett, *todos ellos*, a cazar niños inocentes, separarlos de sus familias y venderlos al mejor postor. Es repulsivo, es despreciable, es la encarnación misma del mal.

Por ahora, seré el adulto que necesita, el protector que se merece. No dejaré que le pase nada a esta niña, cueste lo que cueste.

Me hierve la sangre al pensar en los horrores que han sufrido estas mujeres y niñas, y en la absoluta violación de su infancia. Deberían estar despreocupadas, jugando en sus patios, abrazadas a sus padres, no acurrucadas por el miedo, esperando a ser subastadas como ganado.

Y Scarlett...

Solo pensar en esa vil mujer me eriza la piel. Pensar que ella y su padre orquestaron esto, que se complace en el sufrimiento de estas víctimas... es suficiente para darme ganas de gritar.

Si salgo viva de esta, juro darle caza para que pague por sus crímenes de la forma más brutal imaginable. Ninguna otra mujer o niña sufrirá jamás un destino tan horrible en sus manos, me aseguraré de ello.

Agarrando fuertemente a Katie, siento un renovado propósito y determinación. Tengo que sacarnos de aquí, cueste lo que cueste. Esta niña, estas mujeres, merecen una oportunidad para recuperar la vida que les robaron, y que me parta un rayo si dejo que La Hermandad o cualquier otro se las arrebate.

Con una respiración profunda y tranquila, me alejo un poco para encontrarme con la mirada asustada de Katie. "Todo va a salir bien", vuelvo a decirle, obligando a mi voz a sonar segura y tranquilizadora. "No dejaré que te hagan daño, te lo prometo. Vamos a salir de esta y me aseguraré de que vuelvas con tu madre y tu padre, ¿vale?"

Katie asiente temblorosa, con su pequeña mano agarrando la mía. Sé que haré lo que sea necesario para protegerla, aunque eso signifique enfrentarme a toda la fuerza de La Hermandad.

Han hecho de esto algo personal, y les mostraré el verdadero significado de la ira de una madre.

La puerta se abre de repente y hay un soldado de La Hermandad de pie con un arma en la mano. "¡En fila, todas!" ladra con voz amenazadora.

Katie se aferra a mí, su pequeño cuerpo tiembla de un visible terror. La rodeo con un brazo para protegerla mientras las mujeres salen en fila y se dirigen a un escenario iluminado en la parte delantera de la sala.

Mientras ocupamos nuestros puestos, me esfuerzo por distinguir los rostros del público a oscuras, con el corazón latiéndome con fuerza. Allí, en la primera fila, veo la sonrisa cruel de Scarlett y el brillo despiadado en los ojos de Emma.

Esta es la venganza que Emma ha estado esperando.

Una voz retumbante resuena en la sala y me giro para ver a un hombre de aspecto elegante que sube al estrado. "¡Bienvenidos, damas y caballeros, a nuestra exclusiva subasta de esta noche!" declara, con un tono lleno de falso encanto. "Tenemos una magnífica selección de artículos para ustedes, listos para que se los lleve el mejor postor. Empecemos la subasta con el Lote 1".

Se me revuelve el estómago cuando sacan una a una a las mujeres, que desfilan como ganado mientras el subastador enumera sus "atributos" en una exhibición enfermiza. Las tarjetas blancas de los pujadores van apareciendo a medida que los posibles "propietarios" pujan por la mujer de

su elección.

Contemplo horrorizada cómo las mujeres son vendidas y su futuro queda en manos de un extraño. Katie y yo somos las únicas que quedamos.

Cuando llaman al Lote 44, un soldado de La Hermandad se acerca a Katie. Ella grita y se voltea hacia mí, sus dedos se aferran a mi cuerpo como si yo fuera su salvavidas, sus ojos se abren de par en par por el terror.

Seré el lobo.

Me invade una furia abrasadora y no puedo evitar lanzarme hacia delante, utilizando algunas de las técnicas de defensa personal que me enseñó Edo para asestar un golpe contundente. Cuando el hombre me agarra por detrás de la cintura, le clavo rápida y brutalmente el codo en la nariz.

Un crujido nauseabundo llena la sala mientras el hombre grita y me suelta, agarrándose la nariz mientras la sangre le corre por la cara. El público murmura, todos los ojos interesados se giran en nuestra dirección, observándome luchar contra este soldado como si fueran espectadores de un deporte.

Otros dos soldados de La Hermandad se abalanzan sobre mí. Hago todo lo que puedo para rechazarlos, pero son más fuertes y rápidamente me dominan, arrastrándome al escenario mientras lucho y los araño, haciendo todo lo que puedo para defenderme.

Con suerte, cualquier posible comprador verá que no soy una mujer dócil que hará lo que él o ella quiera. La antigua Alexis lo habría hecho, pero ya no existe.

La nueva Alexis es una luchadora, y *no* me someteré a nadie. No me doblegaré.

Ni siquiera se me pasa por la cabeza que lo que buscan algunos compradores es algo de espíritu, algo de *lucha*, que romper a alguien les produce placer.

"Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?" dice el subastador, con sus ojos brillantes de malicia mientras recorre mi cuerpo con la mirada. Se voltea hacia el público.

"Señoras y señores, ¡qué regalo tenemos para ustedes! Como pueden ver, es una luchadora y lo pasarán muy bien domándola".

Unas manos ásperas me agarran por la cintura y me obligan a darme la vuelta, mostrando mi cuerpo a la interesada multitud.

"¡Miren qué bien proporcionada está, damas y caballeros! Piernas largas, pechos turgentes. ¡Fíjense también en sus rizos!"

Miro fijamente al público, deseando que vean mi desafío aunque el pánico me atenaza la garganta.

Damian, por favor, date prisa. Te necesito.

"El lote 45 es un artefacto extraespecial", dice el subastador, bajando la voz teatralmente. "Como tal, comenzaremos la puja en un millón de dólares. No solo es de buena estirpe si eso es lo que te va, sino que si Invicta te ha jodido recientemente, que sepas que serás el orgulloso propietario de la hija de Bobby Shields".

DAMIAN

Camino de un lado a otro en mi despacho, mirando repetidamente mi teléfono. Llevo días esperando que Invicta se ponga en contacto conmigo, pero hasta ahora no ha habido más que silencio.

"¿Dónde demonios están?" gruño, pasándome una mano por el cabello, frustrado. Alexis desapareció hace más de una semana, y Bobby prometió ponerse en contacto cuando tuvieran una pista. Pero si Invicta ni siquiera se molesta en hacer un seguimiento, todo esto podría ser en vano.

"Tienes que ser paciente, Damian. Invicta sabe lo que hace".

Me giro hacia Nat, con los ojos brillando de rabia apenas contenida. "¿Paciente? ¡Cuanto más esperemos, más probable es que Alexis haya sido vendida y haya desaparecido para siempre!" Golpeo el escritorio de caoba con el puño, haciendo sonar el vaso de cristal.

"¡Perdóname por no ser lo bastante 'paciente' cuando la vida de mi chica está en juego!"

Nat levanta su vaso en un gesto de aplacamiento. "Sé que estás preocupado, Damian", dice con una dulzura poco habitual en ella, "pero precipitarse podría ponerlo todo en peligro. Invicta es nuestra mejor opción para recuperar a Alexis sana y salva".

Aprieto los dientes, luchando con la parte de mí que sabe que Nat tiene razón. Pero el miedo por el bienestar de Alexis es abrumador, ahogando toda razón.

Justo cuando estoy a punto de servirme un buen trago, por fin suena mi teléfono. Lo cojo apresuradamente y lo pongo en altavoz para que Nat pueda oírlo.

"Más vale que sea bueno, Bobby", casi gruño mientras Nat se inclina hacia mí, con el cabello oscuro rozándole los hombros cuando apoya los antebrazos en las piernas.

"Parece que mañana por la noche habrá una ‘subasta’ en un hotel a las afueras de Chicago. El sitio pertenece a La Hermandad", dice la voz ronca de Bobby.

Aprieto el teléfono con fuerza. Puede que esta sea la oportunidad que estábamos buscando.

"¿Cuándo y dónde, exactamente?" exijo.

"Hotel Du Monde en Naperville, ocho p.m."

¿Mañana por la noche? Nat gesticula con la boca, los ojos muy abiertos.

"¿Mañana por la noche?" gruño. "Eso es una puta larga espera. Alexis lleva desaparecida más de una semana. ¿Quién sabe por lo que estará pasando, lo que estará pensando?" Aprieto la mandíbula. Pensar en su sufrimiento me afecta profundamente.

¿Acaso piensa que voy a por ella? La idea de que Alexis pierda la esperanza, de que crea que la he abandonado, es casi insoportable.

Mis fosas nasales se inflaman mientras sacudo la cabeza. "Cuanto más esperemos, más probable es que la hayan vendido, o algo peor". Vuelvo a golpear el escritorio con la mano. "Esa

'subasta' es nuestra mejor oportunidad, y no podemos esperar hasta mañana por la noche. ¡No puedo quedarme de brazos cruzados hasta entonces!"

"Por el amor de Dios, Damian, actúa como un líder", dice Bobby de golpe. "Piensa en esto lógicamente. No podemos simplemente asaltar el lugar. Tenemos que infiltrarnos y actuar como si estuviéramos interesados en comprar. Si nos precipitamos, volverán a esconder a Alexis y será mucho más difícil encontrarla. ¡Usa la maldita cabeza!"

Nat me mira con aire entendido, asintiendo. Quiero escupirle. ¿Cómo se atreve a darle la razón?

Aprieto los puños, cada fibra de mi ser grita que vaya como un toro y destroce el lugar. Pero sé que Bobby tiene razón. Esto requiere un toque delicado, no fuerza bruta.

Y Scarlett estará esperando que haga precisamente eso: arrasar el lugar. Tendrá un montón de seguridad esperándome.

"Bien", digo secamente. "Envíame un mensaje con los detalles".

Cuelgo el teléfono, suelto un gutural rugido de frustración y arrojo mi vaso de cristal contra la pared. Estalla en un millón de fragmentos brillantes, y el sonido refleja la agitación que me invade por dentro.

Nat me observa con cautela, sin decir ni una palabra.

Por ahora, lo único que podemos hacer es esperar y confiar en que el plan de Invicta funcione.

Pero mi paciencia es de papel, y más vale que Scarlett rece por mantener a Alexis ilesa hasta que podamos llegar a ella.

~

AL DÍA SIGUIENTE, nos reunimos en el opulento Hotel Du Monde, un exclusivo hotel de lujo a las afueras de Chicago. Mientras camino por el lujoso vestíbulo, no puedo evitar preguntarme cuántos de los adinerados huéspedes se horrorizarían al saber que entre sus doradas paredes se trafica con seres humanos.

O quizá simplemente no les importaría, siempre que no les afectara directamente.

Dejo a un lado estos pensamientos cuando veo a Bobby y a otros capos de Invicta, todos ellos vestidos de punta en blanco y exudando un aire de riqueza informal. Gracias a los impresionantes conocimientos técnicos de Bobby, sus credenciales han sido expertamente falsificadas para que parezcan millonarios y multimillonarios, exactamente el tipo de clientela con la que La Hermandad estaría deseando hacer negocios.

Con Nat y Edo a mi lado, sigo a Bobby y a su equipo hasta el hotel. Aunque cada fibra de mi ser ansía encontrar a Alexis lo antes posible, sé que primero tengo que ocuparme de un asunto más urgente.

El tío Vinny.

Ese maldito *traidor*. Nat siempre ha tenido razón sobre él, y yo he estado demasiado ciego para verlo. Estaba tan desesperado por mantener todavía alguna parte de mi padre cerca, que nunca vi que Vinny me estaba utilizando.

Es hora de darle la vuelta a la tortilla.

Discretamente, me pongo el auricular en la oreja y escudriño la multitud de gente bien vestida en busca de algún rastro de mi tío. Finalmente, veo su familiar cabello gris y sus ojos afilados al otro lado del vestíbulo. Con la rabia a flor de piel, me dirijo hacia él con expresión compungida.

"Tío", le digo, inclinando ligeramente la cabeza. "Me... alegro de que estés aquí".

Vinny enarca las cejas, sorprendido, y luego las entrecierra, suspicaz. "Damian. Qué sorpresa. ¿Qué estás tramando, muchacho? Espero que no creas que podrás rescatar a la chica. Pertenece a La Hermandad, y a menos que planees empezar una guerra..."

Me fuerzo a esbozar una sonrisa irónica, aunque me entran ganas de rodearle el cuello y apretarlo. "En realidad, tío, he estado pensando. Me he dejado enamorar demasiado de Alexis. Me ha nublado el juicio".

Me encojo de hombros, con una sonrisa de pesar en la comisura de los labios. "Es un buen culo, lo admito. Pero en el proceso, he puesto a los Iacopelli en peligro".

Los ojos de Vinny brillan de triunfo, aunque intenta mantener un aire de despreocupación. "Continúa".

"Es hora de que me haga a un lado como Don", continúo. "La Familia estaría mejor contigo al timón. He sido demasiado blando. Debería haber entregado a Alexis a La Hermandad de inmediato, en lugar de dejar que mis emociones se interpusieran". Miro a Vinny a los ojos con expresión resignada.

"Los Iacopelli merecen un líder más fuerte. Y ese eres tú, tío".

La sonrisa de Vinny se ensancha y me da una palmada en el hombro. "Vaya, vaya, vaya. Parece que por fin has entrado en razón, muchacho. Debo decir que es la primera decisión correcta que tomas en mucho tiempo".

Asiento rígido, con el estómago revuelto por la repulsión y el odio. Vinny no me cree ni por un segundo; el cabrón puede oler una trampa a la legua. Pero, de momento, tengo que seguirle la corriente, adormecer a Vinny con una falsa sensación de seguridad.

Cuando Alexis esté a salvo, me encargaré de mi tío traidor.

Vinny me coge del brazo y me aleja del vestíbulo para llevarme al gran salón de baile. Un guardia de seguridad saluda a Vinny con la cabeza y le abre la puerta.

"Ven, sobrino, vamos a ver más de cerca esta pequeña subasta nuestra".

Lo sigo, con el estómago revuelto por una mezcla de temor y determinación. Cuando entramos en el salón de baile, mis ojos buscan inmediatamente a Alexis, y se me congela el corazón al verla.

Es una de las dos últimas en el escenario, de pie junto a una niña de no más de siete u ocho años. La niña tiembla como una hoja y se aferra a Alexis con evidente terror.

La voz del subastador retumba en el salón. "Y ahora, el lote 44: una flor joven, rara y preciosa, ¡lista para ser arrancada!"

La bilis sube por mi garganta cuando los soldados de La Hermandad se mueven para agarrar a la niña. El tráfico de personas ya es malo, ¿pero utilizar niños?

Es inaceptable.

Miro a Vinny, que observa el espectáculo con un regocijo repugnante. Vinny se inclina para darme un codazo. "Quizá debería pujar por esa chica. Convertirla en el tipo de mujer que merezco. Los niños son tan... flexibles. Y es tan fácil hacer que deseen complacerte".

Me recorre la rabia y tengo que luchar contra el impulso de rodearle la garganta con las manos y apretar hasta que se le escape la vida de los ojos. Este es el tipo de hombre que Vinny realmente es: un monstruo retorcido y despiadado que se aprovecha de los inocentes.

De repente, mi atención vuelve a centrarse en Alexis, que lucha contra los soldados y le rompe la nariz a uno de ellos. Mis labios se curvan en una sonrisa orgullosa y salvaje.

Esa es mi chica.

Cada fibra de mi ser ansía correr hacia ella, ponerla a salvo. Pero debo ser paciente, aunque

mi cuerpo me pida a gritos que desgarre, mutile y mate a *cualquiera* que se atreva a hacerle daño. Tengo que esperar el momento oportuno para atacar.

Aprieto los puños, sin apartar la mirada de Alexis, con el corazón latiéndome con una mezcla de alivio, furia y amor. La sacaré de esta, cueste lo que cueste. Y cuando acabe, Vinny, Scarlett y el resto de La Hermandad pagarán caro sus crímenes.

Pero Alexis pronto es vencida y arrastrada hacia el escenario, pataleando y luchando todo el camino. El público murmura cuando es empujada hacia el centro del escenario.

"Hay mucha lucha en ella". Vinny se ríe, con un tono cruel en su voz. "Igual que su madre".

El tiempo parece congelarse cuando sus palabras resuenan en mis oídos.

Los labios de Vinny se curvan en una sonrisa maliciosa mientras continúa: "La pobrecita Alexis estaba *tan* asustada después de que maté a su madre. Se suponía que debía matar a Alexis también, pero se las arregló para escapar de mí. Pero ahora, estoy muy contento de no haberlo hecho. Ahora me es mucho más útil".

Me pongo pálido como un papel cuando me doy cuenta de lo horrible que es. Mi padre nunca mató a la madre de Alexis. Vinny lo hizo. Lo que significa...

Girándome hacia mi tío, ignoro las órdenes de Bobby que me llegan a través del auricular. "Invicta no mató a mamá, papá y Alessandra, ¿verdad?"

La sonrisa de Vinny se ensancha, un brillo retorcido en sus ojos mientras se inclina más cerca. "Déjame contarte un pequeño secreto, sobrino. *Yo* maté a Lorenzo, Josefina y Alessandra".

Un estruendo me llena los oídos mientras miro fijamente a los ojos del asesino de mi familia. Pero entonces algo encaja: Bobby había afirmado que mi padre ordenó el asesinato de su mujer y su hija. ¿Por qué iba Vinny a matar a la madre de Alexis e intentar cargarse a Alexis? ¿Cuál es la conexión?

Se me revuelve el estómago cuando la voz del subastador retumba en el salón de baile. "... que sepas que serás el orgulloso propietario de la hija de Bobby Shields".

Se desata el infierno.

Los equipos de Iacopelli e Invicta se lanzan al ataque, con las armas desenfundadas, mientras me abalanzo sobre Vinny, con la vista enrojecida por la rabia. "¡Maldito *bastardo*!" rujo, y mi puño golpea la mandíbula de Vinny con un crujido nauseabundo.

Vinny retrocede a trompicones, agarrándose la cara, pero yo no lo dejo, y le asesto golpe tras golpe. Aún puedo ver los cuerpos de mis padres tendidos en el suelo, papá en su despacho, mamá en la cocina. ¿Y Alessandra? La habían matado a tiros en el vestíbulo, con la mano tendida hacia la puerta.

Había estado tan cerca de escapar.

"¡Los mataste a todos! A mamá, a papá, a Alessandra, ¿y para qué? ¿Para poder gobernar a los Iacopelli?"

A nuestro alrededor, el salón de baile estalla en caos cuando Invicta y los Iacopelli se enfrentan a La Hermandad. La gente grita e intenta huir de la sala, pero apenas lo percibo.

Lo único que me importa es hacer que Vinny pague por sus crímenes.

En medio del pandemónium, vislumbro a Alexis, con los ojos muy abiertos por el terror mientras se aferra a la niña que tiene a su lado. Se me aprieta el corazón y, con un esfuerzo monumental, me alejo de Vinny con la intención de alcanzarla.

Pero mientras avanzo, me doy cuenta de algo. Por fin caigo en la cuenta de las palabras del subastador.

Alexis es la hija de Bobby Shields.

DAMIAN

Detrás de mí, la subasta se convierte en una guerra sin cuartel cuando los equipos de Iacopelli e Invicta se lanzan al ataque y se enfrentan brutalmente a las fuerzas de La Hermandad. Los posibles compradores huyen despavoridos, algunos incluso intentan escapar con sus "compras" a cuestas, pero no tenemos piedad de ellos y los abatimos sin dudarlo para ayudar a escapar a las aterrorizadas chicas.

Cuando se me pasa el shock inicial de que Alexis sea la hija de mi enemigo más odiado, vuelvo a arremeter contra mi tío, con los ojos encendidos de una furia que Vinny nunca había visto antes.

"¡*Bastardo* asesino!" rujo, con las venas del cuello abultadas.

Los labios de Vinny se curvan en una sonrisa cruel, aunque por su cara corre sangre de la paliza que le he dado. "Ya, ya, Damian. No queremos ser hipócritas, ¿verdad?" Se ríe sombríamente. "Después de todo, ¿a cuántos has matado en nombre de los Iacopelli?"

Mis manos se cierran en puños, cada músculo de mi cuerpo en tensión y listo para atacar. "Hice lo que tenía que hacer por mi familia. Pero tú..." Mi voz se convierte en un gruñido amenazador mientras a mi alrededor estallan disparos y gritos. "Los mataste a sangre fría por tu retorcida ambición".

Sin previo aviso, Vinny saca su pistola y me golpea en la cara. Me tambaleo hacia atrás, con estrellas explotando en mi visión, pero me niego a caer. Me lanzo hacia delante y derribo a mi tío en una ráfaga de puños y furia.

Forcejeamos, cada uno luchando por la ventaja, pero los años de experiencia de Vinny le dan la ventaja.

Si salgo vivo de aquí, obligaré a Edo a entrenarme.

Con un giro salvaje, Vinny me arranca la pistola de las manos y me apunta a la cabeza.

"Despídete, sobrino", sisea Vinny, con el dedo tenso en el gatillo y los ojos llenos de odio.

Pero antes de que pueda disparar, un movimiento borroso le llama la atención y se gira justo a tiempo para ver a Nat precipitándose hacia él, arrancándole la pistola de la mano y haciéndoles caer a los dos.

Contemplo con asombro y orgullo cómo mi hermana le da una paliza al hombre que siempre ha odiado, con los puños volando con feroz intensidad. Puede que no sepa que Vinny mató a nuestros padres, pero lo vio a punto de dispararme y eso le bastó para involucrarse.

Vinny consigue lanzar un cruel gancho de derecha que hace volar a Nat, pero puedo ver el miedo en los ojos del viejo. No esperaba que Nat fuera tan fuerte, tan implacable en su ataque.

Vinny echa a correr en dirección contraria, y me invade la rabia. "¡Maldito cobarde!" rujo, mi voz apenas audible por encima de la cacofonía de la batalla. Doy un paso adelante para seguirlo,

pero la mano de Nat en mi antebrazo me lo impide.

"¡Déjalo, Damian! Lo atraparemos más tarde. ¡Tienes que encontrar a Alexis!" grita, con la cara ensangrentada, mientras saca otra pistola y dispara a un soldado de La Hermandad directamente a la cabeza antes de salir corriendo hacia el corazón de la batalla.

Al otro lado del salón de baile, Nat, Edo y Bobby se enfrentan a las fuerzas de La Hermandad. Nat se mueve con una gracia fluida, con sus pistolas disparando mientras derriba a un enemigo tras otro, con su rostro sangrante como una máscara de fría determinación. Edo, una figura corpulenta, lucha con una eficacia cruda y brutal, con su rifle de asalto abriendo una brecha en las filas de La Hermandad.

Y Bobby, el frío y calculador Don de Invicta, el *padre* de Alexis, es un auténtico ejército de un solo hombre. Sus dedos bailan a lo largo de los controles de su carabina M4 modificada, el arma escupe una lluvia de balas de alta velocidad que destrozan a la oposición con una precisión devastadora. Dondequiera que la Hermandad intenta reagruparse, el implacable fuego de Bobby los derriba, anticipando con su mente táctica cada uno de sus movimientos.

El combate es un caos sangriento, con soldados muertos y compradores aterrorizados esparcidos por todas partes. La cabeza me late con fuerza, la sangre me resbala por la cara, pero no puedo permitirme bajar el ritmo. Tengo que encontrar a Alexis. Mi único objetivo es llegar hasta ella, mi corazón late con una urgencia desesperada.

"¡Alexis!" grito, con la voz ronca y tensa. "*¡ALEXIS!"*

La batalla continúa, el sonido de los disparos y los gritos de agonía son ensordecedores. Empujo hacia delante, escrutando el caos con la mirada, buscando cualquier señal de la mujer que amo.

Pero no la veo por ninguna parte. El escenario está vacío.

Un matón de La Hermandad se materializa de repente frente a mí, con una sonrisa maliciosa en la cara mientras me apunta con su arma. Pero yo soy más rápido, con mis reflejos perfeccionados por años de combate despiadado.

Con la velocidad del rayo. Esquivo la primera ráfaga de balas, mi propia arma rugiendo a la vida. El soldado de La Hermandad retrocede tambaleante, con los ojos desorbitados cuando las balas le atraviesan el pecho y el color carmesí se extiende por su traje.

Avanzo implacable, vaciando mi cargador en el hombre, con mi rostro como una máscara de sombría determinación. No hay tiempo para la piedad o la vacilación. Tengo que encontrar a Alexis, y atravesaré un ejército de estos cabrones si hace falta.

El cuerpo sin vida se desploma en el suelo y me giro, con la mirada desesperada recorriendo el caótico salón de baile. ¿Dónde está? ¿Se la habrá llevado Scarlett u otro capo de La Hermandad?

De repente, un chillido desgarrador atraviesa el fragor de la batalla y paraliza a todo el mundo. Todas las miradas se giran hacia la fuente del sonido, y mi corazón da un vuelco.

Allí está Scarlett, su rostro es una retorcida caricatura de la cordura, sus dedos agarrando el cabello de Alexis con fuerza. Tiene una pistola apuntando a la sien de Alexis, y puedo ver el terror puro en sus ojos.

"¡Si alguno de ustedes da un paso, la princesa Alexis muere!" aúlla Scarlett, con voz chillona y desquiciada mientras su cabello rojo se agita detrás de ella. Luego jadea, con los ojos brillantes de rabia y malicia. "Me llevo a Alexis y a la *mocosa* y me largo de aquí".

Su mirada recorre la habitación, con un brillo maníaco en los ojos. "O tal vez las use como bombas humanas. Quiero hacer un poco de terrorismo doméstico".

Alexis gime, su cuerpo tiembla, y mi sangre hierve de rabia impotente. Tengo que hacer algo,

pero un movimiento en falso y Scarlett apretará el gatillo.

El tiempo parece ralentizarse cuando Scarlett empieza a retroceder, utilizando a Alexis como escudo humano. Contemplo con agonizante impotencia, con el corazón palpitante, cómo se llevan a rastras a la mujer que amo, con sus ojos asustados suplicándome que la salve.

Pero justo cuando Scarlett está a punto de sacarla del salón de baile, Alexis se adelanta de repente. En un movimiento desesperado e instintivo, golpea con la nuca la cara de Scarlett, haciendo que la mujer desquiciada grite de dolor y afloje momentáneamente su agarre.

El mundo queda suspendido en ese momento crucial, todos los ojos clavados en la escena que se desarrolla ante nosotros.

Alexis, con los ojos desorbitados por el terror, la determinación y la *rabia*, aprovecha la oportunidad. Sus dedos se cierran alrededor del arma en la mano de Scarlett y, con un movimiento fluido, la libera.

El rostro de Scarlett se contorsiona en una máscara de furia al darse cuenta de lo que ocurre, pero es demasiado tarde.

Alexis, con las manos temblorosas, levanta el arma y aprieta el gatillo.

El estruendoso sonido resuena en el silencio y el cuerpo sin vida de Scarlett se desploma en el suelo, con sangre carmesí floreciendo en su frente.

Alexis permanece de pie, con la pistola aún en sus temblorosas manos, mirando a la mujer que la había aterrorizado con una expresión de incredulidad y horror. Un silencio ensordecedor se apodera del salón de baile. Todos los ojos están fijos en Alexis, con la pistola aún humeante en sus manos.

En el silencio estupefacto que sigue, veo a los miembros restantes de La Hermandad y sus "invitados", poderosos líderes por derecho propio que se entregan a la aborrecible práctica del tráfico de seres humanos, asimilan lo que ocurrió.

Sin vacilar, los soldados de Iacopelli e Invicta abren fuego y sus armas arden con implacable eficacia. Observo impasible cómo los supuestos "respetables" hombres de negocios y políticos son abatidos, sus gritos de terror y dolor resuenan en el salón de baile.

No son víctimas inocentes. Son los hombres y mujeres que se aprovechan del sufrimiento de los débiles y vulnerables. *Que el mundo vea los verdaderos rostros de estos autoproclamados pilares de la sociedad*, pienso sombríamente. *Que conozcan los juegos enfermizos de los que disfrutan estos líderes*.

Nuestro personal se mueve con precisión, eliminando sistemáticamente a las fuerzas de La Hermandad y a cualquiera de sus "invitados" que intente huir. Mi propia arma ladra repetidamente, mi puntería inquebrantable mientras elimino metódicamente un objetivo tras otro.

El caos es ensordecedor: el estruendoso rugido de los disparos, los gritos agónicos de los moribundos, los alaridos frenéticos de los atrapados en el fuego cruzado. Cuando caen las últimas fuerzas de La Hermandad, mis ojos encuentran por fin a Alexis, que aún sostiene el arma humeante entre sus manos temblorosas.

Parece conmocionada, con los ojos muy abiertos y atormentados, y me invade una oleada de feroz protección.

Me acerco a ella a grandes zancadas, con expresión sombría pero movimientos suaves, y le quito el arma de las manos.

"Se acabó, Alexis", murmuro, con voz baja y tranquilizadora. "Ahora estás a salvo".

Pero mientras la envuelvo en un fuerte abrazo, sé que la verdadera batalla no ha hecho más que empezar. El mundo conocerá la verdad sobre estos supuestos "líderes" y su depravación.

Y me aseguraré de que Alexis, mi amor, la razón por la que respiro, no tenga que soportar

nunca más tales horrores.

ALEXIS

Yo... acabo de matar a alguien.

Otra vez.

Pero esta vez, *quería* hacerlo.

Me tiemblan las manos mientras miro el cuerpo sin vida de Scarlett. No puedo creer que la haya matado. Apenas estoy comenzando a asimilar la gravedad de mis acciones.

Pero entonces, una revelación aún más impactante cae sobre mí. El Don de Invicta es *mi padre*.

¿Cómo puede estar pasando esto? Un miembro de Invicta me apuntó con una pistola hace meses, cuando escapé de la casa de los Carter. ¿Sabía mi padre quién era yo? ¿Por qué no intentó rescatarme?

Me siento totalmente desorientada, como si el mundo que me rodea hubiera cambiado a una realidad alternativa. En un momento, soy una mujer a punto de ser vendida en una red de tráfico de personas. Al siguiente, soy una asesina que se entera de que mi padre es el Don de un imperio criminal.

Esto no puede ser real, me digo mientras mis ojos recorren la habitación, observando cómo los hombres Iacopelli y los de Invicta acorralan al resto de los miembros de La Hermandad. *Voy a despertarme en cualquier momento en mi cama de la mansión. Esto tiene que ser una pesadilla.*

Pero la cruda e implacable verdad se niega a desvanecerse.

Mi padre, el hombre que supuse que nos había abandonado a mí y a mi madre, es la encarnación misma de la oscuridad de la que he estado huyendo.

Un millón de preguntas se arremolinan en mi mente: ¿estaba involucrado en Invicta cuando yo nací? ¿Qué actos incalificables ha cometido? ¿Quería de verdad a mi madre? ¿Por qué nos abandonó?

Siento que me ahogo, con el peso de esta revelación cayendo sobre mí. Abro la boca, desesperada por gritar, por purgar esta pesadilla de mi mente, pero lo único que se me escapa es un sollozo estrangulado, con lágrimas cayendo por mi cara.

Ya nada tiene sentido.

El olor de la colonia de Damian me rodea cuando me envuelve en sus brazos, mientras me murmura al oído algo sobre mi seguridad. Vagamente, siento que me quita la pistola de las manos, pero siento mucho frío.

¿Segura? ¿Cómo puedo estar a salvo si acabo de quitar otra vida? Fui yo quien apretó el gatillo, quien acabó a propósito con la vida de Scarlett. Soy la razón por la que yace en el suelo, muerta.

Un pensamiento me horroriza. ¿Me parezco a mi padre más de lo que creía? ¿Me convierte eso en un monstruo tanto como él?

La culpa y la angustia amenazan con consumirme. Aprieto los ojos, deseando que todo esto sea una horrible pesadilla de la que pueda despertar. Pero la cruda realidad se niega a desvanecerse: *maté a Scarlett Rafa*.

Damian me abraza con fuerza y noto la preocupación que irradia. "Alexis, mírame. No tenías elección. Ella te habría matado".

Sus palabras no alivian la confusión que siento en mi interior. Puede que haya actuado en defensa propia, pero eso no cambia el hecho de que he quitado una vida. No soy mejor que La Hermandad.

"Soy un monstruo", susurro entrecortadamente. "Igual que él".

Sé que Damian intenta consolarme, asegurarme que hice lo que tenía que hacer. Pero en este momento, todo lo que puedo ver es la oscuridad que ahora reside dentro de mí, la oscuridad que me une a mi padre, el Don de Invicta.

¿Cómo puedo estar a salvo si soy capaz de semejante violencia?

Los labios de Damian me presionan la sien, y me hundo contra él, observando la escena que se desarrolla ante mí con ojos apagados.

Los soldados de Iacopelli capturan a una Emma que no para de gritar. Se agita y les suplica que la dejen ir, insistiendo en que no ha hecho nada malo, que es inocente. Pero no siento nada por mi hermana de acogida. Me limito a ver cómo se la llevan a rastras, con sus gritos resonando en el salón de baile.

¿Es así como ella se sintió cuando Mark y sus padres me arrastraron al sótano?

Debería sentir algo: rabia, tristeza, tal vez incluso una punzada de protección. Pero todo lo que puedo reunir es un extraño distanciamiento, como si estuviera viendo todo esto desde fuera, desconectada de la gravedad de todo.

Damian murmura palabras tranquilizadoras, intentando hacerme volver, pero no consigo concentrarme en nada más allá de la sensación de vacío que me recorre. He quitado una vida y ahora soy testigo de las secuelas, pero no siento nada.

¿Me estoy volviendo como mi padre? ¿Frío, calculador, impasible ante el sufrimiento ajeno? La idea debería aterrorizarme, pero solo sirve para profundizar el vacío que siento.

Los gritos de Emma se desvanecen cuando la escoltan fuera del salón de baile. Me doy cuenta de que no me importa lo que le ocurra.

Mi padre, *Bobby*, aparece con un Vincente atado, amordazado y maltrecho. Nos mira a través de sus ojos amoratados con una mezcla de rabia y miedo. Su mirada se dirige especialmente a Damian.

Bobby acerca a Vincente. "Encontré a esta rata intentando escapar", dice sombríamente antes de voltearse hacia sus hombres. "Llévenlo a él y a esa chica gritona al sótano".

Retrocedo cuando Bobby intenta acercarse a mí, empujándome más hacia los brazos de Damian. El entumecimiento que sentía hace unos momentos ha dado paso a una profunda sensación de inquietud. Todo esto se está volviendo demasiado difícil de soportar.

"Katie", murmuro. "¿Dónde está Katie?"

"¿Quién es Katie?" pregunta Damian, alisándome el cabello.

"La niña pequeña, la que iban a *vender*", me atraganto con la palabra, "como a mí. Le prometí que la llevaría a casa. Damian, por favor, tienes que ayudarme a llevarla a casa".

No soporto la idea de que Katie quede atrapada en esta retorcida red de tratos criminales. Merece estar a salvo, lejos de esta pesadilla.

Se lo prometí. Le prometí que la llevaría de vuelta con su madre y su padre. No voy a romper esa promesa, no como me hicieron todos los demás adultos de mi vida.

"La encontraremos", promete Damian, acariciándome la mejilla. "La llevaremos a casa".

El Don de Invicta me observa impasible, su mirada inquebrantable. Sus ojos color avellana, *mis* ojos, se clavan en los míos, aparentemente buscando algo.

Aparto la cabeza, incapaz de seguir mirándolo.

Lo único en lo que estoy concentrada es en encontrar a Katie, aunque eso signifique arriesgarlo todo. El bienestar de Katie es lo único que importa. Moveré cielo y tierra para protegerla, para cumplir la promesa que hice de reunirla con su familia.

Damian y yo comenzamos rápidamente nuestra búsqueda de Katie, nuestros ojos escaneando el caótico salón de baile mientras pasamos por encima de los cuerpos de los caídos de los miembros de La Hermandad.

"¡Katie!" grito, con la voz teñida de desesperación. "Katie, cariño, ¿dónde estás? Por favor, ¡sal!"

Cuanto más la buscamos y no la encontramos, más aumenta mi pánico. ¿Cómo voy a ser una buena madre para mi bebé si ni siquiera puedo mantener a salvo a esta niña? La culpa y las dudas amenazan con consumirme.

De repente, Damian grita desde el otro lado de la habitación. "¡Alexis! ¡La encontré!"

Me apresuro hacia donde está agachado, y allí, acurrucada en un pequeño espacio bajo el escenario, está Katie. Tiene los ojos desorbitados de terror y su pequeño cuerpo tiembla incontrolablemente.

"Katie", suspiro, con el corazón encogido al ver su evidente angustia.

Sin dudarlo, me agacho y la cojo en mis brazos, estrechándola contra mí. Sus lágrimas corren por sus mejillas mientras se aferra a mí con sus deditos en mi ropa.

"Todo está bien, Katie", murmuro, con mis propias lágrimas cayendo mientras la acuno suavemente. "Ahora estás a salvo. Te tengo".

El alivio que siento es palpable, pero está teñido de una profunda tristeza por el trauma que ha sufrido esta niña. No debería tener tanto miedo ni estar tan destrozada. Es un duro recordatorio de los horrores a los que se ha enfrentado, los horrores a los que casi acaba de enfrentarse.

Damian me pone una mano reconfortante en el hombro. "Saquémosla de aquí", dice suavemente. "No debería ver esta carnicería".

Asiento con la cabeza, estrechando mi abrazo alrededor de Katie mientras salimos del salón de baile. El temblor de la joven disminuye ligeramente, pero la mirada atormentada en sus ojos es un recordatorio de las cicatrices que tendrá que llevar.

Cuando entramos en el pasillo principal, Katie suelta un suspiro tembloroso y me mira. "Me encontraste", susurra con voz entrecortada de incredulidad y alivio.

Le doy un suave beso en la frente, sin poder evitar que mis lágrimas fluyan. "Prometí que lo haría, ¿verdad?" murmuro.

Cuando Damian se acerca, Katie se aferra a mí con más fuerza, recuperando el terror. Puedo ver la alarma en los ojos de Damian, pero se recupera rápidamente, levantando las manos en un gesto tranquilizador.

"Katie", dice suavemente, "me llamo Damian. Soy uno de los buenos, te lo prometo".

No puedo evitar encontrar un toque de ironía en el hecho de que el Don de los Iacopelli se llame a sí mismo un "buen tipo", pero lo dejaré pasar por ahora. Lo más importante es hacer que Katie se sienta segura y cómoda.

Damian hace una pausa, considerando su próximo movimiento. Luego, una pequeña sonrisa juega en la comisura de sus labios. "Oye, Katie", dice suavemente, "¿te gustaría ver una foto de mi perra, Biscottina?"

Katie abre ligeramente los ojos, pero se niega a soltarme. Damian se limita a asentir y saca su teléfono, empezando a ver fotos y vídeos de su chica.

A medida que Damian narra las imágenes, con un tono cálido y acogedor, puedo ver cómo la tensión empieza a abandonar lentamente el cuerpo de la niña. No suelta su agarre sobre mí, pero sus ojos están pegados a la pantalla, hipnotizados por las imágenes de la perra.

Damian se ríe mientras muestra un vídeo de Biscottina persiguiendo a uno de los soldados Iacopelli, y yo veo cómo se dibuja una sonrisa en el rostro de Katie. Es algo pequeño y frágil, pero me llena de esperanza.

"Biscottina parece una amiga divertida", murmura Katie, con la voz apenas por encima de un susurro.

Damian asiente, con una expresión de auténtica calidez. ¿Es así como era con Alessandra?

"Lo es", dice. "Es mi mejor chica. Le encantaría conocerte, si quieres".

La mirada de Katie revolotea entre Damian y yo, como buscando mi aprobación. Le ofrezco una sonrisa tranquilizadora y le doy un suave apretón en la mano.

"Creo que estaría bien", digo en voz baja. "Biscottina es una perra muy buena. Le gustarías".

La tensión en los hombros de Katie se alivia ligeramente y suspiro aliviada. Aunque sigue aferrada a mí, verla relajada, aunque solo sea un poco, es un testimonio de la compasión y la paciencia de Damian.

Será un padre maravilloso, pienso, imaginándolo con una niña de cabello oscuro y rizado y ojos color avellana en brazos. Se me alegra el corazón.

Mientras seguimos sentados con Katie, compartiendo historias de las travesuras de Biscottina, no puedo evitar sentir una oleada de amor y gratitud hacia Damian. En medio de este caos, ha encontrado una manera de ofrecer consuelo y alivio a un niño traumatizado, demostrando que, en efecto, hay un rayo de luz en la oscuridad.

ALEXIS

Después de haber metido a una somnolienta Katie en la cama del hotel, Damian recibió un mensaje de texto que hizo que su cara se volviera sombría.

"Nos necesitan abajo", me dice después de asegurarle a Katie que volveremos con pizza y helado. "El interrogatorio ha comenzado".

Damian, Nat, Edo y yo bajamos al sótano, donde Vincente y Emma están retenidos en una habitación insonorizada y sin ventanas. El aire está cargado de tensión cuando entramos, la gravedad de la situación pesa sobre todos nosotros. Damian me coge la mano y entrelaza nuestros dedos.

Vincente está sentado ante nosotros, con la cara ensangrentada y llena de moratones, como prueba evidente de su tortura. Emma se sienta a su lado, con el rostro pálido por el pánico. Cuando me ve, se le desorbitan los ojos y la mordaza amortigua sus gritos.

Giro la cara para no mirarla.

Bobby mira a Vincente con una mirada fría e implacable. "Habla", exige, sin dejar lugar al desafío.

Vincente le devuelve la mirada, con expresión desafiante a pesar de su maltrecha expresión. "No te voy a decir una puta mierda", espeta.

Bobby levanta una ceja. "¿No? Pues vamos a refrescarte la memoria". Pulsa *Play* en una grabadora que tiene delante. La voz de Vincente resuena en la habitación del sótano.

"*La pobrecita Alexis estaba* tan *asustada después de que maté a su madre. Se suponía que debía matar a Alexis también, pero se las arregló para escapar de mí. Pero ahora, estoy muy contento de no haberlo hecho. Ahora me es mucho más útil".*

Cuando se corta la grabación, la mirada de Bobby se posa en Vincente, su expresión se transforma en algo verdaderamente aterrador. El Don de Invicta ya no es una figura distante e ilegible, sino una verdadera encarnación de la amenaza y la rabia.

Damian me agarra la mano con fuerza, en un gesto silencioso de apoyo. Me quedo atónita al oír a Vincente hablar con tanta crueldad del asesinato de mi madre, al saber que también pretendía acabar con mi vida.

El aire de la habitación parece volverse aún más denso por la tensión, el peso de la revelación y la palpable amenaza de violencia que pesa sobre todos nosotros. Me encuentro conteniendo la respiración, preparándome para cualquier venganza que Bobby tenga reservada para Vincente.

"Has dejado que tu propio hermano cargue con la culpa de tus actos", dice Bobby de forma sedosa y peligrosa. No puedo evitar estremecerme ante la pura furia en la voz de Bobby. "Lorenzo no tuvo nada que ver con el asesinato de Rebecca".

La cara de Nat se arruga de angustia.

"Sí", suelta Vincente, con los ojos desorbitados. "Pero Lorenzo tenía pruebas de que él no ordenó el golpe e iba a decírselo a Bobby. No podía permitirlo, sobre todo cuando se supo que los Iacopelli y los Invicta iban a aliarse. Eso no podía ocurrir, especialmente si quería tomar el mando".

"Así que decidiste acabar con tu hermano, su mujer y sus hijos", dice Bobby con rotundidad.

Nat grita, la angustia grabada en cada rasgo. "¿Por qué mataste a Alessandra? ¡Solo era una niña!" grita, con la voz cargada de una furia cruda y desenfrenada.

Vincente se encoge de hombros. "Fue un daño colateral", responde, con palabras frías e insensibles que cortan como un cuchillo. "No debería haber estado enferma en casa para ser testigo".

Nat se lanza hacia delante, con los ojos desorbitados de odio, pero Edo se apresura a contenerla, luchando por evitar que se abalance sobre Vincente.

Miro a Vincente aturdida, con la mente en blanco por la crueldad con la que describe los asesinatos de mi madre y de su propia familia. Es como si hablara del tiempo, sin ningún remordimiento ni humanidad.

¿Cómo puede una persona ser tan retorcida, tan despiadada ante actos tan atroces?

A mi lado, Nat apenas es contenida por Edo, sus gritos de angustia resuenan en el sótano. El dolor crudo y la furia en su voz son palpables, un testimonio de la devastación que Vinny ha causado.

Y luego está Emma, que de algún modo ha conseguido quitarse la mordaza de la boca.

"Alexis, por favor", suplica. "Somos hermanas. Ten piedad de mí. Sabes que no era mi intención".

No siento más que repulsión hacia esta mujer que me ha atormentado durante tanto tiempo. Sus súplicas de clemencia solo sirven para aumentar mi repugnancia.

"Te mostraré la misma piedad que me mostraste cuando te cogiste a mi novio y accediste a venderme a La Hermandad", respondo, con la voz desprovista de toda emoción.

El rostro de Emma se arruga y observo impasible cómo se deshace en lágrimas y en súplicas desesperadas e inútiles. No puedo sentir ni una pizca de compasión por ella, no cuando me ha infligido tanto dolor y sufrimiento.

Ante una traición y una angustia tan profundas, cualquier empatía que pudiera haber sentido alguna vez se ha extinguido. Su insensibilidad hacia mi madre, hacia mí, me ha despojado de mi humanidad, dejándome como una mera cáscara de la persona que una vez fui.

Puedo sentir la mirada de Damian sobre mí, su preocupación es palpable. Pero ni siquiera su tacto, su apoyo silencioso, alivian la abrumadora sensación de pérdida y aislamiento que me envuelve.

Volteándome hacia Damian, mi voz se tiñe de una cansada contundencia. "He terminado con esta conversación".

Me mira con preocupación, sin duda notando el cambio en mi actitud. "Vamos a sacarte de aquí. Está a punto de tener lugar una ejecución".

Los ojos de Emma se desorbitan y empieza a gritar pidiendo ayuda, pero un soldado de Invicta le vuelve a meter la mordaza en la boca. Ella mueve la cabeza de un lado a otro, intentando quitarse la mordaza, pero no lo consigue.

Me mantengo firme, con la mirada inquebrantable. "Quiero mirar".

Me mira con preocupación, sin duda notando el cambio en mi actitud. "Alexis, ¿estás segura? Esto no es algo que necesites ver".

Pero me mantengo firme. "Necesito verlo, Damian. Necesito ver cómo Vincente y Emma

reciben su merecido".

Puedo ver el conflicto en los ojos de Damian, pero sabe que no debe intentar disuadirme. Me rodea con un brazo y me acerca a él, pero no intenta sacarme de la habitación.

Por el rabillo del ojo, capto una sutil inclinación de cabeza de Bobby. Es un reconocimiento silencioso, una aprobación tácita de mi decisión de quedarme.

Y en ese momento, siento una extraña sensación de poder, una retorcida validación de que por fin estoy tomando las riendas de mi propio destino.

Bobby se levanta y recorre la habitación con la mirada. Se agacha y ofrece una segunda pistola a Damian y Natalia.

"Les dije que yo mataría a Scarlett y Vinny", dice, con voz fría y autoritaria. "Pero no esperaba a la chica".

Los ojos de Nat brillan con una feroz determinación mientras agarra el arma. "La muerte también es mía", declara, apretando con fuerza el arma.

Damian la mira, con el ceño fruncido por la preocupación. "Nat, ¿estás segura?"

Pero la respuesta de Nat es firme. "Sí", dice, con la voz temblorosa por la emoción apenas contenida. "Esto es por nuestros padres. Por Alessandra".

El peso de sus palabras flota en el aire, el dolor y la angustia de su pérdida compartida grabados en cada sílaba.

Cuando Bobby y Nat levantan sus armas, me preparo para lo inevitable. No me inmuto, ni siquiera cuando los disparos resuenan, haciendo eco en el cavernoso sótano.

Vincente y Emma caen al suelo, sus vidas se apagan en un instante. Una parte de mí siente una punzada de satisfacción, una sensación de que se ha hecho justicia. Pero enseguida queda eclipsada por la abrumadora sensación de pérdida y angustia que se ha convertido en mi compañera constante.

Observo con desapasionamiento cómo sus cuerpos yacen inmóviles, y la irreversibilidad de su cae sobre mí. Es el final de un capítulo retorcido, pero no ofrece mucho cierre ni alivio.

La mano de Damian encuentra la mía, un gesto silencioso de apoyo. Se la aprieto, sacando fuerzas de su presencia. En este momento, sé que no estoy sola, que él siempre estará a mi lado mientras navego por el incierto camino que me espera.

Seguiré adelante, aunque el camino que me quede por recorrer parezca estar envuelto en la oscuridad. Tengo que hacerlo por mi bebé.

Respiro hondo y me volteo hacia Damian, con una determinación cada vez más firme. "Vámonos", le digo, con voz firme a pesar de la agitación que me invade. "Aquí no me queda nada".

Damian asiente, apretando suavemente mi mano. "De acuerdo, vámonos.

Cuando Damian me guía hacia la salida, vacilo y vuelvo a mirar a Bobby. Mi padre, el Don de Invicta, está allí, suplicándome con los ojos que me quede.

Pero no estoy preparada. Todavía no. El peso de todo lo que ha sucedido, la casi venta, la muerte de Scarlett, la ejecución de Emma y Vincente, es demasiado. Me siento en carne viva, expuesta, a punto de hacerme añicos.

"No estoy preparada", digo, con la voz apenas por encima de un susurro. "Necesito tiempo, Bobby. Necesito tiempo para procesar todo esto".

El dolor que se refleja en su rostro es palpable, pero no puedo sentir compasión. No ahora, no cuando apenas puedo mantener la compostura.

Damian me aprieta la mano con suavidad, pero Bobby asiente.

"Tómate todo el tiempo que necesites, Alexis. Estaré aquí cuando estés lista".

Asiento, agradecida de que no me presione. Veo la desesperación en su expresión, el anhelo de volver a conectar conmigo.

Pero las heridas están demasiado recientes, la traición es demasiado profunda. Necesito espacio, tiempo para sanar, antes de poder siquiera empezar a considerar perdonarlo, y mucho menos construir una relación.

"Volveré", le prometo, aunque las palabras me resultan pesadas, inseguras. "Pero hoy no. Simplemente... no puedo".

Bobby asiente de nuevo. Sabe, tan bien como yo, que presionarme ahora solo me alejaría aun más.

Con una última y persistente mirada, me doy la vuelta y dejo que Damian me saque del sótano. Cada paso es como si me quitara un peso de encima, una oportunidad de respirar, de procesar la vorágine de emociones que se arremolinan en mi interior.

Cuando llegamos a la planta principal del hotel, siento un rayo de esperanza, una frágil promesa de que puedo seguir adelante, paso a paso. Con Damian a mi lado, sé que no estoy sola en este viaje. Y ese conocimiento, más que nada, me da fuerzas para seguir adelante.

Damian me guía escaleras arriba hasta una lujosa habitación de hotel, el peso de los acontecimientos del día es palpable entre nosotros. Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, la tensión en el aire es pesada, un reconocimiento silencioso de la profunda experiencia que ambos hemos vivido.

Se acerca a mí, su tacto es suave y relajante. En su abrazo, siento un consuelo y una seguridad que no había sentido en mucho tiempo. El miedo, la angustia, la abrumadora sensación de pérdida... todo parece desvanecerse.

Nos quedamos ahí, abrazados, sacando fuerzas del simple hecho de estar juntos. No necesitamos palabras, porque en este momento nuestra conexión trasciende el lenguaje hablado.

Damian se aparta un poco, sus ojos oscuros brillan con una mezcla de ternura y vulnerabilidad. "Alexis", murmura, con la voz cargada de emoción, "cuando desapareciste, yo... me volví loco".

Escucho, con el corazón encogido por el dolor grabado en sus facciones. "No podía dormir, no podía comer, no podía *funcionar* sin ti a mi lado. Nunca he pasado tanto miedo en mi vida como cuando te vi en ese escenario, a punto de ser *vendida*".

Su mano tiembla cuando me coge la cara y su pulgar acaricia mi mejilla con reverencia. Me inclino hacia él. "Pensé que iba a perderte, Alexis. No podía soportar la idea de vivir en un mundo sin ti".

La cruda sinceridad de sus palabras me pilla desprevenida y siento que las lágrimas se me agolpan en las comisuras de los ojos.

"Damian", suspiro, y mis manos se acercan a las suyas. "Estoy aquí, estoy a salvo. Me encontraste".

Asiente con la cabeza y apoya la frente en la mía. "Siempre te encontraré, Alexis. Pase lo que pase, nunca dejaré de buscarte, nunca dejaré de luchar para traerte a casa".

La profundidad de su convicción, la feroz protección de su voz, encienden un fuego en mi interior. En este momento, sé con absoluta certeza que Damian será la constante, el ancla inquebrantable en el mar tormentoso de mi vida.

Acorto la distancia que nos separa y aprieto mis labios contra los suyos en un beso tierno y abrasador. Es una promesa silenciosa, una declaración del vínculo que nos une.

Me guía hacia la cama, con movimientos pausados, casi reverentes. Cuando nos hundimos en el lujoso colchón, siento que se me quita el peso del mundo de encima y lo sustituye una

profunda sensación de tranquilidad.

Damian pasa de mi boca a mi cuello, su boca caliente prodiga besos en mi piel. Gimo y hundo los dedos en su suave cabello, tirando de los mechones. Quiero más. Quiero sentirme lo más cerca posible de él después de todo.

"Damian", gimo, arqueándome contra él, desesperada por cualquier roce mientras su cabello me hace cosquillas en la barbilla. "Tómame".

Se detiene y me mira, con los ojos oscuros de deseo. "Oh, pienso hacerlo, Alexis".

Reanuda su atención en mi cuello, sus manos se deslizan por mis pechos y mi vientre antes de llegar al final del corto vestido rojo que me obligaron a ponerme. Se separa de mí y me lo quita de un tirón, tirándolo al suelo y dejándome solo en ropa interior.

"Voy a quemar ese puto vestido", gruñe antes de volver a besarme acaloradamente, deslizando la lengua por el borde de mis labios. Obedezco de inmediato, abriendo la boca con avidez mientras nuestras lenguas luchan por el dominio.

Sus manos descienden hasta mis pechos, amasándolos antes de llevarse un pezón a la boca, haciendo rodar el sensible capullo entre sus dientes. Vuelvo a gemir y empujo mis caderas contra él. Sinceramente, siento que podría estallar y lo único que ha hecho es besarme.

Damian retira la boca de mi pezón y el aire frío hace que se frunza. Miro a Damian con los ojos entornados mientras se desabrocha la camisa y se quita los pantalones. Su verga erecta se tensa contra los calzoncillos y se me hace la boca agua.

Es hora de demostrarle lo mucho que lo quiero. Lo agradecida que estoy por rescatarme. Por ser mi todo.

Antes de que Damian pueda volver a besarme, me incorporo y lo empujo ligeramente hacia atrás hasta que se tumba en la cama. Me mira con los ojos muy abiertos.

"Alexis, ¿qué...?"

No le presto atención y lo beso desde el cuello bajando por su cuerpo esculpido y lleno de cicatrices, mientras mi lengua recorre algunas de las cicatrices que dibujan su torso. Le beso el ombligo y muevo la barbilla contra el áspero material de sus calzoncillos.

"Llevas demasiada ropa", murmuro, ignorando el hecho de que él y yo estamos igual de vestidos. Le bajo los calzoncillos despacio, observando con deleite cómo su gigantesca verga se pone en posición de firmes antes de tirarle los calzoncillos al suelo.

Alargo la mano y la deslizo por su pene, sonriendo al oír a Damian sisear e inclinar la cabeza hacia atrás.

"Maldición, Alexis".

Animada por esa reacción, me inclino y le beso la cabeza, lamiendo el líquido preseminal que gotea de la punta. Damian gime, arquea la espalda y acerca su pene a mi boca.

Nunca lo había hecho, pero eso no me va a detener. Quiero que Damian se sienta *bien*.

Relajo la garganta y lo meto más profundamente en mi boca, moviendo los labios arriba y abajo por su pene mientras muevo la lengua alrededor de su dura longitud. Le envuelvo los huevos con las manos y los retuerzo entre los dedos.

"¡Oh, *mierda*, Alexis!" gime Damian antes de agarrarme del cabello y guiarme arriba y abajo por su verga. "Dios, *sí. Sí*, justo *ahí*. Oh, *mierda*, no pares".

Me agarra del cabello con tanta fuerza que me lloran los ojos, pero me niego a dejarlo, chupando su pene con todas mis fuerzas, moviendo la cabeza arriba y abajo como a él parece gustarle. Me lo meto hasta el fondo de la garganta, respirando por la nariz mientras mis labios casi rozan sus bolas.

Los gemidos y siseos de Damian son música para mis oídos. *Yo* lo estoy haciendo sentir así

de bien. *Yo* soy la razón por la que siente tanto placer.

Sigue teniendo espasmos y gimiendo mientras trabajo su miembro, sus dedos se clavan casi dolorosamente en mi cabello, pero no me importa. Mueve las caderas rítmicamente mientras me coge la boca. Disminuyo un poco el ritmo antes de acelerar de nuevo, sonriendo cuando gime con fuerza.

"Mierda, me vengo, Alexis", jadea, moviendo las caderas salvajemente.

Oh, no. No puede ser.

Retiro la boca de su pene y lo suelto con un *Pop* húmedo. Me fulmina con la mirada. Le sonrío dulcemente.

"Eso solo ha sido un aperitivo", respondo.

Gruñendo, Damian se abalanza sobre mí, inmovilizándome contra la cama. Nuestras pieles se tocan y se me pone la carne de gallina. Su contacto siempre me provoca esas reacciones.

Damian me besa y sus manos vuelven a acariciarme los pechos. Se mueve deliberadamente despacio, tomándose su tiempo. Siento que voy a estallar. Estoy lista y ansiosa, pero él saborea cada caricia.

Me excita ver cómo me mira como si fuera un tesoro valioso. Me llena de tanta alegría y confianza.

Parece que me quiere de verdad.

Su mano se mueve entre mis muslos antes de arrancarme la ropa interior. Jadeo, pero se convierte en un gemido cuando sus dedos rozan mi clítoris. Me convulsiono cuando aumenta la velocidad, provocándome sacudidas de placer.

Lo agarro por los brazos. "Tómame, ahora", jadeo.

Damian sonríe, pero hace lo que le pido y desliza su palpitante erección dentro de mí sin esfuerzo. Encaja perfectamente.

Me mira mientras empieza a empujar. Empuja con fuerza y luego retrocede lentamente. Más fuerte, y luego vuelve a retirarse suavemente. Es excitante y frustrante al mismo tiempo. Gimo en su oído.

Lleva las manos a mi cara y me sujeta la cabeza mientras entra y sale de mí. Mis dedos empiezan a arañarle la espalda mientras él aumenta la velocidad.

Damian me suelta la cara y lleva sus manos a mis pechos, masajeándolos y apretándolos suavemente antes de cerrar la boca sobre un pezón y chupar con avidez.

La estimulación me domina y me retuerzo bajo él, arqueando la espalda y apretándolo contra mí.

"¡Sí, Damian, no pares!" grito.

Damian vuelve a aumentar la velocidad, embistiendo con entusiasmo mientras gimo y me retuerzo. No quiero que pare nunca.

"Más, Damian. ¡Más fuerte!" le suplico, y él accede encantado. Cuanto más grito, más agresivo se vuelve. Finalmente, su boca se acerca a mi garganta y me muerde juguetonamente, haciéndome jadear.

"¡Sí, Damian!" grito sin aliento.

Damian se aparta bruscamente de mí.

"¿Qué estás haciendo? No, por favor, no pares". Gimo y él esboza una sonrisa diabólica antes de arrodillarse y ponerme boca abajo.

Vuelvo a jadear y él se ríe antes de ponerme las manos en las caderas y ponerme a cuatro patas. "Eres mía", ronronea antes de penetrarme desde detrás.

Damian empuja con más fuerza y profundidad que antes, y no puedo controlar mis gritos de

placer.

"¡Sí, Damian! Sí, ¡tómame! ¡Soy tuya!"

Su piel me golpea el culo mientras me penetra una y otra vez. Sus dedos se clavan en mis caderas. Nunca me había sentido así. Me lleva a nuevos niveles de éxtasis.

Siento el orgasmo creciendo en mi interior, y Damian parece más excitado cuanto más fuerte me golpea.

"Voy a venirme", gimo al no poder contenerme más. No puedo resistirme. Me está dominando. Estoy a su merced.

"Yo también", jadea mientras gruñe, derramando su semilla dentro de mí.

Grito mientras mis músculos se contraen contra su pene rígido. Finalmente, el calor se extiende en mi interior y me siento satisfecha. Completa.

Damian se desploma sobre mi trasero, su piel resbala contra la mía mientras recupera el aliento. Me tiemblan los brazos de sostener el peso de mi cuerpo, pero no lo cambiaría por nada del mundo.

Ha sido *increíble*.

Lentamente, Damian se separa de mí y se tumba a mi lado.

Apoyo la cabeza en el pecho de Damian, sintiendo los reconfortantes latidos de su corazón. Sus brazos me rodean. No puedo evitar maravillarme ante el profundo cambio que he presenciado en él. Recuerdo vívidamente la primera vez que tuvimos sexo, cómo se había retirado después, negándose a participar en la simple intimidad de los abrazos después del sexo.

En aquel momento, me sentí confusa y dolida, insegura de cómo manejar a este hombre que parecía mantenerme a distancia.

Pero ahora, cuando me abraza y sus dedos trazan suaves líneas sobre mi piel, me doy cuenta de lo mucho que ha crecido, de cómo se ha permitido ser vulnerable de una forma a la que antes se resistía.

Los muros de Damian han caído y, en su lugar, veo la profundidad de su amor y devoción. La feroz protección que mostró antes, la cruda honestidad con la que confesó su miedo a perderme... es un marcado contraste con el hombre reservado y distante que conocí.

Levanto la mano para acariciarle la mejilla, maravillada por la suavidad de su expresión, la calidez que irradia de su ser. Este hombre, este hombre que se ha convertido en mi todo, realmente me ha abierto su corazón.

"Damian", susurro, con la voz cargada de reverencia. "Has cambiado mucho".

Gira ligeramente la cabeza y me besa suavemente la palma de la mano. "Por ti, Alexis", murmura. "Siempre por ti".

En ese momento, me doy cuenta de que nuestro viaje, nuestro vínculo, ha sido transformador, no solo para mí, sino también para Damian. Se ha despojado de su armadura, de sus defensas, y al hacerlo me ha permitido ver la profundidad del hombre que realmente es.

Damian merece saber la verdad. No puedo seguir ocultándole este secreto, no cuando me ha demostrado una y otra vez que es mi roca inquebrantable, mi protector más feroz.

Haciendo acopio de valor, levanto la cabeza para encontrarme con su mirada. "¿Damian?" murmuro, con voz suave pero decidida.

Él baja la mirada, sus ojos llenos de calidez y adoración. "¿Sí?"

Respiro hondo y le sostengo la mirada. "Estoy embarazada".

ALEXIS

En cuanto las palabras salen de mis labios, veo que la expresión de Damian pasa de la preocupación a la alegría más absoluta. Antes de que pueda parpadear, me coge en brazos y salta de la cama, haciéndome girar en círculos encantado.

"¿Un bebé?" exclama, y sus ojos brillan con una felicidad desenfrenada. "Alexis, esto es... ¡Dios, esto es increíble!"

No puedo evitar reírme, aunque me invade una oleada de alivio. ¿Cómo he podido dudar de su reacción? Este hombre, que ha demostrado una y otra vez ser mi protector incondicional, está encantado con la idea de formar una familia conmigo.

De repente, deja de darme vueltas y me deja suavemente en el suelo. "Tengo que tener cuidado", murmura. "No quiero zarandear al bebé".

Vuelvo a reír cuando sus manos se posan reverentes sobre mi abdomen. "No puedes zarandear al bebé", le digo. "Él o ella está muy bien protegido en mí".

"Ella", me corrige Damian, con la voz cargada de emoción. "Pero no quiero hacer nada que pueda hacerte daño a ti o a nuestro bebé".

Me impresiona la profundidad de su devoción, la feroz protección que irradia de él. Este hombre, este *Don* de una poderosa organización mafiosa, está totalmente cautivado por la idea nuestra creciente familia.

Y también está convencido de que este bebé es una niña. Que Dios ayude a cualquiera que intente hacerle daño.

"Te amo, Alexis", respira Damian, apoyando la frente en la mía. "Con todo lo que soy, te amo. Y ahora..." Su mirada se desvía hacia abajo, con una tierna sonrisa jugueteando en su rostro. "Ahora también tenemos un hijo al que amar".

La confesión, tan cruda y genuina, hace que se me llenen los ojos de lágrimas. Durante tanto tiempo he anhelado oír esas palabras, sentir su peso cuando se instalan en lo más profundo de mi alma. Que Damian me declare su amor tan libremente es un regalo que apenas me atrevía a esperar.

"Yo también te amo, Damian", susurro, con la voz cargada de emoción. "Mucho".

Las palabras se derraman sin querer, mientras unas lágrimas sueltas resbalan por mis mejillas. Este hombre, esta fuerza feroz e inflexible en mi vida, ha encontrado la forma de abrir los muros que con tanto cuidado había construido alrededor de mi corazón.

Sus ojos se abren de par en par y, al instante, me envuelve en su fuerte y familiar abrazo. Al fundirme en sus brazos, siento que me quito un peso de encima, una carga que ni siquiera sabía que llevaba. La devoción inquebrantable de Damian, la forma en que me quiere, es un bálsamo para mi maltrecha alma.

Se aparta un poco y sus ojos brillan de emoción. "Alexis", murmura, con la voz cargada de afecto, "ahora que por fin nos hemos dicho que nos amamos *y* con un hijo en camino..." Hace una pausa y una sonrisa infantil se dibuja en su rostro. "¿Quieres casarte conmigo?"

La propuesta me coge por sorpresa, pero siento que una oleada de calor me recorre el pecho.

"¿Dónde está mi anillo de compromiso?" pregunto juguetona. "Una chica se merece tener un bonito anillo de compromiso y que el hombre se arrodille".

Damian gruñe, pero sus ojos oscuros bailan divertidos. "Te conseguiré el puto anillo más grande que puedas imaginar", proclama, sosteniendo mi mejilla con su mano áspera. "Solo tienes que decirlo e iremos a la mejor joyería de Chicago".

Me mira a la cara. "Entonces, ¿cuál es la respuesta? No puedes hacerme esperar".

Vuelvo a reír, con el corazón agitado. "Sí, Damian. Sí, me casaré contigo".

Él suelta una carcajada encantado, tirando de mí para darme otro abrazo feroz. "Me has hecho el hombre más feliz, Alexis", murmura contra mi cabello. "Estoy deseando llamarte esposa".

Mientras nos abrazamos, no puedo evitar maravillarme ante el torbellino de emociones que se arremolinan en mi interior. Hace apenas unas horas, me enfrentaba a horrores indescriptibles, a punto de ser vendida a alguien que me mantendría prisionera para siempre.

Y ahora, aquí estoy, prometiendo mi vida al hombre que amo, con un niño creciendo dentro de mí.

Todo es tan abrumador, tan impresionantemente rápido. Sin embargo, en la seguridad de los brazos de Damian, se siente como la cosa más natural del mundo. Este es mi lugar, con el hombre que se ha convertido en mi protector, mi constante en el caos.

Decidimos buscar a Nat y Edo para darles la noticia. Edo estaba en el vestíbulo del hotel, con el teléfono pegado a la oreja mientras murmuraba algo en voz baja, mientras Nat estaba en el bar, con una copa en la mano y la mirada perdida en la nada.

Cuando se lo contamos, casi se le cae el vaso.

"¿Estás... estás embarazada?" balbucea Nat, con los ojos muy abiertos. "¿Y te vas a casar?"

Damian asiente con la cabeza, rodeándome la cintura con el brazo. "Así es".

Edo suelta un silbido bajo y una sonrisa se dibuja en su rostro. "*Mio Dio*, nunca pensé que esto pasaría. Felicitaciones a los dos".

Pero incluso mientras ofrecen sus sinceras felicitaciones, puedo ver la mirada atormentada en los ojos de Nat, las sombras persistentes de los acontecimientos del día. La pérdida de su familia, la traición de su tío... es una herida que tardará en cicatrizar.

Sin embargo, en este momento, veo un rayo de esperanza, la promesa de un futuro por el que merece la pena luchar. Con Damian a mi lado y nuestro hijo en camino, siento un propósito renovado, la determinación de forjar una vida llena de amor, seguridad y la oportunidad de corregir los errores del pasado.

En este niño, en esta unión, veo la oportunidad de romper el ciclo de oscuridad que nos ha asolado a todos.

"También tengo buenas noticias", dice Edo. "He podido localizar a los padres de Katie. La están buscando. Podemos llevarla a casa cuando volvamos a Chicago".

Suelto un suspiro tembloroso, el alivio me inunda. "¿Y las otras mujeres? ¿Pudisteis rescatarlas a todas?"

Nat asiente solemnemente. "Sí, las sacamos a todas sanas y salvas. Se reunirán con sus familias. La mayoría eran inocentes que se vieron atrapadas en esto contra su voluntad".

"Gracias a Dios. Me alegro mucho de oír eso. Esas pobres mujeres ya han sufrido bastante".

Nat asiente y se mira las manos.

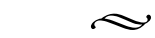
Me quito del abrazo de Damian y me acerco a Nat, tocando suavemente su brazo. "¿Estás bien?"

Nat inhala bruscamente y sus ojos se encuentran con los míos. Puedo ver el dolor acechando en sus oscuros orbes. "No", dice bruscamente. "Pero me pondré bien. Con el tiempo. Hoy ha sido... ha sido mucho".

Se lleva la bebida a la boca antes de poner el vaso de golpe en la mesa.

Tiro de Nat en un fuerte abrazo, ignorando su graznido de sorpresa. "Estoy aquí para ti, Nat. Todos estamos aquí para ti".

Nat me devuelve el abrazo tímidamente. "Gracias, Alexis. Eso... significa mucho".



TRAS COORDINARNOS CON LAS AUTORIDADES, logramos devolver a Katie a sus felices padres. En cuanto ven a su hija, se abalanzan sobre ella y la abrazan con fuerza mientras lágrimas de alivio corren por sus rostros.

"¡Oh, Katie!" grita su madre, llenándola de besos. "¡Mi niña!"

Katie solloza en el hombro de su madre, con su pequeño cuerpo temblando.

Su padre nos mira con ojos brillantes de gratitud. "Gracias, *muchas* gracias. Nunca podremos recompensarlos por devolvernos a nuestra pequeña".

Katie se voltea hacia mí, con los ojos muy abiertos y brillantes. "¡Eres mi ángel de la guarda!" declara, rodeándome con los brazos.

Pestañeo para contener las lágrimas y abrazo a la niña con fuerza. De alguna manera, esto ha curado una parte de mi niña interior, al saber que he podido cumplir una promesa. "Me alegro de que estés a salvo, cariño".

Damian se adelanta, aclarándose la garganta. "Nos alegra haber podido ayudar a traer a Katie de vuelta a casa".

La niña se echa hacia atrás, sonriéndole. "¿Vendrás a visitarme? ¿Y puedes traer Biscottina la próxima vez?"

Damian se ríe, con una amplia sonrisa en su hermoso rostro. "Por supuesto, Srta. Katie. A Biscottina le encantará conocer a su nueva amiga".

Mientras los padres de Katie se la llevan, su sincera gratitud y su abrumador alivio son palpables. Los veo irse, con el corazón henchido de una alegría agridulce. Puede que hayamos podido rescatar a Katie, pero todavía hay innumerables personas atrapadas en un infierno.

Pero por ahora, esta pequeña victoria es suficiente para darme esperanza.

Por fin llegamos al complejo de los Iacopelli, y mi corazón se hincha al ver la mansión familiar. Por fin estoy *en casa*.

Al entrar en el vestíbulo, me detengo en seco cuando Bobby Shields sale de entre las sombras.

Damian sisea y fulmina con la mirada a su jefe de seguridad. "¿Pero qué *coño*...? ¿Cómo lo han dejado entrar?"

No oigo lo que balbucea el jefe de seguridad, ya que Bobby me mira de inmediato, con una expresión ilegible.

"Alexis", dice, con su profunda voz retumbando. "Necesito hablar contigo. A solas".

Damian deja inmediatamente de quejarse con el de seguridad, y yo lo miro, preparándome. Sé que mi padre no se irá hasta que haya dicho lo que piensa, y su mirada me dice que no será

una conversación fácil.

Damian se pone delante de mí para protegerme. "Te acompaño", insiste.

Le pongo una mano en el brazo y niego con la cabeza. "No, está bien. Puedo encargarme de esto".

Girándome hacia Bobby, hablo en un tono comedido. "Hablaré contigo. A solas".

Damian no parece convencido, pero una mirada aguda de Bobby y un asentimiento de Nat lo convencen de lo contrario. "Vale", refunfuña, "pero si dura más de diez minutos, echo la puerta abajo".

Guío a Bobby hasta la terraza acristalada y cierro suavemente la puerta tras de mí.

La tensión en el aire es palpable cuando nos miramos a la cara, los años de distancia y la historia tácita pesan mucho entre nosotros. Lo miro a la cara y encuentro rastros de mí en él: los ojos color avellana, la inclinación de nuestra nariz, los pómulos altos...

Ni siquiera sé por dónde empezar con este hombre. No lo he visto desde que era pequeña. Pero parece percibir mi vacilación y da el primer paso.

"Te pareces tanto a tu madre", dice, con su voz profunda teñida de emoción. "Tu madre... La amaba más que a nada en este mundo. Y tú..." Hace una pausa y frunce el ceño. "Eras la luz de mi vida".

La cruda sinceridad de sus palabras me coge desprevenida y siento que se me hace un nudo en la garganta.

"¿Por qué no te recuerdo?" pregunto en un susurro. "Tú... nunca estabas".

Bobby suspira, de repente parece mucho mayor. "Era peligroso", admite. "Siendo el Don, tengo una diana en la espalda en todo momento. Eso incluye a mis seres queridos". Me mira, con sus ojos color avellana llenos de arrepentimiento. "Intentaba mantenerlas a salvo a ti y a tu madre guardando las distancias. Pero nunca dejé de pensar en ti, mi querida niña. No pasaba un día sin que me preguntara cómo estabas, si estabas a salvo y eras feliz.

"Cuando me dijeron que tú y tu madre habían muerto..." Bobby sacude la cabeza, con una expresión de dolor cruzándole el rostro. "Me destrozó. Pensé que lo había perdido todo".

Abro la boca, queriendo hacer la pregunta que me ronda por la cabeza. "¿Pero cómo pudiste creer a Vincente? Sin siquiera ver..." Me quedo a medias, incapaz de terminar la frase.

Bobby hace una mueca y aprieta la mandíbula. "La pena", dice simplemente. "Me nubló el juicio. Nunca miré de cerca el cuerpo de la niña que trajo Vinny. Simplemente... supuse que eras tú".

Siento un escalofrío ante la insinuación. ¿Habernos perdido tan completamente, solo para descubrir después que todo era mentira? Solo puedo imaginar el dolor y la angustia que debe haber sentido.

"Pero La Hermandad", digo, algo de esto no cuadra. "¿Qué papel juegan en todo esto si fue Vincente quien inició la ruptura entre Invicta y los Iacopelli?"

Bobby frunce el ceño. "Vinny Iacopelli y Mario Rafa llevan años conspirando", dice Bobby. "Por eso empujaron a Damian y Scarlett a estar juntos".

Mi corazón se acelera al oír hablar de Scarlett Rafa, sus fríos ojos azules y su sonrisa retorcida me vienen a la mente. Casi puedo sentir la fría hoja del cuchillo en mi lengua cuando Scarlett se burlaba de mí, amenazando con cortármela.

"Cuando tu familia de acogida intentó *venderte*..." Bobby escupe la palabra como si fuera veneno. "Vinny Iacopelli estaba allí y le hizo saber a Mario quién eras. Por eso La Hermandad te persiguió tanto. Sabían que tenerte me pondría de rodillas".

Mi cabeza está dando vueltas con toda esta nueva información. "¿Pero cómo averiguaste que

estaba viva?"

"Nuestra inteligencia se enteró de esta chica que La Hermandad estaba persiguiendo. Un maldito soldado de La Hermandad que no podía mantener la boca cerrada. En cuanto vi tu foto, supe quién eras e hice todo lo posible por encontrarte".

Me congelo, recordando cómo se sentía el arma contra mi sien. "El soldado..." susurro. "¿Intentaba rescatarme?"

Bobby pone mala cara, su rostro se vuelve verdaderamente atronador. "No", dice brevemente. "No. *Ese* soldado era desleal y ha sido eliminado".

La idea *debería* aterrorizarme, que el soldado estuviera planeando hacerme algo horrible, pero descubro que estoy más molesta que otra cosa.

"Bien", digo finalmente. "Es mejor cortar el árbol enfermo que intentar tratarlo".

Bobby ladea la cabeza ante mi respuesta, con expresión seria. "Tienes lo que hay que tener para convertirte en la próxima Donna de Invicta".

Se me abren mucho los ojos y casi me atraganto con saliva. "¿Una *Donna*? Pero... ¿es eso posible para una mujer?" pregunto dubitativa.

Bobby me mira con extrañeza. "Claro que sí", responde con naturalidad. "Ha habido mujeres poderosas al frente de familias mafiosas durante generaciones. No te subestimes, mi niña".

Me tomo un momento para asimilar sus palabras. El peso de la responsabilidad que me está ofreciendo es desalentador. "Agradezco la oferta, pero..." Hago una pausa, fortaleciéndome. "No creo que pueda aceptarlo. No soy una asesina. Aunque he quitado vidas, yo... no quiero que ese sea mi camino".

Bobby guarda silencio durante un largo momento, con aire contemplativo. Finalmente, vuelve a hablar. "¿Y si usamos Invicta para el bien, Alexis? ¿Para limpiar las calles, para proteger a los inocentes?" Me mira fijamente. "Tienes un buen corazón. Quizá juntos podamos marcar la diferencia".

Contemplo la propuesta de mi padre, la idea de usar el poder de Invicta para el bien en lugar de la violencia despiadada que he visto intrigarme.

"Es una idea interesante, Bobby", musito. "¿Pero qué pasaría con La Hermandad?"

La expresión de Bobby se ensombrece. "Cualquiera que siga siendo leal a los métodos de Scarlett sería ejecutado", afirma con naturalidad. "El resto sería absorbido por Invicta y los Iacopelli".

Sus palabras me golpean cuando me doy cuenta de todas las implicaciones de su plan. El niño que llevo en mi vientre podría llegar a ser algún día el jefe de Invicta *y* de los Iacopelli, un imperio criminal combinado bajo el control de mi hijo.

Una sonrisa irónica se dibuja en la comisura de mis labios. Mi hijo tendrá todo lo que Vinny, Scarlett y Mario deseaban desesperadamente: *poder*.

Bobby me estudia atentamente, con un atisbo de duda en los ojos. "Alexis... ¿puedo?" Extiende ligeramente los brazos, pidiendo permiso en silencio para abrazarme.

Considero su oferta por un momento, aún no estoy lista para llamarlo "papá". Pero asiento con la cabeza, desesperada por un poco de afecto paternal.

Cuando me envuelve en sus fuertes brazos, no puedo negar el calor curativo que me invade, una parte de mí que ha estado supurando durante quince largos años.

EPÍLOGO

Alexis

Los últimos cinco años han sido los más felices que he conocido. La vida nunca ha sido mejor.

Damian y yo nos casamos unos meses después de que me rescataran de la subasta humana. Fue una ceremonia pequeña e íntima en la iglesia en la que se casaron sus padres, con los familiares y amigos que nos han apoyado en todo momento. La expresión de pura alegría en la cara de Damian al pronunciar sus votos es un recuerdo que guardaré para siempre.

Solo tres meses después nació nuestra hija Alice. Llamada así en memoria de la hermana de Damian y Nat, ha traído mucha luz y risas a nuestras vidas. Damian es el padre más cariñoso que jamás podría haber imaginado, y verlo con nuestra pequeña hace que mi corazón se hinche de amor.

Dos años después de Alice, dimos la bienvenida al mundo a nuestro hijo Luca. Con dos pequeños terrores que nos mantienen alerta, Damian y yo estamos muy ocupados. Pero no lo cambiaríamos por nada.

Hacer malabarismos con las responsabilidades de criar a nuestra creciente familia ha sido sin duda un reto, pero tenemos un sólido sistema de apoyo con Nat, Edo y el resto de nuestro círculo de confianza, que siempre están ahí para echarnos una mano.

Parte de ese círculo está formado por mi padre, Bobby Shields.

He llegado a llamar a Bobby "papá" en estos últimos cinco años. Ha cumplido su promesa de usar el poder de Invicta para el bien, y hemos hecho progresos significativos en la limpieza de las calles. Nos hemos asociado con los Santiago de Milwaukee y hemos hecho todo lo posible por acabar con las redes de tráfico de personas de la zona.

Es mi misión personal.

Por supuesto, seguimos traficando con armas, tenemos que ganar dinero de alguna manera. Pero la hostilidad entre los Iacopelli e Invicta ha terminado oficialmente. Ya no hay guerras innecesarias, lo que ha sido un alivio.

Aunque autoricé un golpe contra Suzanne y Dennis Carter unos seis meses después de dar a luz a Alice. Fueron ejecutados rápida y eficazmente en Boca Ratón, Florida, donde se habían estado escondiendo, desesperados por escapar de La Hermandad.

Lástima que debieran haberme temido más a mí.

En general, estoy orgullosa del trabajo que hemos hecho. Papá y yo hemos marcado una verdadera diferencia en nuestra comunidad. Estamos limpiando las calles, protegiendo a los inocentes y asegurándonos de que los delincuentes sepan que sus actos tienen consecuencias.

Damian ha sido un socio increíble en todo esto. Está totalmente a bordo con nuestra misión, utilizando sus recursos y conexiones para reforzar nuestros esfuerzos. Y, por supuesto, nuestros hijos, Alice y Luca, son la luz de nuestras vidas. Verlos crecer en esta nueva era, libres de la amenaza constante de la violencia, me llena de esperanza para el futuro.

Sigue habiendo retos, por supuesto. Los viejos hábitos son difíciles de erradicar, y hemos tenido que eliminar sin piedad cualquier foco de resistencia. Pero creo firmemente que lo que estamos haciendo es lo correcto. Estamos utilizando nuestro poder e influencia para tener un impacto positivo, para crear un mundo más seguro y próspero para nuestra familia y nuestra comunidad.

Al terminar mi jornada en el cuartel general de Invicta, no puedo evitar sentirme realizada. Las negociaciones con una Familia de la Mafia Cubana para conseguir nuevas armas fueron largas y agotadoras, pero conseguí un trato excelente para Invicta.

Justo cuando estoy a punto de irme a casa, papá me detiene.

"Alexis", dice, con una mirada severa, "sabes que no puedes venir aquí a menos que traigas a mis nietos contigo".

No puedo evitar soltar una risita ante su petición juguetona. Desde que nacieron Alice y Luca, papá está completamente enamorado de ellos. Insiste en verlos siempre que puede, y tengo que admitir que es uno de los cambios más dulces que he visto en él a lo largo de los años.

"No te preocupes, papá", le aseguro. "Me voy a casa. Katie nos acompañará a la barbacoa, y ya sabes cuánto le gusta pasar tiempo con los niños".

Desde que rescatamos a Katie de la subasta hace tantos años, hemos mantenido un estrecho contacto. Al principio, sus padres se horrorizaron al enterarse de que el "ángel de la guarda" de su hija era la novia, ahora esposa, del Don de la Familia Iacopelli. Pero han acabado aceptándolo, sobre todo desde que Damian envía un coche blindado para recoger a Katie cada vez que quiere visitar nuestra mansión.

Cuando entro en el patio trasero, ya oigo las risas alegres de mis hijos. Damian está *intentando* asar algo de comida mientras Edo habla pestes de las habilidades de Damian para asar. Katie persigue a Alice y Luca, y su cara se ilumina de pura felicidad mientras Nat se apresura tras ellos, ordenando a los niños que vengan aquí para que pueda darles un bocadillo.

No es ninguna sorpresa para nadie que Edo y Nat finalmente se hayan juntado después de años de dar vueltas al tema. Su química y su estrecho vínculo han sido obvios para todos nosotros, pero siempre se han contentado con mantener las cosas profesionales, hasta ahora.

Viéndolos juntos, está claro que son la pareja perfecta. La determinación feroz y la lealtad inquebrantable de Nat complementan el enfoque tranquilo y metódico de Edo, y la forma en que se miran con tanto afecto y confianza. Es realmente adorable.

Lo más sorprendente es que hayan decidido no tener hijos. Estando más que ocupados como tíos cariñosos de Alice y Luca, parecen perfectamente contentos de volcar su amor y energía en nuestros pequeños.

No puedo evitar sonreír cada vez que veo a Edo y Nat jugando con los niños, con sus caras llenas de alegría. Puede que no hayan elegido el camino tradicional, pero el amor y los cuidados que demuestran no son menos significativos.

En cierto modo, nuestros hijos se han convertido en el legado compartido que une a nuestras Familias.

Mis dos torbellinos de energía vienen hacia mí, con sus caritas llenas de emoción.

"¡Mamá! ¡Mamá!" grita Alice, alzando sus pequeños brazos. Luca camina a su lado, con una amplia sonrisa en sus regordetas mejillas.

Los cojo en brazos y les lleno la cara de besos mientras ríen y se retuercen.

"¡Hola, mis amores! ¿Han tenido un buen día?"

Antes de que puedan responder, Nat se abalanza, coge a Luca y se lo echa al hombro. "Muy bien, pequeño terror. Es hora de tu merienda", declara, provocando más gritos de alegría de mi hijo.

"¡Tía Nat!" protesta Luca, aunque la risa en su voz delata su fingida indignación.

Nat sonríe con picardía. "Un niño en crecimiento necesita alimentarse, pequeño. No podemos permitir que te consumas frente a nosotros, ¿o sí?"

Mientras se lleva a Luca hacia la mesa, dirijo mi atención a Alice, apartándole un mechón de cabello de la cara. "¿Y qué hay de ti, mi dulce niña? ¿Te has portado bien con papá hoy?"

Alice asiente con fuerza, sus grandes ojos color avellana brillan. "¡Ajá! Ayudé a papá en su despacho, ¡y luego tomamos el té con Biscottina!"

Me río entre dientes, imaginándome la escena. El temible Don de mi marido, tomando pacientemente un té imaginario con nuestra hija y la perra. Es una imagen que nunca deja de derretirme el corazón.

Katie se me acerca mientras Alice sale corriendo, con una sonrisa radiante en la cara.

"¡Alexis!", grita mientras corre a apretarme en un fuerte abrazo.

No puedo evitar maravillarme de lo mucho que ha crecido en los años transcurridos desde que la rescaté. A sus trece años, se está convirtiendo en una hermosa joven y sus rasgos se suavizan en elegantes líneas.

"Hola, Katie", le digo, pasándole cariñosamente una mano por el cabello. "Dios mío, mírate. Ya eres prácticamente una adulta".

Katie sonríe y sus ojos brillan de alegría. "Te he echado de menos. Y a los niños, claro. ¿Puedes venir a mi partido de fútbol la próxima semana?

"¡Claro que puedo! Llevaré a los niños".

Katie echa una mirada furtiva a Damian, que está lanzando su espátula a Edo con el ceño fruncido. "Pero no traigas a Damian, ¿vale? El chico que me gusta va a estar allí, y Damian... da miedo".

Me río. Damian y el padre de Katie se han llevado bien en los años transcurridos desde el rescate de Katie, ya que ambos tienen un objetivo común: proteger a Katie. Al padre de Katie le encanta el hecho de que Damian pueda hacer desaparecer a cualquier chico "como Jimmy Hoffa".

Damian aparece junto a mi hombro, con un plato humeante de perritos calientes y hamburguesas en las manos. "Te he oído, Katherine", dice con severidad, aunque sus ojos muestran diversión. "Y me ofende la insinuación".

Katie gime, poniendo los ojos en blanco. "Damian", se queja. "Nat me ha estado enseñando a disparar, y Edo también me está enseñando defensa personal. Puedo cuidarme sola".

"Sé que puedes", responde Damian, alborotándole el cabello, sonriendo ante el graznido indignado de Katie. "Pero aun así voy a ir a ese partido".

Mientras observo el intercambio, me invade un sentimiento de gratitud y asombro. La niña que una vez rescaté es ahora una joven próspera y segura de sí misma, y me siento honrada de haber participado en su viaje. ¿Y saber que Damian y el resto de nuestra Familia siempre estarán ahí para protegerla? Bueno, eso hace que mi corazón se hinche de amor.

~

ESA MISMA NOCHE, después de que Katie se hubiera ido a casa y Alice y Luca se hubieran acostado, Damian y yo nos desplomamos en la cama, exhaustos.

Damian tira de mí y me rodea con sus fuertes brazos mientras nos hundimos en el colchón. "¿Estás bien?" murmura en voz baja y tranquilizadora.

Suelto un suspiro satisfecho y me relajo en su abrazo. "Ahora sí". Inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo y una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. "Estar contigo siempre hace que todo esté bien".

Me aparta un mechón de cabello de la cara con suavidad. "Eres lo mejor que me ha pasado nunca. No sé qué haría sin ti".

"Probablemente te meterías en muchos más problemas", bromeo, mientras mis dedos trazan las líneas de su cara.

Damian se ríe, el sonido retumba en su pecho. "Probablemente". Su expresión se vuelve seria y me acaricia la mejilla. "Pero lo digo en serio. Tú y los niños... son todo mi mundo".

Me inclino hacia él y le doy un suave beso en los labios. "Y tú eres el nuestro. Siempre".

Nuestro beso se hace más profundo, lleno de un calor y una urgencia familiares. Nuestras manos vagan, reafirmando nuestra conexión mientras nos perdemos en el abrazo del otro.

Lo único que quiero es que esté dentro de mí. Quiero sentir cada centímetro de él.

Se aparta. "Siéntate", me ordena.

Me siento lentamente. Me quita la camisa y yo me desabrocho el sujetador mientras él se desnuda.

En cuanto mis pechos quedan al descubierto, no pierde el tiempo y se me echa encima. Sus labios recorren mi cuello, provocando escalofríos y expectación.

Siento su dureza contra mí, lo que me hace desearlo aún más.

Me baja los pantalones por las piernas sin esfuerzo y sus dedos recorren ligeramente mi piel. Se me corta la respiración y jadeo cuando su mano me roza el clítoris mientras vuelve a subir.

"Me encanta cuando reaccionas así", susurra con una sonrisa traviesa.

Sin dudarlo, vuelvo a ponerlo sobre mí, sintiendo el peso de su cuerpo contra el mío. Mis brazos rodean su ancha y musculosa espalda mientras muevo sutilmente las caderas hacia él, esperando que capte mi deseo.

"Impaciente", me gruñe seductoramente al oído.

"Por favor, Damian", le suplico. "Te necesito ahora".

En cuanto pronuncio esas palabras, una chispa de deseo se enciende en sus ojos y se sumerge en mí. Su lengua caliente se arremolina en mi boca mientras entra y sale con movimientos lentos y deliberados.

No puedo resistirme a arquear la espalda de placer mientras él sigue embriagándome con su apasionado acto sexual.

A medida que aumenta la velocidad, nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía. No puedo evitar clavar mis uñas en su fuerte espalda mientras me coge con pasión y ternura a la vez. En este momento, no hay nada más que nosotros y la electrizante conexión entre nuestros cuerpos.

La sensación es intensa, nuestros cuerpos apretados en un frenesí de deseo. Es como si nos fundiéramos el uno con el otro, entregándonos por completo. No importa nada más que este momento, esta conexión entre nosotros.

Nuestras respiraciones se entremezclan y nuestros corazones laten al unísono mientras

alcanzamos juntos la cima del éxtasis. Nuestros cuerpos tiemblan de placer y liberación, dejándonos a ambos empapados en sudor y jadeando.

Nos quedamos tumbados, incapaces de movernos, disfrutando de las secuelas de nuestra apasionada unión. Damian me besa la cabeza y me estrecha contra su pecho. "Te amo, Alexis".

Sonrío soñolienta, acurrucándome contra él. "Yo también te amo".

Mientras me duermo, acunada en la seguridad del abrazo de Damian, no puedo evitar maravillarme de cómo se ha desarrollado mi vida. Nunca habría imaginado que mi felicidad para siempre, la familia que tanto ansiaba, surgiría del mundo de la Mafia.

Y sin embargo, aquí estoy, una figura poderosa por derecho propio, liderando con un corazón compasivo y rodeada de un marido devoto y unos hijos preciosos. Está muy lejos de la incertidumbre y el miedo que una vez me consumieron.

Mientras el sueño me reclama, no puedo evitar un profundo sentimiento de gratitud. Esta vida, esta familia, es más de lo que jamás podría haber soñado. Y sé, sin lugar a dudas, que estoy exactamente donde debo estar.

¿Te encantaron Alexis y Damian? **Obtén el próximo libro de la serie aquí.**